

THE SENTINELS™

#2

ROBOTIC

DARK POWERS

The Regent and his Invid
have had their way—now there is
a war only one side can survive...

JACK MCKINNEY



Ballantine Books Canada \$5.95 / U.S. \$4.95

El Regente y los Invid lograron su cometido. Ahora, hay una guerra a la que solo un contendiente podrá sobrevivir...

¡DESESPERADA ALIANZA!

La Fuerza Expedicionaria Robotech (REF) ha quedado desamparada en un lejano lugar de la galaxia como resultado del daño sufrido por la Fortaleza Súper Dimensional durante la batalla contra las hordas Invid. Sus posibilidades de sobrevivir eran escasas.

De repente, una nave estelar como ninguna otra entró en escena, tripulada por un increíble grupo de seres determinados a desafiar el poder del mismo Regente Invid.

Los voluntarios de la REF suben a bordo, con su mecha de guerra detrás, para alistarse en una campaña que significará su destrucción total o la libertad para los planetas de...

LOS CENTINELAS

ROBOTECH

Los Centinelas

Poderes siniestros

Jack McKinney

Versión 1.0

20.09.13



Título original: *Dark Powers*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #13-15 *The Sentinels*

Publicación del original: 1988



Libro 14 en el orden de publicación, y 9 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Todo lo que he aprendido de los Formadores de la Protocultura me dice que ésta no trabaja al azar; que hay un diseño o proyecto principal. Siento que hemos sido traídos aquí, mantenidos aquí, por alguna razón.

Sin embargo, ¿qué propósito puede haber en varar al SDF-3 aquí en Tirol por tal vez cinco años? ¿Y durante ese tiempo los Maestros Robotech estarán prosiguiendo su búsqueda de la Tierra?

Ya que los temples son pequeños, yo no menciono al Formador; estoy bastante envejecido, temo, por confrontaciones mano a mano con nostálgicos, asustados y frustrados guerreros de la REF.

*Dr. Emil Lang, el diario personal de la misión de la
SDF-3*

En el capturado Tirol, después de una batalla feroz, los humanos y sus aliados Zentraedi –la Fuerza Expedicionaria Robotech– lamieron sus heridas, luego decidieron que era tiempo de festejar la ocasión de su triunfo. Era, tan aproximadamente como pudieron calcular, víspera de año nuevo.

Pero muy lejos cerca del borde del sistema de Tirol, un recién llegado apareció –una enorme nave de guerra en marcha por el espacio, acercándose a la luna del tamaño de un planeta despedazada por la guerra.

Nuestra primera celebración de victoria, la joven Susan Graham se regocijó. ¡Una fiesta maravillosa! Ella casi tenía dieciséis, y para ella era la tarde más romántica en la historia humana.

Ella estaba esforzándose por cargar un voluminoso casete en su

grabadora de vídeo y sonido mientras se escabullía por allí para conseguir un ángulo mejor de los Almirantes Rick Hunter y Lisa Hayes Hunter. Ellos acababan de ponerse de pie, vistiendo uniformes de gala, estrechando manos enguantadas en guantes blancos, aparentemente a punto de bailar. Habían habido rumores de que la relación entre los dos oficiales de más alto rango de la Fuerza Expedicionaria Robotech estaba en terreno movedizo, pero por el momento, al menos, parecían completamente enamorados.

Sue dejó salir un romántico y corto suspiro y envidió a Lisa Hunter. Luego sus pensamientos regresaron al casete al cual ella estaba dando golpecitos con la palma de su mano. Una aprendiz-estudiante humilde, Sue tenía que arreglárselas con cualquier equipo que ella pudiera encontrar en la tienda de información pública del G-5, o Psico-operativos, Moral o lo que fuere.

Finalmente el casete estuvo en su lugar, y ella comenzó a moverse hacia su presa.

En Tiresia, la despedazada ciudad capital de la luna, el Royal Hall estaba fulgurante. La improvisada iluminación y las decoraciones volvieron a recalcar la inmensidad, el tamaño casi interminable del lugar.

La exuberante música de salón de baile permaneció lenta –algo de Strauss, Karen Penn pensó; algo que hasta Jack Baker podía manejar. Como ella lo había esperado, él le pidió valsar una segunda vez.

Y él no era tan malo en ello. La velocidad y reflejos que lo hacían un buen piloto Veritech –casi tan bueno como yo lo soy, ella pensó– lo hace un bailarín aceptable. Todavía, ella conservaba su aire distante, deslizándose impecablemente, haciéndolo parecer torpe por comparación; por otra parte, esa exasperante insolencia de él emergería de nuevo en cualquier momento.

Ellos eran casi de la misma estatura, un metro y setenta y siete centímetros más o menos, él pelirrojo y cubierto de pecas y frenético, ella rubia color miel y de piel suave y magnífica modelo –

y desde hace mucho tiempo cansada de llamar la atención masculina. Jack había cumplido dieciocho años dos meses atrás; Karen celebraría la mayoría de edad dentro de tres semanas.

Ellos habían sido como aceite y agua, perros y gatos, Objeto Incapaz de ser Seducido y Fuerza Irreprimible, desde que se habían conocido. Pero ellos también habían sido camaradas de batalla, y ahora se ladeaban al intensificarse la música, y de algún modo su antagonismo amistoso fue dejado de lado, al menos por el momento.

El acorazado del espacio profundo era una azarante, casi impetuosa pieza de componentes: tecnologías diferentes, diferentes filosofías de diseño, hasta fases diferentes de la conciencia científica, mostrada en los contrastes entre sus varios módulos. De él, gran número de armas desigualmente erizadas y muchos tipos de sensores sondeados.

Con Tirol frente a él, el carro de batalla multicolor pasó a alerta de combate.

En el borde exterior del salón de baile, los miembros del Escuadrón Ghost del General Edwards y del Wolff Pack del Coronel Wolff intercambiaban miradas hostiles, pero refrenados de cualesquiera discordias manifiestas; las advertencias de la Almirante Lisa Hunter, y sus promesas de justo castigo, habían sido muy específicas en ese punto.

Edwards estaba allí, una figura altiva, espléndidamente militar, su hermosura sardónica estropeada por la media placa craneal que cubría la mitad derecha de su cabeza.

Por orden confidencial de Lisa, Vince Grant y su gente de la Unidad Móvil Terrestre estaban manteniendo vigilancia sobre los rivales, preparados para disolver cualquier refriega. Hasta ahora las

cosas parecían estar pacíficas –nada más que un poco de miradas coléricas y alardes.

Suspendida en órbita sobre las ruinas de Tirol, la Super Fortaleza Dimensional Tres registró el rápido acercamiento del acorazado no identificado.

La SDF-3 había sido lenta en detectar al recién llegado; los sistemas de la nave de guerra Terrestre habían sido dañados en el feroz combate que había destruido su aparato de transposición, y algunos sistemas todavía estaban funcionando muy por debajo de la eficiencia máxima.

Pero ella había localizado al posible adversario ahora. De acuerdo con el procedimiento, la SDF-3 pasó a los puestos de combate, y el personal de comunicaciones se apresuró a abrir frecuencias con el contingente en la superficie de Tirol.

Tal vez la extraña pareja en la celebración era Janice Em, la hermosa y enigmática cantante, y Rem, el asistente del científico Tiresiano Cabell.

Janice era la creación del Dr. Lang, un androide, una persona artificial, sin embargo ella no tenía conocimiento de ello.

Lang sacudió su cabeza y recordó que los Formadores de la Protocultura no podían ser desafiados. Él estaba realmente bastante feliz de que los dos estuviesen unidos.

Él se volvió hacia Cabell, el único y anciano sobreviviente de los científicos de Tirol.

Lo que alguna vez fuera el magnífico paisaje urbano de Tiresia y los

espléndidos jardines rodeando el Royal Hall, ahora eran un único erial destrozado.

Por encima estaba la luna creciente de color verde-jade de Fantoma, el planeta imponente que Tirol circundaba. Su belleza alienígena ocultaba la fealdad que Lynn-Minmei sabía estaba allí a la luz del Valivarre, el planeta primario del sistema. La verde luz de Fantoma hechizaba con magia todo lo suyo. ¿Cómo podía la escena de tanta muerte y sufrimiento ser tan inexpresablemente bella?

Ella se estremeció un poco, y el Coronel Jonathan Wolff deslizó su brazo alrededor de ella. Minmei pudo sentir por el modo en que él se había acercado que él la quería besar; ella no estaba segura si ella sentía lo mismo o no.

Él era el cortés, el guerrero feroz, el bien parecido Alpha Wolf del Wolff Pack –y la había rescatado de cierta muerte, melodramática como puede sonar para otros. Sin embargo, había un peligro en enamorarse; ella ya había aprendido ello no una vez sino varias veces.

Wolff pudo ver lo que estaba pasando por los pensamientos de Minmei. Él se deleitó la vista con ella, anhelándola. El Grande y Malo de Wolff, en realidad –una expresión que a él nunca le había gustado.

Sólo esta vez, el Grande y Malo estaba hechizado, e inútil. Ella era la pilluela de ojos azules y cabellera negra cuya voz y sencillo encanto había sido la clave para la victoria humana en la Guerra Robotech. Ella era la joven mujer quien, sin saber, lo había atormentado con fantasías que él no podía exorcizar de día, y con sueños febriles eróticos por la noche.

Ella no se había movido del círculo del brazo de él; ella lo miró, los ojos tan abiertos como esos de una gama sobresaltada. Wolff se inclinó acercándose más, labios separados.

Yo la amo tanto, Rick pensó, cuando él y Lisa fueron a unirse al baile. La cintura de su esposa era flexible bajo su mano enguantada; los ojos de ella bailaban con ternura. Él se sintió estallando en una

sonrisa lánguida, y ella rebozó de alegría.

No puedo vivir sin ella, él reconoció. Todos estos problemas entre nosotros –encontraremos la manera de sobrellevarlos. Porque de otra manera no vale la pena vivir.

La música acababa de comenzar cuando se detuvo de nuevo, irregularmente, cuando el Dr. Lang aquietó a las personas desde el micrófono de pie. El conductor de la orquesta de la nave se paró de pie a un lado, luciendo irritado pero aprensivo.

Todos allí habían servido en la guerra. Algo adentro de ellos anticipó las palabras. “Una nave no identificada...curso hacia Tirol...escuadrones Skull y Ghost...Almirante Hayes y Almirante Hunter...”

La guerra se nos interpone de nuevo.

Rick emprendió una arremetida, pero se detuvo antes de haber dado tres pasos, dándose cuenta que su esposa ya no estaba con él. Afortunadamente, en toda la confusión, sólo una persona lo notó.

Él miró hacia atrás y vio a Lisa esperando allí, cabeza en alto, mirándolo. Él comprendió que él había reaccionado con los reflejos de un piloto guerrero, la carrera precipitada de una riña caliente.

Era la discusión que ellos habían estado teniendo durante días, durante semanas –sucintamente, en intercambios rápidos, por el día; cansadamente, poniendo a prueba hasta más no poder la paciencia de ambos uno con otro, por la noche. Rick era un piloto, y había llegado a la conclusión que él no podía ser –no debía ser– otra cosa. Lisa insistía en que su trabajo ahora era comandar, inspeccionar los operativos de los grupos de vuelo. Él debía hacer el trabajo para el cual había sido escogido, porque nadie más lo podía hacer.

Rick sólo vio confianza en los ojos de su esposa cuando lo miraba, su barbilla elevada –eso, y una apariencia orgullosa en su rostro.

Sue Graham, empuñando su grabadora de vídeo y audio, había captado la cosa entera, el traspie momentáneo en el protocolo, en la confianza –en el amor. Ahora, ella rebobinó la cinta un poco, de modo que la vista de Rick Hunter alejándose rápidamente del lado de su esposa sería borrada, y comenzó a grabar sobre ella.

Al momento que las personas estaban volviéndose hacia los

Almirantes Hunter, Rick se acercó a Lisa. En esa ocasión, la conversación y el ruido se extinguieron gradualmente, y el mismo Royal Hall, sopesado por sus eones de historia y eventos inquietantes, parecía estar escuchando, evaluando. Las botas de caña alta de etiqueta de Rick castañearon sobre un piso alienígena que brillaba como un espejo negro.

Él le ofreció a ella su brazo, formal y meticulosamente correcto, inclinando su cabeza hacia ella. “¿Señora?”

Ella hizo una somera reverencia militar, movió la flexible pollera del uniforme de media gala, y descansó su mano en el antebrazo de él. La habitación entera estaba escuchando y observando; Rick y Lisa habían hecho recordar a todos lo que la REF era, y lo que se esperaba de ella.

“¿Las órdenes, Almirante?” Rick preguntó a su esposa vigorosamente, en voz alta, en su papel como oficial de segundo en rango presente. Diciendo esas palabras, él oficialmente terminó el baile y puso a todos al tanto de que estaban de servicio.

Lisa, repentinamente el sostén de todos, los miró fijamente. Ella no tenía que levantar mucho su voz para ser oída. “Todos ustedes saben qué hacer, señoras, señores. Trataremos esto como una alarma roja. La SDF-3 ocupará puesto de alerta en los Cuarteles Generales. La GMU y otras unidades terrestres repórtense a estaciones de combate; todo el personal designado retornará a la fortaleza dimensional.”

Ya hubo movimiento, cuando las personas caminaron a zancadas o se apresuraron a sus deberes. Pero nadie estaba corriendo; Lisa les había restituido su centro.

“Oficiales de control de fuego y operaciones de combate se asegurarán que ningún acto provocativo u hostil sea cometido,” ella dijo en voz aguda. “Les recordaré que todavía estamos en una misión diplomática.”

“Continúen.”

Los hombres y las mujeres se estaban moviendo con un propósito determinado, el hall abierto rápidamente disipándose. Lisa se dio vuelta hacia un ayudante, un oficial de comunicaciones. “Mis respetos para el Consejo Plenipotenciario, y serían tan amables en cuanto a convocar una reunión inmediatamente a mi regreso a la

SDF-3.”

El ayudante desapareció; Lisa giró hacia Rick. “¿Con tu permiso?”

Rick, su esposa en su brazo, se dio vuelta hacia el área de lanzamiento del transbordador espacial. El personal les abrió paso. Rick dejó a Lisa llevar el paso: sistemático, pero no frenético.

Cuando el transbordador estaba ascendiendo como una flecha a través de la atmósfera de Tirol para reunirse con la SDF-3, y los dos estaban estudiando reportes preliminares mientras que los oficiales del estado mayor ejecutaban análisis y más datos llegaban en abundancia, Rick hizo una pausa por un momento para mirar a su esposa cuando meditaba sobre las más recientes actualizaciones.

Él cubrió la mano de ella con la suya por un momento; la apretó. “Nos debemos un vals, Lisa.”

Ella le dio una rápida y encantadora sonrisa, apretando su mano en respuesta. Luego ella volteó para impartir más ordenes a su personal.

Para Rem, los humanos y su misión de la REF había estado confundida desde el comienzo, pero nunca más que ahora.

Con esta noticia de una nave de guerra no identificada, él y Cabell –quien había sido un padre para él, realmente, y más que un padre– se apresuraron hacia el área de aterrizaje del transbordador, para esperar su turno para ser llevados a la SDF-3. Su preferencia en el asunto no fue preguntada; ellos eran un importante tal vez un crucial recurso de inteligencia militar ahora, aunque eran tan mistificados como nadie más.

Había confusos arranques de conversación y fragmentos de escenas cuando Rem guiaba a Cabell por el acordonamiento general.

Allí estaban los dos jóvenes cadetes que Rem había venido a conocer como Karen Penn y Jack Baker. Ellos habían sido obligados a prestar servicio como controladores de multitudes y coordinadores de la evacuación. Jack seguía tratando de atraer la

atención de Karen y proclama cierto tipo de broma u otra cosa; ella sólo le otorgó una ocasional mirada y se concentró en sus deberes.

Rem no la podía culpar. ¿Qué podía ser cómico en una situación como esta? ¿Estaba Jack psicológicamente funcionando mal?

Luego allí estaba la cantante, Minmei, la socia de Janice Em, poseedora de una voz tan conmovedora que ello desafiaba la lógica, y una cara y una forma de inquietante encanto. Aquel al que ellos llamaban Coronel Wolff parecía estar tratando de acomodarla consigo, parecía ser propietario con respecto a ella, pero ella no estaba asegurando nada de ello. En realidad, parecía que ella estaba a punto de estallar en esa asombrosa y alarmante aberración fisiológica humana llamada lágrimas.

Los equipos Ghost y Skull y de la GMU estaban cooperando como Triunviratos de mentes conectadas, sin embargo Rem los había visto listos a llegar a las manos sólo poco tiempo antes.

Él miró en los alrededores en busca de Janice Em, la socia y armonía de Minmei y, hasta cierto punto, el álter ego, pero no la pudo ver. Ella había estado con Lang sólo unos momentos antes, pero ahora Lang ya se había ido, también. Rem trató de alejar los pensamientos inquietantes de su mente, tales como los rumores que eran comunes sobre Lang y Janice. Se suponía que Lang era como un tío para ella, sin embargo algunos decían que él era “mucho más.”

¿Pero qué? Rem apenas comprendía el concepto de “tío,” y no tenía idea de lo que “mucho más” podía significar. Sin embargo sus mejillas se ruborizaron, y él sintió una rabia enigmática cuando imaginó a Jan teniendo alguna relación confusa con Lang que haría al anciano científico humano más importante para ella que, que...

Entonces, de repente, Rem y Cabell estaban siendo apresurados dentro de un transbordador, y una escotilla corrediza cortó la vista nocturna y fantasmal de una Tiresia en ruinas.

Capítulo 2

*Nunca me cansé de cubrir a los Hunter, los almirantes.
Para mí, ellos eran una pareja perfecta, la mejor que
la Tierra pudo poner en el campo. Pero en otro sentido,
el enemigo había puesto en el campo su peor pareja.*

*Susan Graham, narración del documental Los
Corsarios de la Protocultura.
La SDF-3, la Farrago, los Sentinels, y la REF*

En el puente de la Super Fortaleza Dimensional Tres, Lisa Hayes inspeccionaba las preparaciones para la batalla y se desesperaba, pensando que la misión diplomática de la REF pudiera estar definitivamente perdida por encontrar sólo guerra.

Aproximadamente veinte minutos habían transcurrido desde que el acorazado no identificado fuera detectado, y casi estaba sobre ellos. Aún aquel no había respondido a ninguna señal visual o electromagnética. La paz era importante para ella, pero igualmente lo eran las vidas de su tripulación y la supervivencia de su comando. Ella estaba tan nerviosa como cualquier artillero enrolado, pero no tenía la suntuosidad de simplemente esperar que ella pudiera disparar primero.

Y, la SDF-3 era sólo parcialmente digna de combate; el permitir al enemigo ponerse a corto alcance podría significar el desastre final. Sin embargo, la misión de la REF tenía que significar algo más que cruzar la galaxia sólo para librar batalla tras batalla, tenía que significar más que una guerra sin fin.

Ella examinó cada detalle, para ver si no había alguna preparación más que ella pudiera hacer. Lisa observó alrededor del puente. Allí estaba la misma disposición del equipo de vigilancia del

pequeño puente que su mentor, el Capitán Gloval, había usado, excepto que los tres técnicos enrolados eran hombres, como lo era el oficial de guardia y el segundo comandante de Lisa, el Comandante Forsythe.

Rick y los otros oficiales del Centro de Información Táctica –el comando cavernoso de la nave, comunicaciones, e instalaciones de control– mantenían el flujo de información, pero ninguna de ella era muy útil. El Consejo Plenipotenciario, el cuerpo civil en control total de la Fuerza Expedicionaria Robotech, había convenido mucho tiempo atrás dar a Lisa el control operacional sobre la situación; ellos estaban satisfechos de que ella no fuera propensa a disparar impulsivamente, y de que ella fuera consciente del delicado peligro del dilema táctico.

Los Veritechs fueron mezclados, enviados para bloquear el camino del recién llegado, e interceptar y trabar combate si fuera necesario. Alphas, Betas, y Logans se desplegaron a sus posiciones asignadas. El ojo de Lisa encontró el símbolo de pantalla táctico para el equipo Skull por un momento, y pensó en Rick –atrapado allí abajo entre filas de estaciones de trabajo, monitores e instrumentos de los técnicos y las consolas. Ella sabía que él estaba anhelando estar lejos de allí con su amado ex equipo.

Ella supuso que el corazón de él estaba aún más con ellos en este momento que con ella. Si lo fuere, eso era algo que ella podía comprender, podía perdonar, mientras cumpliera su asignación actual.

Ella puso el pensamiento a un lado; los Veritechs se estaban colocando al alcance del acorazado no identificado. Aunque la nave era tan grande como cualquier crucero de batalla terrestre, todavía era mucho más pequeña que el mamut de la SDF-3. La nave mantenía su silencio aprensivo.

Según el reglamento, el próximo paso debería ser un vuelo de reconocimiento cercano, ejecutado por los VTs –una advertencia para el intruso. Si aún no hubiera ninguna confirmación, podría ser hora de un disparo por la proa del carro de batalla.

Ella se encontró a punto de ordenar al Ghost realizar el vuelo de reconocimiento, evitando el uso del Skull, pero se detuvo. Aunque Rick quería estar con su viejo equipo en lo más reñido de las cosas,

él sólo tendría que mantener sus deberes como un comandante. Edwards era demasiado imprudente –él incluso podría disfrutar aguijoneando a los recién llegados en un incidente de caza. Max Sterling, quien se había hecho cargo del Skull, era un hombre más confiable y el mejor piloto en la REF.

Ella abrió su boca para dar la orden al Skull, cuando uno de los técnicos masculinos enrolados dijo, “La nave que se aproxima está desacelerando, Capitán. Cambiando el curso para posible inserción en la órbita de Tirol. Está desactivando sus sistemas de armas.”

Tan pronto como el técnico transmitió la información, una voz femenina del Centro de Información Táctico apareció. Los instrumentos de comunicaciones del CIT (TIC) estaban interceptando radiotransmisiones del recién llegado.

Cuando las transmisiones fueron pasadas al puente, Lisa se encontró oyendo un extraño y confuso sonido de voz procesada. Pero poco a poco, ella comenzó a reconocer sílabas.

“Zentraedi,” el oficial de puente de Lisa, el Señor Blake, dijo suavemente, pero Lisa ya se estaba dando vuelta para abrir comunicación con la división de ciencia/investigaciones del Dr. Lang.

“Responda, por favor,” las transmisiones llegaron, en ese extraño sonido de voz procesada que podría haber sido generada por computadora. “Nave alienígena, por favor responda.”

¿Alienígena? Lisa reflexionó cuando Lang apareció en pantalla. Él estaba flanqueado por Breetai, y Exedore. Otrora los enemigos máximos de la humanidad, estos dos Zentraedi eran ahora leales aliados.

“¿Puede usted especular qué significa esto, Doctor?” Lisa preguntó. “¿O Comandante Breetai? ¿Lord Exedore?”

Fue Exedore quien respondió, su voz todavía teniendo algo del fantasmagórico tono vibrante Zentraedi, aunque él había sido Micronizado a tamaño humano.

Su mente era la más grande de su raza, y la fuente inagotable de su acumulado –en ciertos casos, inventado– saber popular e historia. “El idioma es Tiresiano,” él confirmó, “con palabras tomadas de nuestro propio idioma de batalla y ciertos elementos del habla de los Maestros Robotech. Pero está siendo hablado por un no

Zentraedi, un no Tiresiano.

“En cuanto a la nave, no se ajusta a ningún perfil conocido por mis bancos de datos, aunque ciertas partes de ella guardan parecidos con las astronaves de varias culturas viajeras del espacio.”

“Pero esta no es una nave Zentraedi,” dijo en voz resonante Breetai. “De eso estoy seguro. Nuestra raza conquistó miles de mundos, contactó miles de especies. El idioma de Tirol se convirtió en la lengua franca de la mayor parte de este sector de la galaxia. Esta nave de guerra puede provenir de cualquier parte de la región entera, o aún de más allá.”

Todos ellos oyeron la siguiente transmisión del acorazado. “Venimos en paz,” esa voz misteriosa dijo. “Venimos en amistad. ¡No disparen! ¡Necesitamos desesperadamente su ayuda!”

“Identifíquense,” un oficial de comunicaciones femenino transmitió en su claro contralto. “Nave entrante, ¿quiénes son ustedes?”

“Somos los Sentinels,” la voz respondió. “Somos los Sentinels.”

Abajo en el CIT, Rick Hunter tuvo una visión repentina de obeliscos negros y eventos terribles con el aire de Spracht Zaratustra.

Lisa observó la pantalla principal del puente.

Repentinamente la cara de Edwards apareció en una inserción en una esquina de ella. “¡Es alguna clase de truco! Almirante, usted no les puede permitir—”

“¡General, eso...se...hará!” Lisa fulminó, y lo borró de la pantalla. Un momento más tarde ella estaba hablando con el Consejo Plenipotenciario.

“Damas y Caballeros, yo recomiendo que permitamos a la, er, nave alienígena desembarcar bajo escolta cerrada de nuestros VTs y con sus sistemas de armas inertes. La podemos seguir con el arma principal de la SDF-3, y cubrirla con la de la GMU también, una vez que esté abajo. Si resulta que desean combatir, que sea desde una posición de desventaja táctica.”

Eso desencadenó un turbulento y severo debate en el consejo. Algunos miembros compartían la actitud de Edwards después del odio casi insensato con el que la llegada de la SDF-3 había sido recibida por el Invid.

Fue Lang quien se interpuso al rencor con un sencillo y tranquilo argumento, tal vez la cosa más humana que él había dicho desde aquel impulso de Protocultura, ocurrido tanto tiempo atrás.

“Mis queridos compañeros, hemos viajado a través de la mayor parte de la galaxia de la Vía Láctea con la esperanza expresa de oír la palabra que ellos acaban de usar: amistad.”

El permiso para desembarcar fue aprobado unánimemente.

Exedore era en menor grado el deformado enano de mirada de rana que él una vez había sido, gracias a la biocirugía humana y a los tratamientos cosméticos. Ello parecía hacer sentir a las personas más cómodas en su presencia, pero aparte de eso, ello significaba poco para él.

Ahora él tiró hacia atrás su masa indisciplinada de cabellos rojos y echó una ojeada a los datos en las pantallas cuando sus propios bancos de datos interactuaban con aquellos de las unidades principales de la SDF-3, con datos entrantes desde los detectores que siguen el descenso de la nave de combate recién llegada. Como había sucedido tan a menudo en el pasado, él pudo sentir al grandioso Breetai asomándose cerca.

Exedore, Breetai, y muchos de los jugadores de las estrellas de la REF estaban en el Centro de Información Táctico. Técnicos, inteligencia, y oficiales de operaciones estaban corriendo por el compartimento, el cual era de sesenta metros de lado y la mitad de alto, atestado de pantallas e instrumentación. Una pantalla principal de quince metros cuadrados dominaba el lugar.

Exedore estaba comparando regiones desiguales de los rasgos del casco del recién llegado con perfiles en los archivos Zentraedi. “¿Lo ven? Esa porción hacia la popa, a estribor –¡es Praxiana! Y la sección de allí, justo hacia proa del lado de estribor de la mitad de la nave: ¿no es una silueta Perytoniana, les pregunto?”

Nadie allí iba a discutir con él, pero nadie entendió lo que él quiso decir –y tampoco lo entendió Exedore. “Es como si estos Sentinels hubiesen puesto descuidadamente juntas una variedad de naves espaciales y las unieron con una estructura central –¿lo ven? –para formar, oh, no sé– un tipo de agregado. Desde luego, no es un diseño apropiado para la entrada atmosférica.”

Exedore estaba en lo correcto. La nave collage, asimétrica y

desequilibrada en gravedad y atmósfera, ya estaba siendo desmenuzada cuando luchaba su descenso hacia la superficie de Tirol.

Pero por cierto milagro la pesada nave permaneció unida. Rick Hunter se encontró alentando a gritos a los Sentinels, quienquiera que fueran. Él sentía emociones que él no había sentido en años – exaltación oculta de sus días en el circo aéreo de su padre.

“Nuestros análisis de sus sistemas de poder no tienen sentido,” un oficial técnico femenino reportó al puente. “Algunas indicaciones son consistentes con la Protocultura, pero otras lecturas son totalmente incompatibles. Incluso estamos detectando sistemas que parecen ser –bueno, como algo de la edad de vapor, Capitán.”

“Gracias, Coronel,” Lisa dijo, y la imagen de la mujer desapareció de la pantalla principal del puente.

Ella se dio vuelta hacia Exedore y Breetai. “¿Caballeros – amigos– me pueden decir qué hemos encontrado?”

Breetai tomó aliento, expandiendo su enorme pecho, luego cruzó sus vigorosos brazos a través de él. “Eso nos está irritando, Lisa, y así fuimos lentos para sacar a colación, pero muchos de los recuerdos de los Zentraedi son falsos –fabricaciones de los Maestros Robotech, implantados cuando ellos–”

Por primera vez ella vio la cabeza de Breetai, tan enorme e indomable como la de un búfalo, colgar en depresión. Lisa pudo sentir un gran pesar y pérdida viniendo de él. “Nos engañaron; hicieron una burla de nuestra lealtad, nuestro valor, nuestros sacrificios...”

Exedore se apresuró a llenar el silencio resultante. “Nosotros sabemos menos de este grupo estelar local de lo que sabemos de los muy distantes; los Zentraedi expandían el imperio de los Maestros – las marchas externas, como sus antiguos Romanos lo podrían poner. Pero usted debe comprender, Sra. Hunter –um, ¡Capitán!– que no podemos confiar en nuestras propias memorias en asuntos como éstos.”

La barbilla de Breetai se había levantado de nuevo. “Sin embargo, le diremos lo que sabemos. Praxis, Peryton, Karbarra, y los otros planetas cuya tecnología usted ve mezclada allí –todos

eran partes apreciadas del imperio de los Maestros. A los planetas del grupo estelar local, fácilmente alcanzados, se les permitió mantener una gran medida de su autodeterminación con tal que se subordinasen a las ambiciones de los Maestros Robotech. Ellos sobrevivieron, a su modo, en el ojo de la tormenta.”

“Por lo tanto –ellos serían los últimos en caer en manos de los Invid,” Lisa dijo lentamente.

Exedore inclinó la cabeza. “Los últimos, a no ser por Tirol. Y los mundos sobre los que la Regis y el Regente Invid podrían desear desahogar su enfado, o tanto como ellos pudiesen disponer, ahora que ambos lados han sido tan reducidos en números.”

Era cierto que los Invid triunfaron en la prolongada guerra contra los Maestros, pero en muchos casos lo que ellos gobernaron era un imperio de cenizas. Planetas, hasta soles, habían muerto. Lo que fue dejado en esa región de la galaxia parecía apenas de valor para ser tomado.

La cara de Rick apareció en la pantalla principal. “El destacamento de desembarco está listo, Capitán.” Él saludó a su esposa. Él mostró sólo una precisión infalible, consciente de que su comportamiento y expresión serían estudiados en otras miles de pantallas por toda la SDF-3. Detrás de él estaban las dos naves de desembarco pesadamente armadas que descenderían con los enviados de la expedición para dar la bienvenida a los Sentinels. Los Skull de Max se estaban formando para volar como escolta y cubierta. El GMU ya se había agitado en posición, su titánico cañón apuntado sobre la nave de guerra espacial que había aterrizado.

Lisa devolvió el saludo de Rick. Ellos sacaron sus manos de sus cejas vigorosamente, tal como el manual decía. Ella se preguntó si alguno de los que estaba atestiguando el intercambio podía decir cuán contento él estaba, ahora que él se estaba aventurando otra vez al peligro. Ella se preguntó si él mismo lo sabía.

La nave de los Sentinels había escogido un vasto lugar del suelo que serviría como su almohadilla de aterrizaje. VTs y unidades terrestres

llegaron para cubrir; temibles vehículos blindados resonaron y rodaron en sus huellas. El descenso de la nave de desembarco levantó nubes de arena y polvo que se asentaron rápidamente.

El protocolo había sido discutido un poco, pero nadie en el consejo quiso ser el primero en subir y tocar a la puerta de los Sentinels. Así que fueron Lisa y Rick, flanqueados por Breetai y Exedore y Lang, los que se aproximaron a la nave desarmados. El grupo caminó bajo la luz de Fantoma y el fulgor de cien proyectores de luz del Amblador Tiresiano de dos patas, hacia lo que parecía ser la escotilla principal de la nave espacial de los Sentinels.

Pero cuando la escotilla principal de la nave se abrió rodando, allí no hubo ningún dramatismo para el cual Lisa se había preparado inconscientemente. En su lugar, una figura ataviada estaba de pie allí, en la parte superior de una rampa extendida como una lengua impudente desde el costado de la nave de los Sentinels.

En realidad, la figura flotaba allí; el dobladillo de su manto ondulaba suavemente dos o cuatro centímetros sobre la rampa.

Lang había sido escogido para hablar en favor de la REF. Él tosió un poco en el turbulento polvo, un pie en la rampa donde ella encontraba la arena. “Si usted viene en amistad, yo le ofrezco mi mano, en nombre de todos nosotros, en amistad.”

El ser mirando hacia abajo hacia él era virtualmente lampiño, como una máscara en blanco. “Yo no puedo ofrecer la mía,” aquello dijo con la misma voz que ellos habían oído en la comunicación.

Otras figuras, más grandes, se asomaron por detrás de eso. Aun más apiñadas a los lados, más bajas y furtivamente apretadas. Las emanaciones de gas de la atmósfera de la nave de los Sentinels colocó una neblina repentina en el aire de Tirol, y se volvió aún más difícil de ver.

Luego Rick oyó el grito de Lisa, y exclamó su nombre. De repente él estaba luchando cuerpo a cuerpo con el diablo.

Capítulo 3

Supongo que no debimos habernos sorprendido. Ya habíamos descubierto tiempo atrás, durante la Guerra Robotech, que dondequiera que los bloques de construcción químicos básicos de la vida coexistían, ellos se vinculaban preferentemente para formar las mismas subunidades que definían las estructuras biogenéticas esenciales encontradas en la Tierra. En otras palabras, el orden del código del DNA no era una singularidad de la naturaleza.

La formación y eslabonamiento de ácidos y nucleótidos era casi inevitable. Los enlaces del RNA mensajero parecían operar en una codificación intrínseca a las moléculas mismas. Sabíamos que la vida a lo largo del universo podría ser muy similar, y que cierta fuerza parecía dictarlo así.

Pero eso no quitó de la vista de los Sentinels el golpear a la mayoría de nosotros inmediatamente en nuestras piernas.

Lisa Hayes, Recolecciones

El diablo que estaba teniendo a raya a Rick no era verdaderamente aquel de las historias de miedo del Antiguo Testamento. Al menos él parecía carecer del poder del fuego del infierno, y estaba tratando de razonar en acentuado Tiresiano antes que condenar a Rick a las Profundidades Subterráneas y a la Agonía Eterna.

“¡Libéreme! ¡Suélteme de las manos!”

Todo lo que Rick podía ver era un sonriente y ligeramente demoníaco rostro del cual cuernos crecían. Entonces Rick se sintió

apartado con tal fortaleza que él pensó que el fornido Vince Grant o hasta el mismo Breetai lo había agarrado.

Para el asombro de Rick era Lang, cuidadosamente pero enérgicamente impidiendo una catástrofe diplomática.

¿La Protocultura, trabajando a través de él? el joven almirante se preguntó.

El aire se estaba aclarando y un disturbio había sido prevenido. Las mandíbulas de los humanos se abrieron maravilladas cuando los Sentinels se presentaron a sí mismos.

“Soy Veidt, de Haydon IV,” el vestido con una túnica –el que había rehusado la mano de Lang– dijo. “Y como estaba por decir, no le puedo ofrecer mi mano, debido a que tengo ninguna, tampoco tengo brazos, tal como usted comprende el concepto. Sin embargo, doy la bienvenida a sus palabras de amistad, y reafirmo las mías.” Veidt descendió flotando la rampa hacia ellos e inclinó su cabeza solemnemente.

Lisa, no encontrando palabras, devolvió el gesto.

Los representantes diplomáticos de los Sentinels se trasladaron con aquellos de la REF hacia una mesa redonda y grande, adornada por edicto del consejo, bajo el resplandor de jade del creciente Fantoma en la larga noche Tiresiana. El área estaba iluminada por montones de rejillas de iluminadores, y por los reflectores Tiresianos de dos patas y de apariencia singular.

Los servidores humanos trajeron bandejas de alimentos y bebidas, y algunos de los Sentinels no mostraron ninguna renuencia respecto a ayudarse a sí mismos, sin embargo otros declinaron, teniendo necesidades nutritivas diferentes.

El Gran Breetai, su silla de tamaño exagerado crujiendo ominosamente debajo de él, notó figuras apretadas contra puertos y cúpulas de observación en el acorazado. Por su sugerencia, un gran surtido de provisiones fue colocado en las esclusas de aire; los representantes diplomáticos de los Sentinels fueron muy agradecidos, y mencionaron, casi como un asunto indigno de

discusión, que ellos habían estado sobreviviendo apenas con provisiones de supervivencia.

Los seres que se parecían a osos machos y hembras caminando por allí con anchos y elefantinos pies –y vistiendo arneses que soportaban fundas y bolsas pequeñas y armas de mano de cierto tipo– eran Karbarrianos.

Veidt y su camarada Sarna eran de Haydon IV, una revelación que hizo a Cabell y a Rem intercambiar miradas sugestivas respecto a las cuales Lang y los otros no tenían tiempo para interrogarlos. De repente, los Zentraedi Micronizados parecían casi tan humanos como la mayor parte de los parientes políticos, Jack Baker reflexionó, contemplando desde fuera del campo.

La pareja que parecía como si estuviesen hechos de cristal viviente era de un mundo llamado Spheris. Y las enormes, supremamente orgullosas y atléticas mujeres en osadas y gladiatorias ropas, Gnea y Bela, venían del planeta Praxis.

Karen Penn, observando desde su ventajosa posición en el techo de una van de comunicaciones, miraba fijamente con fascinación a una pareja de apariencia zorruna, conocidos como “Garudianos.” Ellos tenían pies cuya estructura tripartita le hizo recordar a ella de la base de una percha cuelga sombreros, y sus bocas y hocicos estaban ocultos por complejos aparatos de respiración. A los Garudianos les gustaba sacudir sus largas y lujuriantes colas cuando hablaban, e inmediatamente tuvieron que ser realizadas adaptaciones en sus sillas para acomodarlas.

Cabell y Exedore habían ayudado a Lang y a una fuerza de tarea heterogénea de miembros de inteligencia del G-2 y de Asuntos Sociales del G-5 a preparar los programas de traducción para las computadoras intérpretes, pero en general los representantes políticos se las arreglaron con Tiresiano entrecortado. La mayor parte de la REF hablaba una versión modificada del idioma Zentraedi, y virtualmente todos en la SDF-3 habían tenido cierta exposición al idioma, mientras que todos los Sentinels lo hablaban – como Breetai había dicho, una lengua franca.

Una de las primeras cosas en aclararse fue que los Sentinels no eran un ejército, o un cuerpo gubernamental –ellos eran fugitivos.

“Fugitivos de la tiranía de los Invid,” Veidt dijo con su voz

procesada y susurrante. La voz provenía de ninguna fuente que Lisa pudiera detectar; Veidt y Sarna no tenían bocas, pero podían ser oídos y estaban siendo grabados.

“Haydon IV, Karbarra, Peryton, Garuda, Praxis, Spheris – nuestros hogares son mundos bajo el yugo Invid, hasta cierto punto. La nave en la que arribamos iba a ser nuestra prisión, una clase de – ¿zoológico? No, ¿cuál es la palabra? – ¡caja de trofeos! Sí, y los cientos y cientos de nosotros a bordo, sus artefactos –todo para el placer del Regente Invid.”

“¿Y qué sucedió?” Justine Huxley inquirió, la ex Jueza de la Corte Suprema del Gobierno de la Tierra Unida, ahora un miembro del consejo. Su tono era neutro, por años de hábito. “¿Qué cambió sus circunstancias?”

Lang notó que Burak de Peryton –el de cuernos de demonio– el único Sentinel sin camarada ni compañero, había parecido incómodo a lo largo del procedimiento para obtener información. Ahora él golpeó con estrépito una mano con seis dedos –equipada con un segundo pulgar opuesto donde el borde de la mano de un humano estaría– sobre la mesa y levantó una chiflante y furiosa voz.

“¿Qué importan los detalles? ¡Vencimos a nuestros captores, y tomamos la nave! ¡Y por cada minuto que nosotros nos demoramos aquí, cada minuto que aguardamos, seres conscientes sufren dolor y mueren bajo el salvajismo del Regente! ¡Nuestros instrumentos nos han mostrado sus batallas; ustedes deben reconocer ahora que el Regente nunca les ofrecerá la paz, o si quiera una tregua!

“Ustedes están aquí sentados con su fortaleza dimensional casi fuera de combate. Ustedes no osan esperar a que el Regente traiga la batalla a ustedes, ¿no lo niegan? ¡Muy bien! ¡Ayúdennos a llevarla hacia él! ¡Únansenos, por nuestro bien y su propia supervivencia!”

Las puntas malvadas de los cuernos de Burak parecían estar vibrando. Él los miró con ira con ojos sin pupilas y sin iris desde debajo de cejas pesadamente deshuesadas. “¡Ayúdennos por el bien de aquellos que están en esclavitud y angustia, y muriendo, aún en este momento!”

Algo estaba evidentemente desgarrándose en las entrañas de

Burak, y Rick tenía miedo de que el Perytoniano fuese a cruzar la mesa redonda hacia alguien. Pero Lron, el enorme masculino de los dos osunos Karbarrianos, apoyó una pesada mano en el hombro de Burak, y éste se calmó.

Casi de la altura de Breetai, pero por lejos más pesado, Lron miró a su alrededor con lo que él tal vez pretendió era una sonrisa amable. En él, sin embargo, ello era más bien temeroso, al menos en lo que concernía a Rick –con esos dientes feroces, tan largos y blancos y puntiagudos.

Lron había bajado sus pesados anteojos, dejándolos colgar sueltamente en su garganta. Él dijo con su gruñido áspero, húmedo, de algún modo dolorido, “Lo que Burak ha dicho, nosotros hemos hecho una promesa solemne para cumplirla. No importa cuál sea el costo, nosotros lucharemos hasta que ganemos o el último entre nosotros esté muerto. Quizá ustedes, en esta REF, no lo comprendan, pero lo harían, creo, si ustedes pasasen semanas o meses en jaulas –animales exhibidos para el placer del Invid.”

La camarada de Lron, Crysta, pronunció un profundo y gorjeante gruñido, un ruido como el drenaje de cierto sistema de lago subterráneo. Como su esposo/camarada, ella tenía cuernos sugiriendo diminutos hongos brotando de su frente.

Crysta agregó, “Nosotros enterramos en el espacio a muchos más de nosotros de los que sobrevivimos; tal fue el cuidado que los Invid tuvieron con nosotros. Ustedes pueden preguntarse por qué nosotros, los sobrevivientes, hicimos un pacto, para llamarnos los Sentinels –un término Zentraedi, y esperamos que ustedes lo comprendan.”

“Sentinels. Los Vigilantes. Los guardias que dicen, ‘¡Este lugar, yo lo protejo! ¡Lo protejo con mi vida! ¡Entrométase aquí, e iniciará una guerra que sólo uno de nosotros podrá sobrevivir!’”

Crysta estaba en completo rugido ahora. Los humanos podían oler su pelaje y su olor de almizcle. Lisa estaba pálida, hipnotizada, preguntándose si cualquier cosa que el universo pudiera crear sería más imponente que una enfurecida osa.

Crysta se deslizó en su propio idioma, y las computadoras suministraron la traducción. “¡El regente y sus Invid han hecho de las suyas! ¡Y ahora aquí hay una guerra a la que sólo un lado puede

sobrevivir!”

Crysta deliberadamente trajo su mano-garra hacia sí sobre la destellante madera Tiresiana de la mesa redonda, sus garras no retráctiles clavándose. Retorcidas virutas de madera rizándose entre sus dedos, laqueadas de un lado, desnudas y no barnizadas del otro.

Cuando el chillido de la madera torturada se había terminado, Baldan, la piedra preciosa viviente del planeta Spheris, habló para llenar el silencio. “¿Nos ayudarán? Necesitamos provisiones, armas, y aliados.”

“¿Cuál es su plan?” Justine Huxley preguntó. Ella mantuvo esa voz neutra, pero Rick pudo ver compasión en su rostro.

“Primero, liberar a Karbarra. Allí, podemos reactivar las fábricas de armas y armarnos completamente. Después, abrir los campamentos para prisioneros de guerra de Praxis, donde miles y miles de guerreros sólo desean venganza por lo que se les ha hecho.”

“¡Luego liberamos a Peryton!” Burak dijo, golpeando su extraño puño.

Baldan lo ignoró, y Rick vio que los Sentinels no eran todos de la misma idea. “Finalmente, después de que Garuda y Spheris sean liberados, tendremos cierto conocimiento que necesitamos para liberar a Haydon IV –y entonces estaremos listos para la campaña para liberar a Peryton. En el transcurso de esta guerra, combatiremos a los Invid, por supuesto –tal vez hasta los derrotemos.

“Pero de lo contrario, nuestros planetas unidos acorralarán al Regente, y lo forzarán a rendirse o morir.”

Mientras el Consejo Plenipotenciario se retiró para discutir la solicitud de los Sentinels, a Lisa, a Rick, y a unos cuantos otros se les ofreció un tour por la peculiar astronave.

El pobre de Lang pareció partirse en dos, cuando su determinación por regir el consejo luchó contra su apasionado deseo de examinar la nave. Como ello resultó, sin embargo, hubo

algo mucho más inmediato sobre lo cual preocuparse.

“Confirmada astronave enemiga acercándose en vector de ataque definido, lo repito, en vector de ataque definido,” un altoparlante anunció. Sirenas y sonidos de advertencia estaban sonando. Humanos y Zentraedi miraron a los Sentinels sospechosamente.

“Debe ser el Perseguidor Invid,” Burak rechinó.

“¡Pero nosotros destruimos al Perseguidor!” Baldan gritó. “¡Nuestros instrumentos lo confirmaron!”

“Entonces se equivocaron,” Burak lanzó en respuesta. “Tal vez destruimos un señuelo.”

“¿De qué se trata todo esto?” Rick demandó. “¿Qué es un Perseguidor?” Lisa estaba ocupada en un enlace de comunicación, asegurándose de que la SDF-3 estuviera en puestos de combate.

Exedore explicó, “El Perseguidor es un arma que el Invid utilizaba en los días cuando su imperio era vasto y poderoso; estoy sorprendido de que quede alguno.”

“Tal vez este sea el último,” Lron gruñó. “Cuando nos rebelamos y tomamos la nave, nosotros destruimos su nave escolta, pero no antes de que ella lanzare su Perseguidor hacia nosotros. Durante dos días esquivamos y combatimos al Perseguidor, y pensamos que lo habíamos destruido, pero ahora él nos ha hallado otra vez.”

Edwards se había presentado, su pieza craneal reflejando el resplandor de Fantoma y el fulgor de los reflectores Ambladores. “Bueno, eso ya no va a causar problemas a nadie más; no cuando mis Ghost Riders terminen con eso.”

“¡No!” Exedore ladró. Él se dio vuelta hacia Lisa. “Almirante, meros Veritechs no tienen el poder de fuego necesario para tratar con un Perseguidor. ¡Esta es un arma que hasta los Zentraedi temían! El cañón de su GMU, hasta el arma principal de la SDF-3 – ¡ninguna de éstas armas tiene el poder suficiente para penetrar sus escudos! Es aplacable, y una vez que encuentra su objetivo...”

Él miró hacia la nave Sentinel. “Detonará con suficiente fuerza para desgarrar la corteza de Tirol.”

“Sí,” Baldan, el resplandeciente Spherisiano, dijo tristemente. “Ya que su mecanismo de rastreo está fijado en nuestra nave, sólo hay una respuesta: deberemos llevárnoslo lejos, al espacio profundo

otra vez, y tratar de lidiar con él allí.”

“¿No hay algún modo de que los aliados hablen?” La jueza Huxley frunció el entrecejo, acercándose a ellos desde donde el consejo abruptamente se había reunido en sesión. Ella sonrió para la sorpresa en sus caras. “Los Sentinels y la REF están ahora oficialmente comprometidos. El voto fue de cinco a cuatro.”

“Señora,” Exedore logró pronunciar, incapaz de expresarse, sabiendo que el voto de ella había sido el voto decisivo. En una oleada de emoción, él tomó la mano de ella, besándola, como él había visto que los humanos lo hacían. Cuando él comprendió lo que estaba haciendo, Exedore casi desfalleció.

“Si el arma principal de la SDF-3 y de la GMU y la artillería de los VT no es suficiente para liquidar a este Perseguidor,” Rick estaba diciendo, “¿qué hay sobre disparar todas las armas al mismo tiempo sobre eso? Nosotros podemos conducirlo al fuego cruzado con la nave de los Sentinels.”

No había tiempo para tratar de salir con un plano mejor, el Perseguidor estaba a sólo unos minutos de distancia. Una vez más, Lisa se encontró con el control total, ella ya estaba enlazada a la SDF-3, ordenando a la fortaleza dimensional dejar órbita y descender a baja altura para la emboscada.

No había tiempo para procesar la orbital balística y los datos de computadora; ella calculó variables e incógnitas y, con una suposición y una oración, estableció el momento en que la trampa debería saltar. No estaba muy lejos.

“Alguien tendrá que ir junto con nuestros nuevos amigos.” Edwards dijo con una sonrisa atiburonada. Claramente, él se proponía ser aquel, para hacer tempranas incursiones con estas criaturas en Privado, él lo vio como un posible medio hacia sus propios fines.

Pero Rick Hunter dijo, “Olvídelo, General. Ocúpese del CIT y de su equipo Ghost.” Él se dio vuelta hacia Lisa. “Almirante, es lógico que yo vaya.”

Él la había vencido, Rick sabía cómo los centros nerviosos de la SDF-3 funcionaban, cómo los golpes serían coordinados y ganados, el procedimiento de comando apropiado para orquestrar el asunto entero del fin de los Sentinels.

Y él lucía tan contento por la oportunidad de arriesgar su vida, Lisa pensó. Ella casi lo odió en ese momento, pero ella era un almirante al mando con cosas más importantes que hacer.

“Continúe,” ella dijo, sus músculos de la mandíbula saltando. Rick saludó, se dio vuelta, y subió rápidamente la rampa junto con los Sentinels.

Capítulo 4

Con la muerte de Zor, el fabuloso diseño Tiresiano para sembrar la Flor de la Vida entre las estrellas se detuvo. En realidad en la mayor parte de los casos se dio marcha atrás. A la Flor no se la pudo hacer prosperar donde no lo deseaba hacer, y no pudo ser forzada. El contraído y formado en orden de batalla imperio Tiresiano fue forzado a desviar sus recursos a su lucha por la supervivencia.

El conflicto entre los Invid y los Maestros Robotech que había prometido absorber a la galaxia se disolvió. La lucha en ese sector de la Vía Láctea se contrajo a los pocos Mundos restantes de Haydon, donde un puñado de sitios con la Flor viable aún permanecía.

Había un patrón obrando, pero ninguno de los combatientes tenía ojos con los cuales verlo.

*Jan Morris, Siembras Solares, Los Guardianes
Galácticos*

Uno de los primeros criterios selectivos para el personal de la REF había sido la capacidad para funcionar en crisis y bajo tensión severa. Cuando las preparaciones apresuradas fueron hechas para emboscar al Perseguidor, la REF mostró su temple.

No sólo medidas tuvieron que ser tomadas para tener a la SDF-3 y a la GMU precisamente en el lugar indicado en el tiempo correcto, sino un enlace provisional de comunicaciones y de datos con la nave de los Sentinels tuvo que ser establecido. Además, grandes cantidades de humanos y Zentraedi tuvieron que ser red desplegados, misiones de ataque con armas de Protocultura tuvieron que ser

implementadas, y los VTs tuvieron que ser mezclados a última hora y correctamente posicionados.

Lisa, siendo transportada a la GMU con el consejo porque no había tiempo para reunirse con su nave, estaba demasiado ocupada para reflexionar sobre cómo las cosas nunca volverían a ser las mismas entre ella y Rick.

Entrando en la nave de los Sentinels, Rick fue asaltado por extrañas vistas y hasta olores extranjeros.

Él tuvo poco tiempo para mirar a su alrededor cuando se encerró detrás de Lron y Burak y el resto, pero por lo que pudo ver, la nave era todo menos sofisticada. El aire estaba lleno de un olor a solvente. Puntos de soldadura y vías de poder e interfaces de sistemas, aún considerando el hecho de que era alienígena, todo parecía tan provisional.

Lron había gritado ordenes, atrás en la rampa, y ahora la nave tembló cuando sus motores se pusieron en marcha. Rick reprimió un torrente de duda; quizá esto no era tan bueno como estar en la cabina de un Alpha, ¡pero ello seguro sobrepasaría el vegetar abajo en el Centro de Información Táctico de la SDF-3!

Sin embargo, este lanchón alienígena era una pieza extraña de maquinaria; allí había válvulas de seguridad dando salida a vapor, atados de cable enlazados sobre sus cabezas en direcciones diferentes, laberintos de sistema de conductos y conductos portacables en todas partes que él mirase, y hasta—

Él resbaló al detenerse cuando Lron y el resto hicieron un agudo giro hacia la derecha en una unión de pasadizos. Rick se encontró mirando fijamente dentro de lo que parecía ser una versión Karbarriana del infierno.

O al menos algo muy cercano para dejar atrás. Rick vio docenas de Karbarrianos paleando tremendas paladas de algún tipo de combustible dentro de hornos que parecían estar quemando en colores del espectro que Rick nunca antes había visto. Cualquiera que el combustible fuera, éste estaba apilado en carboneras cerca;

los Karbarrianos podrían haber sido fogoneros en un acorazado del siglo diecinueve, teniendo en cuenta sus goggles y sus largos y destellantes dientes.

Rick estaba de pie paralizado, respirando el hedor de cuero chamuscado.

Repentinamente, la enorme garra de Lron se cerró alrededor de su brazo, y él fue sacado de un tirón hacia el puente. El viaje le mostró a él más de la misma maquinaria mal unida. Él recordó a Lron diciendo que la nave de los Sentinels había sido armada como un tipo de trofeo unido para el Regente, pero esta llevaba las cosas algo más lejos.

Luego él fue empujado dentro de un ascensor estrecho lleno del olor de lubricantes de máquina y limaduras de metal. Cualquiera que el límite de ocupación fuera, el grupo lo excedía, y Rick se halló apretado contra Bela, la más alta –dos metros más o menos, él estimó– y musculosa de las dos amazonas de Praxis.

El cuerpo de ella mostraba la definición de un físico-culturista; el placentero aroma de algún tipo de aceite de piel o bálsamo emanaba de ella. Mientras la mayor parte de ella claramente lucía humana, los ojos de Bela se asemejaban a los de un águila.

Él estaba agudamente consciente que el escaso traje de combate ceremonial dejaba una gran parte de la piel expuesta, y gran parte de ella, junto con tachones de adorno metálicos y juegos de gemas de cuero, estaba apretada contra su uniforme. A la misión primaria de encargarse del Perseguidor se le agregó una secundaria más importante: asegurarse de que Lisa nunca averiguase sobre el paseo en el ascensor.

Bela le sonrió, mostrando dientes blancos y uniformes, y profundos y atractivos hoyuelos. “Bienvenido a bordo del–” Aquí ella usó una palabra que el chip traductor de él tradujo como Farrago.

“Gracias por compartir la suerte con nosotros, Almirante,” Bela agregó. “Usted es tan valiente como cualquier mujer que yo haya conocido alguna vez.”

“Um. Gracias...” fue todo lo que Rick alcanzó a decir antes de que la puerta del elevador se abriera en espiral y el grupo entrase al puente. El puente era una burbuja de material transparente, unos

treinta metros en su eje más largo, quince metros transversalmente, emplazado en lo alto y hacia delante en la extravagante megaestructura de la Farrago.

En los pocos segundos que él tuvo para mirar a su alrededor, Rick notó los mismos contrastes de diseño que él había visto en el resto de la nave. Luego localizó la estación de comando de la Farrago.

“¿Por qué no estoy sorprendido?” Rick se preguntó en voz alta, caminando hacia ella lentamente, casi de mala gana.

“Magnífico, ¿no es así?” Lron gruñó sinceramente. “Es Karbarriano, por supuesto.”

Por supuesto. ¿Quién más sino los voluminosos osos podían hacer girar la rueda del timón de mando de madera de la nave de tres metros de diámetro? El timón estaba hecho de madera púrpura pulida, adornado con accesorios de latón blanco. Lucía como una araña gigante tallada con piernas extras que habían sufrido rigidez cadavérica y tenían un aro enorme adherido a todos sus tobillos.

“Nave insignia de los Sentinels, ¿me copia?” La voz de Lisa estaba diciendo por el comunicador. Las Praxianas y los Karbarrianos y los Garudianos y otros que habían estado manejando las consolas de comunicaciones le abrieron paso a Rick cuando él caminó hacia allí, aturdido, para responder.

El micrófono se asemejaba a un anticuado cuerno de un gramófono. Una bellamente luminosa mujer Spherisiana le mostró cómo tirar de la palanca de tapa-de-lata-de-cerveza de modo que él pudiera transmitir. “Este es la Farrago, copiándola cinco por cinco, Almirante. ¿Cuándo comienza la fiesta?”

Eso extrajo una risa apagada de Gnea, la ayudante más joven de Bela –quien lucía como una giganta de dieciséis años– y un ruido sordo entretenido de Lron. Lisa respondió, “Estaremos listos cuando ustedes lo estén. Despeguen, encuentren al Perseguidor a una altitud de treinta mil metros más o menos, y tráiganlo de regreso aquí en un pasaje del este magnético al oeste, altitud de novecientos metros, ¿está claro?. Hemos accedido a las viejas cintas de batalla Zentraedi; ¡mantengan una distancia de al menos tres mil metros de su atacante en todo momento! ¡Me copia, Farrago!”

Rick repitió las instrucciones palabra por palabra, luego pareció

que no había nada que decir. La nave Sentinel rugió y tembló, luego estuvo en el aire, partiendo apresuradamente hacia el cielo, y todavía él no pudo decidir lo que quería decirle a su esposa. “Todavía nos debemos ese vals, Lisa,” él finalmente dijo en forma abrupta.

Hubo una vacilación silenciosa en el otro extremo del enlace, luego la breve pulsación de la risa de ella. “¡Tú rata! Cuida tu cola.”

El Perseguidor era el último de su tipo.

Desplegado ahora para una matanza en la atmósfera, se asemejaba a una sombrilla soplada de dentro para fuera por el viento, desvestida de su tela. Eso se zambulló hacia su presa sólo para encontrar que su presa se estaba elevando para encontrarlo.

No había sido una persecución fácil; el Perseguidor había sido creado para dirigirse hacia el sistema de Protocultura de un enemigo y eliminar el objetivo, pero la extraña nave que había estado cazando no se ajustaba a un perfil conocido. A veces la Farrago era un objetivo; a veces simplemente no lo era.

Y así el silencioso duelo se había librado a través de años luz, el Perseguidor bloqueado una y otra vez, frustrado por las cosas con vida en la nave que él cazaba. Pero ahora el ataque final estaba cerca; pronto el Perseguidor conocería la detonación/el orgasmo/la muerte que su IA guía anhelaba.

Pero ahora su presa parecía estar viniendo directamente hacia él, y eso se sentía mal. Pero entonces la nave de los Sentinels hizo un escalofriante medio rizo, y se zambulló de regreso hacia la capa más baja de la atmósfera de Tirol. El Perseguidor se zambulló detrás, ardientemente.

“Ellos siguen la pista de la Protocultura, ¿lo ve?” Lron estaba vociferando por sobre el ruido del reingreso, sosteniendo a Rick

hacia abajo con una mano y girando el timón ciclópeo con la otra y con un poco de ayuda de Crysta. “Así es cómo pudimos mantener al Perseguidor a raya por tanto tiempo: ¡no funcionamos con Protocultura!”

La atmósfera estaba dando a la Farrago un estado radical de sacudidas; los seres de la tripulación más pequeños que los Karbarrianos estaban siendo empujados en los alrededores al igual que Rick. El puente era una batahola. “¿Con qué funcionan?” Rick alcanzó a preguntar.

La palabra que Lron gruñó con su bajo gutural no era una que Rick haya oído en Zentraedi antes, y él se las arregló para inquirir al pequeño aparato traductor, del tamaño de un chip, prendido a la solapa de su uniforme de media gala.

“¡Turba!” Aquel tradujo. Rick golpeó ligeramente al transmisor unas cuantas veces para asegurarse de que no estuviera funcionando mal. Él estaba a punto de preguntar por otra traducción cuando las pantallas del puente se llenaron con el horror del Perseguidor zambulléndose hacia ellos. La Farrago dio media vuelta y se zambulló regresando a la superficie de Tirol.

Rick estaba alimentando con información del rumbo al CIT, y tratando de no calcular sus propias probabilidades. La nave de los Sentinels se había elevado en lo alto, en la luz de Valivarre y Fantoma, pero estaba cayendo rápidamente. Una cosa buena que Rick notó era que la nave de los Sentinels, al igual que la SDF-3, tenía gravedad artificial, y por lo tanto no era probable que él se enfermase antes de que el Perseguidor lo vaporizase.

Repentinamente el Perseguidor apareció de nuevo, luciendo como un calamar enorme a punto de tragar a un pez pequeño. Rick se quitó de encima, sacudiéndose, su sensación de irrealdad y golpeó con fuerza a Lron en el brazo para llamar su atención. “¿Cómo nos puede seguir la pista ahora?”

Lron hizo sonidos osunos de diversión. “Nosotros instalamos un mecanismo autodireccional a base de Protocultura en el centro de la nave, ¿lo ve?”

Rick lo vio; era una baliza en los esquemáticos guiados por computadora, lejos hacia un lado. “Escuche, Lron: he estado pensando un poco, y— “

Él fue interrumpido cuando un golpe especialmente pesado de la atmósfera Tiresiana casi lo dejó tendido; Lron lo había atrapado. Las Amazonas y las personas cristalinas y los Garudianos de apariencia lobuna estaban esforzándose por salir de la pila en la que ellos habían terminado.

“—y si este Perseguidor suyo tiene el tipo de ojiva de combate del cual ustedes están hablando, ¡vamos a terminar fritos junto con él cuando la SDF-3 y la GMU comiencen a disparar!”

Los músculos de Lron resaltaron contra su piel cuando luchaba a brazo partido con el timón de mando, mientras mantenía a Rick en su lugar con su mano libre. “¿Cree que somos estúpidos?”

“No-no-no,” Rick respondió débilmente, cuando Lron giró el enorme timón de mando y la nave reanudó su acercamiento.

El Perseguidor tenía su objetivo finalmente: un brillante y estroboscopio marcador de Protocultura al centro de la Farrago. Él se zambulló. Él conocía el perfil de rendimiento de su oponente por los análisis de la computadora y por gran experiencia, sabía que la nave Sentinel posiblemente no podría salir del picado o evitar la destrucción final de la detonación del Perseguidor.

La muerte de la IA guía estaba cerca; conectó auxiliares, impaciente por ese momento.

Rick se agarró al timón de madera, mirando atrás a través de la burbuja transparente del puente hacia donde el Perseguidor ya era una manchita discernible en el cosmos.

Lron virtualmente entregó a Rick a Crysta. “¡Tienes razón!” De pie en el timón de mando, el ser-oso presionó el círculo titánico contra su tronco, profundizando el picado. “¡Casi es el momento de partir! ¿Bien? ¡Dígaselo a su camarada y a su gente! ¡Esa cosa estará en sus regazos en otro minuto!”

Rick luchaba para hacerse oír sobre los vientos que se oponían y empujaban la nave. “¿De qué está hablando? ¡Nos está siguiendo!”

Lron hizo un sonido rasgado que Rick tomó como una risa. “¡No hay tiempo para explicar! ¡Sujétese!”

Rick no tuvo que hacerlo, porque Crysta lo levantó. El olor de la piel de ella era en realidad más bien placentero, más bien relajante.

Rick, al ver partes de la Farrago volando en direcciones separadas, reprimió cierta tristeza de que él y la REF no habían sido capaces de hacer mucho para ayudar a las víctimas de los Invid. Sólo era mala suerte; él esperaba morir.

Entonces él vio que el puente estaba ascendiendo.

Lisa lo vio, también, desde su lugar en la GMU: la Farrago era una amalgamación de botines de guerra, y ahora los componentes se habían separado.

Un módulo como un saltamontes de arte decorativo y de perfil aerodinámico se alejó formando un arco en una dirección; una cosa como un murciélago resplandeciente desplegó alas y salió en otra dirección. Diversos segmentos se dirigieron hacia cada punto de la brújula.

Repentinamente, la única cosa restante donde había estado la nave de los Sentinels era un paquete transceptor centelleante acoplado a un paraván meteórico dirigido por remoto. Éste se alineó solo y luego planeó precisamente hacia abajo entre los hilos del retículo de la mira del arma principal de la SDF-3 y del monstruoso cañón de la GMU, mientras que la artillería de los VTs se acercaba rodeando.

Las criaturas acostumbradas a dormir durante la larga noche de Tirol en su tránsito por detrás de Fantoma estaban agitadas por la luz. Algo tan brillante y caliente como un sol ardía en lo alto, interrumpiendo su hibernación.

Pero luego el fulgor murió, y la oscuridad se hizo cargo del paisaje lunar. Las cosas que vivían en el suelo y en el agua Tiresiana regresaron a su sueño, aunque ondas sonoras largas, bajas en registro, los sacudieron.

En la apenas valorada estructura volante de lo que había sido la Farrago, la que estaba acoplada a la gran nave Karbarriana que era su único componente más grande, Bela quitó frotando el escurrimiento color carmesí de la nariz sangrante que Rick Hunter había logrado cuando perdió pie.

Ella le dio toques a ella con la vincha blanca como la nieve que ella vestía bajo su casco metálico de guerra. Rick observó a través de la burbuja, hacia abajo a Tirol y a la pelota expansible de gas que era el Perseguidor, y las lejanas astronaves que habían sido partes del carro de batalla de los Sentinels.

“Cuando nosotros vimos a través de mensajes interceptados cómo firmemente ustedes los humanos y sus amigos Zentraedi batieron al Invid en Tirol,” ella le estaba diciendo a él, “nosotros pensamos que ustedes serían buenos aliados. Pero ahora sabemos seguramente que es bueno conocerlos, amigo.”

Ella tenía la mano derecha de él en un tipo de puño apretado, pero un momento más tarde ella tenía la mano de él abierta, examinándola, mientras Rick procuraba hacer parar de girar al compartimento.

“No muchos callos,” Bela observó. “¿Cómo hace para que su espada no desgarre su piel desnuda?”

Rick sacudió su cabeza, pequeñas descargas de neurona haciendo a las estrellas parecer orbitar frente a sus ojos, tratando de deducir cómo responderle.

Precisamente entonces, hubo un gruñido colérico de Lron, quien

estaba inspeccionando la reunión de las partes separadas de la nave de los Sentinels. Por lo que Rick pudo comprender, ello tenía algo que ver con una unión maestra que estaba localizada abajo, cerca de esos insoportables hornos de turba.

“La batalla terminó, así que Crysta y Lron estarán desmoralizados por algún tiempo,” Bela dijo, soltando la mano de Rick. “Ellos realmente son bastante severos, gran parte del tiempo. Como todos los Karbarrianos: morbosos, siempre preocupados por el Destino y todo eso...”

Ella volvió a agarrar la mano de él durante un segundo, dándole una prolongada mirada a su palma. “No creo que usted esté expuesto a una vida muy larga o serena, dicho sea de paso, Almirante.”

“No me sorprende,” él murmuró, retrayendo su mano y mirándola con cejo. Luego él miró a Bela de nuevo. “Escuche, esta nave de ustedes los Sentinels –¡es en su totalidad fantástica! ¿Cómo juntaron una alianza guerrera como esta? ¿Cómo ensamblaron semejante nave espacial?”

Ellos estaban de pie otra vez y los otros enviados se habían reunido alrededor, a excepción de Lron, quien todavía estaba al timón. “No lo hicimos” Burak dijo. “Los Invid lo hicieron, encarcelándonos juntos.”

Cuando Rick preguntó, “¿Pero cómo voltearían posiciones?” Todos miraron a Veidt. Un momento o dos pasaron mientras Veidt consideró la pregunta.

“Pienso que sería mejor que venga con nosotros,” Veidt dijo. “Será más pertinente mostrarle...ciertas cosas...que hablar sobre ellas.”

Unos cuantos minutos más tarde, Rick estaba de pie en la jaula con barras que una vez había alojado la colección de animales de la nave –Karbarrianos en este caso, si él fuera algún juez de olor. Pero lo que yacía lamentándose y chacoloteando sus grilletes no era nada parecido a un Karbarriano, o a cualquier otro Sentinel.

Él habló en un micrófono que los Sentinels de algún modo habían confeccionado para él en su descuidado e improvisado estilo. El micrófono se parecía a cierto trofeo de cine azabachado, mientras que los extravagantes auriculares eran tan grandes que él tuvo, en cierta forma, que colgarlo sobre sus hombros. Todo el tiempo, él estuvo mirando a la cosa frente a él –el prisionero de los Sentinels.

“Lisa, no me molestes pidiéndome que describa lo que ellos tienen aquí, por favor. Sólo consigue un par de pelotones de seguridad y envíamelos inmediatamente. E intérpretes, equipo de grabación, un par de metros de cadena de ancla, algunos sensores portátiles –¡oh, cariño, envía la juguetería entera aquí!”

Él pudo oír cierta frialdad en la voz de ella. “Entendido. Manténgame informada, si puede ser tan amable, Almirante.”

Una parte de él se regañó a sí mismo por haber herido los sentimientos de ella de esa manera; pero la mayor parte de Rick Hunter simplemente estaba mirando fijamente, espantado, a lo que estaba agazapado en la celda.

Capítulo 5

Fue casi como si yo hubiera llamado algo del Potencial primario, no formado, a la existencia. La aparición de los Sentinels fue la respuesta a todo mi requerimiento, a raíz del vasto poder que yo había arrebatado secretamente del Invid, poder que yo era hasta ahora incapaz de ejercer.

Hay unos cuantos individuos en el torrente de tiempo de este universo a los que se les ha otorgado el don de la Voluntad absoluta, para moldear eventos según sus deseos. Yo soy uno de ellos.

O tal vez, de cierta manera, yo soy todos ellos.

General T. R. Edwards, del diario personal

“No un mero científico,” el Invid corrigió agudamente, con un castañeteo de esposas que hizo a algunos de los guardias poner sus manos en las culatas de sus pistolas. “¡Soy Tesla, el Científico Principal del Regente Invid! ¡Ahora, libérenme, lastimeras formas de vida inferiores!”

Tesla giró sus enormes muñecas, probando la fortaleza de las esposas forjadas de aleación que los Sentinels le habían colocado. Su piel verde granulada raspaba contra el metal. Él estiró los tres dedos gruesos de ambas manos y dobló los pulgares opuestos. “¡Les digo que me liberen! ¡O ustedes sentirán la venganza del Invid!”

Tesla era una criatura de unos tres metros de altura, con un torso y extremidades robustas y razonablemente humanoides. Pero su cabeza era una extensión esbelta asemejándose a la trompa de un caracol, con dos enormes y negros ojos líquidos localizados a ambos lados. En la punta de la trompa se encontraban dos antenas sensores

parecidas a babosas relucientes que brillaban siempre que él hablaba.

Rick se halló mirando a esos ojos, por mucho que él trató de evitarlo, mientras Lang y los otros hacían sus grabaciones y tomaban medidas. Los ojos eran tan no emocionales y no reveladores como los de un tiburón, pero ellos estaban ubicados hacia delante en la cabeza semejante a una babosa. Y el razonamiento Darwiniano convencional decía que el propósito principal para tal ubicación era la persecución –los Invid eran predadores.

Tal como los humanos.

Rick había cedido el piso a las escuadras de pasmados científicos y técnicos de la SDF-3 quienes habían venido en respuesta a su llamada, para evaluar a Tesla y tratar de obtener algún tipo de comprensión del giro bizarro que la misión entera había tomado.

Rick tenía una toalla alrededor de sus hombros, enjugando su frente de vez en cuando; él repentinamente se dio cuenta que Veidt estaba revoloteando cerca.

¿No se encontraba él al otro lado del compartimento un segundo atrás? Oh, bien. “Ah, Lord Veidt–”

“‘Veidt’ bastará,” el ser corrigió.

“Está bien, está bien, ‘Veidt,’ entonces: supongo que necesitamos saber algunas cosas primero. Ustedes los Sentinels no están hace mucho en una guerra abierta con el Invid al igual que tratando de armar una sublevación, ¿correcto?”

Veidt vaciló, y Rick tiró la toalla a la cubierta. Parte de su sangre se estaba secando en ella, de color escarlata pasando a color rojo óxido. “¡Dejemos las distinciones finas para más tarde! ¿Estoy en lo cierto o equivocado?”

“Está en lo cierto,” Veidt dijo cuando él y Rick y los Sentinels vireon a los equipos de científicos y técnicos humanos presionarse y empujarse mutuamente para conseguir acercarse a Tesla. “Una vez, el Invid y los Zentraedi atacaron furiosamente toda esta parte de la galaxia, luchando su guerra. Con el colapso de esa lucha, el contacto con todos los sistemas estelares distantes se ha perdido.”

“Ahora, la guerra ha quedado reducida a los pocos planetas habitables en este grupo estelar cerrado: Tirol, Optera, Haydon IV,

Garuda, y el resto. La habilidad –y tal vez la voluntad– para aventurarse dentro de las consecuencias horribles de las grandiosas guerras Invid-Zentraedi se ha perdido, Almirante.”

“Pero, como he dicho, usted tiene razón. Los mundos suficientemente desafortunados para estar aquí en las ‘estrellas cercanas’ –accesibles con propulsión superluminal no basada en Protocultura– todavía están bajo el yugo Invid. Sin embargo, el tiempo y la historia y los Formadores de la Protocultura tienen su propio ritmo, Almirante. Y mientras que...¡la esclavitud!...que hemos sufrido, la crueldad y el maltrato, podría no ser algo principal en su agenda terrestre, la guerra para liberar a los Planetas Cercanos es la cuestión que une a los Sentinels en un juramento de sangre.”

Veidt estaba temblando como un diapasón; Rick lo había considerado a él robótico y frío, pero él ahora vio pasión en su cara. “Nosotros estábamos en jaulas. ¿Sabe usted cómo es eso, joven Almirante? ¿Estar enjaulado como un animal?”

“¡Por supuesto que usted no lo sabe! Los Sentinels los aceptarán a ustedes como aliados, y alistarán a otros que están dispuesto a luchar, pero le diré algo, Almirante Hunter: ninguno entre nosotros alguna vez sentirá el mismo vínculo con alguien que no haya estado enjaulado con nosotros –confíe en ellos para combatir, como nosotros nos proponemos hacerlo, ¡hasta que ganemos o hasta que muramos!”

Rick pensó por un momento sobre la historia de la Tierra. De trenes de carga monstruosos y masivas cámaras de gas. Él levantó la toalla de la cubierta, plegándola cuidadosamente. “Bastante Justo.” Él miró a Veidt. “Pero vamos a ayudarlos. Y si quiere saber por qué, sólo busque en los archivos de historia de nuestra nave.”

Veidt inclinó la cabeza como si ya lo hubiera hecho, “Todos hemos acordado en volver a tripular esta nave, si es posible, y poner curso hacia Karbarra. Sin demora.”

“¿Qué? ¡Espere un segundo!” Tendrían que haber reuniones, resoluciones del consejo, asignaciones de personal, desviación de recursos, coordinación de interdivisiones, reuniones de personal, asesoramiento marital, chequeos de mantenimiento...

“¿A qué se refiere con, ‘sin demora’?”

“Quiero decir que dentro de veinticuatro de sus horas, nosotros pretendemos partir,” Veidt respondió en un tono racional. “¿No sería mejor diez días? ¿O diez meses? ¡Usted debería multiplicar los seres que morirán bajo la tiranía del Invid por minuto!”

“Correcto; usted ha expuesto su punto,” Rick gruñó con un sonido parecido al que Lron haría. “Supongo que es factible.” Él estaba mirando fijamente a las personas que parecían estar preparadas a ingresar a la jaula con Tesla para conseguir buenas tomas de él.

De modo que ese es el enemigo. O al menos una forma de él. “Él era su, su guardián de zoológico, ¿no es así?” Rick preguntó a Veidt.

“Creo que las palabras coinciden,” Veidt permitió. “Aunque supongo que Tesla tenía planes mucho más infelices para nosotros. ¿Por qué?”

“¿Cómo lo han vencido?” Rick apresuró. “¿Cómo han tomado la nave?”

“Ah. Bien. Sarna y yo estábamos encadenados por el cuello –no de los brazos, por supuesto– y éramos alimentados por funcionarios Invid, desde más allá de una línea que ellos habían dibujado en la cubierta. Pero después de algún tiempo dimos con un modo para erradicar su línea, y dibujar una propia, una línea mucho más cercana a nosotros. El resto fue aún más simple que engañar a los Invid.”

Así que todo este aparente estado sin miembros no significaba que Veidt y su raza no podían inutilizar a algunos Invid, aunque ellos tal vez habían empleado un método que no tenía nada que ver con savate o tae kwon do. Rick archivó la información en su memoria, y estaba a punto de descubrir el asunto, cuando oyó un rugido poderoso.

El Científico Principal Invid, Tesla, no estaba contento con el protocolo Sentinel. Las amazonas Praxianas lo acosaban con pinchos electrificados. Antropoides Karbarrianos de cubierta lo empellaban de forma ruda –preparándolo para la interrogación. Ni un solo Sentinel mostró alguna brutalidad excesiva, pero ni uno solo mostró la menor bondad, tampoco.

En ese momento, mucho antes de sus conversaciones con el Consejo Plenipotenciario o sus consultas con su esposa, Rick Hunter

entendió que los Sentinels harían precisamente lo que se habían prometido unos a otros: ganar o morir.

Y él sabía que iría con ellos, aunque eso podría significar la muerte de su matrimonio. Pero el coraje que él admiraba en los Sentinels no era muy diferente del coraje que él adoraba en Lisa.

Los Sentinels estaban obstinados sobre su plan de salida, a pesar de la demanda del consejo por tiempo para meditar sobre ello. Entonces Miriya Sterling se presentó con una pequeña artimaña para vender. Ella consideró el problema con la perspicacia de un soldado, y susurró una sugerencia al oído de su esposo, Max Sterling, Líder de Skull. Max se lo pasó a Lisa.

Lisa Hayes Hunter aún no sabía exactamente qué sentir respecto a la aparición de los Sentinels. Además de la nueva crisis que se había forzado a aceptar a la SDF-3, estaba el llamativo cambio en Rick. Pero cuando ella se encontró esperando que el consejo votase no extender la ayuda a los revolucionarios, Lisa recordó a las vidas siendo aplastadas y extinguidas por el Invid.

Así, ella tomó el consejo de Miriya, y dio a los líderes Sentinel un rápido tour por algunos de los arsenales de la fortaleza super dimensional en un aerovehículo. Los Karbarrianos, en particular, mostraron su deleite por los mecha alineados, gritando y aporreando la barandilla del aerovehículo hasta que amenazaron con dañarlo. El piloto los guió lentamente por los Hovertanks y Logans, y Destroids de segunda generación junto con vehículos terrestres blindados y artillería autopropulsada.

Las mujeres de Praxis, en particular, estaban gritando en voz alta sus alabanzas de tales maravillosas máquinas de guerra. Lisa se sintió fascinada y un poco amenazada por su belleza sanguinaria, más grande que la vida. Ella miraba a su esposo de vez en cuando; él parecía absorto en sus pensamientos. Pero ella podía decir, casi podía oír, lo que él estaba pensando, y ello la hizo sentirse vacía por dentro.

“Asombroso,” Lang seguía barbullando, hojeando los reportes

preliminares de los científicos y técnicos y de los quipos de inteligencia que habían ido a bordo de la nave insignia de los Sentinels.

Justine Huxley, junto a él a la mesa del consejo, hizo un sonido exasperado y se inclinó para susurrar en su oído. “¡Emil, por favor! ¡Esto es crucial!”

Él quiso objetar, para decirle a ella cuánto más fascinante eran sus datos que la mayor parte de la interminable disputa y maniobra política que la aparición de los Sentinels había generado. Pero ella tenía razón; hasta el consejo sentía la urgencia de la situación, y se estaba moviendo con una velocidad desacostumbrada.

Sin embargo, ¡había una riqueza de información que los Sentinels habían dado a los equipos de la expedición! Tomando el dispositivo impulsor de esa increíble nave Karbarriana, por ejemplo. Hunter no había estado desvariando: el dispositivo era potenciado por hornos que consumían una sustancia análoga a la turba o al lignito. Pero la sustancia parecía ser algún tipo de antepasado distante de la Flor de la Vida misma –¡una Ur-Flor! Y luego estaba el medio mito, medio religión que rodeaba al antiguo ser o entidad conocido como Haydon...

Él se dio cuenta de que alguien se estaba dirigiendo a él. “¿Eh? ¿Qué fue eso, Sr. Presidente?”

El senador Longchamps controló su carácter y empezó de nuevo. “Yo pregunté si, en su opinión, podría ser factible para la SDF-3 acompañar a los Sentinels y prestar su poder de fuego en apoyo a su misión.”

Lang arrojó sus papeles. “¡La idea entera es estúpida, mi querido señor! ¡El daño que sufrimos está lejos de ser reparado, y pasarán dos años, al menos, antes de que nuestro dispositivo impulsor primario esté reparado!”

“Pero más pertinente, la SDF-3 debe permanecer aquí para asegurar que la extracción del mineral monopole continúe ininterrumpida. Sin el mineral de Fantoma, no podremos regresar a casa. Por lo que usted ve que, lo que los Sentinels propusieron es el curso más juicioso –el único curso sensato accesible para nosotros, en mi opinión. Debemos destacar las fuerzas militares que podamos para ayudarlos en su causa y al mismo tiempo distraer al Invid.”

“Yo concuerdo,” Exedore dijo, y Justine Huxley asintió con la cabeza.

“Usted dígaselos,” T. R. Edwards sonrió presuntuosamente de un lado, habiendo terminado su testimonio poco tiempo antes.

La buena voluntad repentina de Edwards para ver a las fuerzas de la SDF secundando a los Sentinels –su casi deseoso apoyo al plan– confundió y preocupó a Exedore y a algunos de los otros. No parecía el hombre que sentía compasión por los no humanos; en realidad, su odio por los Zentraedi era bien conocido, y su hostilidad hacia Rem y Cabell ya era evidente.

Pero, Edwards vio la oportunidad presentada por la llegada de los Sentinels como un milagro. El secreto increíble al que se había expuesto durante el primer asalto en Tirol había expandido sus horizontes hasta que ellos cubrieron la galaxia.

Con un poco de astuto manejo, él podía librarse de la mayor parte o de todos aquellos que estaban en su camino hacia el poder. Ellos estarían fuera del camino mientras durase la guerra de los Sentinels, y tal vez para siempre, dado los caprichos del combate.

“Estimamos que podemos asignar fuerzas mixtas totalizando unos mil más o menos para la causa de los Sentinels, junto con mecha, equipo, y así sucesivamente, y todavía nos quedarían recursos suficientes para defender a la SDF-3, a Tirol, y a las operaciones mineras en Fantoma,” un oficial de estado mayor de operaciones del G-3 estaba diciendo al consejo. “Los Sentinels necesitarán experimentados comandantes de alto rango para ayudarlos a planear estrategias y a armar, organizar, y entrenar a las tropas que ellos se proponen reclutar al proseguir.”

Él tomó asiento; Justine Huxley habló. “Llegamos a esto, señoras y señores: ¿deberíamos dejar a estas personas luchar por su libertad sin ayuda? ¿Y deberíamos simplemente esperar aquí, con la SDF-3 apenas móvil, a que el Invid traiga la batalla a nosotros?”

No hubo mucha discusión después de eso; la moción fue aprobada por siete a tres, con dos abstenciones. Un oficial del personal del G-1 explicó que los expedientes estaban siendo revisados por las computadoras, para elegir a las personas más apropiadas para ser asignadas a los Sentinels.

“Junto con los criterios obvios de rendimiento en combate y así

sucesivamente,” él continuó, “habrá cosas tales como adaptabilidad y perfil mental/emocional –especialmente la capacidad para trabajar con formas de vida no humanas.”

Edwards ocultó su sonrisa. Su propia aversión a los alienígenas era bien conocida; había poca probabilidad de que él fuese a ser escogido.

La reunión finalizó rápidamente, con personas yendo rápidamente a sus asignaciones, cargados por una tremenda cantidad de trabajo y un plazo de tiempo ridículamente cercano. Sólo Edwards, seguido por su sombra, por su ayudante, el Mayor Benson, parecía no sentir ninguna urgencia. Pero a su salida del Royal Hall, él avistó al Coronel Wolff.

Wolff estaba tratando de iniciar una conversación con Lynn-Minmei, quien a su vez estaba haciendo todo lo posible para estar atenta a la noticia de lo que había sucedido en la reunión.

Edwards miró con ceño a su rival. Él murmuró para sí mismo, “Sí, Coronel. Pienso que ‘¡Los Sentinels lo necesitan!’”

Adams, su ayudante, oyó y dijo en voz baja, “Pero señor, ¿qué ocurriría si Wolff no se ofrece como voluntario?”

Edwards se dio vuelta hacia el hombre, una ceja arqueada levantada, la otra oculta detrás de su media máscara brillante como un espejo. “Mayor, todos en la SDF-3 ya son voluntarios.”

Capítulo 6

Uno de los científicos Karbarrianos se llamaba Obit, y yo le formulé algunas preguntas sobre la asombrosa nave estelar potenciada con la Flor-Ur en la que ellos habían arribado. Yo le pregunté por qué los ursinoides tenían en realidad que manipular la materia por el procedimiento para trabajar.

Su respuesta, aún con la ayuda de un chip traductor, fue, “Los [] Sekiton gustan de nuestro [] y entonces cariñosamente entregan la conversión que permite a [] tener lugar y deleitarse con energía al ser empleada.”

Afortunadamente, los científicos no viven o mueren según su habilidad para explicar las cosas, ellos sólo quieren tratar.

Exedore, La SDF-3 y Yo

Veinticuatro horas no eran suficientes, pero los Sentinels sólo echarían atrás su hora de salida a base de hora por hora.

Las preparaciones para la campaña de los Sentinels tenían a personas trabajando las veinticuatro horas del día. Las primeras listas del personal asignado a los Sentinels aparecieron sólo dos horas después del final de la reunión del consejo.

Todos en la lista tenían la opción de solicitar una postergación; menos del veinte por ciento lo hizo así.

Lang era uno de éstos que sabían que su nombre no aparecería en la lista. A pesar de su vasta curiosidad sobre las cosas que yacían adelante para los libertadores, él sabía que no podía seguir.

A causa de su solicitud, Janice Em interrumpió sus labores como

operadora de computadora y mensajera del Cuerpo Asesor del Consejo, y se reunió con él en su oficina. Él se encontraba solo, sorbiendo té, cuando ella llegó allí. Ella rehusó la oferta de un poco de mandarina anaranjada, pero aceptó tomar asiento.

Janice sintió una corriente oculta no de miedo, sino una reacción a Lang que ella nunca pudo sujetar. Ella sabía que él había sido su amigo por mucho tiempo, y que ella confiaba en él implícitamente. Sin embargo, ella siempre sentía cosas apiñándose en el filo de su conciencia, cosas que ella no podía nombrar, cuando él la miraba de esta manera. Al cabo de una pequeña charla Lang bajó su taza y platillo y se inclinó muy cerca de ella. Janice deseó alejarse, o decirle al Dr. Lang que lo hiciera, pero halló que no podía hablar, y de algún modo odió la injusticia de ello...

“Janice,” él dijo tranquilamente. “Exploración retinal.”

La parte de ella que era el consciente de Janice Em se escabulló, al igual que sus ojos adoptaron un resplandor interior que aumento en brillo por un momento, luego se oscurecieron.

Cuando ello pasó, sus ojos y cara habían perdido toda animación, y su piel su color y tirantez. “Identificación confirmada, Dr. Lang. Su solicitud.”

Lang parpadeó un poco por el deslumbramiento de la exploración de identidad de ella. “Janice, he arreglado que seas escogida para acompañar a la misión de los Sentinels. Tú aceptarás la asignación.”

“Sí, Doctor.”

“Trae de regreso todos los datos relevantes, con particular atención en la Protocultura, la Flor de la Vida, Zor, la Regis y el Regente Invid, y la naturaleza y las actividades de los Maestros Robotech.”

“Por supuesto, señor.”

Lang frotó sus ojos. ¿Qué más? “Oh sí: también estoy extremadamente interesado en asuntos tocantes a la forma de vida, el ser, o la figura mítica conocida como ‘Haydon.’ Recoge todos los datos pertinentes.”

“Lo haré, Dr. Lang.”

“Bien. Ahora todavía aguarda un momento...”

Lang extendió un brazo detrás del cuello de ella para quitar el

enchufe dérmico oculto por su gruesa caída de cabello color lavanda pálido. Él insertó un enchufe hembra en el puerto de acceso allí, y comenzó una transferencia de información de alta velocidad.

Janice era el androide más sofisticado alguna vez creado, la realización culminante de décadas de trabajo. Ella fue programada con una riqueza de destrezas y habilidades, pero ahora ella estaba yendo más allá como parte de una expedición militar. Lang le estaba dando tanta programación de combate como él podía, y lamentó que él sería forzado a terminar el arma formidable de Janice y Minmei, y el tremendo efecto de sus armonías.

Pero no se podía evitar; a Minmei simplemente no le sería permitido ir junto con la campaña de liberación, y Lang tenía que tener un agente absolutamente confiable en la escena.

Él había separado el enchufe hembra y reemplazado el enchufe dérmico cuando hubo un golpe a su puerta. Con una palabra, él transformó al androide nuevamente en una mujer. Él estaba pasando la mano por el cabello de ella volviéndolo a su lugar cuando la puerta se abrió.

Aparentemente, no era una costumbre Praxiana esperar la autorización para entrar a una cámara privada. Bela estaba de pie allí, con un libro Terrestre grande en su vigorosa mano derecha. Ella estaba mirando extrañamente a Lang y a Janice, cuando Janice parpadeó y reasumió el pensamiento coherente. Bela estaba llevando puesto una espada corta para dos manos con un mango desgastado, y un cuchillo con empuñadura de taza con una hoja de treinta centímetros de largo.

“¿Es este algún tipo de rito sexual?” ella preguntó, sus ojos de halcón moviéndose de uno al otro, sin signos de vergüenza. “¿Debería irme?”

“No, no, er,” Lang se apresuró a pasar a Janice un paquete pequeño de notas que él había preparado. “La señorita Em simplemente estaba recogiendo algunos documentos despachados para el Cuerpo Asesor del Consejo.”

Janice parecía un poco aturdida, pero se recobró en momentos. “Sí. Yo los entregaré personalmente y traeré de vuelta su recibo, Doctor.”

“Eso estará bien, mi querida.”

Las cejas de alas de gaviota de Bela se arrugaron, y cuando Janice se había ido, ella escudriñó a Lang con una cierta atención distante.

Lang la consideró: un espécimen magnífico, de cintura de avispa, de caderas rellenas y grandes senos, vestida, si a eso uno lo pudiese llamar así, en un conjunto de cuero y metal que la dejaba más desnuda que vestida.

Hasta ahora, Rick Hunter había mantenido a las Praxianas separadas de los auto nombrados galanes de la SDF-3, pero Lang asumió que alguna dinámica social muy interesante, y tal vez sana, entraría en juego en algún lugar a lo largo de la línea en la misión Sentinel. Por supuesto, Lang se aseguró a sí mismo, que él estaba sobre todo ese tipo de cosas. Sin embargo, él no pudo menos que admirar la asombrosa longitud de las piernas de Bela, su increíble definición abdominal...

Él se sacudió sólo un poco, pestañeando, al igual que Janice Em lo había hecho sólo unos momentos antes. “¿Cómo puedo ayudarla, er, Bela?”

Ella colocó su libro sobre una de las mesas laboratorio, manipulándolo reverentemente. “Yo encontré esto en una de sus facultades de ciencia popular. ¿Conoce usted a esta criatura?”

Ella había abierto el libro de texto de mitología en una serie de fotos y litografías de Pegaso, y caballos alados similares. Bela golpeó ligeramente una placa fotográfica con una uña ancha y chata que no estaba totalmente limpia. “¿Usted reconoce esto?”

Lang inclinó la cabeza. “Pero esto es una...una criatura que nunca existió verdaderamente. Es sólo un cuento de hadas.”

Bela estaba inclinando la cabeza impacientemente. “¡Sí, sí, eso me ha sido explicado! Pero nosotras, las Praxianas, tenemos tales criaturas en nuestras leyendas, también. O al menos, bastante cercanas. Son iconos de un tremendo poder, y su aparición significa el tiempo cuando cada Praxiana debe hacer lo más que una puede hacer, un tiempo de decisión, y último sacrificio.”

Bela cuidadosamente cerró el libro, luego miró a Lang. Ella no estaba segura de qué pensar de este extraño terrestre, con sus ojos que eran toda pupila, y el vaho de un Formador de Protocultura emanando de él. La imagen del caballo alado se había afianzado de

ella, sin embargo.

“Usted y sus equipos tienen el poder para diseñar nuevos mecha. He visto a sus máquinas de producción de la SDF-3 hacer milagros. ¿Pueden ellas hacerme un mecha por el estilo, un mecha alado? En Praxis, esta criatura valdría mil oraciones conmovedoras, ¡un millón de palabras gallardas!”

Lang aparentó estar teniendo en cuenta la propuesta, pero muy dentro de él ya había sido influido. Los equipos del Centro Tokio habían estudiado adaptaciones Robotech para modelos cuadrúpedos en gran detalle, y seguramente los datos hípicos estaban en los bancos de memoria de la SDF-3. Pero caballos alados no eran los mecha óptimos para enfrentarse a las armas de terror Invid y a las naves de escaramuza Enforcer. Especialmente corceles voladores montados por mujeres blandiendo espadas y lanzas.

Sin embargo, si un Pegaso Robotech tuviese el tipo de impacto motivacional que Bela estaba reclamando, bien podría valer el esfuerzo. Además, la idea lo intrigaba, y él estaba bastante seguro de que aún existía cierto engrama de comportamiento caballar yaciendo en alguna parte en los bancos de memoria.

“Muy bien. Regresa en, oh, digamos, cuarenta y ocho horas, y lo tendré listo para ti.”

Sus ojos se quedaron muy abiertos, pero a Bela se le había dicho que Lang no prometía nada que él no pudiese entregar. Ella colocó su casco alado sobre el libro, agarró con su mano derecha la espada en el lado izquierdo de su cadera, y tomó la mano derecha de Lang con su mano izquierda, llevándola al corazón de ella.

“Por la Eternidad y la Gloria de Haydon, sus enemigos son los míos, sus deudas son las mías, su alabanza es la mía para cantar, y mi vida es la suya.”

Lang, tan acostumbrado a oír palabras falsas del consejo, y de la mayoría de los políticos ambiciosos de la nave, oyó el desacostumbrado tono de las campanas de la verdad entonces. Era como una canción medio olvidada.

Él estaba tratando de agarrarse, tratando de sacar su mano de su sublime sitio de descanso sin parecer hacerlo. Él murmuró algo sobre tener que conservar su casco por un día o dos para la instalación de receptores de control.

El impulso mental de su exposición, mucho tiempo atrás, a la Protocultura pura no lo había cambiado de ser un hombre, y estaba sintiendo que algunas inhibiciones empezaban a retirarse una a una.

Entonces Bela lo había dejado ir. El control riguroso automático de Lang se reafirmó –pero por un momento él no supo si alegrarse por aquello, o entristecerse.

En uno de los compartimentos más grandes de la SDF-3, un monolito de tecnología Zentraedi restaurado y en gran parte reparado, resplandecía y emitía tonos profundos, casi subsónicos.

Exedore lo miraba preocupadamente. La cámara de micronización de Protocultura era tal vez la última que todavía podía funcionar, ciertamente la única que la Fuerza Expedicionaria tenía. Construida por la flota Zentraedi otrora cuando los milagros de Zor eran comunes, ésta era, como las matrices de la Protocultura, una de las pocas piezas de tecnología que los esfuerzos Humano-Zentraedi combinados no podían duplicar.

Exedore contuvo su aliento. Indicadores de monitoreo ya estaban leyendo en la zona de peligro, pero ahora era demasiado tarde para parar la transformación.

El retornar a los Zentraedi Micronizados a tamaño completo, tamaño gigantesco, de modo que ellos pudieran minar el mineral monopole de Fantoma, había sido un negocio tramposo. La cámara de micronización ya había sido exigida más allá de sus límites nominales. Sin excepción, los Zentraedi en la misión de la SDF-3 se habían ofrecido voluntariamente –prácticamente habían demandado– ser parte de la operación minera. Todos eran necesitados con urgencia abajo en el mundo gigantesco –todos excepto uno.

El resto se había ido antes, naturalmente; era la prerrogativa de un comandante y un honor tomar el riesgo máximo. Y así Exedore, el Zentraedi que debía permanecer Micronizado, esperó y se preocupó mientras el gigante entre los gigantes pasaba por la prueba de la cámara de micronización.

Las lecturas estaban al máximo y algunas estaban más allá, sin embargo la cámara de micronización de algún modo se mantuvo unida. Entonces la puerta semicilíndrica se abrió en una nube que se derramaba de gas helado y azufre de Protocultura en oleadas.

El Grandioso Breetai salió de ella.

Él estaba desnudo, por supuesto, pero se dio vuelta para aceptar la ropa y la pieza craneal que un ayudante le alcanzó. Exedore trató de no mirar con fijeza la porción destruida del lado derecho de la cara de su señor.

De dieciocho metros de altura, Breetai cuadró sus enormes hombros y respiró tan profundamente que pareció bajar la presión del compartimento. Él dio un vistazo a su alrededor cuando se colocaba la pieza craneal. “¡Entonces, Exedore! ¡Funcionó!” Él se estiró, y sus músculos titánicos crujieron como las ruedas de un molino; sus articulaciones estallaron como cañonazos; los músculos de su espalda se levantaron y extendieron como un ave de rapiña desplegando sus alas.

Breetai tiró su cabeza hacia atrás y dejó salir una risa que hizo estremecer los mamparos. “Ahora volvemos a donde todo comenzó, ¿eh? ¡De vuelta a Fantoma! y ¡Zarkopolis!”

Exedore inclinó la cabeza mesuradamente. “A sí es, mi señor.”

Breetai inclinó la cabeza, repentinamente solemne. “Pero no temas, mi amigo: cuando ya no te necesiten en la SDF-3, ¡te reunirás con nosotros en tu tamaño verdadero!”

El primer impulso de Exedore fue sacudir su cabeza y decirle a su amigo y señor la verdad. La cámara de protocultura había entregado el alma, como los humanos dirían. ¡Eso es todo lo que él escribió! ¿Por qué los soldados humanos usaban esa fraseología? Exedore nunca había investigado el asunto. ¿Cuál es esa otra frase? “¡El último viva!”

¿Viva?

Pero Breetai estaba de buen humor, y ninguna cantidad de angustia podía cambiar lo que Exedore lee de sus instrumentos. La cámara de micronización nunca trabajaría de nuevo.

Los mineros Zentraedi, Breetai, y Exedore permanecerían como estaban para siempre.

Exedore, alejando la vista de su señor hacia el vasto panorama

de Fantoma flotando allí en el cielo, ocultó su desesperación. Él nunca podría estar de pie cerca del hombro de su señor de nuevo; él estaría para siempre Micronizado, un insecto para los estándares Zentraedi.

Exedore se alentó a sí mismo, sonrió a su señor, tan bravo como cualquier samurai. “Tengo unas cuantas cosas que atender, mi señor.” Él sonrió falsamente. “Y luego, regresaré a mi tamaño verdadero.”

Rick acababa de dejar el puente y estaba terminando comunicación de una puesta al día de inteligencia cuando alguien pasando cerca en la otra dirección presionó un paquete en el bulto de cosas en el antebrazo que Rick estaba sujetando, diciendo sólo, “Insignias de unidad, señor.”

Le tomó unos cuantos minutos antes de poder volver su atención hacia lo que estaba sujetando. Del paquete de correo rojo y cuadrado, él extrajo una docena de insignias, sosteniéndolas desplegadas en abanico como una mano de bridge.

Todas eran iguales: águilas feroces cara a cara, con la leyenda SENTINELS al fondo, y un casco de torneo medieval coronado al frente. La parte principal era un cráneo a lo largo de una espada con la punta más alta que tenía una víbora enroscada alrededor de ella.

No parecía en modo alguno algo con lo que el Instituto de Heráldica Militar saldría. Lucía más como el logotipo de alguna banda de rock antigua. “Oiga, quien rayos aprobó...”

Pero él se dio cuenta de que se estaba hablando a sí mismo; la escalera de cámara estaba vacía. Todos habían ido a hacer sus tareas, y el misterioso entregador de insignias ya se había ido.

Rick consideró la insignia de nuevo, prestando especial atención al cráneo. Y a la serpiente.

¿Qué significa todo esto?

Detrás de él, una escotilla se abrió cuando un infante de marina anunció, “El almirante deja el puente.” Luego hubo el veloz

aseguramiento a gas comprimido de la escotilla; Rick Hunter y Lisa Hayes Hunter estaban parados allí mirándose mutuamente bajo la luz poco halagüeña de los tubos incandescentes de la escalera de cámara.

Lisa lucía cansada, lucía vieja, se le ocurrió a Rick –del mismo modo en que él había lucido luego de liderar al Equipo Skull en combate sostenido.

“¿Puedo ver?” ella preguntó luego de un momento. Él no pudo deducir lo que ella quiso decir durante un segundo, hasta que se dio cuenta de que él estaba sujetando la insignia de los Sentinels. “Creo que es clasificable como no oficial,” él dijo, buscando torpemente un poco, cambiando los pesos, luego extendiendo una hacia ella.

¿Cómo fueron decididas estas cosas? Él se preguntó. Aparentemente ordenes inferiores –las tropas alistadas, y tal vez unos cuantos suboficiales– habían decidido. Así, el Instituto de Heráldica Militar tendría algo singular para encajar en su grandioso plan –con tal que alguien regresase a la Tierra con vida para hablar sobre ello.

Rick observó más de cerca a una de las insignias, admirando la costura –tratando de evitar los ojos de Lisa. Alguien había reprogramado el equipo industrial automatizado de prendas de vestir en fino detalle. El cráneo era una cosa blanqueada y que miraba de soslayo con líneas de arista deficientes, la espada en cierta medida brillante en hilo blanco plata, la serpiente convincentemente de apariencia constrictora, las águilas impresionantemente nobles y enfurecidas.

No estaba mal. Así que, al menos alguien tenía un poco de espíritu de equipo. Alguien muy abajo en las filas, quizá alguien que había ayudado a Lron o a Veidt o a los otros.

Y ahora esto es nuestro emblema, tómelo o déjelo. Él bajó varios bultos y sostuvo la insignia contra el pecho de arneses del torso de su uniforme, sobre su corazón, donde la insignia de servicio iba.

“No está mal,” Lisa repitió el pensamiento de él, recordándole a Rick que ella estaba allí. Ella lo miró a los ojos, no tan cansada ahora que estaba a solas con él, y ellos compartieron una sonrisa lenta juntos. Rick repentinamente recordó por qué estaban enamorados.

Luego ella sostuvo la insignia de los Sentinels sobre su propia insignia de servicio de la SDF-3, estudiando la reacción de él. “¿Cómo me queda?”

Él tomó un aliento rápido y luego se dio vuelta por una fracción de segundo, reponiéndose y asegurándose de que había oído correctamente. Su corazón latía con violencia; él había pensado que estaba a punto de perderla. Pero ella le estaba diciendo, en su propio modo, que ella estaba yendo junto con la Farrago.

¿Qué palabras eran apropiadas? Ninguna...

Ellos se tomaron de la mano y se dirigieron a las habitaciones del Capitán. No quedaban muchas horas antes de que la nave insignia de los Sentinels debiera partir.

Ellos tenían algunas cosas que empacar, pero eso podía esperar un poco.

Capítulo 7

POR ORDEN DEL CONSEJO PLENIPOTENCIARIO Y DE ACUERDO CON LAS REGLAS MILITARES APLICABLES, EL PERSONAL SIGUIENTE ES ASIGNADO DOTACIÓN SEPARADA A LA FUERZA XT DESIGNADA “LOS SENTINELS”:

Baker, Jack R., Subteniente

Grant, Vincent G., Teniente Comandante

Grant, Jeanne W., Teniente Comandante (Med)

Hunter, Lisa Hayes, Almirante

Hunter, Richard B., Contraalmirante

Penn, Karen L., Subteniente

Sterling, Maximilian A., Comandante

Sterling, Miriya P., Teniente Comandante

Wolff, Jonathan B., Coronel

*(Seleccionado de las ordenes de asistencia, misión
“Sentinels,” SDF-3 nave estelar del GTU.)*

“Usted lo puede manejar,” Lisa le aseguró al Comandante –ahora Capitán– Forsythe. Ella se concentró en arrojar unas cuantas últimas posesiones en una pequeña bolsa. Sus habitaciones –las suyas y las de Rick– estaban tan áridas y frías ahora, desnudas de decoración y muebles, listas para el Capitán Raúl Forsythe, el nuevo ocupante.

Forsythe pasó su mano por su frente pulida sin cabello por décadas de tafletes del sombrero militar. “Sé que puedo manejarlo, Lisa; sólo que no estoy tan seguro de que lo pueda hacer ascendiendo así. ¿Sabes cuántas personas vivas alguna vez han comandado una fortaleza super dimensional? Sólo una: tú.”

“Entonces, es tiempo de que haya dos.” Lisa se detuvo,

habiéndose topado con algo debajo del cuaderno borrador en el escritorio de Rick. Era una instantánea laminada de Lisa cuando era una adolescente, luciendo adorable, con un gatito posado precariamente sobre su cabeza. Ella se lo había dado a él en un momento cuando ella había pensado que todo había terminado entre ellos; ella sintió un estallido tremendo de amor por él, al descubrir que él la había guardado tan cerca suyo todo este tiempo.

La Almirante Lisa Hayes tomó un aliento para abstenerse de lloriquear. “Um, Capitán –señor, ¿recuerda lo que me enseñó en la academia? El primer día, creo que fue.”

Forsythe se permitió una risa ahogada. “Ese asunto sobre no ‘consolidar el conocimiento o la pericia hasta cierto punto en cuanto a presentar una desventaja táctica en el evento de la muerte, inhabilidad, o la desaparición del personal de alto rango’ no se supuso aplicar para ponerme en una silla eléctrica, Almirante. Lisa.”

Lisa pasó el dedo índice a lo largo de la costura de su talego para efectos personales, su microcampo sellándose detrás como si ella lo hubiese tocado con una varita mágica. Ella levantó el talego, gruñendo un poco, y Forsythe de algún modo se contuvo del lesa majestad de tratar de agarrar el equipaje de su almirante en asistencia de macho.

La bolsa aterrizó junto a la de Rick: dos paquetes notablemente pequeños de posesiones estrictamente personales. Lisa miró atrás a Forsythe. “Capitán, usted tiene más tiempo en servicio del que yo tengo en la vida; ambos sabemos eso. Usted lo hará bien. Si tiene alguna pregunta, hágasela a la pandilla del puente; marineros enrolados conducen ese maldito lugar de cualquier modo. El Sr. Blake y yo sólo dejamos a los forasteros pensar de otra manera.” Eso a pesar de que, Blake la estaba acompañando en la Farrago.

Forsythe se rió un poco, y luego Lisa lo hizo, también. Él recordó a la terriblemente intensa y concentrada cadete –la hija de otro Almirante Hayes– quien había venido a la academia como una guardia marina desgarrada, pálida, regañona y aterrorizada.

Ella colocó su mano en el hombro de él. “Es hora de que existan dos capitanes calificados de la SDF.” Ellos se saludaron, luego estrecharon manos solemnemente.

Ella se inclinó hacia él, lo besó en la mejilla. Forsythe, los ojos

cerrados, inhaló la, de algún modo, exótica fragancia de ella, y tuvo pensamientos nostálgicos que rompieron las reglas del servicio, racionalizándolo sobre la base del hecho de que ella pronto partiría. Ninguna tentación o amenaza; sólo un recuerdo.

Luego Lisa estaba lloriqueando de nuevo, sacando uno de esos novedosos tisúes totalmente reciclables de un dispensador, soplándose su nariz, y arrojándolo en el reciclador. Forsythe se mantuvo ocupado realineando los talegos cerca de la escotilla de las habitaciones. La escotilla se abrió deslizándose, y Rick Hunter estaba parado allí.

“Almirante.” Forsythe tocó el ala galoneada de su sombrero, y se movió más allá, dentro de la escalera de cámara, dirigiéndose hacia el puente. Hora de tomar el comando.

¡Tipo afortunado! Forsythe pensó de Rick Hunter cuando él continuó.

Rick se dirigió para cerrar sus manos alrededor de la cintura de Lisa, pero ella lo mantuvo a distancia por un momento. “Mi abandono de esta nave, muerta en el espacio como lo está, inútil por ahora como lo está, significa aún más que tu abandono del Skull. ¿Tú lo aceptas, Líder de Skull?”

Él había sido tomado por sorpresa, pero ahora él asintió con la cabeza. “Lo reconozco, Lisa. Pero los Sentinels me necesitan a mí más que la SDF-3, y ellos te necesitan a ti más, también, y tú sabes eso.”

Ella inclinó su cabeza, tal vez un poco de mala gana. “Y ello resulta tan bien, para ti. No más salas de situación, Rick; no más fuera del campo. Estamos a punto de entrar a aquel horno de Flor-Ur de la que Lang continúa hablando. Tú estarás justamente allí afuera en el filo, y también Max y Miriya y los otros.”

Sólo que, ¿sería eso suficiente? O ¿descubriría él que no había nada más que el vuelo de combate para satisfacerlo? Ella aparentó ajustar las correas de su talego. De algún modo, esa canción pueril de Minmei, “Mi novio es un piloto,” comenzó a sonar en su cabeza y llevó un acto de voluntad exorcizarla. Lisa cerró una última costura de un bolsillo lateral, y levantó su bolsito sobre su hombro. “¿Listo?”

Rick había estado a punto de ofrecerle ayuda, pero la conocía lo

bastante bien para saber que ella no quería ninguna ayuda. Él forcejeó su propia bolsita sobre su hombro y se preguntó cómo el y su esposa lucían: la esbelta y alta mocosa con una gran historia de éxitos en el servicio, la nueva capitana de la Farrago, y el más bajo, el tipo de tal vez apariencia confundida al lado de ella quien repentinamente se encontraba a cargo de la coordinación de las operaciones de combate para los Sentinels.

“Te amo,” él dijo de repente. No mucho de una disculpa, realmente, o una explicación racional, pero el único cable-guía que había para su vida.

Su talego sobre su hombro, ella tocó ligeramente la cadera de él con la suya. Lisa tuvo que bajarse algo para hacerlo. “Es mutuo. ¡Tú lo sabes! Pero tenemos que entendernos mutuamente.”

Ella descargó de golpe la bolsa y colocó ambas manos sobre los hombros de él, cuando Rick dejó caer su propio talego. “Yo sé que tú eras infeliz aquí. Pero sé, también, que si la guerra va en ese camino, yo estaré escuchando tu voz, allí afuera en la Zona de Peligro, y no seré capaz de hacer ninguna cosa sencilla sobre ello sino esperar y rezar.”

Ella apenas podía mantener el resentimiento fuera de su voz. “Tú y yo estamos casados; somos pareja de por vida,” ella dijo, tomándolo en su abrazo y sintiendo los brazos de él cerrarse detrás de ella, los fuertes dedos cerrándose con cierta determinación.

Repentinamente el resentimiento se había ido; si él reaparecería o no, ella no lo sabía. Lisa tiró hacia atrás el tupido cabello negro sobre el oído de él. “Marido y mujer,” ella susurró. Ella pudo ver una lágrima caer desde la mejilla de él hacia el pecho de su uniforme. Las suyas estaban corriendo, también.

“¡Es un rifle!” Karen Penn gritó, harta de ello.

“¡Una maldita arma de proyectil, pero no es un rifle!” Jack Baker le gritó en réplica, los vasos sanguíneos sobresaliendo en su cuello. Él estaba forcejeando con el enorme mosquete Karbarriano por ahí, a punto de sacudírselo a ella si él pudiese levantarlo de la

cubierta.

Karen estaba complacida al ver que ella lo había hecho perder los estribos. El estar atascados abajo en lo que aparentemente era la bodega más inferior de la nave de los Sentinels, inspeccionando armas alienígenas y grabando evaluaciones para el personal del G-2, ordinariamente hubiera sido fascinante, pero ella estaba allí abajo con J. Baker, el Subteniente Más Odioso del Mundo.

Ahora él trató de levantar el arma de fuego Karbarriana, su culata muy ornamentada con juegos de joya todavía plantada en la cubierta. Toda la madera pulida a mano y los accesorios de metal bruñidos, ella parecía algún tipo de obra de arte primitiva. Su ancho portafusil de cuero estaba lleno de bordados, y su cañón estaba adornado con un arco iris de brillantes plumas de loro.

Jack indicó el enorme aditamento globular justo delante del guardamonte. “Penn, ambos coincidimos que hay una gran cantidad de aire aquí dentro, ¿correcto? Bajo presión, porque los Karbarrianos elevaron el nivel de él con esta palanca, ¿correcto? Y éste dispara balas neumáticamente, con la velocidad de un rifle primitivo, ¿correcto?”

Ella se encogió involuntariamente cuando él chilló la última palabra. “¡Entonces!” él concluyó, “¡Esto...es...un...arma!”

Karen hizo un puño, sus nudillos sobresaliendo, deseando poder golpearlo. Ella respondió a través de dientes firmes, “No según las orientaciones del G-2, las que especifican ignición propulsora o energía. Ahora, ¿quieres entregar un reporte imperfecto, o vamos a listar estos trabucos neumáticos correctamente?”

Tal vez, ella pensó, había algún tipo de sádico furioso en la oficina de asignaciones, y así fue cómo ella había sido arrojada allí con Baker de nuevo. Eso lo explicaría todo, pero las explicaciones simples a menudo eran sospechosas...

Jack refunfuñó algo que ella tomó como consentimiento, y volvieron al trabajo. Ellos inventariaron las armas de extraña apariencia de esas peleonas Praxianas sobrenaturalmente conformadas, las que lucían como largas alabardas con una cuchilla curva en un extremo y una púa en el otro, y ballestas cortas y mancás con sus empuñaduras protegidas por cuero trabajado y cocido, y el resto. Espadas, escudos –los peculiares artefactos

Spherisianos cristalinos que lucían como rayos congelados— los cuales eran dos estandartes para interpretarlos así, o una cosa en forma de arpeo Garudiano que no parecía venir con las instrucciones.

Jack tomó notas sucintas en el grabador de audio y vídeo, preguntándose al mismo tiempo cómo una muchacha que fue tan dulce en un baile podía ser un dolor terrible en el cuello en servicio. Él se enorgulleció de sí mismo por mantener una mente abierta, pero realmente, él tenía razón y ella estaba equivocada, más o menos siempre, y cierta veta de perversión en la Cadete Penn parecía hacerle imposible a ella admitir eso.

Karen, por su parte, estaba pensando en las Praxianas y su sociedad sin hombres. ¡Dinamita! ¿Dónde podía firmar ella?

Jack estaba inspeccionando una espada larga de dos manos que las Praxianas usaron en la lucha de las carrozas, un látigo cortante como una navaja de acero. Repentinamente, él la bajó y se dio vuelta hacia ella. “Mira, Penn, no estoy tratando de hacerte la vida difícil, tú lo sabes. Es sólo que tomo mi trabajo muy seriamente.”

Ella estaba pesando algún tipo de bala voluminosa de pistola en una mano. “Yo también, Baker.”

Jack se sintió repentinamente muy confundido. El cabello rubio miel de ella olía maravilloso, y los ojos extraños y ligeramente endrinos que estaban fijos en él eran exóticamente bellos, tan misteriosos como los de un XT. Y ahora que él lo notaba, el labio superior de ella era más largo y ancho que su labio inferior, dándole a Karen un, bueno, tipo de apariencia sexy, realmente...

A excepción de —¿por qué ella tenía que ser tan endemoniadamente competitiva? ¿Por qué ella sólo no podía directamente revelarse y admirarlo, consentir a su criterio, del modo en que las muchachas de casa acostumbraban hacerlo? “Muy bien,” él le respondió, preguntándose qué en el mundo entero él quiso decir. “Muy bien, entonces.”

Él mantuvo el equipo de audio y vídeo hacia ella. “Hagamos esto correctamente, ¿de acuerdo? Tú grabas, y yo dictaré notas y observaciones.”

Ella colocó sus puños en sus caderas. “¿Por qué no grabas tú, y yo dictaré notas y observaciones?”

Él sintió sus labios retrayéndose para revelar sus dientes. “Por una cosa, porque yo fui el Primero de la Academia en historia militar, y creo podría traer un poco de perspicacia extra a la evaluación del armamento XT.”

“¡Oh, bueno, perdóneme usted por consumir oxígeno valioso! ¡Pero sucede que yo gané una beca de Nueva Rodas para una tesis en historia militar comparativa, Señor!” Jack dejó salir un exasperado gruñido y dio medio paso hacia ella; Karen levantó un puño precisamente plegado, los nudillos del medio sobresaliendo. “Y tengo un primero Dan en karate Uichi-ryu. ¿Quieres probar?”

Él trató de calmarse, luego la perdió. “¡Acabas de ofrecer la cosa equivocada al tipo equivocado en el día equivocado, cabeza de chorlito!” Él comenzó a romper precipitadamente las ataduras de sus arneses de torso. “¡Enviaré por correo tu chapa de identificación a tu papito!”

“¡Inténtalo!” ella le gritó, pateando cosas fuera del camino para hacer cierta sala de lucha. “¿Dónde quieres que despache tu cadáver, imbécil?”

Él no pudo pensar en una réplica, y así rugió como Lron, luchando para conseguir quitarse su túnica. Karen estaba cuarteando el aire con silbantes cortes de manos, dando patadas de práctica que alcanzaban más arriba de su cabeza.

Hubo un sonido repentino de la escotilla de tamaño extraordinario de la bodega de carga, la aclaración deliberada y diplomática de una garganta.

“Almirante Hunter.” Jack trató de deducir si él debía volver a abotonarse primero, saludar, o poner manos a la obra inventando la excusa menos ridícula que él pudiera, aún mientras Karen estuviese cuadrándose y tartamudeando, “¡A-A-Atención!”

“Continúen,” Rick dijo, ingresando, paseando por ahí y observando curiosamente las armas acumuladas de los Sentinels, para dar a los dos cadetes un momento para recobrarse. Él en cierta medida lamentó intervenir; podría haber sido educacional ubicarse en un lugar inmediato al cuadrilátero de boxeo durante unos cuantos rounds.

Ahora, ¿a quién me recuerdan ellos? Rick Hunter se preguntó. A un joven y entusiasta as de VT y a una pálida e intensa primer

oficial de la SDF-1, ¿quizá? Él repentinamente se sintió viejo, pero ello no era un sentimiento malo, en vista de lo que los jóvenes aún tenían que pasar. “Disculpen la interrupción, Subtenientes, pero el G-1 acaba de entregar las ordenes, y como yo estaba viniendo a bordo de cualquier modo para establecerme, pensé que ustedes lo querrían saber.”

Ambos estaban un poco endurecidos por la adrenalina del presunto alboroto, y por la sorpresa de su aparición. Les tomó varios momentos darse cuenta que él tenía ordenes de promoción en una mano y galones de teniente en la otra.

Rick encontró un placer secreto en sus shocks. “No pueden ser asignados subtenientes a los Sentinels; ello confunde la cadena de mando. Felicitaciones, Teniente; felicidades, Teniente.”

Ellos estrecharon la mano de él cautelosamente, como si temerosos de que ella fuese a salirse, y observando hacia abajo a las insignias de rango que él había puesto en sus palmas.

“Sí; bueno, continúen,” Rick les expresó cuando vio que ellos iban a estar despistados por algún tiempo. Él retornó sus vigorosos saludos, y resolvió no escuchar en la escotilla para averiguar lo que iba a suceder después, aunque él lo quería hacer.

“¿Bueno? Hagámoslo,” Jack Baker dijo. La tradición dictaba cierta ceremonia. Karen asintió con la cabeza.

Ellos silenciosamente se removieron uno a otro las estrellas insignias de sus charreteras, y fijaron los galones allí. Luego se cuadraron y se saludaron mutuamente, y luego estrecharon manos lentamente, todo sin una palabra.

“Felicitaciones, Teniente,” Karen imitó a Rick.

“Lo mismo para ti, Teniente,” Jack le dijo enfáticamente.

Capítulo 8

Yo sentí que mi lugar estaba con los Sentinels –con la observación y el registro de un evento único en la historia humana. Pero estaba un poco esquizofrénica sobre ello, porque podía sentir que había cosas en la REF-Tirol que los Amigos que regresaron a Casa necesitarían saber, también. Héroe para ser cantados y villanos para ser señalados.

Pero una de las cosas que primero aprendes cuando ellos te dan un equipo de grabación de audio y vídeo es que tú no puedes estar en todos los lugares al mismo tiempo.

Ni si quiera en dos lugares.

Sue Graham, narración del documental los Corsarios de la Protocultura. La SDF-3, la Farrago, el Ark Angel Sentinels, y la REF

Jeanne Grant se demoró cuando estaba por asegurar el robot de diagnóstico del centro médico para transbordarlo a la nave de los Sentinels. Al igual que lo había hecho intermitentemente durante la mañana, ella echó un vistazo por el puerto de observación a Tirol, y a la asomante Fantoma.

“Eso seguro que no es nuestro hogar,” ella murmuró de nuevo, “pero al menos conocemos los peligros aquí.”

Ella sintió al brazo masivo de su esposo rodear sus hombros. Él rozó sus labios contra la mejilla de ella. Ella reflexionó de nuevo en la singularidad de ello –cómo un hombre tan grande e increíblemente fuerte podía ser tan tierno.

“Pero nosotros no somos necesitados aquí,” él indicó. “Lang

estará años reparando la SDF-3, y entretanto hay personas sufriendo y muriendo.”

Y así la Unidad Móvil Terrestre estaba siendo unida, figuradamente y literalmente, como un nuevo módulo de la Farrago, asegurada al lado de abajo de la nave espacial. Y el Equipo Skull, ahora aumentado a casi el tamaño de un escuadrón con VTs Betas y Logans, era ahora el componente principal de su grupo aéreo asignado.

Ella tomó la mano de él. Al menos había consuelo en el hecho que, con la GMU repentinamente reasignada a la misión de los Sentinels, Vince podría estar cerca de ella; ella no sabía si hubiese soportado ser separada de él como lo había sido antes.

Jeanne tomó un aliento determinado para contener las lágrimas, habiendo decidido que no tenía sentido llorar. Vince le golpeó ligeramente el hombro. “Lo sé, cariño, lo sé. Extraño a Bowie, también. Pero me alegro de que él esté a salvo en la Tierra, él y Dana, ambos. Rolf los cuidará bien.”

Ella suspiró, inclinando su cabeza contra su pecho ancho, preguntándose qué estaría haciendo su hijo en ese momento, al otro lado de la galaxia.

En Fantoma, las primeras naves de desembarco comenzaron a vomitar el equipo minero que los Zentraedi usarían para arrebatar el mineral monopole del mundo de elevada gravedad.

Breetai salió caminando a la superficie en su armadura presurizada, alongando sus brazos y sintiendo trabajar sus músculos. Cerca, vehículos de minería fuertemente escudados y potenciados estaban siendo desembarcados. Ellos parecían dinosaurios, óctopos, centípedos de alta tecnología.

Breetai miró a su alrededor al desolado paisaje planetario, una vista batida y destrozada de grises y castaños y negros, con una típica elevada escasez de características prominentes; planetas como Fantoma rápidamente demolían montañas y colinas.

Se parecía a un mundo fantasmagórico. Y estaba perturbado, en

realidad: perturbado por recuerdos que los Zentraedi habían acumulado por generaciones como mineros, sólo para que esas memorias fueran borradas por los Maestros Robotech y reemplazadas con otras falsas, glorias implantadas de la raza guerrera que los Maestros necesitaban para su plan de conquista del universo.

Battlepods descendieron de las naves de desembarco, también, para montar guardia y servir de seguridad para la operación. Breetai dejó a sus subordinados hacerse cargo de los detalles, y se paseó a pasos regulares acá y allá, mirando a su alrededor.

Lang y los otros sabios de la Tierra se habían sorprendido de que los Zentraedi habían sido concebidos como trabajadores colosales para la operación de minería de Fantoma. “Quizás, ello me parecería, organismos muy pequeños serían más apropiados,” un humano había aventurado.

Pero ese era porque ellos aún no comprendían la naturaleza exacta de la cámara de micronización, y cómo ella alteraba la fisiología Zentraedi para enfrentar los desafíos de una gravedad más de tres veces superior a la de la Tierra.

Breetai se estiró de nuevo, sintiéndose energizado y jubiloso, antes que cansado, por la influencia de Fantoma.

Era la cosa más curiosa, pero –los recuerdos parecían estar regresando a Breetai. El primer aterrizaje de una nave de desembarco se había centrado en un área de tiro abierto, y le pareció a Breetai que él reconoció el paisaje alrededor de él. Algo lo detuvo en una pendiente –de veinte grados de inclinación, él estimó; a un paso –antes de que alcanzara la cumbre.

Allí estaba una banca, un mero caballete de losas pétreas, ¿pero cómo él había sabido que lo encontraría precisamente en ese lugar? Conversaciones de su pasado, o tal vez alucinaciones, entraban y salían de sus pensamientos. Él repentinamente sintió una furia impotente por haber sido privado de su propio pasado –siendo incapaz de confiar en su propia memoria.

En ese momento, una imagen de sí mismo y de Exedore vino hacia él, sentados en la banca lado a lado, y Exedore diciendo algo que Breetai tenía problemas en seguir.

¡Lo recuerdo! Las palabras fueron un retumbo atronador en su

pecho.

“No; por supuesto que nosotros no recordaremos esta vida, mi amigo,” Exedore estaba diciendo, “pero los Maestros Robotech planean cosas importantes para nosotros. Llegaremos a ser más parecidos a una fuerza de la naturaleza –algo que barrerá la galaxia– el universo –¡en gloria y triunfo!”

Breetai se vio a sí mismo detenerse y reflexionar sobre ello; él sólo era un minero –sin embargo él era, además de Dolza, el más grande y fuerte Zentraedi alguna vez creado, el más durable y formidable de todos ellos– y tenía dificultad en comprender la cruzada interestelar que Exedore estaba pintando con palabras.

Ahora él recordó los remordimientos peculiares en él cuando había oído la exhortación de Exedore. El pensamiento de una vida de batallas y triunfos lo había hecho sentir exaltado. Y él había tenido una vida inexplicablemente larga de ello, justo como Exedore lo había proyectado.

¿Pero de dónde podían estar viniendo estos recuerdos? Seguramente los Maestros habían borrado todos los recuerdos verdaderos. Breetai sacudió su cabeza dentro del enorme casco, desconcertado y preocupado.

“¿Lord Breetai?” Él se dio vuelta sorprendido, ambos por el hecho de que alguien estaba parado allí, y al darse cuenta que era una hembra Zentraedi. “La cuadrilla de construcción está a punto de comenzar a trabajar en el aposentamiento permanente,” ella dijo, “pero a ellos les gustaría que usted de la aprobación final del sitio.”

Ella estaba vistiendo la armadura potenciada de Quadrono que había sido retroajustada para trabajos de minera, él pudo ver. Una de las cascarrabias de Miriya Parino, indudablemente; Breetai había oído que las Quadronos nunca habían perdonado a su líder por experimentar la Micronización, casarse con Max Sterling, y tener su niño. Muchas de ellas habían desertado para seguir al loco de Khyron y a su, a su amante, Azonia, pero algunas habían permanecido leales a Breetai, y unas cuantas de ellas habían sobrevivido a la batalla final contra Dolza y a las sublevaciones de los Malcontentos y a la batalla con los inorgánicos.

Breetai la miró inquietamente. Los Zentraedi siempre habían

estado rígidamente segregados por sexos, y la mayoría de ellos encontraba la idea de fraternización inquietante hasta el punto donde se sabía que los hacía sentir físicamente enfermos. Pero las circunstancias inusuales aquí en la producción puesta en marcha en la primitiva Fantoma habían hecho imposible preservar enteramente las viejas costumbres.

Breetai se forzó a sí mismo a examinarla. No era fácil decir mucho sobre ella en la voluminosa armadura potenciada excepto que ella era alta para ser una hembra, muy por encima de los quince metros. A través del visor de su casco, él pudo ver que ella tenía pómulos prominentes y ojos ligeramente oblicuos, luciendo más bien como lo que Lang o Hunter llamarían Eslava, y su cabello color púrpura estaba cortado varonilmente corto. Pero había algo más sobre su cara...

Él se dio cuenta, aturdido, de que ella estaba utilizando cosméticos. El pensamiento lo atravesó. ¡Santo cielos! ¿Dónde los consiguió? ¡Seguramente una hembra de nuestra raza usa tanto en una aplicación como una mujer de la Tierra usa en un mes!

Ella había acentuado la plenitud de su boca, la longitud de sus resplandecientes pestañas, la línea de sus largas y arqueadas cejas. Breetai la miraba con fijeza, boquiabierto, cuando ella saludó y empezó a dar la media vuelta.

“¡Espere!” él dijo con un impulso repentino. “¿Cuál es su nombre?”

Ella se volvió hacia él. “Soy Kazianna Hesh, anteriormente de las Quadronos, mi señor.” Ella sonrió suavemente, golpeando pesadamente la coraza de su armadura con un puño enguantado. “Y ahora una Quadrono de nuevo, parece. Algunos de nuestros trajes de batalla han estado en el almacén todo este tiempo, y la hora de ser necesitados de nuevo ha llegado.”

“Así sea.” Breetai inspeccionó a Kazianna Hesh, no seguro de por qué lo estaba haciendo. Era una cosa interactuar con hembras humanas como Lisa Hayes, sabiendo que no había ninguna posibilidad de...de relacionarse con ellas, al menos no hasta donde le concernía a él. Otra era, y muy inquietante, tener a la sonriente, más bien de apariencia fascinante Quadrono mirándolo fijamente tan arrojadamente.

“Y, si puedo decirlo, señor, con todos los peligros que Fantoma alberga, es bueno estar sirviendo en una zona de peligro bajo el mando de mi Señor Breetai otra vez.”

Ella saludó de nuevo, precisamente, pero todavía con esa media sonrisa singular. Breetai respondió, y Kazianna hizo una cuidadosa marcha de elevada gravedad cuesta debajo del pequeño montecillo. Breetai la miró alejarse, estudiando su paso, preguntándose si era algo sobre su armadura –¿un mal funcionamiento, tal vez?– que ponía aquel contoneo no regulado en su modo de andar.

“Me tiene sin cuidado lo que su líder de pelotón le dijo,” el General T. R. Edwards rugió en la cara del sargento de limpieza de detalle. “¡Le estoy diciendo que apile esas cosas en las catacumbas para estudios adicionales por mis equipos de evaluación! ¡Y asegúrese de no dañar a ninguno!”

El sargento escogió las partes de mayor valor, saludó a Edwards, luego se encogió de hombros hacia sus hombros y los reorganizó. Ellos habían estado usando su equipo potenciado para mover las formas inertes de los mecha guerreros Inorgánicos de los Invid fuera de las catacumbas de modo que las cuadrillas de demolición pudiesen deshacerse de ellos para siempre.

Los Inorgánicos bípedos, y los masivos autómatas felinos Inorgánicos llamados Hellcats, quedaron inmovilizados una vez que el enorme cerebro que los controlaba fue desactivado. Pero todavía inquietaba a la REF tener miles de ellos yaciendo por toda Tiresia, como si fuesen a despertar de un momento a otro. Habían llegado órdenes de moverlos a un sitio apropiado y volarlos a todos en añicos.

Lang y Cabell y los otros grandes sabios habían recogido a unas cuantas de las cosas para estudiarlos, pero no parecían de otra manera inclinados a revocar las órdenes del consejo. Sea como fuera, todas los rangos inferiores sabían que uno no restregaba al General Edwards el mal camino sin arriesgarse a cierto pesar real. La maquinaria pesada comenzó a jalar con fuerza los mecha inertes

del enemigo para un almacenamiento cuidadoso en las catacumbas debajo del Royal Hall.

Edwards llevó un ayudante, el Mayor Benson, aparte. “Consígase algunos del Ghost Riders y vigilen las cosas. Asegúrese de que todos los mecha Invid sean mantenidos intactos, ¿entendió?”

“Sí, señor.” Benson recordó los bizarros eventos de la captura original del Royal Hall: cómo Edwards había arreglado ser el primero en entrar al centro de comando Invid en las profundidades debajo de aquel.

Benson sólo pudo suponer cuáles eran los planes de su general, pero el ayudante intentó todo para no parecer sorprendido o curioso. El enganchar tu Carro a la estrella de Edwards ofrecía la oportunidad de vastas recompensas en alguna parte debajo de la línea, pero las estrellas tenían un modo de destellar y de destruir las cosas alrededor de ellas. La discreción era la herramienta indispensable para la supervivencia en el Escuadrón Ghost.

“Hombre sabio, me fue dicho que deseas verme,” Bela dijo, entrando al laboratorio de Lang. Ella lucía alegre con la perspectiva de tener su deseo de corazón cumplido, pero ella se paró en seco, mirando con odio, cuando vio a Cabell y a Rem parados al lado de Lang.

Gnea había estado siguiendo de cerca a su jefa militar, y ahora se estrelló con su espalda. La más joven y pequeña amazona tenía la misma gracia flexible que Bela, pero ella estuvo más inclinada a mostrar curiosidad con los ojos muy abiertos a las cosas alrededor de ella, y carecía de aquel temple impulsivo que ya estaba ganando la fama de Bela en la REF.

Los ojos de Gnea eran un candoroso punto de color dorado, su cabello largo y lacio uno cano blanqueado por el sol. Su casco estaba coronado con la imagen de un reptil de cuello largo que tenía una cabeza como un lagarto cornudo. Su traje de batalla era de un diseño diferente al de Bela, pero tenía esa misma apariencia de encanto erótico en él. Gnea portaba espada y cuchillo en sus

arneses como Bela, pero mientras que la mujer más alta llevaba una ballesta, Gnea portaba un naginata Praxiano y un escudo con un tachón de adorno con púas en su centro.

“¿Qué hacen ellos aquí?” Bela señaló a Rem y a Cabell con un gesto de enojo de su barbilla, echando mano a su ballesta como si estuviese lista para disparar. Gnea parecía a punto de colocar la cuchilla curva de su alabarda en la posición de preparada, expresando odio con la mirada debajo de las cejas negras y plumosas.

“Ellos me han estado ayudando con mi investigación,” Lang respondió, sorprendido. “Ellos son los aliados de la REF ahora, igual que tú lo eres.”

“¡Nosotros los Sentinels no confiamos en estos engendros de los Maestros Robotech,” Bela escupió, “al igual que en los Zentraedi quienes trajeron sufrimiento como lo hicieron los Invid!”

Gnea, los ojos entrecerrados hacia Rem, agregó, “Y usted, usted que se asemeja tanto a Zor –tenemos razones para odiar a Zor, también, por la ruina que su entrometimiento trajo sobre nosotros.”

“Pero él no es Zor,” Cabell le dijo, acariciando su larga y blanca barba con una mano con uñas largas. “Y yo tampoco soy un Maestro Robotech. Piensa en nosotros, por favor, como dos Tiresianos que desean ayudar a liberar a todos los planetas del Invid.”

Bela siseó hacia él en desdén y enfado. Lang intervino. “Sin la ayuda de ellos, no podría haber terminado esto para ti a tiempo.”

Él señaló con un ademán, y una mampara potenciada se plegó hacia un lado al estilo de un acordeón. Bela jadeó, y Gnea gritó en voz alta, viendo lo que esperaba allí.

Nadie confundiría eso nunca con un caballo vivo, aunque eso movía su cabeza, resoplaba, y cavaba su casco sobre la cubierta imitando los movimientos de un animal real. Las dos alas que brotaban de su espalda estaban articuladas, y cambiaron de forma y posición, pero eran más semejantes a un aeroplano u ornitóptero que cualquier ave.

La estructura de su pierna se ensanchaba un poco hacia abajo del corvejón, de modo que parecía que el caballo de Lang estaba vistiendo pantalones acampanados desde los cuales se asomaban sus

brillantes pezuñas. La cosa era de color plata resplandeciente con un atavío negro azabache. Su noble crin y melena y cola de finos alambres como cabello se movía de un lado a otro y resplandecía cuando pateaba, esperando.

“Ella es magnífica,” Bela expresó, olvidando su enfado. “Magnífica.” Ella se dirigió hacia el mecha con una mano extendida; la cosa pareció olfatearla. “Mágica.”

Ella parecía lista a saltar a horcajadas, pero Rem gritó, “¡Espere!” Cuando ella giró rápidamente hacia él, él le entregó su casco, mostrándole que el relleno del interior había sido cambiado.

“Receptores de control,” Rem explicó. “Esto todavía es un mecha Robotech, después de todo, y para controlarlo, usted necesitará hacer una cierta cantidad de visualizaciones mentales de lo que usted quiere que esto haga.” Ella tomó el casco de él, colocándoselo en su cabeza.

Bela extendió su mano hacia el caballo de nuevo. “Debería llamarte ‘Halidarre,’ niña –de acuerdo al espíritu de cielo libre de nuestra gran heroína.

“Halidarre yo debería ser,” el caballo-mecha respondió, con una voz sintetizada que sonó más como la de Bela. Ambas mujeres tomaron aliento en sorpresa.

“Hay otras cosas que aprenderá sobre Halidarre,” Cabell dijo, “al pasar el tiempo. Cosas como esta...”

Él tocó un control, y las alas de Halidarre se enderezaron, su área contrayéndose algo. De un nicho en la espalda del mecha, un módulo de reconocimiento cilíndrico se elevó en el aire, usando las alas y su propio campo ascensional. Cabell tocó otro control, y el módulo retornó a su nicho.

“Halidarre vuela, también, como se prometió,” Lang añadió. “Pero más por su aparato de antigravedad e impulsores que usando sus alas; la aerodinámica de un caballo volador vivo es casi imposible, por supuesto.”

“Él también es compatible con algunos de los otros mecha de la REF, como las motocicletas de combate Cyclone–” Rem estaba agregando, pero Bela lo interrumpió con un gesto y saltó a horcajadas sobre el Pegaso Robotech.

“¿Halidarre, vinculada a una mera máquina? ¡No sea absurdo!”

ella bufó. “¡Gnea, ven!” Gnea obedientemente tomó su mano y montó detrás, un brazo alrededor de la cintura de Bela.

“Gracias por este regalo, Dr. Lang; lo saludo y le ofrezco mi fidelidad.”

La expresión de ella se endureció. “¡Pero en cuanto a usted, clon de Zor, y usted, sirviente de los Maestros Robotech, no tienen mi paciencia, y manténganse bien alejados de las mujeres de Praxis!”

A modo de subrayar su advertencia, ella se dio vuelta y alineó su brazo con la pata de madera de una mesa laboratorio. Ella cerró su puño e hizo un súbito gesto de tirabuzón hacia abajo con él, manteniendo el resto de su brazo inmóvil. Un delgado y destellante objeto se disparó de la ligeramente voluminosa facción incorporada en el estuche de su antebrazo.

Los tres hombres se dieron vuelta para divisarlo vibrando en la madera: una daga sin mango arrojadiza –lanzada por algún tipo de dispositivo de resorte en el estuche, Lang supuso.

Bela miró a Rem y a Cabell de nuevo. “Estén advertidos,” ella dijo.

Capítulo 9

*¡Cómo fui desgarrado cuando vi que ella no iba!
¡Seguramente, los Sentinels se están aventurando más allá en una misión, por mucho, más probable para traer esclarecimiento que la simple minería de Fantoma y la reconstrucción de la SDF-3!*

Al igual que indudablemente, junto con el despreciable derramamiento de sangre que es la guerra, habrá acceso a estupendos nuevos horizontes de conocimiento y conciencia. Tal vez llaves a las Verdades Últimas que se derivan de la Primera Luz, ¡el dolor de parto del universo!

Suficiente; Minmei se quedará atrás y eso es lo único que se espera. Aunque las armonías sinergistas con Janice Em (¿y qué hay de ella? ¡Tantos misterios!) serán separadas, Lynn-Minmei parece sentir que el lugar para ella y para su voz y su papel en los Formadores –como Lang y Zand lo tendrían– está aquí, con la REF.

Y así este es mi lugar también; estoy complacido. Ella estará aquí, lejos de Hunter, lejos de Wolff –aquí, cerca de mí. Qué sentimientos acarrear estas sensaciones, yo no me encuentro capaz para expresarlo en palabras todavía. Me permitiré cierta ironía en esta cuestión, y firmaré, cuando estos escritos se dirijan hacia Minmei...

REF entrega #666-60-937

De una antesala alistada de la SDF-3, había una vista extraordinaria

de la nave insignia de los Sentinels y de la pequeña flotilla escolta de la fortaleza dimensional, preparándose para ponerse en camino.

Los propulsores llamearon en la noche del cono de sombra del Valivarre; las extrañas hélices rojo-anaranjadas de la energía propulsora de la Farrago resaltaban como media docena de inmensos reflectores hendidos –como ningún propulsor que la REF haya visto alguna vez, empequeñeciendo aquellos alrededor del acorazado. Los hornos de “turba” de la Flor-Ur emitían un increíble poder hacia el espacio.

Libre de servicio, Minmei se sentó al piano de la antesala cerca de un tramo grande de un puerto de observación, no dándose cuenta que ella estaba picando ausentemente las teclas. La gente de agitación y propaganda y Psico/Moral habían querido que ella cantase un concierto de despedida final con Janice. Algo para estimular a todos en un fervor liberacionista y prepararlos para lo que sea que yaciera adelante –o el trabajo agotador de poner a la SDF-3 en funcionamiento o la campaña de vida en la línea para desalojar las terribles hordas de Invid de los planetas que ellos habían esclavizado. La REF ya estaba agotada de los cambios de trabajo constantes para tener a la misión de los Sentinels lista.

Pero Minmei no tenía ganas de cantar con Janice de nuevo. Ella se negó a cantar con la mujer que la había, en su opinión, traicionado. En cuanto a aquello, Minmei no tenía ganas de cantar por el esfuerzo bélico. El acto entero de la voz salvadora de la super estrella de la humanidad estaba detrás de ella, ¿no podían ellos comprender eso? Ella sólo era otro recluta secundario, y ése era el modo en que ella lo quería.

“La voz que ganó la Guerra Robotech,” ellos la habían llamado. ¿Pero qué no le había traído a ella sino unos cuantos vislumbres del proyector, luego dolor y amargura y soledad? Ella consideró las cosas a las que había sido forzada a soportar a raíz de sus triunfos, y decidió que otra victoria más sería su ruina.

La flotilla escolta se había posicionado alrededor de la nave insignia de los Sentinels ahora, lista para protegerla hasta que pase a superluminal. Luego la Farrago y los alienígenas y Terrícolas de a bordo estarían por su cuenta.

Minmei se dio cuenta de que ella estaba golpeando tonos

familiares, uno a la vez y muy lentamente. El compás era diferente ahora, triste, como cierta canción antigua sobre el amor no correspondido de uno de los más grandes cantantes de jazz.

Ella cantó las palabras suavemente, dejando a su sufrimiento salir, saboreando las líricas pero llenándolas con ironía.

La vida es sólo lo que elegimos hacer de ella

Tomémosla

Seamos libres

Minmei lo coreó lentamente, compás acentuado, de modo que la canción sonaba como si fuera la hora de que los cantineros pusiesen las sillas al revés sobre las mesas para cerrar. Ella sintió sus hombros hundirse bajo un peso que ella simplemente ya no era lo suficientemente fuerte para cargar.

Había un lamentando en cada palabra. La famosa voz mimó, se irritó resentidamente, luego mimó de nuevo.

Podemos encontrar la gloria con la que todos soñamos

Y con nuestro amor,

Podemos ganar...

Pero había una fortaleza en la melancolía, una fortaleza que el blues había poseído desde el comienzo, algo más fuerte que todas las marchas de compás ascendente puestas juntas.

La fortaleza de la supervivencia –del paso a través de lo peor y

la salida de ello entristecido y castigado pero vivo y preparado para permanecer con la vida que te había hecho cosas inexpresables, porque no había otra vida...

Su cabeza estaba inclinada sobre el teclado ahora, largas alas de cabello negro y brillante cubriendo su rostro. Tal vez unos cuantos, cerca, oírían, pero a ella no le importó. Ella miró de nuevo, brevemente, hacia donde los motores de los Sentinels iluminaban la noche, y los propulsores convencionales de sus escoltas de la REF aumentaban la brillantes anticipando la partida.

Minmei los miraba cuando sus dedos encontraron acordes lentos que parecían predestinados.

Si debemos luchar o enfrentar la derrota,
Debemos permanecer erguidos y no retirarnos

Invisible para todos excepto para su dueño, manos manipularon el tablero de control del sistema de sonido de la antesala: bajando el volumen; ajustando los direccionales muy finos de la habitación; presionando un código del intercomunicador de la nave que sólo cierto personal selecto de comunicaciones se suponía debía conocer. Ajustando esto; amplificando aquello –y todo fue muy diestro, muy experto.

La canción de Minmei, baja e íntima, se estaba ejecutando en la antesala suavemente, como si fuera algo que un sonido fuerte arruinaría, amplificada tan discretamente que la misma Minmei no se dio cuenta de que el sistema de sonido estaba encendido.

La canción fue canalizada dentro del sistema de comunicaciones de la nave, y la cabeza de Lang se levantó de sus investigaciones de laboratorio; los ojos de Exedore adoptaron una mirada lejana; el Capitán Forsythe y el equipo del puente dejaron de hacer lo que estaban haciendo y escucharon; muchos en la SDF-3 combatieron la

marea de emoción cuando la voz barrió a través de ellos. Breetai, confrontando la desolada Fantoma, lo oyó a través de un enlace de comunicaciones –por el cual él acababa de desearles a Rick y a Lisa Hunter buena suerte.

Rem y Cabell se preguntaron si alguna perfección del Triunvirato de Musas de los Maestros Robotech podía sobrepasar la belleza doliente de esta canción; ellos lo dudaron. Exedore la oyó y pensó, Este poder que ella tiene –es asombroso. No; es abatiente.

Miles de personas se congelaban, al escuchar a Minmei, al conocer su canción y al conocerla a ella, pero nunca habían oído un sonido como este.

Es la batalla del amor la que debemos ganar.

La línea se elevó y se dilató; perder en la batalla personal era el epítome del blues. Minmei era pura y aguda y luminosa con dolor en un momento, susurrando con una vuelta al llamado de la vida en el siguiente. Más en contacto con su música que la versión de la super estrella pilluela alguna vez lo había estado.

Ganaremos

Debemos ganar...

Minmei torció repentinamente la última nota con el lamento de un animal sufriente, luego la dejó apagarse suavemente con algunos acordes que decían que todo está bien; la vida continúa. Sobrevivió

a todo lo demás. No iba a morir por esto.

Ella vaciló un poco en el banquillo del piano, algo aturdida por el poder subestimado de lo que ella acababa de darse cuenta –algo que no había estado allí, dentro de ella, antes. Ella ignoraba que tantos otros la habían oído, ignoraba que la antesala estaba ahora totalmente tranquila.

Los propulsores de los Sentinels llamearon brillantes; la nave estelar se alejó, sus escoltas protegiendo la nave, como Minmei lo pensó, sólo tan lejos como el final del sendero del jardín proverbial, y luego dejándola partir sola en la larga noche.

“¿Nada que reportarme? ¿Nada que reportar? ¿Es eso todo lo que pueden decir?”

El Regente Invid caminó airoosamente a través de sus vastos vestíbulos en la Colmena Hogar Invid en Optera, y sus ayudantes más cercanos, conociendo su mal humor, le siguieron el paso debida pero cautelosamente. Él era capaz de volverse violento sin previo aviso –alimentando con un espectador desafortunado a uno de sus enormes y con collares de gemas Helcats, o haciéndolo rodar dentro de uno de sus Posos de Génesis o simplemente azotándolo con un golpe físico.

Y un golpe enfurecido del Regente era algo que pocos podrían esperar sobrevivir. De alrededor de seis metros de altura, él era el más alto de su raza, entre quienes la altura media oscilaba entre un metro y ochenta centímetros y dos metros cuarenta centímetros. Sus consejeros, sin embargo, al igual que Tesla, tenían una altura el doble del promedio.

A diferencia de los dependientes que lo seguían, el Regente estaba vestido con una capa orgánica que nacía alrededor de su nuca y se asemejaba a un rayo de manta, rayado desde el frente a la espalda con sensores parecidos a tubérculos que se asemejaban a globos oculares. Él a menudo despliega la estructura extraña como el manto de una cobra en momentos de furia, y el manto se estaba agitando inquietamente, ahora.

“¿Ni una palabra de los refuerzos que envié para volver a tomar Tirol? ¿Ningún mensaje sobre el paradero de Tesla? ¿Ninguna respuesta de la Regis? Tal vez mis sirvientes necesitan motivación.”

Él se detuvo para volverse hacia ellos.

“Sus tropas apenas han tenido tiempo para alcanzar Karbarra, para recoger fuerzas de la guarnición de allí para el ataque a Tirol, mucho menos para alcanzar Tirol,” uno de los lacayos alcanzó a decir, temblando.

“Y –y tal vez Tesla se ha detenido para recoger más variedades del Fruto de la Flor de la Vida,” otro aventuró. “Él tiene grandes esperanzas de que una preparación hecha de ellos sea muy ventajoso para usted, ¡Oh Poderoso!”

“Y puede ser que sus comunicaciones simplemente no hayan llegado a la Regis aún,” el tercero indicó. “Ella siempre ha respondido a los mensajes de Su Magnificencia en el pasado.”

Sí. Normalmente con burla y desafío. Rechazada por sus experimentos evolutivos, igual que él era provocado por la insistencia de ella en mantener una forma que era Tiresoide – aquella era tan parecida a las hembras de la raza del odiado Zor– la Regis lo había abandonado, seguida por la mitad de su especie, como la división de cierta colonia de insectos inimaginable.

Y con sus recursos de tropas y naves y la esencia de la Flor tan limitada a causa de la inmensidad de la guerra Invid-Maestros Robotech, él apenas podía afrontar el comenzar un conflicto civil contra su propia compañera y la mitad de su raza. Al menos, no aún.

El Regente no estaba de humor para escuchar las racionalizaciones de sus dependientes, no estaba de humor para ser recordado de los límites logísticos, o de las teorías semi místicas de Tesla sobre el Fruto de la Flor de la Vida. Él estaba de pie ahora cerca del centro de la Colmena Hogar, una red estupenda de domos y conductos de unión que se prolongaban por todas partes a través de Optera como una incandescente tela de araña. Pero, con su energía reducida ahora y su población tan diezmada, ello parecía ridiculizar el poder que una vez había sido suyo.

Los sensores-tentáculos en su hocico resplandecieron airadamente con las palabras, “Sí: motivación.”

Él asió al consejero más cercano a él, no realmente importándole cuál de ellos era, y lo arrojó a través de la cámara. El dependiente se desparramó y quedó tendido temblando. “Mátenlo,” el Regente les dijo a los otros dos.

Ellos no vacilaron ni un momento. Arrebatando las armas de un par de guardias armados, apuntaron las armas hacia su ex colega y abrieron fuego. Corrientes de discos de aniquilación volaron, ardiendo brillantemente cuando golpearon, envolviendo al caído Invid en un infierno breve. El hedor del cuerpo chamuscado flotaba por la Colmena.

El Regente debatió si él debía ordenar a los restantes dos dispararse mutuamente, o, tal vez más interesante, a sí mismos. Pero eso derrocharía más tiempo, ya que nuevos lacayos tendrían que ser adiestrados desde el principio.

Su avidez de sangre se había saciado un poco. Él se contentó con decirles, “Vayan ahora y hagan como he ordenado. Y no me traigan más noticias de fracasos.”

Senep, el comandante a cargo de la misión Invid para enviar tropas frescas a Tirol, estaba consciente del estado mental del Regente. Él se esmeraba por hacer su trabajo bien, pero rápidamente.

Los reportes de Tirol eran algo incompletos sobre que los Zentraedi y cierta raza Tiresoide aparentemente desconocida habían atacado el planeta en acuerdo. La fuerza de trabajo apresuradamente reunida de Senep, provista de tropas pedidas prestado a la amplia guarnición de Karbarra, ahora partieron hacia el espacio profundo, todavía preparándose para el viaje más bien extenso hacia su objetivo.

Senep estaba aliviado de que su plan de requisar recursos de Karbarra había sido aprobado. El recoger unidades en cantidades pequeñas de varios otros mundos, y de las fuerzas que patrullan las marchas exteriores del encogido imperio de los Invid, le habría costado tiempo que él no podía derrochar.

Pero Senep había podido exponer dos argumentos significantes

en favor de su idea. Uno era que Karbarra tenía más que suficiente fuerza Invid para ejecutar su tarea, aún con su guarnición tan reducida. El segundo, y más importante, era que los Karbarrianos eran los más improbables en volverse intratables o demostrar cualesquiera resistencia o desafío.

No, los Karbarrianos tenían una razón muy buena para obedecer cada capricho de sus jefes supremos sin objeción.

El comandante Invid aún estaba poniendo a sus naves en la formación apropiada cuando un técnico de comunicaciones se dio vuelta hacia él, sus sensores de hocico brillaron con emoción al hablar.

“¡Comandante! ¡Naves estelares alienígenas se acercan desde el espacio profundo! ¡Acaban de pasar a velocidad subluminal y parecen estar en curso hacia Karbarra!”

Hacia Karbarra, y hacia la fuerza operante de Senep. “Identifique.”

“Imposible, señor. No coinciden con nada en nuestros bancos de datos.”

Senep quedó perplejo por un momento por la imagen del sensor de largo alcance de la nave de los Sentinels. “No voy a hacer preguntas. A los puestos de combate. Todas las unidades prepárense para atacar.”

Capítulo 10

Es un punto crítico que cada nueva forma del enemigo en las Guerras era un nuevo problema en el uso y aplicación de los mecha de la Tierra. Lo que funcionaría en contra de un Battlepod era el suicidio contra los Inorgánicos Invid; los puntos vulnerables, el armamento, y los perfiles de rendimiento eran completamente diferentes.

Los guerreros humanos eran afortunados en tener todos esos curiosos y experimentados monos en su ascendencia; la REF en particular era un ambiente en donde sólo los rápidos aprendices sobrevivían.

Selig Kahler, La Campaña Tiroliana

El viaje desde Tirol hasta Karbarra había estado lleno de un itinerario aún más agotador que las preparaciones para la partida de los Sentinels. Rick, como todos los demás a bordo, había sido forzado a descansar brevemente cuando podía tomar siestas cortas.

Ellos habían tenido que familiarizar a los Sentinels no humanos con las armas Robotech, por supuesto –tanto como fuera factible mientras duraba el viaje. Algunos de ellos, como Burak y Kami, estaban más que dispuestos a aprender, mientras que otros –los ursinoides Karbarrianos y las amazonas Praxianas en particular– parecían no dispuestos a confiar en ningún arma de fuego pequeña sino en las suyas propias. Sin embargo los Karbarrianos parecían inclinados a someter a prueba a los mecha y Bela y Gnea apenas podían esperar para montar aquel completamente loco caballo alado de Lang en la batalla.

Rick y su personal habían atormentado sus cabezas dando con

maneras de tratar de integrar las variadas fuerzas salvajes en batalla y hacer comprender a todos qué se suponía debían hacer. Rick tuvo momentos de angustiosas dudas de que si ello había sido llevado a cabo, preguntándose si él estaba dirigiéndose a una de las peores debacles en la historia militar.

Luego habían habido varios malentendidos y fricciones para mediar. El resentimiento de los Sentinels hacia Cabell y Rem; reyertas entre los humanos y los no humanos como la diferencia cultural llevó a los choques (bueno, el tanquero de Hovertank se había ganado esa mandíbula fracturada por llamar a la mujer Praxiana una “muchacha musculosa,” aún cuando lo haya dicho en broma); la insistencia constante de Burak y los otros Perytonianos de que a su planeta se le dé prioridad más alta en la campaña –todo ello estaba comenzando a dar jaquecas a Rick.

Y estaba el trabajo azarante de comprender a los propios alienígenas Sentinels. Al acercarse la nave más y más a Karbarra, Lron y Crysta y su gente se volvían más y más reservados y malhumorados. Veidt estaba confundido por ello, también.

Normalmente, como Rick lo entendía, los sombríos Karbarrianos –preocupados por la tragedia del destino y la futilidad última de las cosas– hacían a los tipos de idioma teutónicos de la Tierra parecer frívolos por comparación; pero la perspectiva de la batalla era una de las pocas cosas que alegraba a los grandes ursinoides. Eso no era cierto ahora, sin embargo, y ninguno de ellos explicaría porque.

Rick trató de sacarlo de su mente, junto con cosas como este asunto sobre Haydon. Aparentemente, Haydon era alguna clase de deidad histórica extraordinariamente importante o algo así, pero las creencias y las convicciones variaban entre los Sentinels y condujeron a pleitos agudos. Y así parte de su pacto había sido evitar toda mención de Haydon. Lang necesitaba desesperadamente más información concerniente al asunto, pero los Sentinels se habían negado a hablar sobre ello.

Ésos eran los problemas menores de Rick. Los mayores incluían tratar de hacer las cosas más eficientes y organizadas, y el estar constantemente obstaculizado por las explicaciones que él no podía captar.

Una de sus primeras ideas había sido automatizar la

alimentación de la turba de la Flor-Ur –Sekiton, era llamado– en los hornos, liberando a los fogoneros para otro trabajo. Lron y Crysta le habían dado una larga explicación, la cual no comprendió en lo más mínimo.

Pareció que ellos dijeron que el Sekiton tenía que ser tocado y manipulado físicamente por los Karbarrianos para que sea de algún uso. Si se relegaba a manipulación robótica, su afinidad por las formas de vida Karbarrianas se vería frustrada, el Sekiton tendría sus sentimientos heridos o malhumorados o lo que sea, y se negaría a entregar su energía correctamente.

Tenía que ser un problema de traducción, Rick decidió. ¿No lo era?

Él sólo esperaba haber entendido las evaluaciones de inteligencia de los Karbarrianos correctamente. Cuando ellos habían dejado su mundo hogar, el Invid mantenía una fuerza de ocupación relativamente pequeña, y ello sonaba como algo que los Sentinels podían manejar. El plan de Rick era usar las instalaciones de producción en Karbarra –famosas por su adaptabilidad y rendimiento– para iniciar líneas de montaje para fabricar mecha y naves con las cuales armar a los reclutas nativos, aumentando la fuerza de los Sentinels tal vez diez veces.

Lron y su gente fueron renuentes a comentar mucho sobre la idea, y aparentemente mantuvieron la convicción de que el destino traería lo que traería. Eso dio a Rick reservas sobre el plan, y así él convenció a los otros líderes Sentinels de explorar la situación cuidadosamente antes de empezar cualquier ofensiva.

A ese fin, la nave estelar reasumió propulsión a velocidad subluminal a gran distancia del propio planeta. Lisa, en su capacidad como capitán, dio la orden para llevar a cabo la maniobra.

Ella había dejado atrás el uniforme más formal de la REF con su frac y falda. Ahora ella llevaba puesto un muy ajustado bodysuit unisex que parecía más apropiado al estilo rudimentario pero efectivo de los Sentinels, la insignia del grupo en lo alto sobre el pecho izquierdo del arnés del torso semejante a un canesú, al igual que lo estaba en todos los otros humanos. La nave estelar hizo su transición.

Y se encontró, en un instante, prácticamente en el regazo de las fuerzas especiales de Senep.

Lisa se dio vuelta y gritó que pasaran a los puestos de combate.

Por lo que respecta a Crysta y a Lron, ellos habían tomado ventaja de la preocupación de la mayor parte de la compañía de la nave con el retorno a velocidad subluminal para encontrar su camino hacia el hoyo en el cual Tesla era mantenido.

Las Praxianas que estaban de guardia sólo estuvieron demasiado contentas por dejar a los Karbarrianos relevarlas por un tiempo lo bastante largo para que las Amazonas fuesen a conseguir algo que comer. Además, ello encajó bien al alcance de la autoridad de Lron para conducir una interrogación.

Cuando ellos estuvieron a solas con él, los ursinoides se pasaron al lugar donde el científico Invid estaba sentado, esposado, detrás de las barras. “Usted nos rogó que no le hiciéramos daño,” Crysta dijo con un gruñido. “Usted dijo que sería de utilidad. Bien, ahora lo puede ser. Díganos lo que sabe de la prisión, y de sus...sus prisioneros. ¿Cómo son vigilados? ¿Cómo pueden ser liberados?”

Tesla la había estado mirando casi indiferentemente, Crysta pensó, aunque era difícil decir el humor de algún Invid por las apariencias. Pero cuando el científico habló, fue con una bondad casi santa.

“¡Ah, Madam Crysta! ¡Si sólo supiera estas cosas, yo se las podría decir a usted, y reparar al menos en cierto grado los crímenes que yo he cometido contra su raza tiempo atrás cuando mi voluntad estaba esclavizada al Regente! Pero vea, yo no se nada de tales planes militares.”

Sus cadenas matraquearon cuando se esforzó por ponerse de pie. “Sin embargo, se me ocurre otra idea. Libéreme, entonces podré bajar a la superficie de Karbarra y negociar por usted al instante. El comandante Invid, sin el Regente allí para contradecir, me escuchará.”

Lron mostró sus dientes. “Te dije que el preguntarle a esta cosa

babosa sería inútil,” él dijo a su esposa. Y hacia Tesla, él agregó, “Ahora trataremos un acercamiento diferente. ¡Veamos cuánto puede recordar con una de esas antenas arrancada de su hocico!”

Tesla se retrajo, aunque él era el más grande de los dos. “¡Mantenga su distancia! Su grupo de mando dijo que yo no iba a ser manoseado. ¿Lo ha olvidado tan pronto?”

“Pero los otros no están aquí ahora,” Lron señaló, poniendo una mano en la cerradura. “Y yo lo estoy.”

Crysta, preocupada de que esta posible clave para el dilema Karbarriano no podría sobrevivir al interrogatorio vigoroso de su pareja, estaba diciendo, “Lron, tal vez él esté diciendo la verdad—” Precisamente entonces las alarmas sonaron, ululatos exóticos y gongs cristalinos y cuernos de guerra y otras varias llamadas a las armas de los mixtos Sentinels se levantaron.

Lron se aseguró que la jaula estuviese segura, luego él y Crysta se apresuraron hacia el puente. Cuando dieron vuelta una esquina en el pasadizo, ellos no se percataron de que estaban siendo vigilados desde las sombras.

Burak permaneció oculto hasta que los dos estuvieron fuera de la vista, luego miró fija y pensativamente a la puerta del compartimento que contenía la jaula de Tesla. Finalmente, el sonido de las alarmas lo condujo lentamente, de mala gana, lejos hacia su puesto de combate. Luego él empezó a correr, a correr como si algo lo estuviese persiguiendo.

“Ellos no nos han disparado fuera de control; eso es un poco de suerte que no la esperábamos,” Lisa concedió. “Rick, sugiero que no despleguemos los VTs, al menos no aún.”

Rick encontró su mirada por un momento, entonces inclinó la cabeza.

Allí había muchos menos enemigos de lo que la SDF-3 había confrontado en Tirol. Cuatro de las naves transportes Invid de color rojizo, de forma semejante a almejas gigantes, estaban desplegadas alrededor de una versión mucho más modesta de la nave comando

Invid que los humanos habían visto –la que Cabell había afirmado era la nave insignia real del propio Regente. Si los transportes de tropas eran almejas, esta cosa era un pez estelar ominoso.

El liderazgo Sentinel estaba entrando en tropel al puente ahora, reaccionando o no según el modelo de su especie. “Nos han tendido una trampa,” Rick dijo suavemente.

Lisa sacudió su cabeza. “No me parece, o habrían abierto fuego inmediatamente; los Invid son del tipo que primero disparan.” Pero no lo comprendo.

A bordo de la nave insignia de Senep, el comando de las fuerzas especiales finalmente consiguió algunos resultados de la Computadora Viviente de la nave. Parecía que la mayoría de los componentes de la nave no identificada concordaban con los vehículos interplanetarios de los muchos mundos controlados por el Invid, y la estructura central a la cual habían sido unidos se ajustaba al perfil de una nave exótica que el científico Tesla había tenido en construcción.

Las antenas de Senep brillaron con ira. ¡Ese idiota charlatán! Pero –si era Tesla, ¿por qué no se había identificado? Tal vez algo no estaba bien.

Senep inquirió a la Computadora Viviente sobre las capacidades ofensivas del recién llegado. De las armas que pudieron ser identificadas de los bancos de memoria, ninguna se podía medir con el alcance o poder de la nave insignia.

Ciertamente no se asemejaba a nada que el nuevo enemigo –la alianza Humana-Zentraedi– de un modo imaginable podía poner en el campo. Y ninguna nave de una raza súbdita presentaba tal amenaza a una nave comando Invid.

“Nos acercaremos, entonces,” Senep decidió, “al alcance de nuestras armas principales, pero fuera de las de Tesla. Luego enviaremos a nuestros mecha a investigar.”

Lisa se rehusó a responder las comunicaciones de interrogación del enemigo, por supuesto; ninguno de los Sentinels podía imitar a un Invid, y ni si quiera había tiempo para llevar a Tesla al puente, mucho menos para forzarlo.

“¿Pero por qué se están acercando?” la voz misteriosa de Veidt apareció.

Lron gruñó, “Ellos saben lo que nuestras armas pueden hacer; saben que su nave insignia nos sobrepasa en poder de fuego.”

Sólo había segundos para actuar; Lisa giró hacia uno de los micrófonos de gramófono. “Comuníqueme con el Comandante Grant.”

“El camino a seguir,” Rick susurró a su atrevida esposa, dándose cuenta de lo que ella tenía en mente.

“Estoy empezando a obtener lecturas no familiares de Protocultura de esa nave, Comandante,” el Cerebro Viviente de la nave transmitió.

“Lancen los mecha,” Senep dijo, habiendo asumido su posición de ventaja. “Y al primer indicio de resistencia, abran fuego—”

Fue como si él hubiese hablado en el oído de una deidad oyente. En ese momento un tremendo rayo brotó desde una figura de diseño peculiar en el lado de debajo de la nave solitaria. Aquel golpeó la nave de Senep casi en el mismo centro, un estilete de energía que perforó los escudos de la nave comando y el casco, apuñalándola en su corazón, e iluminó a las naves a su alrededor con su erupción moribunda.

Pero Senep había dado una última orden, y cuando la bola de gas recalentado que había sido la nave comando se expandió como un globo, las naves transportes se abrieron de par en par como ostras a punto de entregar perlas.

Los mecha Invid comenzaron a bullir desde ellos: raras y blindadas formas de cangrejos de variados tipos impulsados por

poderosos impulsores, zambulléndose hacia los Sentinels.

“¡Lancen los guerreros!” Rick aulló. Él pudo sentir a la nave sacudirse cuando los Alphas y Betas del Equipo Skull rugieron desde sus tubos de lanzamiento en la Unidad Móvil Terrestre, y desde las bahías improvisadas en el resto de la Farrago también. “¡Vince, ve si puedes derribar algunos de esos otros transportes de tropas!”

Pero antes de que la orden saliese de la boca de Rick, la nave de los Sentinels tembló por una segunda descarga del monstruoso cañón de la GMU. Fijada a la parte inferior de la nave como lo estaba, la GMU no estaba en la mejor posición para descargas cerradas de precisión; pero los artilleros de Vince y el equipo de objetivo no eran superados. Un segundo rayo-nova atravesó un transporte de tropas como un punzón de cuero a través de un insecto. Menos de la mitad de sus mecha lanzados, la nave enemiga desapareció en un fuego de estrellas.

“¡Comiencen a disparar! ¡Todas las baterías, comiencen a disparar!” Lisa estaba diciendo en voz alta pero calmadamente en un micrófono. En todas las partes mal unidas de la nave, torretas y lanzadores se abrieron. Las armas secundarias de la GMU comenzaron a proporcionar el posiblemente más pesado volumen de fuego. Así lo hicieron los mecha Destroid no transformables que Vince Grant había ingresado en las esclusas de aire más grandes de la unidad terrestre, usándolos como emplazamientos de armas – precisamente como Henry Gloval lo había hecho en la SDF-1 durante la desesperada batalla con Khyron en el Océano Pacífico de la Tierra, mucho tiempo atrás.

Precipitadas las Naves Pincer Invid, los masivos Enforcers y los comparativamente más pequeños Scouts, disparando como venían, enfurecidos aunque no tenían emociones individuales, con la furia del único propósito de un enjambre de avispones.

En el exterior para encontrarlos llegaron los Alphas de segunda generación, elegantemente letales a pesar de sus pods de aumento para el espacio profundo; los Betas más corpulentos, con su brutal poder de fuego y empuje; y los nuevos Logans, con sus narices en forma de bote de remos, la última palabra en Veritechs.

Liderando al Equipo Skull estaban Max y Miriya Sterling, tan calmos y alertas como nunca. Para ellos, como para el resto de los

veteranos Skulls, mayores números de Invid sólo significaba que había muchas más oportunidades para matar. Las muertes comenzaron inmediatamente. La red táctica del Equipo Skull chisporroteaba con intercambios sucintos y ceñudos, los pilotos de forma automática manteniendo una distensión tranquila, sosteniendo la tradición Yeager de las viejas generaciones de Calmos En El Asiento.

“Tengo a uno en tu seis, Skull Nueve.”

“Recibido, Skull Dos. ¿Puedes rascar mi espalda?”

“Afirmativo. Rompe a la derecha, y lo golpearé por ti.”

El Beta que era Skull Nueve condujo a la Nave Pincer Invid acosadora a la línea de tiro de Skull Dos. En breve, resplandecientes andanadas del fuego de un cañón láser de electrones libres hizo desaparecer de la existencia al perseguidor.

“Líder de Skull,” la voz de Lisa apareció, “un elemento enemigo de seis mecha se ha abierto paso por sus fuerzas de protección y está atacando la nave insignia.”

“Skull Dos, Skull Siete, intercéptenlos,” Max delegó, todavía concentrado en el Pincer que estaba tratando de ponerse en el seis de Miriya –la posición de cola, desde la cual aquel podía matar.

Dos y Siete, liderando a sus compañeros de escuadra, se dirigieron lejos a un rescate al menos tan peligroso como una refriega aérea; el fuego AA de los Sentinels no estaba tan bien coordinado como a los pilotos de la REF les hubiese gustado, y existía una buena posibilidad de que los elementos de dos naves del Skull podrían ser derribados por el fuego amigo si las personas en el puente no estaban completamente encima de las cosas.

Por otro lado, eso era lo que hacía al combate más interesante para Max y su pandilla. Ellos eran los últimos ases Robotech, viviendo al extremo donde los jugos fluían y la muerte te saludaba desde cada mecha que pasaba.

“Skull Uno, Skull Uno, pase a Battloid y aguántelos; estaremos justo allí,” alguien estaba diciendo. Miriya llevó a cabo una maniobra asombrosa, lanzando su Alpha como una hojuela mientras el Pincer perseguidor la sobrepasó como una bala, sus discos de aniquilación perdidos. La esposa de Max repentinamente estuvo en la posición de seis.

El predador que ella era, la reina del combate de las Quadronos que una vez fue no perdió tiempo en desmenuzar al Pincer con cortas y altamente controladas ráfagas de descargas explosivas de láser. Aquel emanó flamas, escombros, y gases por un momento, luego se convirtió en un frente de nubes brillante y a la deriva.

Max y Miriya se dirigieron hacia un nuevo vector, para enfrentar tres naves de escaramuza blindadas que se acercaban.

Capítulo 11

En mi estado de androide, carezco de los términos de remisión humanos apropiados para explicar suficientemente lo que está aconteciendo aquí. Sólo puedo dar sinopsis basadas en hechos. Pero hay una frase humana, empleada en la descripción de eventos deportivos, eso se me ocurre, Dr. Lang: “divertirse sobre su cabeza,” la que se refiere a la realización – debido a factores psicológicos, emocionales, y otros factores que resisten los análisis– en exceso de lo que uno lógicamente podría esperar bajo circunstancias dadas.

Dado ese parámetro, pienso que puedo decir con seguridad que los Sentinels están divirtiéndose sobre sus cabezas. Pero el juego aún tiene que alcanzar su marcador final.

*Janice Em (en el estado de androide) en un reporte al
Dr. Emil Lang*

Rick estaba tratando de seguir la batalla a través de ambos, con la vista –a través del enorme tazón invertido de la cubierta del puente– y por las pantallas de rastreo y las pantallas de datos tácticos aún no familiares de los Sentinels. Al mismo tiempo, él estaba haciendo lo mejor que podía para coordinar a los elementos humanos y no humanos de los Sentinels, y asegurarse de que el enemigo, no los amigos, fuera el objetivo de las torretas de armas y tubos lanzacohetes de la Farrago.

Pero siempre, en segundo plano, allí estaba esa pequeña voz aguijoneándolo y consumiéndolo. Él quería tanto estar allí afuera en

un VT, haciendo la única cosa que él siempre había hecho realmente bien en su vida –volar un avión. Quedarse fuera de la competencia inexorable y sin embargo estar tan cerca, tan íntimamente envuelto en ello, era semejante tortura angustiada que parecía que el universo debía estar en su contra –aquella Creación era maligna, después de todo.

Él también estaba manteniendo un ojo nervioso en esa enorme unión potenciada a Sekiton que mantenía a la nave unida y hacía a la Farrago un todo funcional; si fallaba, los Sentinels serían historia.

El par de elementos del Skull de dos naves enviados por Max atajaron el vuelo de seis Shock Troopers blindados que habían penetrado la esfera defensiva de los Sentinels. Mucho menos maniobrables que los Pincers, los Shock Troopers cargaban poder de fuego más pesado y no habían dudado en entrar como kamikazes.

Pero los VTs llegaron allí primero, dos Alphas y un elemento heterogéneo compuesto por un Beta y un Logan. Los Alphas pasaron a modo Guardián, en ese proceso único para la Robotecnología que Lang había denominado mechamorfosis.

El Beta se reconfiguró como cierto origami ultra tecnológico, adelgazándose y extendiéndose al fluir los componentes hasta que estuvo en modo Battloid, un destellante cuerpo Robotech de apariencia hercúleo.

El Logan pasó a Battloid, también, mechamorfoseándose en respuesta a la imaginación de su piloto. Mientras que los Alphas lucían más humaniformes en Battloid, el radomo de forma de bote del Logan lo hacía parecer como la mitad superior de un torso Robotech que había sido alzado lejos y cierta máscara de ídolo egipcia, el Espíritu de la Nave cohete de Propulsores Gemelos, había bajado en su lugar.

Pero todos los VTs estaban balanceándose y moviéndose en ángulo para confrontar a los Invid. Los Battloids asieron los cañones reposicionados que habían sido sistemas de armas integrales para los Beta y Logan pero eran ahora armas de infantería de mano, con cañones tan anchos como cañerías matrices, para los caballeros Robotech.

Los atacantes entraron, y los seres de la tripulación en el puente se agacharon repentinamente de forma involuntaria, cuando la

oscuridad se iluminó con rayos cruzados de pura destrucción y corrientes de discos de aniquilación.

Los Shock Troopers parecían acorazados bípedos, sus antebrazos con garras abultados como carapachos de mariquitas. Sus únicos grupos de ojo-sensor no delataban ninguna emoción, y sus cañones gemelos montados en ambos hombros los hacían parecer invencibles. Pero luego los Battloids estaban allí, y los mecha volaron rápidamente entrando y saliendo de la línea de tiro de uno y otro; las enormes descargas de energía iluminaron a la tripulación del puente debajo.

El Logan voluminoso estaba de pie en la cara del fuego fulminante de un Shock Trooper, el duelo de armas una simple pregunta de quién podría conseguir un primer disparo efectivo. Entretanto, un segundo Trooper estaba ejecutando un rizo alrededor para hacer un paso desde las seis en punto, y nada que Rick pudiera hacer en el puente podía conseguirle una conexión segura con ese piloto condenado. Poco más o menos a tiempo el aproximante Trooper se rompió en fragmentos frente a la monstruosa efusión del arma del Beta-Battloid, las cubiertas de los compartimentos de misiles del torso volaron hacia atrás y un montón de Swordfish aire a aire serpenteó hacia el Invid.

El Shock Trooper blindado desapareció en una nube de detonantes ojivas de combate. El Beta cambió su actitud de vuelo con un complejo disparo de sus muchos impulsores direccionales, y atacó de nuevo con su artillería de mano en apoyo al Logan.

En el puente, Lisa miró a Rick. Nadie podía hallar defecto en el trabajo que él estaba haciendo; a pesar de las desventajas de la descuidada organización y los sistemas de comunicaciones de los Sentinels, él estaba manteniendo las cosas ordenadas –era, tal vez, una parte aún más esencial de la batalla que ella. Y sin embargo ella pudo ver, en la mirada del momento, que él no podía manejar la frustración de su trabajo mucho más tiempo; que él estaba en realidad sufriendo porque no estaba allí afuera en la competencia

inexorable.

Otra concusión sacudió a la nave insignia y un rayo saltó al exterior desde el cañón del arma principal de la GMU. Aquel fue calibrado para una dispersión más ancha esta vez, ya que las naves transportes en forma de concha de almeja ya no eran un objetivo de mérito. El estupendo disparo del cañón derribó a unos cuantos mecha enemigos, como matar varias moscas con un obús. Pero esto no era un duelo de artillería; los mecha decidirían el día.

Los Alphas enviados por Max Sterling acabaron con las máquinas enemigas que los Battloids no habían detenido. El último Shock Trooper blindado intentó una zambullida de cabeza hacia la cubierta del propio puente, y la mayor parte de los seres de allí se lanzaron sobre la cubierta, inútil como lo era, por desviación refleja.

El Beta se colocó en su camino, el pack trasero de propulsores llameando tan fuerte que el flujo de llamas sopló a través de la cubierta adamantina del puente. Algunos sistemas se sobrecargaron y áreas de los escudos fallaron. Hubo explosiones, arrojando llamas y metralla, y los oídos de todos estallaron cuando la nave comenzó a perder atmósfera.

Sólo unos cuantos Sentinels estaban de pie. Lron, al timón de mando, mantuvo su lugar y dejó salir un ruido sordo desafiador. Desde donde ella estaba parada, las manos en su pequeña espalda, Lisa parecía en todo respecto el capitán –cerca del timón. Ella vio a Rick todavía en su lugar; él se dio vuelta, con una mirada furiosa en su cara, una mirada que era frecuente y privada –sin embargo ella contenía tanto miedo, salvajismo...

Pero en ese momento, él vio que Lisa estaba bien, e irrumpió en una sonrisa y le mostró los pulgares levantados, luego se dio vuelta y regresó a sus deberes de coordinación. Lisa entendió que el pánico en los ojos de él era porque ella podría haber sido herida, o muerta. Había sido un vacío repentino –una inmovilidad, realmente. Miedo verdadero, y Lisa lo reconoció porque ella lo había visto antes, y

sentido ella misma. Terror de que él la hubiese perdido; ello lo había debilitado por un momento.

Ella puso el pensamiento a un lado. Unos cuantos cientos de metros sobre la enorme burbuja del puente, el Logan dañado en realidad había derribado al Shock Trooper blindado que se aproximaba, interponiéndose y luchando mano a mano con uno de los mecha más temidos del enemigo.

La tripulación del puente no podía oír el crujido del metal, el silbido de los sellos comprometidos, la rotura de soldaduras y uniones. Ellos miraban la lucha silenciosa cuando el Beta más grande y fuerte entró precipitadamente para prestar apoyo. Pero el Beta estaba demasiado lejos.

El Shock Trooper blindado agarró al Logan en cierta posición de boxeo cuerpo a cuerpo de mecha, extendiéndose sobre aquel, y lo dobló hacia atrás a través de una rodilla. Hubo resoplidos de la atmósfera que escapaba y arcos eléctricos del sistema de circuitos destruido.

El Beta entró por el lado siego del Shock Trooper, rebotando para poner en marcha los propulsores de nuevo y trabarse con él en combate mortal. A pesar de todo el Shock Trooper lo pudo hacer, el Beta Battloid forzó sus brazos hacia atrás y más atrás –y logró un asimiento de lucha totalmente humano, liberando un brazo para asir la cabeza-torreta monolítica, penetrarla, violentarla, aplicarle torque con todo lo que tenía.

Rick estaba ordenando al Beta retirarse; la nave insignia había maniobrado de modo que el cañón de la GMU sería aplicado. Pero el Beta no podría abandonar su asimiento de muerte sobre su enemigo. Las pinzas del Shock Trooper rasparon surcos profundos en la armadura del Beta; su antebrazo oval palanqueó en movimientos concebidos para permitirle liberarse.

Fue en vano. El Beta dobló el brazo del Shock Trooper hacia arriba y atrás de aquel, y Rick entendió en ese momento que donde problemas de Robotecnología aún se mantenían de pie, un factor decisivo emergía. Ese factor tenía que ver con cosas que eran los opuestos exactos de los procesos mecánicos. Emoción y confianza, una pasión por la victoria que era abastecida por el odio de los ultrajes que el Invid había perpetrado; en lugar de las instrucciones

indisputables que el Invid tenía de su Colmena, el Beta estaba animado por un deseo mentalmente razonado de ganar.

El Beta colocó su codo libre debajo de la barbilla del Shock Trooper y apretó hacia arriba y atrás, y más atrás. Todo esto, mientras los VTs y los mecha enemigos remolineaban y luchaban, mientras los tantos de la matanza subían, mientras las cañoneras de la Farrago martillaban.

Hubo una ventilación hacia el exterior, luego los sellos cedieron y la atmósfera se escurrió del Invid, junto con lo que parecía ser un líquido verde que se convirtió en sargas de cuentas y glóbulos sin peso y vapor tan pronto golpeó el vacío. El Invid se partió con separaciones explosivas de sus articulaciones. El Beta vigorizó un voluminoso pie contra la carcasa muerta de aquello, y empujó libremente.

El Beta navegó como cierta muñeca deforme hacia el Logan inerte. “No hay lecturas de vida,” alguien transmitió las lecturas a Lisa; el Logan estaba tan destrozado que ello no causó ninguna sorpresa.

Rick observó desde sus aparentemente primitivos pero sorprendentemente sofisticados telescopios. Sus rasgos no tenían expresión; reservado. “Ésos son los Valdezes.”

Todos los conocían, hermano y hermana grandes pilotos de VT, primeros en la lista de ases. Henry había pilotado el Logan; su hermana acababa de vengar su muerte en el poderoso Beta.

Los repetidos ataques del Invid sólo habían tornado la batalla en un disparo al pavo; al que los mecha de la REF no cazaron, las armas de los Sentinels se las habían arreglado para encontrarlo. Lisa oyó de sus analistas de comunicaciones que la destrucción instantánea de la nave comando de las fuerzas especiales había abstenido la palabra de salir hacia Optera, o aún Karbarra, por la presencia de los Sentinels. Algo del lado de la superficie podría haber detectado las descargas de las armas en el espacio, pero la guarnición Invid debe haber estado indecisa como para averiguar qué significaban. Karbarra tenía un anillo planetario grueso, y los Invid de abajo podrían pensar que ello era la causa de la avería de las comunicaciones. No marcaba mucha diferencia para los Sentinels ahora; los humanos y los XT por igual, habían ido a la

guerra –y en esta era Robotech eso significaba algo a lo que ellos estaban acostumbrados: a ganar o morir.

Las andanadas de energía y las contra-andanadas enviaron estrechos rayos de luz brillantes segantes y corrientes de furiosos discos de aniquilación color rojo anaranjado sesgando por la negrura. El mecha giró rápidamente y se abalanzó como una nave maniobrando en la atmósfera, aunque eso fue prodigiosamente derrochador de poder; tales eran las peculiaridades de la Robotecnología, que los afilados instintos de pilotear en la Tierra de los pilotos se canalizaron al hecho por los cascos pensantes.

Era lo más pesado de la competencia inexorable, el punto central de la vida del piloto guerrero, el Corazón de lo Sinrazón –la terrible jurisdicción de la refriega aérea.

Andanadas de misiles silbantes y ráfagas de energía de gran poder fueron intercambiadas que parecían casi materiales. Máquinas agujereadas y dañadas se desplomaron y giraron, dejando escapar atmósfera y llamas, y muriendo. El Invid luchó con la unanimidad de la mente grupal, pero se volvió manifiesto que la REF, también, había aprendido a pelear la guerra con concentración total. Ningún lado carecía de ferocidad.

Pero la marea se volvió en favor de los Sentinels; en una competencia inexorable Robotech de gran tamaño como aquella, el cambio no se demoró en manifestarse.

Max y Miriya volaron a través de aquel como dioses, repartiendo muerte cuando veían a un oponente y, por su intervención, otorgando vida para llenar a los pilotos de VT. Max se sintió como si él tuviese un margen extra, con Rick detrás en el puente.

Otrora, el jefe de Max como Líder de Skull, Rick había estado alejado del vuelo de combate demasiado tiempo para estar saltando a un asiento de VT, no importa cuán inquieto él podría sentirse. Max ya había salvado la vida de Rick una vez, a riesgo considerable para sí mismo, desde que Rick había comenzado a rozarse con las restricciones de la vida de un almirante.

Max ahora no tenía que soportar tales distracciones; con el poder enormemente aumentado que los pods y otros intensificadores de sus Alphas les daban, Max y Miriya, compañeros de escuadrón y almas gemelas, volaban a donde ellos querían.

Poderosos Enforcers y evasivos Pincers eran sus presas, como presas para los tigres. Las presas Invid acechaban a los VTs, también, con fuego que podía matarlos, pero eso sólo hacía la caza más digna de atención.

Construcciones de computadora y sensores de la batalla en varias piscinas de pensamiento de análisis táctico mostraban un nimbo móvil de muerte y destrucción –Max y Miriya Sterling, en un rendimiento casi sobrehumano de habilidad y excelencia de combate aéreo.

La marea se volvió rápido y seguramente contra los sobrevivientes de las fuerzas especiales de Senep. En segundos, la balanza se había inclinado evidentemente; el Invid estaba tratando de retirarse, de correr hacia las naves de transporte de tropas que ya no estaban allí, cuando los disparos del cañón de la GMU de Vince Grant encontraban su marca una y otra vez.

La comitiva retornante Invid tropezó con cierto instinto elemental de persecución en los VTs, y ellos se precipitaron, apiñándose, para la matanza. El campo entero de mecha Invid que se retiraba estuvo repentinamente en una galería de tiro como nada visto en ninguna riña Robotech hasta ahora. Algunos volvieron para combatir, otros corrieron y esquivaron; los pilotos del Skull fueron tras todos ellos, sin misericordia porque ellos habían visto lo que el Invid les hacía a los mundos cautivos, y hambrientos de muertes. Lobos pilotando al rebaño ya no eran insaciables.

Ocultos de Karbarra por su anillo planetario y por los esfuerzos de interferencia de los técnicos del ECM, los Sentinels se las habían arreglado para ganar su primer batallón con un tipo de recato no premeditado. Pero el primero de sus eventos principales esperaba abajo.

La última de las matanzas aún estaba en marcha, la limpieza de los mecha Invid se estaba llevando a cabo por los hombres y mujeres del escuadrón Skull, pero eso ya era un hecho consumado. Rick Hunter quiso quedarse donde él estaba hasta que el último de los VTs regresare, a salvo, o al menos tenido en cuenta. Pero él sabía que no podía; el ataque a Karbarra debe lanzarse ahora, dentro de la hora, porque la presencia de los Sentinels ya podría haber sido descubierta.

Rick tuvo una visión repentina de Henry Gloval, y supo lo que había estado tratando de inclinar los hombros del viejo cuando él se paraba allí en la cubierta de la SDF-1 en los viejos días. Rick pensó en Lisa con un vasto estallido de amor, y se preguntó si alguno de los Sentinels estaría vivo en unas cuantas horas.

“¡Los golpeamos ahora; los tomamos por sorpresa, y el total de Karbarra es nuestro!” Kami, el Garudiano de apariencia lobuna, dijo por detrás de su máscara de respiración.

El resto de los Sentinels coincidieron con eso y Rick Hunter golpeó con estrépito la palma de su mano sobre la mesa en forma de U, haciendo a todos, aún a los imperturbables Lron y Crysta, sobresaltarse un poco.

“Perdí a ocho buenas personas en la pelea hace un momento, y ocho mecha que no podíamos afrontar perder; ¡no perderé más si lo puedo evitar! Cuanto más rápido usurpemos la guarnición planetaria, tanto menores serán nuestras pérdidas y más rápido ganaremos las mayores instalaciones de producción de mecha.”

Lron repentinamente se levantó, allí debajo del domo del puente donde una mesa de caballete había sido instalada encima de barriles de cerveza Karbarriana vacíos. “Y yo digo que nosotros, nosotros...”

Él parecía estar flotando en pensamientos, y varios de los Sentinels se miraron unos a otros, especialmente los humanos. Pero nadie parecía tener una explicación. Sin embargo, las muertes de los pilotos guerreros asignados por la REF eran la responsabilidad directa de Rick, así que él se encontró presionando su propio punto de vista.

“¡Debemos explotar nuestra ventaja táctica actual completamente, para minimizar nuestras pérdidas, atacando al instante! Las computadoras y los sensores de Inteligencia y el personal de operaciones del G-3 ya ha fijado exactamente los objetivos Invid primarios y secundarios en Karbarra. Nuestros VTs están siendo reabastecidos de combustible y rearmados en este

momento; podremos atacar en alrededor de una hora. Camaradas Sentinels, liberemos Karbarra.”

Lisa estaba mirando a Rick con otros ojos. Admitido, él odiaba su trabajo de escritorio, pero él había cargado con la responsabilidad que se le había asignado y estaba experimentando ese tormento, esa casi esquizofrenia, que cualquier oficial comandante decente reconocía en combate: la necesidad de llevar a cabo la misión medida contra las vidas de su comando. Ella no hubiera deseado ello sobre él, pero vio ahora que él había logrado su desarrollo completo, como el Capitán Gloval lo había dicho siempre.

Rick, por su parte, examinó a su esposa y vio que ella entendía las fuerzas rivalizando para desgarrarlo –él entendía, también, más claramente que lo que él lo hizo alguna vez, las fuerzas que habían presionado a Lisa tan agonizantemente cuando ella era la primer oficial de la SDF-1, y más tarde la capitana de la SDF-3.

Rick tuvo media revelación. Yo preferiría estar en una cabina, responsable de un VT y de mi propia vida, ¡porque es más fácil! Dejemos pasar esta copa...

Pero no pasó. No obstante, Rick vio que Lisa entendía completamente, y eso le dio una fortaleza que lo sorprendió. Él también sintió un poco de vergüenza; ¿con qué frecuencia ella había estado en este tipo de dilema, cuando él no podía ver más allá de sus propios problemas de Líder de Skull?

Cada vez que él pensaba que había quedado sin razones para amarla, una nueva aparecía.

Excepto que eso no lo ayudaba con su problema Karbarriano. Lron, hasta ahora, el fornido oso papá, balanceó un puño del tamaño de un pavo de día de Acción de Gracias, y quitó una porción considerable del borde de la mesa más cercano a él.

“¡No!”

Capítulo 12

*Aquí es donde regresas
A algunos de los tuyos;
Aquí es donde visitamos
Parte del horror sobre su autor*

De un canto de Augurio de los Karbarrianos

Nadie estaba por decir a Lron que él no podía expresar su opinión, o tratar de sofocar a Crysta, quien se había levantado junto a su compañero.

Sus anteojos protectores fueron bajados alrededor de sus gruesos y peludos cuellos; La armadura y atavíos que vestían sólo los hacían parecer tanto más como animales salvajes cautivos y peligrosos.

“No podemos atacar aún,” Lron rugió, y Lisa comenzó a considerar los problemas tácticos de tener ursinoides de media tonelada volviéndose difíciles en el puente. Las armas de choque ni siquiera podrían molestarlos, dado las pieles gruesas y la grasa subcutánea. O era disparar a matar, o escuchar. Y dado cuánto los humanos aún tenían que aprender sobre sus aliados, ella siguió el ejemplo de Veidt y de otros Sentinels, y escuchó.

Rick vio la decisión de ella claramente por las líneas de su cara; él dio marcha atrás, también, y por un momento ellos compartieron una breve y pequeña sonrisa –pero ello fue algo que los entusiasmó a ambos fuera de toda proporción para el momento.

“¡No podemos atacar,” Lron estaba aullando, “porque el [aquí él hizo un ruido ursino que no se tradujo en la lengua franca que los Sentinels usaban] no es correcto! Ustedes son forasteros, y ciegos a los caminos de Karbarra, y hasta les aseguro: si van en contra del [esa misma palabra de nuevo], entonces no hay nada más que

desastre total aguardándoles.”

Tomó tiempo considerable para clasificarlo, durante el cual Rick se inquietó. Burak el de enormes cuernos y Baldan el brillante cristalino hablaron en defensa de los logros pasados de Lron. Rick sintió como si le tiraran un manojo de pelo de su cabeza.

Pero parecía que los Karbarrianos tenían cierto sentido del destino, y Rick tuvo la impresión que era depresivamente triste y debilitante. Y el destino de los osos era que no habría ningún ataque extremo a Karbarra en este momento. Lo que Lron y Crysta querían era un grupo de reconocimiento muy pequeño, un puñado, para bajar y hacer reconocimiento de las cosas.

“¡Eso es una locura!” Rick dijo a gritos. “¡Sabemos donde los inorgánicos y el resto de nuestros objetivos están! ¡Peguémosles, luego entramos y salvamos a los Karbarrianos! Mi dios, ¿hay alguien aquí que no entiende de lo que estamos hablando? ¡Los Invid no tendrán misericordia de su gente, no importa qué concesiones hagan! ¡Habrà otra demanda, y otra!”

Crysta salió de su enorme silla con un gruñido, mostrando sus colmillos caninos parecidos a jalones de color blanco nieve. Rick no cedió –discutiblemente la cosa más valiente que él había hecho alguna vez; La mano de Lisa estaba buscando una pistola que no estaba en su cinturón.

“Los Formadores de la Protocultura no dictan...que,” Crysta dijo lentamente, como si en un sueño. Ella bajó su cabeza como si se hubiese acorralado. “No digamos necesariamente eso.”

Rick sacudió su cabeza, incapaz de entender lo que ellos querían decir. “¿Qué les pasa? ¡Los golpeamos arriba, luego los golpeamos abajo, y Karbarra es suya de nuevo! ¡Su planeta es suyo de nuevo!”

Lron giró sobre sí, una manota levantada en lo alto, sus garras sobresaliendo de la mano extendida, asomándose amenazadoramente sobre Rick. Hubo casi una disputa en el lento girar de ello, y Rick Hunter supo que la muerte revoloteaba cerca.

“¡Nosotros...no los...golpearemos...de ninguna...manera, aún!” Lron bramó, con tal volumen que los otros cejaron.

Lisa Hayes Hunter fue la primera en levantar su cabeza de nuevo y mirar a Lron en los ojos. Rick trató de hacerla retroceder, y deseó haber pensado en traer un arma de fuego. Algo en la categoría de

arma para elefantes.

Lisa miró a Lron en los ojos. Ella dijo, “En caso de que lo haya olvidado, nosotros no vinimos aquí para ser alejados por miedo. Ahora, ¿vamos a atacar con su ayuda, o sin ella?”

Lisa se había puesto en el otro lado del argumento sin calificación. Y Rick se estaba preparando para luchar, porque él estaba bastante seguro de que los osos iban a atacar a su esposa en un segundo más o menos.

Pero en cambio, Lron y Crysta se calmaron, haciendo sonidos roentes pero no oponiéndose. Lisa continuó. “Es claro que tenemos al Invid en una situación desventajosa, ya que es altamente probable que las fuerzas de tierra no estén conscientes de que sus fuerzas especiales han sido borradas del mapa. Proyecciones de computadora y evaluaciones del G-3 son unánimes: tenemos una ventana de ventaja en este momento y no durará mucho tiempo. En beneficio de los Sentinels humanos, digo que debemos hacer nuestra jugada.”

Otros Sentinels golpearon la mesa y gritaron su apoyo. Rick miró a su esposa y sintió un pulso poderoso de amor mezclado con cierta envidia; pero cuando pensó sobre ello, la envidia fue separada en partes iguales de deseo y admiración. Ambos eran buenos para un amorío, aún mejor para un matrimonio.

Pero los Karbarrianos estaban de pie, como osos grises en sus cuartos traseros, para rebatir. “Usted no comprende el—”

Para eso, ellos hicieron un sonido incomprensible para los Sentinels, algo en lo que las computadoras de traducción tuvieron que trabajar, por último emitiendo una interpretación marcada y calificada: “el Formador de Cosas.”

Rick miró hacia su izquierda, a Kami, el Garudiano de apariencia lobuna que estaba sentado allí con su máscara de respiración que era alimentada desde el tanque en su espalda. “¿De qué rayos están hablando?”

Kami hizo un sonido exasperado que de algún modo penetró la máscara. Rick se reclinó en su dirección. “No sé qué pensar. Crysta y Lron no se están comportando como lo hicieron cuando formamos nuestra alianza,” Kami dijo.

“Podríamos atacar esa guarnición antes de que ellos sepan lo

que los golpeó, luego acabar con los restos,” Rick señaló.

Kami inclinó la cabeza. “Pero algo parece estar deteniendo a los Karbarrianos,” él indicó.

“¿Dejará que eso lo detenga?”

Kami lo observó detenidamente con una mirada larga. “Daré el beneficio de la duda a usted o a los Praxianos o cualquiera de los otros. Hay muchas cosas que no comprendemos sobre nuestras especies, y así debemos proceder con cautela. ¿Estoy pensando mal?”

Rick no supo qué decir. “Lo que debemos hacer es un reconocimiento de la situación allí abajo,” Lron anunció. “Crysta y yo y media docena de nuestra gente—”

“No.” Lisa estaba sacudiendo su cabeza. Ella no estaba segura sobre lo que los ursinoides estaban siendo tan sigilosos, pero estaba totalmente en oposición a dejarlos ir lejos en lo suyo. Ella en realidad quería confiar en ellos —había llegado, de hecho, a gustarle Crysta y Lron— pero no podía sacudirse el sentimiento de que estaban ocultando algo.

Todos tenían algo que decir, por supuesto. La alianza de los Sentinels estaba expuesta a su primer prueba real, y por algunos momentos parecía que la necesidad que los unió no se mantendría. Inesperadamente, Cabell fue uno de aquellos que recordó las cosas pasadas. “¿Todos ustedes han olvidado los horrores que el Invid infligió en mi planeta? Debemos trabajar juntos —¡comprometidos! ¡La vida y la muerte de mundos enteros están implicadas!”

A la larga, fue convenido que el reconocimiento sería llevado a cabo por seres vivos antes que por remotos o zánganos. Veidt, actuando como presidente, decretó finalmente que la unidad estaría compuesta de Lron, Kami, Rick, Gnea, y Bela, junto con Jack Baker y Karen Penn. Esos últimos nombre sorprendieron a Rick, pero luego supuso que Veidt había llegado a conocer a los dos tenientes.

Lisa quiso objetar, quiso ser incluida, pero sabía que la selección de Veidt era correcta; el lugar de ella estaba en el puente de la nave estelar, especialmente ahora. Pero un último nombre fue añadido a la lista: por ambos requerimientos, el de Cabell y el suyo propio, Rem fue incluido.

Para la inserción, ellos tomarían una nave transbordador Karbarriana; con su propulsor a Sekiton, era mucho menos probable ser detectados por los instrumentos de Protocultura de los Invid. Este no era un trabajo para un VT o un Hovertank, como hasta Rick tuvo que conceder.

La cuadrilla de reconocimiento se movió a través de la armería de la nave, reuniendo armas de mano y rifles, junto con lanzacohetes y granadas. Entretanto, los técnicos humanos estaban verificando el equipo diverso de supervivencia que el grupo necesitaría. Rick notó que mientras las mujeres de Praxis no tenían inconvenientes en ceñirse cinturones de armas alrededor de sus cinturas o llevar colgando de sus hombros rifles de asalto Wolverine –en realidad, ellas parecían entender las armas bastante bien– ellas aún insistían en portar espadas, ballestas, y la alabarda parecida a un naginata de Gnea.

Él se encogió de hombros; a cada cual lo suyo. Además, armas silenciosas podrían llegar ser bastante prácticas. Lron parecía inclinado a llevar su mosquete neumático, también, y su cuchillo enorme y parecido al cuchillo de un carnicero, pero Kami estaba aparentemente más que feliz de llevar las armas humanas con su mayor poder de fuego.

El equipo y el transbordador eran verificados mientras sensores y personal de inteligencia y computadoras debatían sobre los sitios de aterrizaje óptimos. Aún no había ningún signo de que la guarnición Invid de abajo tuviera algún indicio de la presencia de los Sentinels en el anillo planetario; al menos el grupo de reconocimiento tenía esa ventaja.

Rick había encontrado tiempo para tratar de agarrar algunas horas de sueño antes de que las instrucciones finales comenzaran. Él había esperado tener un momento o dos a solas con Lisa, pero ella había estado preocupada con las preparaciones –y con tratar de deducir planes de contingencia para lidiar con cualquier cosa que la misión de exploración pudiese toparse.

Ahora, sin embargo, ella entró a sus habitaciones cuando él estaba poniendo en orden su equipo de red y realizaba otra

verificación de su equipo. ¡Botiquín médico, munición de reserva, concentrados de raciones de emergencia, rastreador de inercia–!

“¿Contento, Rick?”

“¡Lisa, no podemos tener esta misma discusión de nuevo! Veidt me eligió; Ni si quiera me ofrecí como voluntario.”

“No tenías que hacerlo. Has hecho conocer tus preferencias.”

“¡Yo tomé un juramento para servir en un equipo militar, no para sentarme fuera del campo de acción!”

“Bueno, conseguiste tu deseo, ¿hmm?” Pero ella no podía quedar molesta con él, no con su partida tan cercana. “Oh, sólo asegúrate de regresar sano y salvo, ¿lo harás?”

Él la tomó en sus brazos. “Deja de preocuparte; no estoy buscando medallas. Rick ‘Precavido’ Hunter, ése soy yo.”

Se besaron, luego ella lo alejó. “Y ningún flirteo con esas damas luchadores Praxianas, o nos faltará un almirante por aquí.”

“No, señora. Sí, señora.”

En la esclusa del transbordador, Jack Baker estaba haciendo ajustes finales a su casco pensante. Mientras el equipo no estaba llevando ningún mecha transformable grande, había allí un par de motocicletas de combate Cyclone y Hoverbikes. Además, Jack no prefería subirse en algo veloz, o, en cuanto a eso, estar en una zona de combate sin toda la protección que pudiese conseguir. Él deseaba que los investigadores de Lang les hubiesen dado a los Sentinels algunos prototipos de la armadura corporal en la que estaban trabajando, totalmente blindada que se suponía se integraría con los Cyclones de algún modo.

De todos modos, el casco sería necesario para las comunicaciones, con su equipo de comunicaciones incorporado. Aparentemente Gnea y Bela iban a apegarse a sus vistosos cascos Praxianos por haber sido modificados por Lang; a veces Jack encontraba su combinación de lo viejo y lo nuevo más bien ilógico.

“¿Bien, bien, así que ellos están enviando al equipo de refriega para ver cómo los soldados reales hacen el trabajo, hmm?”

Karen Penn tenía una manera de hacer lucir bien aún a un uniforme de combate. Ella se estaba encogiendo dentro de su equipo de red, volviendo a montar sus cargas, dando a Jack una sonrisa burlona.

“Alguien tiene que estar allí para frotar tu muñeca después de que te desmayes, Penn.” Ellos estaban a punto de ingresar en otra trifulca cuando Jack oyó un sonido que lo hizo girar con su boca abierta.

¡No hablan en serio!

Era Bela, montada en el Robocorcel, Halidarre, con Gnea montada atrás. Las pesuñas de Halidarre resonaban contra las placas de la cubierta. A él le tomó unos cuantos segundos decir alguna palabra. “¿Qué cree que está haciendo? ¡Esta es una misión de reconocimiento, no un carnaval!”

Las cejas de la altísima Bela se fruncieron ominosamente cuando ella lo miró con odio hacia abajo. “¡Halidarre es mi corcel; con ella, cubriremos más territorio y seremos capaces de asegurar que el triunfo en la batalla inevitablemente sea nuestro!” Bela dio un palmetazo a la espada en su muslo, pero Jack notó que ella llevaba además un rifle de asalto Wolverine en una funda de la silla de montar, y tenía una pistola de energía de alto poder en una pistolera de hombro.

Gnea estaba portando su alabarda y su escudo, aunque estaba adornada con granadas y armas de fuego. Jack pudo ver ahora que el borde interior del escudo estaba delineado con una fila de cuchillos arrojadizos mantenidos en su lugar por clips, conveniente para su mano. Gnea se deslizó hacia la cubierta, luego Bela lo hizo, tomando el freno de Halidarre y guiándola hacia la escotilla de carga abierta del transbordador.

Los espaciadores Karbarrianos y los otros que estaban por ahí estaban demasiado aturdidos para interferir, y en un momento las Amazonas estaban colocando el caballo-mecha en su lugar en el área de carga. Totalmente tranquila, Halidarre parecía como si pasase por este tipo de cosas todos los días.

“Al almirante no le va a gustar esto,” Jack murmuró.

Karen se encogió de hombros. “Oh, bueno, al menos ella no decidió traer consigo esa nave de artillería en miniatura de cuatro

alas que ella–”

Precisamente entonces Bela se dio vuelta y pronunció un silbido penetrante, añadiendo, “Hagane. ¡A mí!”

Jack y Karen, como el resto del complemento de la nave, habían aprendido a agacharse cuando Bela daba ese silbido. Algo pequeño y veloz, moviéndose y lanzándose como un colibrí, llegó borrosamente por el aire en un zumbido de alas múltiples, zumbando en el oído de los dos tenientes sólo por diversión. Jack se sintió como dando un manotazo a Hagane, pero decidió que no valía el riesgo de que un dedo fuera desmochado por un pico tan agudo como un par de tijeras de hojalata.

Hagane era lo que Bela llamaba un malthi, tanto un pájaro real para las Praxianas como el halcón lo fue para los faraones. Ello se posó en la dura vaina en su antebrazo ahora, una criatura no mayor que un gavilán, plegando sus conjuntos dobles de alas y observando alrededor sospechosamente. Sus ojos extrañamente abultados, salvajes e ilegibles, y Hagane dejó salir un sonido de caza vigorizante que parecía ir directamente hacia los tímpanos de uno.

“Dios, odio cuando ella hace eso,” Jack frunció el entrecejo. “¡Caballos y aves! ¿Por qué no llevamos con nosotros algunos payasos y un caminante de cuerda tirante mientras estamos ocupados en ello?”

“¿Usted no aprueba la TOyE, Teniente?”

Jack se dio vuelta. “¡Oh, Almirante! La Tabla de Organización y Equipo está bien para mí, señor! Yo, uh –es que, fui sorprendido, eso es todo.”

Rick lo estaba, también, pero decidió no demostrarlo. En realidad, él tenía curiosidad sobre cómo serían de utilidad el caballo Robotech y el ave de caza Praxiana. Ciertamente, ellos no serían exactamente indiscernibles si Bela insistía sobre separarse por todo el cielo –pero por otro lado, ellos no eran nada que el Invid conectaría con una expedición desde Tirol.

Él suspiró, no esperando obtener que Bela viese la razón y use sus mascotas con limitación. Quizá Lisa tenía razón, y esta salida no era una idea grandiosa después de todo.

Pero era demasiado tarde para ello. Lron apareció, y Rem, y Kami. Ellos abordaron el transbordador y se ajustaron los

cinturones, cuando Lisa inició su cuidadoso impulso de acercamiento a través del anillo planetario.

Capítulo 13

El punto de giro, por contestar hasta ahora, es el éxito que el Regente sentía que estaba logrando en su “traspaso,” y cómo él escogía su curso. El que él todavía sentía un deseo inconvencible –tal vez amor, tal vez obsesión– por la Regis es obvio.

Pero esto no concordaba con “de-evolución” como los humanos lo representarían; seguramente su autotransformado lo debió haber alejado de tales sentimientos. ¿Rechusó él a dejar esos sentimientos, o fue la de-evolución algo completamente diferente de lo que podríamos conjeturar?

Lemuel Thicka, El Templo de la Llamas. Una Historia del Regente Invid

Una vez más, Crysta estaba de pie frente a la jaula de Tesla. “Se lo pregunto de nuevo, Invid: ¿qué puede decirme de la situación en Karbarra?”

Tesla extendió sus manos con tristeza infinita. “Sólo lo que usted misma sabe. Sin embargo, le digo a usted otra vez: libéreme y déjeme bajar a su planeta y hacer todo lo posible en nombre de la paz y la apertura de nuevos diálogos.”

Crysta hizo un sonido impaciente. “Si descubro que está mintiendo, lo arrojaré al exterior por una esclusa de aire.” Ella se dio vuelta para irse.

“Espere,” él dijo bruscamente. “¿Por qué no les ha dicho a los otros de –este problema?” Como científico, él había descubierto cosas interesantes sobre el sistema de creencias de los ursinoides. Él había esperado que Lron y Crysta hubieran explicado su dilema a

los Sentinels hace mucho tiempo; sin embargo tal vez era de cierta ventaja sutil para él el que ellos no lo hayan hecho, él lo encontró enigmático.

Crysta hizo un sonido irritado. “¡Usted no comprende nada, Invid! El conocimiento que proviene de nuestra Videncia es frágil. El revelarlo puede cambiar la Videncia y al Formador a algo diferente, algo aún peor. Si usted no hubiese sabido ya sobre –sobre nuestro dilema, yo nunca lo habría mencionado.”

Tesla inclinó la cabeza para sus adentros. Entonces. Parecería que aún había esperanzas para él, si podía manipular las cosas. Ciertamente, él no tenía mucho más que le gustase. Él, sobre todo, tenía razones para esperar que la visión de los Karbarrianos del futuro saliera bien; de otra manera, Tesla estaría entre los primeros en sentir su cólera, y él sabía cuán terrible su venganza podía ser.

La entrada fue más como una caída libre, realmente, el pilotaje de Lron variando entre la manera suicida imprudente y la profesionalmente competente. Él desvistió parte de la capa ablativa del transbordador pero consiguió bajarlo sin ser registrado, hasta donde ellos podían decirlo, en ningún instrumento Invid.

Jack Baker se halló apretado en su asiento, los ojos hendidos, escabulléndose dentro y fuera de un exterior de color rojo. Él sólo esperaba que Lron tuviese una mayor tolerancia a las fuerzas g, porque esto se sentía como que podría ser un momento desconcertante para que el piloto tomase una siesta.

Karbarra era un yermo, un lugar barrido por el viento, cacarañado y lleno de agujeros de gusano a causa de sus generaciones de minería intensiva. Lron salió del picado de su entrada y dio a la nave cierto impulso, nivelándola a la altura de aterrizaje virtual, buscando. Él rápidamente se orientó, y se acercó al sitio de aterrizaje que había escogido.

Todo los Sentinels estaban alerta, atendiendo las estaciones de armas y listos para abrir fuego. Pero el lugar escogido por Lron, una operación abandonada donde una veta mayor de mineral de hierro

se había agotado, estaba desértico. Los Sentinels habían estado contando con vigilancia disminuida y patrullas, lo que con las fuerzas de ocupación Invid presuntamente se redujo a un número mínimo. Parecía que ellos habían ganado la apuesta –hasta ahora– pero eso todavía dejaba a muchísimos enemigos.

Lron hizo aterrizar al transbordador suavemente a través de un agujero abismal enorme en un domo cuarteado enorme en el centro del área de procesamiento. Era un emplazamiento ya observado por la resistencia Karbarriana, él explicó. Era una base de operaciones tan segura como era probable que el equipo halle, al menos por ahora.

Rick comenzó a organizar las cosas aún antes de que ellos se desabrochasen los cinturones. Bela estaba ansiosa por sacar a Halidarre a dar un vistazo en los alrededores y sentir la libertad del cielo; tomó una discusión fuerte hacerla ver que un rastillaje terrestre y un escaneo de sensores del área inmediata serían necesarios primero, para asegurarse de que los Sentinels no fueran localizados por alguien antes de que ellos pudieran hacer el reconocimiento por sí mismos.

Karen Penn tuvo una corazonada, al ver al joven almirante poniéndose de pie ante la imponente amazona y diciéndole calmadamente que era hora de que ella comenzase a aprender a aceptar órdenes. La mano de ella fue hacia su espada de nuevo. “¿Órdenes? ¿Osa decirme que carezco de disciplina? ¿Y quién es usted para darme órdenes?”

La boca de él se había convertido en una línea chata. “Soy una de las personas a las que ustedes los Sentinels recurrieron por ayuda, ¿recuerda? Soy parte de la fuerza que les está dando una buena oportunidad de recobrar su planeta. Ahora, cuando nuestro consejo unido toma una decisión, nos apegamos a ella; ése fue el convenio. Y la decisión en este caso fue por una misión de reconocimiento conmigo al mando y Lron en segundo lugar. Así que veamos si puede aceptar órdenes así como las da.”

Bela repentinamente sonrió, tirando su cabeza hacia atrás. “¡Sigo olvidando que ustedes los hombres pueden ser tan tercos como una mujer! Muy bien, Almirante, lo haremos a su modo –pero, tenga presente que: cuando sea puesta a cargo de una

operación, esperaré lo mismo de usted.”

“Me parece justo.” En privado, Rick decidió que él no quería tener algo que ver con una operación dirigida por la impulsiva mujer guerrera.

Cada paso suyo en los inmensos y reverberantes vestíbulos de la Colmena Hogar Invid parecía estar ridiculizando al Regente.

Aún no había noticias de las fuerzas especiales que él había enviado a Tirol, ninguna respuesta de la Regis. Todo estaba demasiado inquieto para que él se diera el placer de castigar a los subordinados. Él se movía ahora a pasos regulares junto con sus guardaespaldas de élite marchando a una distancia discreta detrás, sus pasos blindados resonando.

Y él maldijo de nuevo los percances tácticos que habían hecho necesario abandonar la Computadora Viviente, el más nuevo y por lejos el mejor cerebro desarrollado en un tanque del gigante Invid, bajo el Royal Hall. Estaba inactivo, y podía caer víctima de daño, podía atrofiarse –podía hasta ser dañado por la especie híbrida advenediza que había encaminado de algún modo sus legiones.

Él había sido obligado a hacer volver más tropas desde las marchas exteriores de su desmenuzado reino para asegurar que los mundos cercanos bajo su dominio permanecieran de ese modo. El Regente chirrió áspera e irritadamente ante el pensamiento de que tal vez sus fuerzas especiales se habían encontrado con alguna revocación. ¡En el peor momento posible!

Y luego estaba el pensamiento que lo desalentaba tanto como cualquiera. ¿Qué ocurriría si los Maestros Robotech retornasen para librar una guerra sangrienta, y lo atrapasen en este estado desorganizado? Él reverberó con el desagrado, pateando un pilar que se asemejaba a un axón nervioso.

Él maldijo a su pareja de nuevo, por haberse llevado a la mitad de su raza. ¿Qué podía necesitar ella de ellos? ¡Ella ni siquiera estaba comprometida en conquistar! Ni siquiera estaba pretendiendo ayudarlo a mantener el dominio sobre el reino. No era

justo; todo esto era su culpa.

Algo tenía que hacerse.

El regente se detuvo, se dio vuelta, marchó en otra dirección. Cuando llegó a la inmensa cámara de huevos, él estuvo complacido por encontrar que nada estaba fuera de lugar, y los Niños Especiales de la Regis estaban todos allí, inmóviles y ajenos en la entonces suspensión gelatinosa. Fila por fila, hilera sobre hilera.

“Niños Especiales.” Típico de ella, ella ni siquiera se había dignado a decirle lo que la frase significaba. La Regis apenas había aclarado que éstos iban a ser cierta manifestación última de la herencia genética Invid, y que tendrían un destino mayor.

“¿En realidad?” el Regente bufó para sus adentros. ¿Cuándo el imperio se estaba desmoronando y los enemigos del Invid podrían estar en la misma Colmena Hogar muy pronto? ¿Qué destino mayor tales Niños Especiales podían tener que defender a su Regente y conquistar, conquistar para la gloria Invid?

Sin embargo –él debe proceder cuidadosamente. Él ni siquiera estaba seguro de con qué estaba lidiando. No haría desatar algún nuevo y hasta mayor peligro –tal vez una generación de Invid quienes no conocerían ninguna lealtad hacia él, o hasta estar infectados con aspiraciones propias.

No, era mejor ir cautamente. Entretanto, él podía reasignar sus fuerzas, mantener el status quo por ahora. Él ya se las había arreglado para juntar a duras penas algunas tropas de frontera y despacharlas para reforzar la reducida guarnición Karbarriana. Tal vez él hasta podía usar a los Niños Especiales como una ficha de negociación –conseguir que la Regis le diese los guerreros leales que él requería a cambio de estos huevos en reposo.

¡Y Tesla! ¡Con su plática mística sobre el Fruto de la Flor y sus promesas de traer un jardín zoológico de enemigos derrotados para la diversión del Regente! ¿Qué se sabe de él?

Agitado, el Regente se alejó para enviar otro mensaje a Haydon IV y demandar noticias inmediatas de Tesla, so pena de un castigo horrible para aquellos a lo largo de la línea que fallasen en proveerlas.

“Simplemente tengo el presentimiento de que ella te escuchará,” Vince Grant dijo a su esposa. “Tú precisamente tienes ese poder de persuasión con las personas, querida.”

Ella bajó el reporte médico que había estado llenando, evaluaciones preliminares del vasto conjunto de ungüentos, preparaciones, píldoras, y polvos del mundo hogar de cada Sentinel; ella estaba tratando de comprenderlos y a las fisiologías de los pacientes a los que ella esperaba administrárselos.

“Vince, por qué no hablas con Crysta. Quiero decir, tú eres más de su tamaño.”

Eso consiguió sacar una risa de él. “No pienso que esto tenga algo que ver con el tamaño. Sólo soy un ingeniero ascendido que consiguió una comisión porque él sabe lo que hace funcionar a la GMU. Pero tú entiendes a las personas, y Crysta sólo es una persona cubierta de pelo. Además, tú eres una madre.”

Jean lo examinó. “¿Qué tiene que ver eso?”

“No estoy seguro. Yo le estaba enseñando la GMU y, sabes que, allí estaba aquella fotografía de Bowie en mi escritorio. Cuando le expliqué sobre él, eso la hizo negarse a hablar, y terminó con el breve tour.”

Jean sintió una mezcla de curiosidad y obligación profesional ahora; él la había visto interesarse en casos, tales como este, muchas veces anteriormente. “Nosotros no sabemos realmente mucho sobre los niños Karbarrianos, ¿no es así? Oh, el ciclo reproductivo está justo allí en los bancos de datos, nada inusual – ¡especialmente cuando los comparas con aquellos Spherisianos! Pero me refiero a, ¿qué les está sucediendo en este momento?”

“Eso se me vino a la mente a mí, también,” Vince dijo sobriamente.

Ella se elevó y besó a su esposo, parada en puntillas para hacerlo. “Tú eres bastante inteligente para ser sólo un ingeniero ascendido, ¿lo sabías?”

Él le dio media sonrisa. “Lo suficientemente inteligente para recurrir a ti cuando me enfrente con un problema real.”

Los sensores y detectores indicaban que ellos habían hecho su aterrizaje sin ser detectados. Rastrillajes realizados por Rick, Jack, y Karen en Hovercycles, e, inevitablemente, un vuelo de vigilancia por Bela y Gnea en su caballo volante, precisamente confirmaron el hecho.

Entonces fue Rem quien se obstinó, cuando Rick lo asignó, junto con Gnea, para vigilar el transbordador y manejar el equipo de relevo de comunicaciones, de modo que el equipo de reconocimiento estaría seguro de conseguir un enlace directo a la Farrago si y cuando fuese necesario.

“Toda esta misión no tiene sentido si no podemos reportar lo que encontremos aquí,” Rick se irritó con él. “¡Ahora, no quiero ni un argumento más de nadie!”

Rem se calmó, y el equipo comenzó a cargarse con armas y equipos. Lron casualmente se cargó con el doble del conjunto de aparatos y accesorios que cualquiera de los otros y no parecía sentir el peso en absoluto. Algo lo estaba haciendo menos comunicativo, sin embargo.

Por decirlo así, Rick estaba más interesado en tratar de tener la mezcla correcta de equipo y armas distribuida entre su equipo. Lron había revelado que la red de cavernas naturales y minas abandonadas constituía una carretera subterránea virtual, y que la unidad podía cubrir la mayor parte de la distancia a su objetivo por allí.

Eso significaba luces de mano adicionales, equipos de visión nocturna, y cosas por el estilo. Rick permitió a Bela conservar su rifle Wolverine, pero asignó a Kami un arma más vulgar, Owens Mark IX, mucho más poderosa pero de corto alcance, en caso de lucha a corta distancia. Rick tomó un Wolverine para sí. A Karen se le asignó un rifle de francotirador con mira telescópica de largo alcance, sus puntajes de puntería eran mejores que los de todos ellos.

Lron jaló el lanzacohetes de repetición y un surtido de municiones; a Jack se le otorgó una pistola ametralladora de proyectiles sólidos que disparaba pelotillas explosivas. Rick se

aseguró que todos ellos estuviesen llevando puesto “orejass de murciélagoo,” en caso de que hubiera alguna lucha subterránea. Las orejass de murciélagoo amplificaban los sonidos bajos, dejaba a los normales inalterados, pero amortiguaba a los elevados –así los exploradores no serían ensordecidos en un intercambio de fuego subterráneo.

Bela no salió con el esperado argumento sobre dejar a Halidarre detrás; aún ella podía ver cuán impráctico sería halar el caballo por los estrechos lugares con los que el equipo podía esperar toparse abajo. Ella descartó la mayor parte de sus armas Praxianas, llevando sólo su largo cuchillo.

Lron guió el camino hacia un ascensor de mina que olía rancio y a aire viciado. Él manoseó nerviosamente una conexión de poder que parecía muerta, e hizo zumbarr al motor del ascensor con prontitud. El grupo subió a bordo, encendiendo las luces del casco. Rem y Gnea los observaron descender en la oscuridad.

Veidt, Cabell, y los otros estaban desconcertados por lo que veían – o, más bien, no veían. Lecturas de largo alcance en la superficie de Karbarra indicaban que habían ocurrido daños de batalla pequeños o ninguno en el planeta de abajo. Su ciudad principal, Tracialle, todavía estaba brillando y entera debajo de su domo cristalino.

“Esto no es lógico,” Veidt dijo. “Los Karbarrianos son feroces aborrecedores del Invid, y asumimos que la lucha había sido furiosa.”

Pero los instrumentos indicaban claramente pesada actividad militar Invid abajo, aunque no había ningún signo del combate. Con algunas pocas excepciones, la infraestructura industrial y técnica parecía estar intacta y funcionando a un grado modesto, los edificios todavía de pie en su mayor parte, los sistemas sociales operando normalmente.

“¿Tal vez todo esto es algún artificio?” Sarna se preguntó, volviéndose hacia su esposo. “¿Puede ser que los Karbarrianos ejecutaron todo esto para atraernos a una trampa? –pero no.

¿Seguramente ellos pudieron haber desviado a la nave hacia aquí con un pretexto u otro tan pronto montamos nuestro motín?”

“Y no tiene sentido para ellos haber arriesgado sus vidas contra el Perseguidor, o de nuevo en combate contra las fuerzas especiales que nosotros sorprendimos,” Cabell señaló. “Luego está este asunto del reconocimiento. Una pieza del rompecabezas aún falta.”

Ellos fueron interrumpidos por las alarmas mal integradas de la nave de nuevo, y la voz de Lisa apareció en un altavoz del sistema de altavoces que se asemejaba a una cornucopia.

“¡A las estaciones de batalla, a las estaciones de batalla! Una fuerza enemiga ha dejado el hiperespacio para acercarse a Karbarra. Nos han detectado y están maniobrando para atacar. Escuadrón Skull y Wolff Pack, prepárense para el lanzamiento. ¡Todas las estaciones de armas prepárense para disparar a mi mando!”

Para Jonathan Wolff, fue un alivio ser llamado a la cabina de su Hovertank. Él había estado dirigiendo su Wolff Pack a lo largo del viaje, tratando de alejar su mente de los pensamientos que lo atormentaban, con preparación y adiestramiento, chequeos de mantenimiento, e instrucciones intensas y sesiones de entrenamiento.

Ello no había ayudado. Aún estaba la culpa que sentía por haber dejado a su esposa e hijo atrás de modo que él podría participar de la gloria de la REF, y ahora pasarían años antes de que los vuelva a ver.

Pero una culpa aún mayor, moliendo su conciencia en carne viva y luego arañando en la herida sangrienta, era la imagen innegable de Minmei, Minmei. El sonido de su voz, el aroma de su cabello, el rostro y los ojos, su encanto juguetón. El recuerdo de cómo se había sentido poner sus brazos alrededor de ella en el jardín en la fiesta de Víspera de Año Nuevo en Tiresia. Su beso, el que lo había atolondrado como cierto escolar.

La nave estaba temblando por el lanzamiento de los VTs del Skull. Wolff dio bruscamente rápidas órdenes, y sus propios

Hovertanks pasaron a modo Battloid, sellados para el combate en vacío, siguiéndolo en avance rápido hacia la escotilla de carga designada. Los Destroids asignados a la GMU estarían dirigiéndose a sus posiciones de fuego, Wolff lo sabía, y la misma Unidad Móvil Terrestre estaría calentando sus armas.

Pero no habría ninguna duda de una emboscada esta vez; hoy ambos lados estaban prevenidos. Wolff se había sentido desilusionado al no ser incluido en el equipo de reconocimiento, pero eso había sido antes. Ahora, el Wolff Pack parecía que iba a tener toda la acción que podía manejar.

Y en cuanto a Hunter y al resto, ¿atrapados abajo? Wolff se sintió brevemente apenado por ellos, luego regresó su mente a dirigir su pequeño rincón de la guerra.

Capítulo 14

Por supuesto yo oí todas esos sarcasmos sobre ‘alienígenas,’ y por su gran crédito, mi esposa los dejó pasar, sabiendo como era para las personas luchar una guerra.

Yo había esperado que la raza humana hubiese aprendido, al encontrándose con los Sentinels, a ser un poco menos perjudicial indiscriminadamente. Pero pocos además de los Skulls lo eran.

Miriya pasó por alto todo ello, y luchó como un tigre a favor del género humano y los Sentinels. ¿Y tú me dices que eso es un alienígena? Entonces yo también lo soy.

Max Sterling, de Compañeros de Escuadra: La historia de Max y Miriya Sterling por Theresa Duvall

“Fórmense tras mí, Equipo Skull, y quédense con sus compañeros de escuadra,” Max Sterling recitó automáticamente, su atención entregada a las pantallas tácticas en la cabina de su Alpha. Él sabía que su esposa, camarada y compañera de escuadra, mantendría un ojo en el equipo por él.

Max encontró un momento en el cual preocuparse por Rick. Al menos Rick no está aquí afuera tratando de volar en combate en un VT; él era un buen piloto, uno natural, y otrora él había clasificado sólo detrás de Max en pericia. Pero Rick estaba años fuera de práctica, y eso había sido obvio la última vez que él había ido a combate espacial con el Skull. Si Rick y su pandilla sólo mantuvieran sus cabezas abajo, estarían bien –tal vez mucho mejor que lo que la fuerza principal de los Sentinels iba a estar, a menos

que el Skull tomase el control y se hiciese cargo del asunto.

Afortunadamente, este nuevo contingente enemigo no era tan numeroso como las fuerzas especiales que los Sentinels habían manejado cuando arribaron: dos naves transportes en forma de platillos, y ninguna nave comando en absoluto. Por otra parte, los Sentinels no iban a tener ningún golpe de gracia sorpresa hoy. Aún ahora, las naves de transporte de tropas semejantes a almejas estaban abiertas completamente y naves Pincer salían a borbotones, entremezcladas con algunos Shock Troopers y hasta unos cuantos de los terribles y blindados Shock Troopers.

Los Veritech se lanzaron a interceptarlos en un duelo masivo. Era una locura, un combate remolineante donde amigos y enemigos estaban tan entremezclados que era a menudo peligroso arriesgar un disparo. Pero aquellos Invid quienes lograron pasar encontraron que la nave insignia de los Sentinels estaba arrojando una red casi impenetrable de fuego, aumentada por los tanques del Wolff y el poder de fuego de la GMU.

Novas iluminaban la noche cuando los mecha hacían erupción en bolas de fuego; corrientes tremendas de energía destructiva eran regadas por aquí y por allá, y nubes de misiles volaban. La interferencia y la contra interferencia volvían a los sistemas de guía erráticos y ponían a ambos lados en casi tanto peligro de su propia artillería como de la del oponente”.

Un grupo pequeño de Pincers, guiado por un mecha Oficial Blindado, llegó al casco superior de la nave de los Sentinels después de sufrir bajas considerables. Pero cuando estaban a punto de atacar la nave a corto alcance –y conseguir abordar para causar estragos si fuera posible– fueron interceptados por Wolff y una escuadra de sus Battloids. La mayor parte de la lucha estaba demasiado cerca aún para armas manuales, y el conflicto se redujo a puño de aleación de la REF contra garra Invid metálica –pies y codos y rodillas de mecha entraron en juego.

Un miembro del Pack torció violentamente el brazo de un Pincer y lo arrojó lejos; los sistemas de poder del Pincer se sobrecargaron y volaron en pedazos desde adentro. La unidad Oficial Blindada enemiga y dos Pincers asieron un Battloid por detrás y lo comenzaron a despedazar.

Pero los Invid eran excedidos en número, siendo golpeados o pateados o desgarrados en pedacitos. Justo entonces más Hovertanks aparecieron, en modo Gladiador: piezas de artillería bípedas, pequeñas y fornidas, del tamaño de una casa. Sus ráfagas enormemente poderosas golpearon al último de los intrusos; luego todos los tanques pasaron a Gladiador para repeler cualquier intento adicional de descender en la nave estelar.

El arma principal masiva de la GMU despachó sus disparos infernales una y otra vez, pero todos los mecha enemigos se habían dispersado, las naves almeja poco importantes por el momento. Vince Grant cesó el fuego y desvió la potencia hacia las cañoneras secundarias, para conservar energía para la batalla.

Un ataque suicida Invid pasó a través de la red de fuego AA de los Sentinels hacia la popa, y Vince envió máquinas de guerra Destroid a través de la cubierta exterior para unírseles a un par de Hovertanks en procura de mantener respaldo allí. Él envió a su segundo comandante con el doble chequeo con Jean para asegurarse que la bahía de enfermería estaría lista para las bajas, y obtuvo una respuesta que lo consternó.

“La bahía de enfermería está preparada, señor, pero la Teniente Comandante Grant no está allí y no se ha reportado allí todavía. Su paradero es desconocido en este momento.”

A gran distancia abajo, en Karbarra, el Invid notó la operación militar siendo luchada muy en lo alto sobre ellos.

De acuerdo con los reglamentos vigentes, algunas unidades especializadas fueron movilizadas y enviadas en masa, armas preparadas. Los Karbarrianos en la calle, inmovilizados por pavor y de ojos huecos por el miedo, los vieron partir. Pero los enormes ursinoides sólo pudieron quedarse de pie arraigados al lugar, y rezar.

Aún con los rastreadores de inercia, era difícil deducir donde Lron los estaba guiando.

Lron, sin embargo, no parecía tener dudas. En lo profundo de pozos de extracción abandonados, a lo largo de conexiones que habían sido hechas para desaguar cursos de agua subterráneos, y a través de sistemas de cavernas, ellos se abrían paso, los proyectores orientables traspasando la oscuridad total. Rick los había tenido moviéndose en estilo de combate al principio, cauteloso de ser atacado a pesar de las repetidas afirmaciones de Lron de que el Invid no estaba consciente de este sistema de viaje subterráneo. Pero la táctica de infantería disminuía el paso de la cuadrilla de reconocimiento considerablemente, especialmente ya que los Sentinels alienígenas no estaban familiarizados con los procedimientos de la REF.

Así que al tiempo Rick decidió modificar los procedimientos, con Lron a la punta y Jack y Karen tomando turnos en la retaguardia, el resto del grupo juntos o dispersos un poco cuando las circunstancias lo requerían. El equipo se movió más rápidamente que las precauciones de zona de combate habrían dictado ordinariamente.

En un punto ellos pasaron por un espacio agotado y apuntalado donde una veta de mineral había estado, un lugar no más de un metro y veinte centímetros de alto, sin embargo tenía cuarenta y cinco metros de anchura y se extendía por más de tres kilómetros. Fue un viaje agobiador, especialmente duro con Lron. Su progreso lerdo levantó un polvo fino que les ennegreció la cara en un dos por tres.

Kami, con su máscara de respiración Garudiana, estaba relativamente cómodo y después de un tiempo los miembros de la REF cerraron sus cascos de vuelo. Lron improvisó una máscara de tiras de tela.

En otro punto, sin embargo, el grupo se subió a dos vehículos de minería que ellos potenciaron con baterías de energía que Lron había traído. Fue una ayuda bien venida, aún con el peso de un planeta colgando sobre sus cabezas, e hicieron buen tiempo por el ferrocarril.

Lron y Crysta habían explicado que el sistema de túneles aparentemente interminable se había creado a través de los años

antes de la venida del Invid y de los Maestros Robotech, cuando Karbarra, un centro de industria y comercio, había tenido a sus variados rivales y enemigos. La producción de armamento en el interior del planeta fue raramente disminuida a causa de ataques desde el espacio, pero hoy en día gran parte del sistema había caído en desuso y mal estado.

Más tarde, después de una breve pausa para comer y descansar, Lron los guió por un sistema de cavernas de una belleza fosforescente inexpresable, y ellos caminaron a lo largo del borde de un lago subterráneo en el cual cosas extrañas, resplandecientes, semejantes a a sombrillas y ciegas podían ser vistas nadar y flotar. El techo de la caverna se parecía a un domo en mosaico con joyas de cada color concebible. Había plantas que se parecían a las formaciones coralinas hechas de pequeñas agujas cristalinas.

Durante el viaje, los exploradores mantuvieron contacto con Rem y Gnea, tomando turnos para poner en pie a los guardias del transbordador a intervalos de treinta minutos para una verificación de comunicaciones. Poco más de once horas después de que ellos habían iniciado el viaje, Rick los formó en un perímetro de seguridad tan bueno como lo podía realizar en los confines de la cueva, y separó a Lron.

“Muy bien; usted dijo que habíamos alcanzado el primer punto de control hace dos horas, pero aún no lo veo por aquí. Y no me dé ni una más de esas cosas de ‘está justo adelante’, se lo estoy advirtiéndolo.” Cada músculo dolía, y la fatiga lo estaba poniendo nervioso y paranoico, temiendo una trampa o una terrible confusión que el enorme XT tenía miedo de admitir.

Lron dijo en voz grave, “Si nos hubiésemos movido tan rápidamente como los Karbarrianos estamos acostumbrados, ya habríamos estado allí hace mucho tiempo, Almirante. Pero no importa; cien pasos más o menos –¡mis pasos!– por ese camino de allí nos llevarán al comienzo de nuestra ascensión. Si usted puede mantener mi paso por otra hora –dos a lo sumo, si vamos lentamente– dormiremos esta noche en una cueva teniendo a la vista a una de las avanzadas Invid en la Grieta de Hardargh.”

“Y entre tanto, ¿se da cuenta por debajo de lo que hemos pasado? Inorgánicos; patrullas aéreas de Scouts; pandillas

merodeadoras de esos Hellcats asesinos; formaciones de Enforcers en sus naves de escaramuza; Armas Terroríficas yendo y viniendo por sus rutas de vigilancia; ¡y más! Guarde su aliento en este ascenso final, pequeño humano; lo necesitará para hacer algún jadeo cuando se de cuenta cuán lejos hemos llegado.”

Ahora era el turno de Rick para gruñir. Hablar no cuesta nada; ¡veremos si lo prueba! Pero él mantuvo la observación para sí, tratando de evitar más fricción. En su lugar, él se dio vuelta y silbó; luego, con señales de voz y de mano, formó su pequeño comando para moverse de nuevo.

Ellos apenas habían alcanzado el comienzo de la larga ascensión cuando Rem los contactó con noticias de la nueva batalla.

Cuando las cosas salen mal por aquí, ellas realmente lo hacen en fila, Lisa pensó, pero no había mucho tiempo para lamentarse. Los reportes entrantes en el puente indicaban que los Skull habían repelido el ataque enemigo, infligiendo bajas extremadamente graves; los pocos Invid sobrevivientes estaban cojeando hacia Karbarra, sus naves transporte en forma de platillos habían sido boladas en partículas por el gran cañón de la GMU.

Habían habido pérdidas en todos los elementos de combate Sentinels y la nave había sufrido daños. El Skull había perdido dos Betas, un Alpha, y un Logan, y varios otros VTs estaban muy dañados. El grupo de Rick se estaba manteniendo firme en una posición relativamente segura, aparentemente, pero una recogida era imposible, y parecía que el reconocimiento entero sería un fracaso. Lisa se rehusó a considerar lo que sucedería si la guarnición Invid hubiese aumentado el estado de alerta en Karbarra, lo que significaría que el transbordador estaría permanentemente anclado en su localización actual.

Y tal vez el mayor golpe de todos, Jean Grant había estado ausente en su puesto en tiempo de combate. Lisa aún no tenía todos los detalles, pero ello comprometía a Crysta y al científico Invid, Tesla. Cualquier cosa que fuera, tenía al viejo Cabell a punto de

rabiar.

“Reporte,” Lisa dijo bruscamente. Los subordinados le reaseguraron que esas cosas se estaban viendo. Cuadrillas de control de daños ya estaban trabajando, las bajas estaban siendo atendidas por varios sanadores Sentinels y el personal médico. El Skull estaba reabasteciéndose de combustible y rearmándose en caso de otra acalorada riña, pero eso no parecía probable por el momento; aparentemente la guarnición Karbarriana había sido despojada de su astronave, o de otro modo no lo le interesaba lanzar un contra ataque todavía.

No después del modo en que nosotros les hemos ensangrentado sus hocicos dos veces, ella pensó con un pequeño vislumbre de satisfacción. Lisa impartió órdenes de que la nave insignia sea mantenida en órbita, y añadió, “Estaré abajo, en enfermería.”

Su primer pensamiento sobre entrar al enorme compartimento donde los laboratorios médicos de Jean Grant lindaban con el agujero dejado para el equipo y la investigación de Cabell fue, ¡Esto debe ser una violación del Acuerdo de Ginebra!

Aunque los Zentraedi no habían mostrado ningún impulso en obedecer las Reglas de Guerra, y los Maestros Robotech y el Invid no eran mejores, el género humano había hecho un punto de honor en no hundirse en la crueldad innecesaria. Y eso era más claramente lo que esto parecía ser.

¿De qué otro modo puede uno explicar el que Tesla haya sido suspendiendo dentro de una cubeta de cristal enorme de fluido verdoso, sólo el extremo de su hocico asomando al aire, y todo tipo de electrodos y almohadillas sensoras conectadas a varias regiones de él, particularmente su cabeza?

“Almirante, por favor no saque conclusiones,” Cabell se apresuró. “El Invid no está siendo herido, y lo que estamos averiguando aquí puede cambiar el curso de la guerra.” Veidt y Sarna, contemplando, asintieron con la cabeza.

Tesla objetó ruidosamente, “¿No herido? ¡Me atormentan con sus sondeos! ¡Me despojan de mi dignidad y se toman privilegios soeces con mi persona! Buscan matarme de miedo, de modo que me puedan disecar. ¡Sálveme!”

Él azotó un poco el cilindro. Jean Grant levantó su mirada de la

lectura de sus instrumentos y lo reprendió, “Quédese quieto. ¿O quiere que lo entregue a los Karbarrianos? Apuesto a que ellos le podrían sacar cierta información, ¡si se los hubiera dicho usted habría estado en sus manos todo este tiempo!”

La idea de aquello repentinamente hizo aquietarse a Tesla y flotar, temblando. Jean se dio vuelta hacia Lisa. “Estoy dando alcance a un tipo de detector de mentiras para Invid. Al menos pienso que lo estoy. Sobre todo puedo decir hasta ahora que él tiene altas concentraciones de sustancias de Protocultura activa en varias partes de su cuerpo, especialmente en su cráneo. Y sus composiciones y firmas varían bastante profundamente. Se parece a alguna variación sobrenatural en un sistema linfático –y hormonas, glándulas endocrinas– pero raros órganos análogos alienígenas, por supuesto.”

Lisa dejó de lado la lista de preguntas que ella desearía hacer a Tesla. “¿Pero por qué está haciendo esto ahora, Doctora?”

Jean señaló con un ademán hacia un rincón, donde Crysta estaba desplomada contra un mamparo. “Finalmente conseguí que Crysta me dijera por qué los Karbarrianos han estado actuando tan extrañamente. Lisa, los Invid tienen a sus niños en un campo de concentración. Al primer movimiento equivocado de la población de abajo, o en el momento de que una derrota de la guarnición sea inminente, el Invid matará a cada cachorro en el planeta.”

Lisa giró rápidamente hacia Crysta. “¿Por qué no nos lo había dicho antes?”

Crysta estaba en realidad retorciendo sus manos tipo garras. “El Invid había sido una fuerza de ocupación, nos había hecho trabajar para ellos, pero nunca nos habían forzado a luchar por ellos, realmente nunca nos hicieron esclavos. Ellos sabían que nosotros no podíamos soportarlo.”

“Pero no comprendíamos cuán verdaderamente malvados ellos eran. Habían estado preparando su plan durante mucho tiempo; en una simple tarde, se abalanzaron para llevarse a miles de nuestros jóvenes, y eso nos inmovilizó. ¡Ustedes no saben cuán preciados son nuestros cachorros para nosotros, ahora que nuestra población ha menguado tanto!

“Y así estuvimos desvalidos, cuando los Hellcats y los

Inorgánicos extirparon la mayoría del resto de nuestros niños –sólo unos pocos se las arreglaron para permanecer ocultos. Los míos celebraron una gran Convocación, cantando y buscando un vislumbre Unificado del Formador...”

Lisa había sido informada de ello, un tipo de ceremonia religiosa que podía continuar durante días, cuando los Karbarrianos buscaban contactarse con el infinito. “¡La Visión nos dijo que no debemos desafiar al Invid, y que tampoco podíamos decir a los extranjeros de nuestro apuro! Esa parte de la Visión fue muy clara.”

¡No es de extrañarse que los Karbarrianos hubiesen estado en contra de que los Sentinels simplemente se lanzaren al ataque con ambos pies y un balance de gancho largo! Sus niños eran rehenes, y los enormes ursinoides simplemente habían dejado que la crisis los llevase consigo, con sólo un destacamento de asalto que las circunstancias cambiarían –o que ellos pudieran ser cambiados.

“A eso se debe que Lron quisiera la cuadrilla de reconocimiento,” Lisa vio repentinamente. “De ese modo, ustedes no nos lo habrían dicho; lo hubiéramos visto por nosotros mismos.”

Crysta asintió con la cabeza miserablemente. “Pero ahora he infringido la ley.”

Jean disintió. “No, no lo ha hecho. Tengo una idea bastante justa de lo que estuvo mal –fue Vince quien me dio una pista– y yo sonsaqué el resto de usted, Crysta. Pero no se preocupe; los Sentinels no recorrieron todo este camino sólo para dejar morir a una generación de niños.”

Ella regresó con Tesla. “Ahora, Pegajoso: Cabell y Veidt le harán una o dos preguntas. Si mis instrumentos dicen que usted está mintiendo, voy a enviar un par de miles de voltios por ese baño en el que usted se encuentra, ¿me entiende?”

Ella giró un botón, y un generador cercano zumbó en voz alta. Tesla se sacudió un poco. “Yo –yo oigo y cumpliré.”

Veidt se acercó a la cuba. “Debe haber una Computadora Viviente controlando a los Inorgánicos allí abajo –coordinándolos y animándolos. Eso sabemos. ¿Pero se parece al Gran Cerebro que fue enviado en la expedición a Tirol, o es uno de alguna clase inferior?”

Tesla se sacudió por un momento, estudiando la mano de Jean Grant sobre el control. Ella lo miraba directamente. “Es uno de los

primeros, uno de los más primitivos y pequeños,” Tesla dijo, “ubicado allí cuando una de las primeras guarniciones de Inorgánicos fue asignada al servicio en Karbarra.”

Jean miró sus instrumentos y giró más el botón de mando, de modo que un zumbido llenó el compartimento. Tesla agitó el fluido verde alrededor de él y gritó, “¡Alto, aii! ¡Me hieren!”

Jean apagó el aparato. “Parece que está diciendo la verdad.” Hacia Tesla ella añadió, “¡Oh, cálese! Eso sólo fue un sonido de baja frecuencia y uno o dos voltios.”

Veidt dijo a Lisa, “Siendo así, mi esposa y yo tenemos un plan que puede servir idealmente.”

Lisa estaba dando instrucciones al instante. “Reúna al esto del liderazgo para una instrucción, ASAP. Y que la gente de Inteligencia obtengan toda la información que puedan de los Karbarrianos a bordo de la nave; ahora que no hay gato encerrado, deben estar dispuestos a hablar. ¡Y que alguien ponga a la cuadrilla de reconocimiento en el cuerno y les diga lo que tenemos que enfrentar!”

En el campo de minería abandonado, Rem frunció el entrecejo cuando escuchó la noticia de la nave insignia de los Sentinels. “Pero cómo puede –no comprendo por qué–”

“No se le pide que comprenda, soldado,” un oficial de comunicaciones le ladró. “Sólo retransmita el mensaje, palabra por palabra, exactamente como se lo di. Al instante, ¿entiende?”

“Comprendo,” Rem contestó con malhumor. “Base de relevo terrestre, fuera.”

Él terminó la transmisión, refunfuñando para sus adentros sobre el tono arbitrario que estos sujetos militares humanos empleaban entre ellos y con todos a su alrededor. Como pupilo de Cabell y compañero y a veces su protector, él no estaba acostumbrado a ser tratado como un intelecto inferior o una pieza insignificante.

Él se estaba conectando a la frecuencia de la cuadrilla de reconocimiento cuando se dio cuenta que sintió un ligero

movimiento del aire, y se le vino a la mente que Gnea no había hablado o hecho un sonido en algunos minutos. La escotilla del transbordador estaba abierta.

Estén callados, había sido la orden del Almirante Hunter, ¡y no vaguen por los alrededores! El confinamiento y la inactividad habían irritado el espíritu libre de la amazona más de lo que lo había hecho en Rem, quien había sido forzado a resistir hasta el fin la mayor parte del terrible asalto Invid en Tirol en un bunker.

Él se dirigió hacia la escotilla y miró curiosamente en los alrededores, luego dejó salir un alarido. Sobre su cabeza, Gnea guiaba a Hiladarre a través de lentas inclinaciones y giros, acostumbrándose a guiarla. “¿No es ella hermosa?” Gnea gritó hacia abajo, visiblemente encantada consigo misma.

“¡Baje!” Rem gritó. “¡Usted conoce nuestras ordenes! ¡Debemos estar ocultos, y no atraer la atención!”

Ella aspiró por la nariz, “¡Simples hombres no dan ordenes a las guerreras de Praxis! Además, estoy cansada de estar sentada en esa maloliente nave. ¿Y quién nos verá, tan lejos de cualquier poblado o avanzada? Vuelva adentro, si tiene miedo.”

Rem tuvo ánimos de cerrar la escotilla y dejarla afuera, también. Y estaba la necesidad urgente de retransmitir el terrible y confuso mensaje sobre los niños Karbarrianos. Pero él sabía que Hunter tenía experiencia en la guerra, y esa cautela extrema era siempre aconsejable cuando uno estaba tratando con el Invid.

Él dio unos cuantos pasos hacia delante hacia el claro, levantando su cuello para mirarla. “Si ha terminado con sus pequeños juegos, puede actuar como un soldado, y—”

Él fue detenido por el gruñido de una voz procesada, un grito de caza felino como pronunciado por una máquina aterradoramente. Un Hellcat había llegado por la proa del transbordador, moviéndose para sacarlo de la escotilla. Un segundo apareció en la popa, y dejó salir un grito de pura ira felina.

Capítulo 15

Considere el cerebro consciente “Tiresoide” –Praxiano, Terrestre, Karbarriano o lo que tú tengas. Aproximadamente más de cien mil millones de neuronas. El número potencial de conexiones que estas neuronas pueden hacer entre ellas, según ciertos cálculos, excede el número total de átomos en el universo.

Uno asigna una mera maquinaria contra tal creación sólo a cierto riesgo de resultados inesperados.

Cabell, Un Pedagogo en todas Direcciones: Notas en la Campaña de los Sentinels

Gnea vio a los Hellcats, también. Rem se preguntó por qué su presencia no había sido registrada por los muchos sensores informadores del caballo alado. Tal vez las lecciones de vuelo de Gnea lo habían distraído.

Los Hellcats, sus ojos rasgados resplandeciendo como brasas, se acercaron cautelosamente. Eran una forma de mecha Inorgánico de cuatro patas, tan azabachados que brillaban con claros de luz azules, y mucho más grandes que el diente de sable que alguna vez haya vivido. Los Hellcats estaban armados con delgadas garras filosas como navajas, cuernos en los hombros y cola semejantes a espadas afiladas, y colmillos destellantes.

Rem había mantenido un arma popular, Owens Mark IX, cerca suyo en caso de problemas, pero no lo bastante cerca; la pesada y pequeña arma, y su fuente de alimentación equipada para llevarse al hombro yacían cerca del lado interior de la escotilla más allá del alcance cuando los dos Inorgánicos se movieron hacia él.

Eso sólo dejaba las pistolas que él y Gnea llevaban –y por lo que Rem había visto en Tirol, se requería más poder de detención del que las pesadas armas de fuego manuales tenían para derribar a un Hellcat. Rem retrocedió lentamente, paso a paso, los Hellcats moviéndose pesadamente tras ellos; estaban adelantándose un poquito cada segundo pero saboreando el momento, no listos aún para saltar.

Entonces él recordó la funda de la silla de montar que Bela había montado en Halidarre, con su rifle Wolverine. “Gnea, tienes–”

De algún modo, su voz disparó a las bestias Robotech, y ambos salieron furtivamente hacia delante, las colas segmentadas azotando, preparándose para saltar. Rem jaló su pistola, dudando que tuviera tiempo para disparar un solo tiro, dudando que Gnea pudiera afinar la puntería desde la silla de un caballo alado aún si ella tuviera el Wolverine.

Los Hellcats saltaron al momento que algo pasó rápidamente cerca de él y se sintió golpeado desde arriba y por detrás. O al menos, eso fue lo que él pensó. Lo siguiente que supo, él estaba siendo levantado hacia arriba, sostenido contra la silla de montar de Halidarre, por los campos elevadores del Robocaballo y las alas batientes, y por el firme asimiento de Gnea en sus arneses del torso.

El Hellcat principal casi lo atrapó, sus feroces garras resbalando por el flanco de Halidarre pero dejando algunas marcas. El caballo se ladeó, eludiendo el intento del segundo Hellcat, y ganando altitud. Un rayo chirriador de la pistola de Gnea erró a ambos felinos.

“¡Su forcejeo echó a perder mi objetivo!” ella regañó a Rem, cuando él dio patadas y se asió violentamente para apalancarse. Luego, entre el tironeo de ella y el forcejeo de él, ella lo levantó y lo colocó sobre la curva de la silla de montar, boca abajo.

Rem pensó que el poder de vuelo del caballo los salvaría de los Hellcats confinados a la superficie, pero pudo ver que estaba equivocado. Uno ya estaba saltando sobre un pequeño montículo de equipo desechado y embalajes de tablas apilados con asombrosa velocidad, dándoles persecución. Su campo visual estaba severamente limitado por el cuello, el cuerpo y las alas de Halidarre, y por Gnea; él no podía ver a dónde el segundo Hellcat se

había ido.

Él advirtió a Gnea, pero ella ya lo había visto. Halidarre cambió de rumbo abruptamente. Con su fantástica rapidez y fortaleza, y en los confines del domo, el mecha Invid casi llegó a arañarlos. Halidarre casi arrojó a Rem al aire por el testuz, llenando sus alas y cortando sus campos de impulsión. Gnea sólo se mantuvo en su lugar por un asimiento determinado con sus largas y fuertes piernas.

Pero el Hellcat falló, aterrizando en un reborde inferior de la pila y dándose vuelta para subir su declive de nuevo para otro intento, errando su paso dos veces en el escombros móvil. Gnea giró al caballo alado hacia la abertura del domo, para alcanzar seguridad temporalmente.

“¡No!” Rem gritó. “¡Dejé la escotilla del transbordador abierta! ¡No podemos dejarlos entrar!” Era muy probablemente su única esperanza de escape, ahora que la nave insignia estaba trabada en combate, y probablemente la única manera de vincularse con el equipo de reconocimiento de nuevo a tiempo para sacarlos del mundo.

Para su horror, cuando él miró hacia abajo aturdidamente, vio la cola del segundo Hellcat desaparecer por la escotilla.

Rem divisó el rifle Wolverine en su funda y de algún modo se las arregló para sacarlo sin dejarlo caer. Pero para entonces Gnea se había ladeado alrededor de una montaña de maquinaria decrepita, lejos, al otro lado del domo, y él no tuvo un tiro claro. Ella escogió un lugar que parecía un establo y aterrizó, muy por encima del piso del domo.

Él se bajó de la silla de montar y Gnea saltó después. Lejos, a la distancia, ellos podían oír gruñidos y el movimiento de la basura que significaba que el primer Hellcat aún los estaba acechando.

“No hay tiempo que perder,” Rem decidió. “Tengo que ir tras el que ingresó a la nave. ¿Puede hacerse cargo de éste?”

Ella extrajo su propia arma de su pistolera y tomó también la de él de su cinturón, balanceándolas en unas manos más grandes que las de él. “Parece que debo hacerlo, ¿no? Y así lo haré, de algún modo.”

Halidarre resopló y se encabritó un poco, las alas desplegadas y

batiendo un poco rápidamente, levantándola un poco en el aire. Un pensamiento repentino se le ocurrió a Rem. “Tendremos que separarnos y encargarnos de ambos Hellcats al mismo tiempo. ¿Gnea, cuán bueno es su control sobre el caballo? ¿Cuán fino es su toque?”

Ella sonrió severamente. “¡Pruébame, Tiresiano!”

Unos cuantos momentos más tarde, el mecha felino saltó entre los picos y sumideros de escombros industriales desechados y llegó por la esquina para avistar a Bela de pie, esperando, con ambas pistolas levantadas. No había signos del Tiresoide masculino, pero el sonido de saltos y resbaladas ocasionales le dijo que él se estaba dirigiendo muy probablemente cuesta abajo hacia su nave.

El Inorgánico ignoró el sonido del escape frenético de Rem; su compañero de caza se haría cargo de él. Y, más pertinente, una vez que un Hellcat centraba la puntería en una presa en particular, aquel perseguía aquella presa con la exclusión de todo lo demás.

Las limitaciones del primer modelo de Computadora Viviente en la capital de Karbarra significaba que el cerebro central podía no prestarle atención al reporte del Hellcat sobre el encuentro, lo que con el estallido de la batalla sobre el planeta y la necesidad inmediata de prepararse para la defensa, los Hellcats simplemente retornarían con los enemigos matados para mostrar lo que habían encontrado y eliminado.

La sorpresa no era un rasgo mental de gran importancia para el mecha Invid; cuando vio que la situación táctica había cambiado sólo ligeramente, aquel simplemente comenzó un ataque aún más directo, esquivando los inexpertos disparos de Gnea saltando detrás de un montículo de escombros. Luego comenzó a abrirse paso en su dirección. No había señales del mecha cuadrúpedo alado, pero el Hellcat mantuvo los ojos y los oídos y otros sensores alertas por un posible ataque aéreo.

Aquel observó desde el ocultamiento cuando Gnea se agazapó en el resguardo inadecuado de un horno de fundición, y el Hellcat comenzó a cobrar fuerzas para la embestida final, escogiendo una ruta alrededor de un montón conveniente de maquinaria rota.

El Hellcat embistió, y supo que la tendría antes de que ella pudiera hacer virar las armas de fuego, mucho menos despachar un

volumen de fuego suficiente para detenerlo o dañarlo. Pero justo cuando se deslizó con saltitos rápidos alrededor de los escombros para cubrir los pocos metros finales, los escombros cobraron vida.

Pezuñas traseras fuertemente blindadas y afiladas como un escalpelo dieron una patada violenta con el poder de arietes gemelos, marcando en la mandíbula y costado del Hellcat cortes; la máquina Invid fue desequilibrada, dejando salir poder del sistema de circuitos dañado en su mandíbula destrozada y “caja torácica” triturada. Aquel se alejó tambaleándose del reborde de la montaña de basura con un alarido.

Gnea se abalanzó al borde, imaginando un llamado a Halidarre. El caballo alado se libró de la posición extendida que había adquirido, fingiendo ser parte de la mezcla ruinoso de la maquinaria de un multirobot –los escombros que el Hellcat había visto. Halidarre estaba sin alas ahora.

Gnea miró hacia abajo hacia donde el Hellcat yacía retorciéndose y parcialmente roto, pero no corrió riesgos; ella empuñó las pistolas lado a lado, vertiendo hacia abajo rayo tras rayo hasta que aquel paró de moverse, y las roturas internas enviaron llamas disparadas desde sus uniones. Dio un gran aullido final y yació inerte, humeando y derretido.

Gnea se montó en la espalda de Halidarre al instante; segura de que el segundo Hellcat estaba advertido, y Rem había ido tras él solo.

El segundo Hellcat estaba efectivamente percatado, y esperando. No tenía miedo, pero tenía astucia y un compromiso total para matar al enemigo y llevar a cabo su misión; ya que la destrucción del Hellcat prohibiría eso, tal destrucción y derrota debería ser evitada.

Ahora aquel se agazapó dentro del transbordador, haciendo sonidos bajos para sí mismo. Había explorado y grabado la naturaleza y construcción de la nave para el análisis posterior por la Computadora Viviente en Karbarra, luego comenzó a demoler el transbordador, sólo fue hecho vacilar por los sonidos de muerte de

su compañero de caza.

Su primer impulso fue salir afuera y enfrentar a sus enemigos, luego decidió hacer tanto daño como pudiera en la nave –tal vez atrayéndolos a él, lo mejor para evitar la emboscada de sus enemigos. Aquel manoteó otro banco de instrumentos; pedazos destrozados y el alojamiento de la consola hecho trizas cayeron a la cubierta. El Hellcat miraba la escotilla ávido, seguro de que podía vencer o a los Tiresoides o al voluminoso mecha cuadrúpedo alado en el limitado espacio interior del transbordador, antes de que ellos pudieran hacer algún movimiento efectivo.

Pero lo que llegó zumbando a través de la escotilla no era ni los Tiresoides ni su singular máquina; era algo pequeño y rápido, lanzado hacia la cabina a gran velocidad, estropeando los cálculos salvajes del Hellcat y provocándolo para que se lance hacia la matanza antes de que lo tuviera realmente planeado.

El mecha Invid aterrizó al otro lado de la cabina principal, arrancando la silla del copiloto de su montaje. La cosa volante hizo una zambullida audaz, chasqueando rudamente en la cabeza del Hellcat, luego voló zumbando hacia la escotilla de nuevo. El furioso Hellcat se catapultó detrás de aquello, y hacia fuera de la escotilla.

Rem, arrodillado contra el casco exterior cerca de la escotilla y transpirando profusamente, vio al módulo de reconocimiento volante a control remoto que encajaba en el nicho en la espalda de Halidarre salir centelleante del transbordador. Él se dio fuerzas, sintiendo sus manos resbaladizas con transpiración sobre el rifle Wolverine.

El Hellcat salió por la escotilla como un cometa oscuro. Sus poderosos pseudo músculos recogidos y se lanzó hacia el aire, pero el módulo remoto de rápido movimiento había cambiado de rumbo con la agilidad de una libélula, y lo eludió. Cuando el Hellcat aterrizó, Rem estaba listo, jalando el gatillo del Wolverine y rociando una corriente firme de devastación de calor blanco hacia aquel.

El Hellcat reaccionó con destreza asombrosa, casi dando un salto mortal fuera de la línea de tiro. Rem no cedió e hizo girar al rayo de un lado a otro en un esfuerzo por conseguir un golpe sostenido. Él estaba consciente del grito de guerra ululante de Gnea cuando ella

guió a Halidarre hacia abajo desde las colinas de basura, desatenta del peligro que corría, precipitándose para ayudar aunque ello podría significar una caída fatal...aunque ella supiera que estaba demasiado lejos.

Rem todavía tenía presionado el gatillo, a pesar de lo que sus instructores humanos le habían advertido. La explosión de una fuente de poder sobrecargada era preferible a ser desgarrado y atacado furiosamente por un Hellcat.

Entonces el Hellcat pareció tambalear, gritando, cuando él lo tuvo en la mira durante un segundo y más, regando la enfurecida ráfaga del Wolverine a través de aquel. Pero un momento más tarde, el rayo del Wolverine se detuvo, su circuito eléctrico estaba quemado. El rifle de asalto estaba tan caliente que él lo dejó caer antes que tener la carne de sus palmas chamuscadas.

El Hellcat, fatalmente herido, se tambaleó y cojeó hacia él, aún suficientemente ágil en sus momentos moribundos que Rem vio que él nunca lo podría aventajar. Un ojo estaba oscuro y muerto; el otro brillaba con odio. Aquello lo retiró de la escotilla hacia la que él habría enfilado indudablemente.

Él corrió aprisa hacia atrás y se tendió. El Inorgánico estaba a punto de tirarse sobre él cuando vaciló, sus sistemas estaban fundiéndose. En ese momento algo se abalanzó rápidamente en la vista, volando erráticamente. El módulo remoto de Halidarre apenas podía mantenerse arriba, llevando como lo hacía una carga para lo que no estaba diseñado. Como una mariposa entregando una cadena clave, hizo un tonel rápido y dejó caer la correa que se las había arreglado para capturar con sus alas, vaciando su carga en el regazo de Rem.

El Hellcat se sacudió su malestar momentáneo y miró hacia atrás a su presa. Rem activó la fuente de poder y manipuló desmañadamente el grueso cable de color amarillo verdoso que la conectaba a la pesada y despuntada arma Owens, abriendo fuego. Las Owens eran fabricadas precisamente para el tipo de aniquilación a corta distancia que había quemado el interior del Wolverine; el Hellcat arrojó un chillido terrible y pareció colapsarse.

Rem no quitó su dedo del gatillo hasta que el Hellcat pareció un

escurrimiento de lava. Gnea estaba alistada; el módulo ya había regresado a su lugar en la espalda de Halidarre, y Halidarre estaba extendiendo sus alas una vez más, haciendo un sonido procesado de relincho.

Gnea le ofreció su mano para ayudar a Rem a ponerse de pie. Él apartó la Owens y su fuente de poder cansadamente y aceptó. Gnea, quien había seguido el liderazgo de Bela en mostrar hostilidad hacia Rem, ahora lo golpeó pesadamente en el hombro.

“Aún haremos una mujer de usted,” ella le dijo con vasta aprobación.

Rem se alegró por una fracción de segundo, hasta que él recordó que el segundo Hellcat había estado en el transbordador. Con un grito, él brincó más allá de ella hacia la escotilla.

La escena en el interior lo hizo desplomarse contra el marco de la escotilla. De lo que pudo discernir de los daños que el enorme mecha Hellcat había hecho, el transbordador podía despegar de nuevo, y el enlace con la nave insignia de los Sentinels aún podría trabajar. Pero el equipo de retransmisión de reconocimiento estaba en fragmentos, y la cuadrilla de exploración estaba fuera de contacto, quizá para siempre.

Capítulo 16

He aquí una cosa peculiar: yo no era el único en la Academia con algo que probar o refutar; nunca pregunté, pero me parece ahora que había una gran cantidad de ellos como yo, empujando las envolventes de sus propias vidas del modo en que los pilotos de prueba empujaban las envolventes con su nave aeroespacial.

Mi padre es el Doctor Penn, naturalmente, y todos lo llamaban el cerebro principal en la Tierra después de Emil Lang. Quiero a mi padre, pero pienso que él tiene la convicción de que porque yo no acepté esa beca de New Rhodes, y en vez de ello asistí a la Academia, soy algún un tipo de fracaso intelectual. Ya que me impongo decirles sobre todas las cosas que conciernen, diré que mi padre aún mantiene la muerte de mi madre, en el parto, contra mí – inconscientemente, por supuesto.

Lo perdono –él es un hombre brillante. Pero no lo quiero dirigiendo mi vida. Tengo mi propia agenda.

De las audiencias de diagnóstico seleccionadas de la REF, el cadete graduado Penn, Karen

El grupo de Rick supo que algo estaba mal casi al instante; cuando una de sus verificaciones de comunicación de un intervalo de treinta minutos no logró ninguna respuesta luego de repetidos esfuerzos, Rick llamó a un alto para considerar qué hacer.

El equipo que el equipo estaba llevando no podía enviar una señal a la nave insignia de los Sentinels, ciertamente no sin dar la

posición del grupo inmediatamente. Sólo el sistema más sofisticado a bordo del transbordador podía hacer eso, y Rem y Gnea no estaban respondiendo.

No hubo mucho disenso; la cuadrilla de reconocimiento se había acercado a través de la penuria compartida, y la posición de Rick como el líder se había solidificado. “No podemos detenernos tan cerca de nuestro objetivo,” él les dijo. “Quizá Rem restablecerá contacto. Pero aún si no lo hace, alcanzar nuestro objetivo y llevar a cabo nuestra misión de exploración antes de que volvamos no nos costará tanto más tiempo.”

Nadie parecía inclinado a objetar, menos de todos Lron. Pero fue Bela quien vino con una solución interina. Ella se acercó a Rick con lo que él ahora consideraba como “esa maldita peste alada” –su malthi– posada con sus muchas garras clavadas en su funda del antebrazo. “Hagane puede servir como nuestra mensajera,” ella dijo.

Rick y los otros miraron a la mujer y al pequeño halcón. “¿Quieres decir que ella puede encontrar el camino hacia Rem?” Rick preguntó lentamente. “¿Qué ocurriría si se pierde?”

Bela lo miró indignada. “Hagane no se pierde.” Ella ya estaba sacando materiales para escribir y vendar de una elegante bolsa labrada en su cinturón, inclinando la cabeza. “Cualquier ruta por la que ella haya pasado, la puede desandar, aún una subterránea.”

Bela miró a Lron. “Y más rápidamente que cualquier Karbarriano. Si el transbordador se ha ido o los otros están muertos, mi Hagane simplemente retornará sin un mensaje.”

Y parecía improbable que la criatura tendría algún problema con las cosas aladas que el equipo había avistado en las cuevas; los pocos vuelos exploratorios de Hagane habían mostrado que los habitantes de la cueva estaban de veras deseosos de permanecer alejados del torbellino con pico de cuchillo y garras adiamantadas que era la mascota de Bela.

La cabeza de Rick estaba dando vueltas, pero tomó unas cuantas decisiones ahí mismo. “Enviaremos a Hagane a su vuelo desde el punto de observación, de modo que ella sabrá su ruta a través de todo el camino de regreso a nosotros y –y no tendrá, uh, que rastrearnos.” Él tuvo una visión de la cosa volando con la velocidad

de un rayo por las cuevas, y trató de deducir cuán rápidamente Hagane podía hacer el viaje. Rayos; sería un rápido conmute.

Bela inclinó la cabeza a la sabiduría de Rick, y él retornó la cortesía. Ellos se apresuraron y, como Lron había prometido, pronto se encontraron mirando al exterior sobre una extensión enorme del paisaje Karbarriano de tiempo tormentoso. La abertura irregular de la cueva podría haber sido cualquiera de cientos de agujeros que el viento –y la arena– formó en un paisaje de acantilados, pero era el único que unía directamente al laberinto subterráneo secreto de los Karbarrianos. La fosforescencia natural daba al lugar un resplandor verde azul débil, de modo que ellos no necesitaron sus dispositivos de visión para verse. Ellos se quitaron los oídos de murciélago, también.

La Praxiana se había colocado en el piso para trabajar. “Ahora, el mensaje debe ser corto, así que ¿qué dirá? Tengan presente, que Gnea puede enviarme una respuesta a mí aquí, pero esa respuesta debe ser concisa, también.”

El mensaje que Bela escribía laboriosamente, su lengua en una esquina de su boca, estaba en glíficos indescifrables, el concepto completo de los símbolos del código de las Praxianas, usando una pluma con una punta tan estrecha como una jeringa. Ella dobló el pedacito de papel de fino tissue dentro de una pequeña cápsula de metal y la ató a la pierna de Hagane. Hagane se quedó en su sitio, aunque su amenazante pico se abrió en objeción a esta libertad, aún tomada por su amada Señora.

Bela besó las plumas de Hagane de ojos suavemente radiantes y Hagane la hoció. La amazona liberó a la criatura de sus manos. Hagane se zambulló hacia el interior de la cueva, desandando su camino. “¿Cuánto tiempo piensa que tomará?” Kami preguntó, la voz amortiguada por su máscara.

Bela lo consideró. “¿Para llegar allí y regresar? Tal vez habrá una consulta con la nave insignia. Digamos, dos horas.”

“Entonces, descansaremos cuanto podamos,” Rick decidió. Todos estaban cubiertos de malezas, y el llamado a moverse rápidamente y duro de nuevo podría no darse hasta el regreso de Hagane. Él no vio razón para establecer doble guardia, o nada más que vigilancias cortas, de modo que todos pudieran conseguir descansar un poco.

No era probable que hubiese algo para observar o analizar para los propósitos de la inteligencia militar bajo el cielo nocturno de los Karbarrianos en las próximas pocas horas. La vigilancia en guardia también haría llamadas periódicas en un esfuerzo por restablecer el contacto con el transbordador.

Karen Penn se ofreció como voluntaria para el primer cambio de media hora. Nadie se opuso. Lron, quien no tenía ninguna necesidad de arrojarse o de la bolsa de dormir, se arrolló cerca de la boca de la cueva, y miró lejos en la noche. El resto de ellos tomó tragantadas de agua o se alejaron dentro de alcobas privadas para atender sus asuntos personales, y luego se calmaron para dormir.

Karen Penn, los músculos todavía acalambrados por la agotadora travesía del subterráneo Karbarriano, se movió hacia una superficie rocosa lejos hacia un lado y silenciosamente comenzó una rutina de Tai Chi, moviéndose con precisión y una gracia fluida que no era occidental. Jack, enrollado en su bolsa de dormir con sólo un ojo observando, siguió cada movimiento pero no dijo nada.

“¿Qué es lo que hace?” preguntó Bela repentinamente, su voz inesperadamente suave, mientras los otros comenzaron a inclinar la cabeza.

Karen habló suavemente, también, sin detenerse. “Esto es un sistema de ejercicio/combate que fue ideado hace mucho tiempo en mi mundo. Da un enfoque personal y conciencia íntima de la persona y de la naturaleza.”

Ella se detuvo y asumió otra posición. “También tenemos sistemas más vigorosos y enérgicos.” Ella pasó por un kata breve a toda velocidad, tirando puñetazos y patadas, demostrando bloqueos rotativos y golpes con dedos rígidos con mucho menos gracia pero tan precisos como una máquina.

Cuando Karen terminó, Bela la observó por un momento, entonces dijo, “Estas son bellas formas de lucha y aparentemente efectivas, y usted parece una experta. No es tan tonta como yo pensaba, Karen Penn.” Ella comenzó a tirar de su capa de campaña, la única cubierta que ella parecía necesitar, alrededor de sí.

Karen parpadeó. “¿Tonta?” Escucha, cariño, tan grande como eres, voy a—

“Tonta por darle tanta importancia a un mero hombre,” Bela

dijo, y cerró sus ojos predatorios, dándose vuelta para dormir. Karen miró con fijeza a Bela, pensando en lo que ella había dicho. Afortunadamente para Jack, él había cubierto su cara completamente antes de que Karen mirase en su dirección, inmersa en confusos pensamientos e impulsos cruzados.

La cuarta guardia era la de Kami; Rick lo despertó, luego se retiró a su propia ultraligera pero caliente y confortable bolsa de dormir. Él se durmió en segundos.

Kami se alejó hacía un pequeño callejón sin salida para no molestar a nadie y trató de realizar otra llamada a Rem y a Gnea, sin éxito. Al colocar el aparato a un lado, él se dio cuenta que estaba percibiendo cierta rareza en sus percepciones, una falta de profundidad y una monotonía de rasgos. Se le ocurrió que él había disminuido el flujo de su tanque inhalante, para economizar mientras dormía.

El tanque no era su única fuente de aire, por supuesto; tal aprovisionamiento habría sido demasiado voluminoso para llevar. En su lugar, su máscara frugalmente mezclaba la atmósfera de su mundo hogar con aquella de los alrededores del lugar en cualquier tiempo dado.

Él aumentó el flujo, y en momentos sintió la Realidad Superior enfocarse agudamente de nuevo, con sus percepciones mejoradas y conciencia expandida. Los vientos haciendo susurrar las arenas murmuraron sus secretos a él, y las estrellas sobre su cabeza titilaron mensajes desde el momento de su nacimiento. Transmisiones fantasmales –pero desafortunadamente, menores– se dieron a conocer en la forma de imágenes o voces incorpóreas. Pero él todavía no podía percibir las Verdades mayores de esta guerra.

Lron, su ronquido sorprendentemente suave, había rodado lejos de su lugar de guardia hacia la boca de la cueva. Kami caminó hacia el mismo borde para mirar dentro de la noche. Un resplandor iluminó el horizonte, y él supo que en alguna parte por allí estaba la gran ciudad capital cubierta por un enorme domo, Traciale, el

único centro de mayor población de Karbarra.

Kami y su gente diplomáticamente se refrenaron de ridiculizar a los Karbarrianos y a sus rituales cantados de varios días de duración y a sus dramáticos, a veces dolorosos ritos y a las grandiosas representaciones, todo ejecutado en el nombre de cierta Providencia que los ursinoides reclamaban lograr. El Mundo Superior no era nada que uno pudiera contactar de esa manera; los Karbarrianos simplemente se entregaban a delirios masivos.

El Mundo Superior hablaba a los Garudianos a través de todos sus sentidos, gracias a su extraño ecosistema, y les mostraba caminos y posibilidades. Así, se les permitía escuchar a hurtadillas el monólogo constante puesto en circulación por cada cosa existente sencilla, a fuerza de su existencia misma, y –a veces– comprender lo que estaba siendo dicho.

Kami tuvo una visión y no vaciló. Silenciosamente al recoger su equipo, él correteó hacia abajo del estrecho reborde dirigiéndose desde la boca de la cueva hacia el pie del acantilado.

Era como su visión se lo había mostrado. Kami se movió rápidamente con pies ligeros a través de las arenas hacia el resplandor en el horizonte. Él siguió la configuración del terreno, tan seguro de sus habilidades como cualquier animal salvaje.

Sin embargo, de algún modo su visión no le había mostrado un vuelo rápido de naves de escaramuza Enforcers que, volando en lo alto, lo registraron en los detectores de calor infrarrojos. Tampoco le había mostrado los mecha Inorgánicos Scrim y Odeon semejantes a gnomos que aparecieron sin advertencia en la oscuridad y lo rodearon.

Kami se dio vuelta para correr, pero estaban en todas partes, tan grandes como cualquier Battloid, esforzándose por asirlo con sus múltiples garras metálicas y tentáculos segmentados y manos Robotech. Él buscó tentando el arma Owens, pero fue arrebatada de su espalda.

No había tiempo para usar su enlace de comunicación con el resto de la cuadrilla de exploración; él arrancó su máscara de respiración para gritar un simple, dolorido y reverberante grito en la noche desierta.

El grito despertó a Lron al instante, y Bela se levantó de un salto, arrojando su capa. Los humanos estuvieron un poco lentos, pero no tanto.

Ellos no se atrevieron a exhibir una luz, pero se colocaron sus equipos de visión nocturna. Entre el sentido del olfato de Lron y el ojo de Bela para rastrear, ambos reconstruyeron lo que había sucedido.

“Otro Garudiano que sigue sus espejismos hacia un mal final,” Lron dijo.

“Él vino aquí para ayudar a tus gentes, tal como el resto de nosotros,” Jack dijo despectivamente en réplica, “a si que deje de ridiculizarlo.” Bela inclinó la cabeza en acuerdo, y Karen, de pie a un lado, estudió a Jack de nuevo.

“¡Así es, Teniente!” Rick dijo bruscamente.

La pregunta era, ¿qué hacer ahora? Tantos como tres de su equipo original de ocho podrían estar muertos, y los restantes —él mismo incluido— estaban posiblemente varados en medio de una fortaleza Invid excitada. De repente, el Centro Táctico de Información en la SDF-3 no parecía un mal turno de servicio.

Rick estaba dispuesto a creer que Kami estaba en las manos de los grotescos Inorgánicos bípedos del Invid. ¿Pero le correspondía a él guiar a sus exploradores restantes en una desesperada misión de rescate, como la Hermandad de los Anillos, lejos, en su avance maratónico a través de las praderas de Rohan?

Maldita sea, esta operación estaba en una situación muy apretada, y él no podía sacrificar más personas por el bien de un miembro desaparecido que posiblemente estaba alucinando y muy probablemente muerto.

“Nos quedaremos en este sitio y daremos a Hagane una oportunidad de regresar,” él continuó. “Todos estén preparados para salir al momento del anuncio. Baker, Penn: calienten algunas raciones allí en el callejón sin salida, donde los Invid no registrarán las lecturas de calor. Y traten de realizar otra llamada al transbordador mientras estén haciéndolo.

“Bela, vigila la entrada de la cueva. ¿Funcionan sus gafas de

visión nocturna? Bien. Lron, venga aquí y ayúdeme a orientar las lecturas de mi mapa en las características topográficas locales.”

El resto de ellos pusieron manos a la obra, y repentinamente eran una unidad de nuevo. Estaban tan dedicados a sus tareas que el regreso repentino y chillante de Hagane llegó como un shock que les hizo levantar los cañones de las armas, con los ojos muy abiertos.

Esta vez, la mascota de Bela cargaba una cápsula en cada pata. Al ella leer de cabo a rabo los delicados papeles, Bela frunció el entrecejo. En unas cuantas y sucintas frases en la lengua franca Zentraedi, ella dijo al resto de ellos lo que leyó. Rem y Gnea habían reasumido contacto con la nave de los Sentinels, y el transbordador podía ir al espacio, pero el equipo de comunicaciones especial para alcanzar al equipo de exploración estaba permanentemente inservible.

Luego Bela continuó para revelar el secreto de los niños de Karbarra. Cuando lo hacía, los hombros de Lron se hundían más y más, hasta que comenzaron a levantarse, perfilados contra la luz del día que comenzaba. Les tomó al resto de ellos un momento para comprender que el viejo y pobre camarada, tan fuerte como un roble, estaba llorando.

A la larga, él les relató la misma historia que Jean Grant y el resto habían oído allá arriba. Ellos también tenían esperanzas, porque Lisa y los otros líderes habían establecido un plan juntos. Las cejas de Bela se fruncieron cuando buscó solución a los símbolos. Cuando lo consiguió, tiró su cabeza hacia atrás y rugió, y golpeó a Lron en la espalda.

Jack Baker maldijo en voz baja, y los rasgos de Karen se atiesaron con resolución. Rick se puso de pie de la roca en la que él se había sentado. “Parece que conseguimos el tour por el desierto después de todo. ¿Bela, piensa que el Invid será capaz de sacar alguna información de Kami?”

Ella estaba acariciando la suave cabeza de Hagane. “Si usted piensa eso, no conoce a Kami. Ellos podrían desmembrarlo, y él lo consideraría como una experiencia de aprendizaje otorgada por el Universo.”

Rick inclinó la cabeza. Él hizo algunos cálculos y se dio cuenta

que no había tiempo para desandar el viaje entero desde el lugar de aterrizaje del transbordador.

“Envíe a Hagane de vuelta al transbordador para hacerles saber que agradecemos el plan y que permaneceremos listos en nuestra posición actual. Mencione la captura de Kami, también.” Él quiso enviar alguna palabra especial a Lisa, pero eso tomaría una ventaja injusta de su rango. Él frotó el puente de su nariz entre el pulgar y el índice.

Cuando Bela puso manos a la obra, barboteando algo sobre ser considerada como un “humilde calígrafo, en lugar de un líder de guerra,” Rick giró hacia Jack y Karen.

“Doble verificación de todo el equipo, especialmente las armas. Lron, verifique la ruta que Kami tomó para bajar el acantilado. Hágalo cuidadosamente, para asegurarse de que no hay ninguna pista que conduzca a los Invid hacia nosotros.”

“¿La tarea más dura de todas, ahora, eh, señor?” Karen dijo.

Rick inclinó la cabeza con pesar. “Sí: esperar.”

Ellos dicen que la parte mortal no es tan mala; pero luego, no tenemos muchos testimonios de primera mano.

Capítulo 17

Este libro no te dirá cómo hacer fraude, porque cuando no logras negociar con la realidad, sólo te engañas a ti mismo. Lo que me propongo hacer es convertirte en un jugador astuto quien gana siempre que es posible.

Kermit Busganglion, La Mano que se te repartió

Tesla casi se sentía como su viejo yo de nuevo, bañado y ataviado en vestimentas finas –ropas superiores a la posición de la mayor parte de los sencillos Científicos, más apropiadas, en realidad, para el Regente mismo– y asistido por numerosos séquitos.

Pero los séquitos eran cautelosos Sentinels armados con una variedad alarmante de armas, y él era todavía un prisionero. Una celda grande había sido convertida en un estudio de comunicaciones, y técnicos estaban calentando el equipo para hacer contacto con la capital Karbarriana ocupada por el Invid.

¡Ah, si sólo esta ilusión fuera verdad! pensó Tesla.

Ante él algunos de sus peores enemigos estaban de pie encadenados, desgredados y luciendo sucios, gracias al maquillaje y al vestuario. Learná, la pareja de Kami, estaba allí, y Crysta, sus manos-garras inquietas en su prisión. Entre ellos estaba de pie Lisa Hayes Hunter, quien no iba a quedarse fuera de esta gran manipulación al vanagloriado intelecto grupal Invid.

El centelleante Baldan, el indócil Burak, y una de las tenientes de Bela, una bella morena, estaban atados en el lugar, también – todos luciendo como si hubieran sido arrastrados de los cabellos por el lodo y dados una prueba de un latigazo de energía. A ambos extremos de la cáfila de esclavos, como sujetalibros vivientes, estaban los Haydonitas, Veidt y Sarna, revoloteando a unos cuantos

centímetros sobre las plaquetas de la cubierta. Sus mantos estaban rasgados y las caras tiznadas, y sus cuellos estaban circundados por collares remachados, ya que no tenían muñecas para ser esposados.

Janice Em observaba desde lejos, ostensiblemente un guardia pero más un consejero de medios –y más un observador que alguno de los de allí sabía. Sue Graham, la joven camarógrafa, era la coordinadora de producción del proyecto. Ella se había embarcado en la misión de los Sentinels porque le ofrecía más libertad que hacer su trabajo por su propia cuenta.

“Ustedes saben que esto puede que nunca funcione.” Tesla trató, una última vez, para conseguir que entiendan. “¿Nosotros los Invid somos una raza perceptiva y cautelosa, nuestro intelecto es ilimitado! ¿Green que seremos engañados por este pequeño e ingenuo acto de comedia?”

“Nosotros nos preocuparemos por eso,” Lisa le dijo. “Sólo haga lo que le hemos dicho. Oh, y a propósito...”

Ella indicó con un gesto, y dos Spherisianos se adelantaron con un magnífico collar enjoyado, un tipo de gorguera real. Ellos lo fijaron alrededor del grueso cuello de Tesla, y aquel hizo clic cerrándose con una finalidad extraña. Él pudo ver que aquel había sido diseñado con parte del tesoro de piedras preciosas de la fiera, recolectado de muchos planetas, que él había planeado llevar de vuelta al Regente, antes de que los Sentinels organizaran su sublevación fastidiosa y patentemente injusta.

Sin embargo, él pensó, admirándose en el metal reflexivo de un panel de poder cercano, lucía bastante llamativo en él. Algo que él contemplaría con satisfacción perversa algún día, cuando tuviese su venganza.

“Treinta segundos,” Sue Graham indicó.

Los esclavos artificiales se movieron a su lugar en el fondo. Fuera del alcance del dispositivo de vídeo, guardias a ambos lados apuntaron sus armas sobre Tesla. Cuando el tiempo se contaba en sentido decreciente, Lisa se adelantó un poco, sus cadenas sonando, un aspecto sardónico en su rostro. “Y, ¿Tesla? Otra cosa más: será mejor que juegue su papel exactamente.”

“¿Es esa una amenaza, hembra?”

“Es un hecho,” Lisa le dijo tranquilamente. “Ese collar está

cerrado en usted ahora, y tiene catorce onzas de cargas explosivas moldeadas con Tango-Siete incorporadas en él. Si nos desilusiona, volaré su cabeza enfrente de todos sus amigos de allí abajo.”

“¡Seguramente, en esta tarea de una especie de forma de vida inferior, las hembras son lo peor de la mala gente!” Tesla casi lloró. Pero entonces un técnico lo hizo callar. Un momento más tarde, la imagen de una unidad-oficial Invid –los pesados cañones montados en sus hombros haciéndolo parecerse a trillizos Siameses Robotech– se asomó por la pantalla hacia ellos.

Aquel pareció recular algo en un gesto de sorpresa. “¡Tesla!” aquel dijo con el sonido extraño y de banda lateral sencilla de un zángano mecha.

“¡Sí, por supuesto que soy yo!” Tesla irrumpió. Las luces a su alrededor se sentían inquietantemente calientes, y él se preguntaba si ellas podrían hacer estallar los explosivos alrededor de su frágil garganta. Los Sentinels no podían estar tan trastornados, ¿o sí? Por otra parte...

“¡Déjeme hablar con la Computadora Viviente!” Tesla exclamó. “¡Arribé justo a tiempo para echar a nuestros enemigos de este sistema solar, pero tengo noticias importantes!”

El oficial pareció vacilar, pero Tesla gritó, “¡Haga lo que se le ordenó!”

Acostumbrado a obedecer, aquel cumplió. En un momento, una Computadora Viviente apareció frente a Tesla en la pantalla. Era por mucho más pequeña que la capturada en Tirol, y parecía tener menos equipos periféricos y menos circunvolución.

¡Estamos dentro de su sistema! Lisa exultó, tratando de parecer derrotada y entumecía de las palizas. Aquí va.

Tesla comenzó su habla de nuevo: cómo él había retornado a Karbarra a tiempo para repeler la incursión Sentinel, y cómo él necesitaba autorización, para reparar daños y celebrar una consulta urgente con la Computadora Viviente.

Lo que la Computadora no vio, lo que Tesla mismo apenas sintió (y no se arriesgó a denotar), eran las líneas de energía mental extendiéndose desde Veidt y Sarna. Los Haydonitas apuntando a Tesla desde ambos lados en un tipo de fuego mental cruzado –armonizando sus voluntades y pensamientos con los de él,

guiándolo y reforzándolo, enviando una corriente firme de énfasis y credibilidad por el enlace que Tesla había establecido con el cerebro Invid.

Invisible para todos, Veidt y Sarna manipularon a Tesla y, a través de él, al cerebro, aunque sus poderes eran muy débiles aquí, tan lejos de Haydon IV. Pero ello no tomó un inmenso y brutal esfuerzo de fuerza mental para lograr lo que los Sentinels necesitaban; sólo tomó un fino toque aquí, un golpe psíquico allí, para crear una atmósfera conducente. Sólo tomó una pátina convincente de verdad.

La Computadora Viviente llegó tan lejos como a finalizar su alarma roja –aún más de lo que los Sentinels esperaban– y otorgó autorización de aterrizaje inmediata.

“Y, a propósito,” el cerebro añadió. “Los Inorgánicos han capturado un alienígena, un Garudiano, lejos en los desechos. Él ha sido traído aquí ahora. Comenzaré la tortura lentamente, de modo que usted pueda disfrutar el final.”

“No, No, e...” Tesla no sabía exactamente qué decir, pero sabía que sus captores no tomarían amablemente el tener a uno de los suyos sujeto a la inquisición Invid.

No había tiempo para consultar con los Sentinels, así que el científico improvisó. “Deseo examinarlo mientras aún está intacto. Por lo tanto, téngalo encarcelado con los otros rehenes por ahora.”

“Muy bien, Tesla,” el cerebro respondió. “¿Cuándo espera realizar el aterrizaje?”

“Um, mi nave ha sufrido daños en la lucha heroica para echar a esos insurrectos, por lo que haré una órbita desacelerando antes de hacer mi aterrizaje.”

“Como desee.” Cuando el cerebro terminó la comunicación, las rodillas de Tesla se doblaron. Él se lamentó débilmente, rogando a sus apresadores que le quitasen el collar resplandeciente. Lisa se dio vuelta y voceó órdenes para el puente. Una timonel, una Karbarriana casi del tamaño de Lron, trajo el enorme timón de madera hacia sí. La Farrago dejó la órbita, para apartarse del anillo planetario y hacer un acercamiento Karbarriano.

Abajo en las bahías y asideros y cubiertas de los hangares, los mecha pasaron a alerta máxima, los sistemas en el nivel más alto.

Logans, Alphas, Betas, Hovertanks; Spartans armados con sus gigantescos y cilíndricos lanzadores de misiles; MAC Us eran hidras andantes de largos tubos cañones; Raider X de morro cuadrado eran baterías de artillería autocontenidas; y Excalibers moviendo el suelo encrespándose con media docena de sistemas de armas pesadas diversas –los Godzillas de la segunda generación de Destroids.

El rumor sobre los niños Karbarrianos y el campo de concentración se había filtrado por todos los rangos en un dos por tres, aunque nadie había hecho ningún anuncio oficial.

Así que, ellos piensan que van a matar a tiros a un puñado de niños, ¿huh?

Los mecha se formaron y esperaron, sus tripulaciones ávidas de la palabra para salir.

“Eso es todo,” Rem dijo. “Eso es todo lo que puedo hacer. La Farrago dice que hay que volver, y eso significa que no queda tiempo.”

Gnea inclinó la cabeza, tomando un lugar detrás de él en la silla del oficial de comunicaciones ya que no había tiempo para reparar la del copiloto. Ella dio un último vistazo al asidero en popa, para asegurarse de que Halidarre estuviera bien asegurada. Entonces ella dijo, “Preparada.”

Rem sonrió, pensando en la ridícula misión que el transbordador tendría que volar. El libro del Almirante Hunter decía que él debía dejar a las computadoras hacer el vuelo, pero las computadoras habían sido usadas como un palo de arañar por una mofeta muy grande. Además, Rem había inventado nuevos diseños de computadoras y él no se fiaba de ella tanto como de las personas que poco sabían de ellas.

Los motores del transbordador chillaron, aumentando la potencia.

“No tomará mucho ahora,” Rem dijo a Gnea.

La Farrago comenzó su larga órbita de acercamiento en un curso escogido por los Sentinels porque llevaba por las porciones menos monitoreadas de la red de detección aérea del enemigo.

Esta vez, la cara de Tesla llenó la pantalla de comunicación. Sus presuntos esclavos no podían ser exhibidos porque todos estaban de otra manera envueltos en tener a la Farrago y a sus fuerzas de lucha listas para golpear a Karbarra como una almádena.

“Er, Control de Karbarra,” Tesla dijo delicadamente. Él todavía vestía esas consternantes e inapreciables ropas; además, había Sentinels no sonrientes rodeándolo, precisamente fuera del alcance de la cámara, con una colección pasmosa de dispositivos de energía y hasta de cosas aguzadas más toscas, implementos resplandecientes con implicaciones desagradables.

“Algunas de estas superficies ablativas engorrosas y características del casco en las naves capturadas que he incorporado en la mía han comenzado a separarse bajo la tensión de la entrada. Tecnología inferior, ustedes saben. Estoy seguro de que ellas van a separarse al golpear la atmósfera más densa, pero usted podría, um, alertar a sus técnicos de los sensores de no prestar atención a la pequeña nube de objetos bajando conmigo.”

El hechizo de los Haydonitas todavía estaba haciendo efecto. “Por supuesto,” dijo la Computadora Viviente, “por supuesto. Su área de aterrizaje se encuentra en las coordenadas relativas 12-53-58; haremos retroceder un segmento del domo de la ciudad de Tracialle para permitir su entrada.”

Tesla trató de sonar entusiasta y agradecido, especialmente a causa de que una de esas horrendas brujas sobredesarrolladas Praxianas estaba parada lista para dar un golpe con una alabarda en su costado si él cometía un error.

“¡Oh! ¡Muy amable! Hablaré al Regente de su cooperación y eficiencia.”

“Gracias, Tesla.” El cerebro cortó la comunicación.

“Tenemos una localización tentativa de ese campo de concentración,” Vince transmitió a Lisa, “pero aún no es completamente seguro. Es obvio que no están en el campo que Lron mencionó, porque ése ha sido demolido. Pero estamos seguros en un noventa por ciento de que tenemos localizado al nuevo.”

“Entraremos con un vasto despliegue de las fuerzas de ataque,” ella decidió. “Quiero a todo lo que tengamos en el aire.”

“Todo listo,” él respondió.

“Entonces, comiencen las operaciones de lanzamiento.”

La nave compuesta comenzó a sembrar el cielo con los elementos de combate aéreo. Los VTs y los Logans salieron primero; luego los Skull se dejaron caer y se desplegaron, comenzando un acercamiento lento hacia Tracialle, rozando el suelo. Max y Miriya llevaron a los Skull en la formación apropiada. Abajo casi en la superficie, los tanqueros de Jonathan Wolff hicieron su salto y tomaron vías conspicuas menores, minimizando las oportunidades de ser localizados y flotando a baja altura en sus cojines de efecto superficial.

Más lejos, la nave insignia moviéndose todavía más lenta, Lisa ordenó el salto de la fuerza de exploración. Luchadores en motocicletas aéreas Tiresianas, flameos Garudianos y coches aéreos Perytonianos de un solo pasajero, y hasta Veidt y Sarna en su forma volante Haydonita de extremo abovedado como un cucurucho de helado Robotech –dispersos. Ellos asumieron una formación de búsqueda inmediata, preparándose para acercarse más a la ciudad a fin de determinar con precisión la localización de los niños Karbarrianos.

Rick y los otros oyeron el rugido, estaban listos para ello. Con un flujo de arena y aire recalentado, el transbordador aterrizó al pie de los acantilados. La estrella Yirrbisst estaba saliendo, trayendo luz de día al paisaje desolado de Karbarra.

Rick y los otros se lanzaron a bordo mientras la nave aún estaba suspendida, los motores apenas disminuyendo el avance.

“¡Muévalo! ¡Muévalo!” Rick estaba diciendo a gritos, aún antes de que ellos alcanzaran sus asientos.

Rem cumplió, el transbordador salió con ímpetu sólo a un metro o dos sobre el llano desierto. Rick se había encaminado hacia el asiento del copiloto, para hacerse cargo, cuando vio con asombro que no estaba allí. Rem había descuidado mencionar ese fragmento particular del daño. Rick sabía que Rem era un piloto bastante bueno; él tendría que confiar en el jovenzuelo para manejar la misión, porque no había tiempo para aterrizar y cambiar de lugares. Rick se abrochó a un asiento de aceleración y confió.

Rem hizo correr rápidamente al transbordador en la dirección del campo de concentración como Lron lo había situado en el mapa. Ellos no vieron ninguna patrulla Invid; Rem dijo que las fuerzas de ocupación Invid habían retirado la mayoría de sus mecha en anticipación a la llegada de Tesla, para rendir los honores militares.

Rick verificó las pantallas y vio, a la distancia hacia el oeste, el acercamiento de la Farrago. Los Skull y el Wolff Pack podían alcanzar al objetivo más rápidamente que el transbordador; Rick sólo esperaba que ellos se apresuraren.

“Enláceme con la Capitán Hunter,” él dijo a Gnea, quien estaba sentada en la estación del oficial de comunicaciones, pero ella sacudió su cabeza.

“No puedo, señor. Algunos sistemas se quemaron cuando aplicamos potencia para despegar. No hay comunicación con la nave insignia en modo alguno.”

Estamos por nuestra cuenta, Rick se dio cuenta. ¿Qué otra noticia había? Él esperaba que el itinerario no hubiera cambiado, porque si así fuera, él estaría viviendo sus últimos momentos ahí mismo.

“¡No!” Tesla se lamentó. “¡Me rehuso! Pónganme de nuevo los grilletes; ¡tortúrenme! ¡No bajaré por ese pasaje para ser tostado como un insecto!”

Lisa Hunter le mostró una unidad de control. “Si hace lo que le

dijo, estará a salvo; si no, se despedirá de su cabeza, cara de caracol.”

Ella trató de sonar tan cruel como pudo, pero dudó que pudiera hacerlo en realidad a sangre fría. Ello iba en contra de los reglamentos de guerra de la REF, e ir en contra de lo que ella creía. Por otra parte, ella contaba con que Tesla evaluase las cosas desde el punto de vista de lo que él haría si la situación fuese al revés.

Un minuto más o menos más tarde la Farrago flotó en un revoloteo de aproximación a través de la apertura en el domo de la ciudad de Tracialle. Aquella aterrizó en un área de aterrizaje de un acre cerca del corazón de la capital, entre los contundentes y funcionales edificios típicos de la arquitectura Karbarriana.

La ciudad se erigía en una meseta rodeada de abismos de miles de metros de profundidad; el hemisferio vítreo sobre ella y la porción superior de la propia ciudad descansaban sobre un cilindro inmenso reforzado por amortiguadores de choque hidráulicos algo así como una cruz entre una pata de insecto y un botarel volante. Eso le recordó a ella de una seta titánica echando extremidades.

La rampa delantera de la nave se abrió y Tesla salió. Formados debajo de él en filas tras filas estaban los Inorgánicos bípedos – Scrim y Crann y Odeon. Algunos pocos Helcats estaban presentes; ellos eran difíciles de controlar en poblaciones densas. Otras tropas estaban manteniendo a las multitudes de curiosos pero silenciosos Karbarrianos hacia atrás más allá de la lejana periferia del sitio de aterrizaje.

“¡Salve, Tesla!” gritó el comandante local, con su voz misteriosa y artificial. “¡Y bienvenido al leal y satisfecho dominio de Karbarra del Regente!” Eso provocó un rugido airado en la multitud, pero ningún arranque de ira.

Tesla, temblando un poco, contestó por un altoparlante, “¡Y –y salve por la valiente guarnición Invid! ¡Para aumentar nuestra gloria, les traigo prisioneros recientemente capturados en mi...mi choque trascendental con los Sentinels!”

Al decir eso, las rampas de desembarco se extendieron desde los varios módulos independientes que componían la nave insignia, incluyendo la GMU. Los Destroids marcharon bajándolas, principalmente en fila india o a lo sumo lado a lado, debido a sus tamaños.

“¡Prisioneros de guerra!” Tesla estaba arengando. “Nuevos esclavos para luchar por el honor y crecimiento de nuestro Regente!”

El comandante de la guarnición vaciló, sorprendido, conversando con la Computadora Viviente por un momento antes de decir, “Bien hecho. Servir al Regente es la única razón para vivir.”

Los primeros Destroids habían alcanzado la superficie de la zona de aterrizaje, y comenzaron a formarse en únicas filas. Aún más emergieron de la nave insignia. “Pero, tal vez estos ejemplos bastarán por ahora,” el comandante agregó.

“Todos ellos están completamente bajo mi dominio,” Tesla garantizó, la voz quebrándose un poco, cuando se acercó hacia el borde de la escotilla.

“Puede ser así,” el comandante contestó, “pero tales criaturas son formas de vida inferiores, animales salvajes, impredecibles.” Él se dio vuelta hacia sus Inorgánicos. “¡Desactiven esos mecha y remuevan a sus ocupantes de ellos!”

Cuando las primeras hileras de Inorgánicos se movieron al instante para obedecer, Tesla se volvió y se zambulló de cabeza por la escotilla. Lisa, observando desde el puente, pensó ¡Maldición! Ella había esperado que todos los Destroids pudieran emerger y tomar posiciones más ventajosas antes de que el crujido llegase.

“¡Fuego a voluntad!” ella gritó.

Capítulo 18

El modelo de “Gea” estaba para entonces tan completamente sepultado, tuvimos que soplarle el polvo y estudiarlo rápidamente una vez que encontramos a los Garudianos. ¿La teoría de una ecología planetaria como, en esencia, un sencillo metaorganismo interactivo? Demasiado absurdo para aceptarlo, ¿no es así?

Usted no duraría mucho en el Gran Más Allá, Ciudadano.

Jack Baker, Ascendentemente Móvil

El vivir bien no es la mejor venganza. El General T.R. Edwards pensó, haraganeando en su lujosa silla. ¡La venganza es la mejor venganza!

Pero mejor todavía es tener ambos: comodidad, y la sangre de un enemigo fluyendo.

Y seguramente la sangre de sus enemigos estaba fluyendo aún ahora. A pesar de la irregularidad de las comunicaciones interestelares, la Farrago había recibido por un mensaje que los Sentinels habían sufrido bajas en una batalla y estaban lanzándose ahora contra una fortaleza Invid en otra. Estaban aquellos en el Consejo Plenipotenciario quienes habían hablado vagamente de enviar refuerzos, pero Edwards se las había arreglado para cortar aquellos inmediatamente.

Ahora él miraba al exterior sobre Tiresia con gran satisfacción. En su mayor parte, la ciudad había sido limpiada de ripio, sus escombros insalvables y las estructuras retiradas, y rápidamente está siendo reconstruida. No tanto como un milagro, realmente,

dada la Robotecnología. Y la Base de la REF en Tirol estaba en camino a su terminación; de hecho, Edwards estaba mirando hacia abajo desde su oficina en el piso superior del edificio de los cuarteles generales.

Ello se levantaba como la mitad inferior de algún antiguo misil ICBM, un cilindro provisto de aspas en el centro de grandes curvas de una carretera elevada. Habían existido algunos disparates sobre poner el consejo allí, pero con tácticas de presión y maniobras tras bambalinas, Edwards se había salido con la suya. Eso se estaba volviendo más y más el caso.

Edwards no estaba del todo satisfecho de que ciertos recursos estuviesen siendo desviados a la renovación urbana, antes que en construir la flota de naves espaciales que él se proponía comandar para sus propios propósitos, pero ciertas cosas no se podían evitar. Al menos ello estaba haciendo a los Tiresianos más dóciles y agradecidos, y ellos, también, tendrían sus finalidades, no muy abajo de la línea.

Por supuesto, Lang, y el complejo de investigaciones irregular y grande que él estaba instalando con Exedore, eran necesariamente inconvenientes. Él tenía que ser mantenido en calma y trabajando en la SDF-3 y en la flota sobre todo.

Un zumbido de su ayudante anunció que Lynn-Minmei estaba esperando para ver al General Edwards. Él acusó recibo, luego golpeó rápida y ligeramente el control en el brazo de su silla, dándose vuelta para mirar a través de un destellante y pulido escritorio tan grande como un campo de aterrizaje.

¿Lynn-Minmei? Ahora qué en el—

Fue un pequeño shock cuando ella ingresó por la puerta en uniforme de cadete, hizo alto delante de su escritorio, y saludó sagazmente. Él todavía no la consideraba como un militar. “El cadete Lynn, solicita permiso para hablar con el general, señor.”

Él regresó el saludo lentamente. “Permiso otorgado. Descanse.”

Ella sólo se relajó un poco. “General, sé algo sobre las personas, y mientras todos han estado trabajando como perros para llevar a cabo nuestra misión aquí, el tiempo ha estado pasando y, bueno...”

“No tengo todo el día, cadete,” Edwards rechinó. “¡Dígalo de una vez!”

Él estuvo complacido de ver que él la había hecho retroceder. “Las personas necesitan algo para mantenerlas trabajando,” ella prorrumpió. “¡Lo sé! ¡Lo vi en la SDF-1! Ellos ahora están en cierta medida dando la recreación que pueden, por supuesto, pero ella es muy provisional y casual.”

“Lo que necesitamos es un programa organizado de entretenimiento, y algún tipo de centro donde las personas puedan ir para desenvolverse, no importa en qué turnos estén trabajando o quiénes sean. Así ellos podrían olvidar sus problemas y levantar sus ánimos. Un lugar donde ellos puedan recordar –recordar por qué todos vinimos aquí en primer lugar.”

Ella dijo eso último suavemente, ella que no había sido invitada a la misión de la REF en primer lugar.

La propia voz de Edwards adquirió suavidad, un tono peligroso en su caso. “Déjeme ser claro en esto. Conociendo su pasado, ¿debo asumir que usted está sugiriendo abrir un cabaret?”

“¡No, un club militar!” ella corrigió. “¡Las personas necesitan mantener en alto sus morales, señor!”

“¿Y es usted la que quiere organizarlo, hmm?”

Ella no pudo encontrar la mirada de él por un momento. Ella sabía que todos sus argumentos eran verdaderos, pero Edwards había entrevisto su intención. Cuando ella había cantado ese último adiós a bordo de la fortaleza super dimensional cuando la Farrago partió, ella había jurado que no cantaría en público de nuevo.

Pero poco a poco, su resolución se había desmoronado. Ella lo extrañaba demasiado. Ella extrañaba las buenas cosas que sus canciones hacían por las personas, la felicidad que traían. Pero ella tenía que admitir que extrañaba las luces, también, el aplauso y la adulación y la atención. Ellos estaban en su sangre. Ella los necesitaba.

La situación de la REF era tan semejante a la de Macross en la vieja SDF-1 que era como si su vida fuera una tira de Mobius. Y así ella se encontraba siguiendo viejas conductas, sintiendo viejos anhelos y soñando sueños que ella se había prometido enterrar.

“Estoy mejor informada sobre la farándula que nadie más, señor,” ella se apresuró. “¡Lo puedo hacer en mi tiempo de franco! Pero esperaba que usted hablase con el consejo, General.”

Todo ello sonaba como algo salido de una de esas películas del siglo XX por los cuales él tenía un total desprecio. Hey, ya lo tengo, ¡haremos el show en el granero! ¡Sí, tú puedes hacer los disfraces! ¡Expandámonos; ellos pueden construir los decorados!

Él casi la ridiculizó en voz alta, lo habría disfrutado, pero en el último segundo retrocedió. Había algo sobre su presencia, su atractivo de los ojos muy abiertos y encanto de pilluela. Donde otros hombres podrían haberse sentido atraídos hacia ella, y repentinamente sus protectores, Edwards comenzó a sentirse posesivo.

Él sabía que ella había sido cortejada por cientos de admiradores golpeados por el amor, rendida culto por miles, tal vez millones, de admiradores. Y ninguno la había tenido, ninguno la había tocado realmente, excepto sólo dos. Uno de esos, Lynn Kyle, su primo distante, hace mucho tiempo desaparecido y presumido muerto en la Tierra.

Edwards también sabía que Minmei una vez había sido la pasión de Hunter. Él estaba consciente, también, por sus espías, que el tonto de Wolff tenía una pasión desesperanzada por ella.

Minmei no estaba segura de qué reacciones o pensamientos ella estaba viendo cruzar la cara de Edwards; la brillante media coraza craneal y el centelleante ojo de vidrio lo hacía difícil de decir.

Edwards juntó sus manos ante él e inclinó su silla hacia atrás. “Esta idea puede tener algún mérito, Cadete. La discutiremos con detenimiento durante la cena.”

En la mente de Edwards, ella ya era suya, el cuerpo y el alma.

Kami se dio cuenta confusamente que estaba siendo cargado en movimiento por el chacoloteo del mecha. Al reanimarse un poco, él vio para su horror que estaba en la garra de un Inorgánico Crann.

El recuerdo de haberse fugado, mezclado con su Visión, comenzó a ordenarse cuando luchó como una cosa salvaje inútilmente. Los terribles recuerdos de ser enjaulado por Tesla lo hicieron estar en busca de un modo de tomar su propia vida. El

diseño grotesco y blindado del Inorgánico gritaba odiosidad insensata; el cielo estaba gritando una canción de muerte hacia él.

Pero él era sujetado fuertemente y no pudo liberarse retorciéndose. Eso cambió en unos momentos, sin embargo, cuando fue arrojado sin ceremonia. Él aterrizó en un montículo en el suelo duro y arenoso, aturdido, la Visión casi nublándose en la inconsciencia. Él pudo oír al Invid alejándose marchando, y no pudo explicárselo.

Algo lo pinchaba. Kami rodó con un aullido agudo de alarma, para encontrarse mirando a un anillo de caras peludas. “¿Qué eres?” uno de ellos dijo. “¿Eres un Invid, entonces?”

Uno de los otros hizo un sonido exasperado y pinchó al primero con un codo. “¡Estúpido! ¿Cómo podría ser él un Invid?”

“¡Bueno, él no es un Karbarriano!” el primero contestó, y parecía que estaban a punto de luchar.

“Soy un Garudiano,” Kami dijo cansadamente. “¿No les enseñan nada en la escuela?”

Él pudo ver que había encontrado a los niños Karbarrianos, aún si él había llegado de un modo deshonesto.

Ellos comenzaron a barbotear, y unos cuantos tuvieron el coraje para en realidad ayudarlo a ponerse de pie. Los niños Karbarrianos eran versiones regordetas de sus mayores, algunos de ellos casi tan altos como Kami; pero a diferencia de sus padres, los cachorros no llevaban puestas gafas protectoras. Sus ojos eran redondos, oscuros, y húmedos.

Él gruñó, tratando de enfocar las cosas. Uno de los cachorros trató de tocar su máscara y él dio a la garra una pequeña bofetada; ella fue retirada. Kami no podía entender por qué el Invid había tomado sus armas y equipo y sin embargo le dejó su máscara y tanque. Tal vez ellos sabían que no podrían tener un prisionero sano por mucho tiempo –o uno vivo– si le quitaban el respirador.

Allí había unos cien Karbarrianos en miniatura más o menos alrededor de él, y muchos, muchos más caminando alrededor de un área extensa de barracas. Debido al tamaño del lugar, él estaba dispuesto a creer que poco más o menos cada cachorro de la población reducida del planeta estaba allí. La mayoría de ellos parecía indiferente sin embargo, no preocupándose de lo que estaba

sucediendo.

Kami entrecerró los ojos un poco por la luz matutina de Yirrbisst, dando un vistazo a su alrededor para orientarse hacia las marcas que él había visto en el mapa y lograr orientarse. No había transcurrido mucho tiempo desde el amanecer; los soldados estarían aquí pronto y él debía preparar a los cachorros como mejor pudiera. Pero los tres riscos espigados en fila no estaban allí; el otero roto no estaba a la vista, las colinas al pie de una montaña cubiertas con matorrales crecidos que no se podían ver.

Su sangre repentinamente se congeló. ¡El Invid los había cambiado de lugar! ¡Éste no era el lugar en el mapa!

“¿Dónde estamos?” él preguntó al primer cachorro que le había hablado, un pequeño macho gordiflón con rasgos salientes veteados en su pelaje.

“Las viejas minas de Sekiton,” el cachorro dijo. “Ellos nos cambiaron aquí desde el complejo carcelario cerca de la ciudad, así ellos nos podrían vigilar más fácilmente.” El joven Karbarriano señaló vagamente hacia el planeta primario verdoso ascendente, la estrella de Karbarra. “Usted incluso apenas puede ver a Tracialle desde la torre más alta de aquí.”

La incursión en la vieja prisión se había preparado para buscar posibles sitios alternativos cerca de la ciudad, pero no tan lejos como esto. Kami miró a lo lejos el camino que el cachorro había señalado, sintiendo oleadas de frustración fluir a través de él.

“¿Señor? ¿Señor?” el pequeño estaba diciendo. “¿Quién es usted?”

Él se quitó de encima su desesperación como se habría desprendido con sacudidas del agua, arrugando la piel y manteniéndose firme, esponjando la cola. Él extendió su mano para hacerlos callar.

De algún modo la válvula de su respirador se había cerrado. Él aumentó el flujo un poco, mirando al cielo, inhalando.

Lron había sido injusto, y estado mal, al acusar a los Garudianos de usar alucinógenos. El hecho era que los procesos mentales Garudianos estaban vinculados simbióticamente con una escala sorprendente de microorganismos y una gran variedad de micro moléculas complejas encontradas en el ecosistema de su planeta.

Su actividad cerebral era el resultado de la interacción con estos factores en su entorno. Reaccionaba con y era influido por esos estimulantes en un nivel subcelular y hasta atómico, en modos que dejaban a los psicólogos moleculares humanos sacudiendo sus cabezas y hablándose a sí mismos.

La vida Garudiana era una asociación con su mundo; sus sistemas neurológicos eran una parte vital del ciclo reproductivo de las formas de vida microscópicas que eran indispensables para la percepción y la misma habilidad para pensar de los Garudianos.

Kami inhaló y pensó. Ciertas percepciones empezaron a cambiar e intensificarse. El cielo cantó un canto lúgubre y la arena movida por el viento adoptó formas extrañas. Entonces él se dio cuenta de que algo estaba cantando, en un registro tan bajo que él apenas podía oírlo. Él se arrodilló y colocó sus orejas sobre el suelo; los cachorros se miraron unos a otros dudosamente.

Kami escuchó el sonido monótono y sordo.

Sekiton. Sekiton. Sekiton.

Por supuesto. Él giró hacia el cachorro que le había hablado. “Mi nombre es Kami. ¿Quién eres tú?”

El cachorro se erguió orgullosamente. “Soy Dardo, hijo de Lron y Crysta, los líderes de nuestro pueblo. Los niños necesitaban un líder, también, y así yo los organicé. Mis padres—”

Así aparentemente esta era la comisión de acción, los que no habían sucumbido a la desesperación.

“Los conozco. ¡Escuchen, todos ustedes! No tenemos mucho tiempo. Todavía hay Sekiton por aquí, ¿no es así?”

“Arriba en el almacén.” Dardo señaló hacia un bunker bajo. “No hay mucho uso para él ahora que el Invid nos detuvo de viajar por el espacio.”

Pero entre los prisioneros y el Sekiton estaba una pared de energía Invid de encarcelamiento, un telón fantasmal de enfurecido poder rojo de treinta metros de alto, generada por pilones espaciados cada cien metros alrededor del complejo carcelario. Kami sabía que significaba una quemadura chamuscante e inconsciencia acercarse demasiado a una, e Inmolación tratar de pasarla.

“Así que el Sekiton ya no nos sirve de mucho,” Dardo dijo. “Por

mala suerte, porque aún hay bastante de él por aquí, en todas partes.”

Él rasguñó la arena con su pie, cavando una profundidad de varios centímetros. Empujando a un lado suelo más grueso y más arenoso, Dardo clavó los dedos rechonchos allí y sacó un puñado de Sekiton un tanto oscuro mezclado con arena. “¿Lo ve?”

“Sí; he visto el material, gracias,” Kami dijo de repente. Yirrbisst estaba subiendo más alto, y no quedaba mucho tiempo. Con el primer ataque aéreo del asalto de los Destroids, la orden saldría de comenzar la matanza en el campo de concentración.

Dardo se encogió de hombros, moldeó el grumo en una bola, y la lanzó. La bola se transformó en llamas cuando golpeó la pared de energía. Otro cachorro tomó un poco y lo lanzó para lograr un efecto de fuegos artificiales aún mayor. Desde las salbandas acá y allá alrededor del complejo, Kami pudo ver que ellos lo habían hecho bastante a menudo para pasar el tiempo.

Sekiton. Sekiton. Sekiton. La tierra latía fuertemente en sus pies como la vibración de algún enorme martinete, pero el mensaje se perdió en él. Kami levantó un grumo de material, también, hizo una pelota de ello, y lo lanzó disgustadamente a la pared.

La bola la atravesó ilesa, para aterrizar y partirse a varios metros más allá.

“No –no se quemó,” Dardo parpadeó.

“¡Eso es porque...no fue manipulado por un Karbarriano!” Kami gritó claramente a través de su respirador. Él no comprendía mejor que cualquier otro cuál era la afinidad sobrenatural Karbarriana por el Sekiton, pero él había visto por sí mismo que la materia era obstinadamente inerte si un Karbarriano no hacía contacto físico real con ella en cierto punto.

“Rápido, consigan palos o tablas de los edificios, o cualquier otra cosa con la que puedan cavar, y comiencen a descubrir más, ¡pero no lo toquen directamente! ¡Y tráiganme agua, gran cantidad de agua!”

Poco tiempo después los cachorros estaban de pie en un círculo de bote en bote escudándolo de ser visto, aunque los Invid habían mostrado poco interés en mantener a los prisioneros bajo vigilancia estrecha, confiando en su pared de energía. Kami colocó el espeso lodo sobre sí. Era satisfactoriamente adhesivo.

“Voy a necesitar un arma. ¿Alguno de ustedes vio lo que los Inorgánicos hicieron con mi equipo?”

Uno de los cachorros más altos, una hembra con un matiz oscuro en su piel, señaló hacia un fortín. “Yo los vi bajar algunas cosas por allí justo antes de que lo trajeran aquí.”

Kami estaba poniendo lodo sobre sí frenéticamente, tratando de ser minucioso, porque cualquier lugar al descubierto probablemente lo freiría, pero tratando de ser rápido, además, porque el tiempo estaba a punto de acabarse. “¡Muy bien! ¡Conseguiré mi arma, y si puedo volar uno de estos pilones, todos ustedes corran tan rápido como puedan hacia el búnker de almacenamiento de Sekiton! ¡Si el resto los acompaña, bien, pero no los esperen, porque los voy a necesitar allí! ¿Entienden?”

Ellos dijeron que sí. Él estaba casi tan cubierto como nunca lo habría estado, si no fuera por sus ojos. Él había colocado una capa sobre su máscara de respiración, y tendría que arreglárselas con puro aire Garudiano de su tanque.

“Pero –¿qué haremos entonces, señor?” Dardo inquirió.

“Enviar un mensaje,” Kami le dijo. Él se abrió paso tiesamente y cautamente hacia la pared de energía, hasta que pudo sentir el calor de ella en sus ojos expuestos. Él hizo un último esfuerzo hacia las plantas de sus pies por la brazada de lodo que él llevaba y se colocó más sobre sus ojos hasta que se cubrieron. Aspiró profundamente y caminó en la dirección en la que, él esperaba, la pared esperaba y relucía.

Y prontamente perdió pie, cayendo.

Él esperó ser convertido en cenizas, pero aún estaba vivo después de golpear pesadamente sobre el suelo. Pero había perdido su orientación completamente y no se atrevió a quitar el lodo cegador.

Esperando lo mejor, Kami rodó y rodó en la dirección que él pensó era la correcta.

Capítulo 19

*¡Estoy escapando y uniéndome a los Robotechs!
¡Entonces te arrepentirás!*

*Amenaza popular entre los niños de la Tierra durante
el período de preparación de la Misión de la SDF-3.*

Al mando de Lisa, los Destroids abrieron fuego con todas las armas. La primera andanada terrible de rayos láseres, rayos de partículas, y misiles golpearon a los Inorgánicos más cercanos en un rango a quemarropa virtual, como una oleada rompiendo en una costa.

Los Inorgánicos se elevaron como velas romanas o simplemente desaparecieron de la vista. Los Destroids apuntaron sus armas sobre el próximo objetivo y el próximo, aprovechando el elemento sorpresa al máximo, porque las probabilidades todavía estaban en su contra. Aquellos en las rampas estaban disparando, también, y marchando hacia abajo, con pasos pesados, para unirse a sus compañeros.

Las armas variadas de la Farrago abrieron fuego, regando fuego como lluvia ardiente, cuidadosas de mantener su objetivo cerca de la nave donde los Invid estaban, para evitar asestar a las multitudes de Karbarrianos.

Los Invid fueron hechos añicos, o agujereados por lanzas de energía candentes como la de una estrella. Estuvieron confundidos e indecisos por esos primeros pocos segundos, y en ese tiempo docenas de ellos fueron aniquilados. Lisa miraba un monitor, cuando un Crann bajo la proa de la nave insignia fue golpeado justo en el centro por una descarga de un cañón láser, como una aguja de calor blanco pasando a través de un escarabajo. El tentáculo hocico característico de los Crann, o flagelo, o lo que fuera, todavía estaba

chasqueando como un látigo enfurecido cuando la cosa voló en pedazos en todas direcciones.

Los Inorgánicos bípedos parecían ser la última palabra en las extrañamente perversas preferencias de diseño Invid, deformados y mal articulados para los ojos terrestres. Los brazos que colgaban bajo y los cuerpos mal formados –delgados como un palo aquí, gruesos allí– los hacía parecer como si el Invid los hubiese delineado para hacerlos tan repulsivos como fuera posible.

No era que los Sentinels necesitasen ese incentivo agregado para luchar; la Farrago y todo su personal estaban ahora condenados y la única salida era la victoria. Los Inorgánicos volaban en el aire como marionetas reventadas y quemadas, o eran sopladados hacia atrás dentro de los que estaban detrás de ellos, para explotar.

Pero los Invid estaban devolviendo el fuego ahora, sus discos de aniquilación y rayos batiendo entre los Destroids. Con los últimos Destroids abajo en la superficie de aterrizaje, los grandes mecha terrestres estaban de pie hombro a hombro y proporcionaban un volumen estupendo de fuego, una andanada caminante que segaba fila tras fila de las tropas que habían sido formadas para la revisión de Tesla.

Pero con cada enemigo derribado, otro se adelantaba para tomar su lugar, disparando desapasionadamente. Y las naves de escaramuza Enforcer volaban rápidamente ahora por los aires, para disparar sobre la nave insignia. Muchas de las baterías del casco superior tuvieron que desviarse del soporte terrestre para el fuego AA. Lisa estaba contenta de que las fuerzas especiales tomadas de Karbarra se habían llevado sus Pincers y Scouts y Shock Troopers; eso dejó muchos menos mecha voladores con los cuales contender, un punto crítico en este plan de batalla.

Los Inorgánicos bípedos estaban haciendo su mejor esfuerzo para contener el avance de los Destroids, cuando las máquinas terrestres comenzaron una marcha lenta, moviendo su fuego acá y allá, aporreando al enemigo en un infierno de rayos de cañón sesgados y trazas hirvientes de misiles.

Un grupo de Scrim se detuvo, y concentró su fuego. Un Spartan, ocupado vaciando su tempestad en otro objetivo, fue acribillado; aquel tambaleó y luego voló en pedazos llameantes.

Todos los Karbarrianos habían huido por sus vidas, zambulléndose en el primer refugio que podían encontrar. Los Destroids sufrieron otra pérdida, un Raidar X, y una nave de escaramuza disparó a través de un punto débil en los escudos del casco superior, inhabilitando un arma provista de doble cañón montada en el módulo Garudiano de la nave.

No obstante eso, los Destroids habían hecho retroceder a los Inorgánicos del área de aterrizaje. Los reportes de daños estaban llegando en abundancia, pero la nave todavía era capaz de ir al espacio. Pero, era una apuesta segura que el Invid estaba accionando más refuerzos. Lisa dio la orden a los Destroids para adelantarse y asegurar el área –atrincherarse y aguantar. Luego dio a Vince Grant el visto bueno, y la GMU comenzó a desacoplarse de la Farrago.

La enorme Unidad Móvil Terrestre rodó lejos sobre sus ocho neumáticos de baja presión, neumáticos de unos treinta metros más o menos de diámetro. Una vez fuera de debajo de la nave insignia, pudo añadir sus propias baterías y misiles del casco superior a las defensas antiaéreas.

Lisa no estaba muy preocupada por las naves de escaramuza; había menos de ellas de las que había habido un momento atrás, y ella estaba segura de que los Sentinels podían manejar el resto. Tampoco parecía que los Invid tuviesen algún supercañón –algo de la clase de la GMU, algo lo suficientemente grande para destruir la nave insignia con un único disparo– en Tracialle.

No, esta sería una batalla de mecha terrestres, Destroids e Inorgánicos. Ella ya estaba comenzando al Este, donde un cuartel de Odeons había llegado para tratar de desalojar a algunos MACs, y ellos estaban golpeando con fuerza brazo a brazo, los edificios apresuradamente abandonados derrumbándose alrededor de ellos. Pero los barriles múltiples de los MACs, disparando ambos rayos y sólidos, estaban comenzando a producir efecto.

Había solicitudes de refuerzos de otro sector, y reportes de que los Invid estaban trayendo más tropas y hasta algunos Hellcats de un tercero.

Lisa hizo lo mejor que pudo para parecer calmada. ¡Max, Miriya –Rick! ¡Apresúrense!

En el lugar sagrado de la Computadora Viviente, el cerebro Invid ardía de algo muy parecido a la ira. Muy por encima de él, los sonidos de la batalla enviaban vibraciones a través de la enorme y colosal seta de concreto y cristal que era la ciudad capital.

“¡Los Karbarrianos nos han traicionado de algún modo!” él dijo. “¡Den la orden! ¡Maten a los niños; exterminenlos a todos!”

Los Hovercycles y motocicletas aéreas y el resto habían verificado todas las avanzadas en las cercanías y no vieron nada; los VTs y los Hovertanks cerraron su movimiento de garra y se acercaron desde cada punto de la brújula, convergiendo en el objetivo.

Los mecha descendieron con la mitad de cada unidad en forma de Battloid, lo mejor para arrasar a través del complejo, mientras que el resto los respaldó en modo Gladiador o Guardián, o volaron para cubrirlos en Veritech.

Los Battloids no necesitaron ninguna herramienta especial para forzar la entrada; ellos simplemente rompieron los edificios abriéndolos y observando dentro, siendo cuidadosos porque no querían causar daño a los rehenes. Ellos corrieron de edificio en edificio, tirando puertas o palanqueando hacia arriba los techos, llamando con voces amplificadas.

No tomó mucho tiempo para que el reporte fuera transmitido de regreso al pasmado Max Sterling. “Resultados negativos, señor. Ellos no están aquí. ¡Atacamos al lugar equivocado!”

“Avance en curso 115,” Lron rugió a Rem.

“Pero –el localizador dice–”

“¡Hágalo!” Lron sacudió el mamparo con su ira. “Veo fuego de Sekiton por allí, donde la antigua planta de procesamiento se encuentra. El Invid no construye infiernos como ese, y los Karbarrianos tienen pocos motivos para hacerlo, pero los Garudianos aman las señales con fogatas. ¡Hágalo, se lo aseguro!”

“Vayamos ahí, Rem,” Rick dijo. “Todos ustedes, prepárense.”

“Los sensores están recogiendo una gran cantidad de actividad de Protocultura en la dirección de la ciudad, Almirante,” Jack dijo a Rick. “Parece que la cuadrilla comenzó sin nosotros.”

“¡Rem, apresúrate!”

Rem no estaba seguro exactamente de las intenciones de Rick, pero hizo un acercamiento estridente, maniobrando el transbordador con gran destreza. En segundos, ellos estaban suspendiéndose sobre el campo, mirando una escena que los hizo quedar boquiabierto a todos.

Una llamarada misteriosa había sido iniciada en un poso de procesamiento, llameando en los colores indescriptibles del Sekiton, siendo alimentada por una cadena de lo que parecían Karbarrianos. Pero los Inorgánicos bípedos se dirigían hacia allí, y aun más se estaban acercando desde la distancia junto con las formas tendinosas de Hellcats moviéndose a toda velocidad.

La mayoría de los Crann, Scrims, y Odeon, sin embargo, se estaban alineando alrededor de un área marcada por lo que los Sentinels habían venido a reconocer como los pilones de una pared de energía. Pero la pared de energía ya no estaba. Aparentemente la media del enemigo estaba empeñada en no permitir al resto de sus prisioneros escapar, y no se les había dado la orden para ejecutarlos –aún. Los bípedos estaban disparando ráfagas cortas sobre la tierra, conduciendo a la vasta mayoría de los niños Karbarrianos de regreso hacia el área de las barracas.

Una figura pequeña, agazapada detrás de un edificio, saltó para acertar a un Scrim con un flujo feroz de ráfagas brillantes. El Invid quedó aturdido y sus compañeros se detuvieron. Su contrafuego destrozó y consumió la esquina del edificio, pero para entonces el francotirador había retrocedido. Sólo que él ya no tenía otro lugar donde esconderse; él tenía su espalda hacia las llamas.

“Ese pequeño enano cabeza dura de Kami,” Jack dijo con admiración.

“Karen...” Rick la llamó. Ella estaba sentada en la estación de control de fuego principal.

“Lo tengo, señor,” ella dijo con vasta compostura. Con un disparo del cañón láser del transbordador, Karen eliminó al Scrim

que Kami había golpeado, y trasladó la corriente de brillante energía al próximo, bisecándolo.

Cuando el transbordador voló zumbando más allá, el tercer Scrim volvió el fuego hacia él, pero la maniobra evasiva de Rem lo frustró. Kami tuvo la oportunidad para eludirlo y rodear el edificio, enfilando hacia el fortín. Él habría festejado la llegada del transbordador, pero no tenía tiempo y no podía desperdiciar el aliento.

Kami no había tenido que disparar a los pilones de la pared de energía porque había descubierto una unión del sistema de poder, más allá del fortín donde había encontrado su arma Owens y la fuente de poder. El bajar la barrera era simplemente una cuestión de pugnar por bajar un interruptor de cuchilla de escala Karbariana.

Pero ahora los Inorgánicos se estaban acercando a las masas de cachorros quienes no habían huido o pudieron huir cuando Dardo y sus compañeros lo hicieron. Kami tenía que hacer algo rápidamente, o la matanza empezaría en segundos. Él se arrodilló en el refugio de la entrada del fortín, calculó sus tiempos cuidadosamente, colocó sus hombros debajo del enorme mango de porcelana del interruptor de cuchilla, y lo levantó de nuevo para cerrar el circuito.

La pared de energía saltó a la existencia, una cortina roja de muerte –y allí estaban dos Odeons parados en su campo de acción. Ambos parecieron retorcerse en agonía. Un instante más tarde, se desvanecieron en brillos gemelos de descarga cegante.

Kami vio que había estado a tiempo; el resto de los Inorgánicos estaba del otro lado de su propia pared, alejados de los rehenes. Aquello no podría durar más de unos cuantos segundos, pero cada segundo era infinitamente importante ahora.

Él recogió su arma y se dio vuelta, corriendo de regreso al poso de fuego.

“¿Está seguro de que no podemos divisar a Max y a Wolff?” Rick preguntó sin voltearse hacia Jack; Rick estaba ocupado asumiendo

el control de las trayectorias de los misiles, retrayendo sus cubiertas y ajustando el alcance de su objetivo.

Jack miró con ceño a su tablero de comunicaciones. “Negativo, señor. Quizá si nos elevamos lo bastante alto e intentamos una de las frecuencias del casco en un rastillaje exterior–“

“¡No hay tiempo!” Rick lo interrumpió, y tenía razón. Aún cuando él hablaba, un Hellcat saltó a la vista y cubrió el terreno entre él mismo y Kami con aterradores saltos largos. Pero Rem ya había hecho crujir al transbordador a través de un giro y estaba comenzando otra carrera.

El sujeto tiene talento innato, Rick concluyó –¿de qué otro modo se explica la destreza de Rem con una nave Karbarriana? Él podría ser un aprendiz escolar, pero tenía grandes reflejos y coordinación.

Rick tuvo al Hellcat en su vista aún mientras Karen estaba centrando la puntería sobre otro Inorgánico, un Odeon que había estado rodeando hacia los niños por el poso de fuego. Karen golpeó su objetivo con un rayo sostenido; aquel se mantuvo firme y devolvió el fuego con todo lo que tenía.

Ellos sintieron al transbordador sacudirse de un golpe parcial y Rem comenzó a evaluar los daños, preguntándose si él podría mantener a la nave en el aire. El largo disparo de Karen cortó al Odeon en dos a la altura de la cintura y aquel se cayó a pedazos en un racimo de explosiones posteriores. Los primeros dos misiles de Rick erraron al Hellcat completamente, sus ojivas de combate expidiendo como una fuente llamas y tierra y rocas a ambos lados de aquel.

Pero aunque el vuelo del transbordador se estaba volviendo más y más errático, Lron –quien se había hecho cargo de las armas de popa– colocó una corriente de rondas del autocañón en el Hellcat. Sus cuartos traseros comenzaron a arrastrarse, lisiado, y Kami estaba aumentando su avance sobre aquel.

Rick pensó que era improbable que el transbordador pudiera conseguir elevarse lo bastante alto para intentar hacer contacto con los Skulls aún si aquel pudiera abandonar la batalla cuando oyó abrirse una escotilla. Él se dio vuelta y vio a Bela desaparecer en el asidero de popa.

“¡Oiga! ¡Regrese aquí!” Pero ella se había ido, sin embargo la

escotilla permaneció abierta. Rick no sabía lo que ella estaba tramando, pero no estaba seguro de que las Amazonas realmente supieran cómo trabajaba la tecnología de avanzada. “¡Baker, asegúrese de que ella no nos haga zozobrar!”

Él miró a Gnea, quien se había levantado de su posición de armas. “¡Usted manténgase en su puesto!” Él no necesitaba dos de estas Valkyrias sobredesarrolladas vagando por ahí en el medio de una pelea. Gnea parecía como si fuera a darle alguna respuesta, luego regresó para manejar la torreta en forma de pelota del casco superior por remoto.

Jack abandonó la popa, agradecido que el transbordador no estaba haciendo –no pudiera hacer– alguna maniobra súbita que lo machaquase contra el casco. Cuando atravesó la escotilla él encontró a Bela acucillada cerca de la escotilla de expulsión de emergencia. Aparentemente, ella había disparado la cápsula de escape que estaba allí y, cuando la escotilla exterior se volvió a cerrar, había logrado de algún modo meter a Halidarre allí con las piernas y las alas plegadas.

Ella lo miró. “Es el único modo de conseguir enviar una señal,” ella dijo, golpeando el micrófono que Lang había instalado en su casco de batalla. “Y yo podría usar a un artillero, Jack Baker.”

No había tiempo para ir a pedir permiso. ¡Iniciativa personal, Baker! Él se dijo. Pero la imagen de los Inorgánicos acercándose a los cachorros indefensos lo hizo aún más fácil de decidir.

“¿Cómo se monta en una de estas cosas?” él dijo aquello cuando saltó hacia un depósito de armas, sacó un lanzacohetes de alimentación automática –alrededor de todo el peso extra que él podía manejar sin peligro, él consideró– y se tambaleó hacia ella mientras el transbordador se sacudía.

“Monta detrás de mí,” ella dijo, “y sujétate con el cinturón de allí.” Él lo hizo, encontrando un cinturón de seguridad retractable incorporado en la parte trasera del fuste de la silla. Bela ya estaba asegurada con el cinturón de la silla de montar. Jack se las arregló para hacer ambas cosas, aferrarse al lanzacohetes y cerrar su casco de vuelo. Al activar su unidad de comunicaciones, él oyó a Rick Hunter despotricar.

“-¿rayos están haciendo ustedes dos allí atrás? ¡Vengan aquí, ésa

es una orden!”

“Disculpe, Rick Hunter,” Bela dijo calmadamente. “Pero le daré sus saludos a Max Sterling. A propósito, Baker es más valiente de lo que parece.”

O quizá más tonto, Jack pensó.

Ella pulsó un botón en el casco interior y retiró su mano rápidamente. La cubierta del puerto de expulsión se desenrolló cerrándose y hubo un sentimiento parecido a ser lanzado por un cañón. Jack vislumbró la tierra, girando hacia él.

Capítulo 20

ARCHIVO #28364-4758

BAKER, JACK R.

El sujeto quedó huérfano de todos los miembros familiares cercanos durante la Guerra Robotech, sus últimos parientes murieron durante el asalto final de Khyron.

Este joven ha erigido defensas contra lazos emocionales cercanos, aunque, desconcertantemente, él no manifiesta ninguna hostilidad o autodestrucción que la teoría tradicional predeciría. Él demuestra inteligencia muy superior al promedio, destreza, y, en los casos donde no es amenazado, compasión – particularmente hacia los individuos que han sido victimarios.

Él simplemente parece haber apagado su dolor a través de no dedicar a nadie el considerable afecto del cual él parece capaz.

Mientras que no hay ninguna justificación válida para negar a este joven la entrada a la Academia, particularmente a la luz de sus notas, debería ser recordado por las autoridades militares que este cliente muestra cierta hostilidad hacia la disciplina y puede ser impropio para el servicio militar.

Asistente Social 594382, Autoridad de Cuidado Global

“Lo siento, Lisa; ellos no están aquí. Estamos ampliando la configuración de búsqueda,” Max Sterling dijo, sonando un poco impotente. Él tenía un hijo, en la Tierra.

Los Skull y Wolff Pack y todos los exploradores no podían localizar a los niños Karbarrianos, y más y más refuerzos Invid estaban llegando a la ciudad capital. Tres mecha más se habían perdido: un Spartan, un Raidar, y, expresivamente, un Excaliber que había desaparecido virtualmente bajo una masa de azotantes Scrim y Crann y Hellcats.

Los Destroids estaban manteniéndose firmes en ciertos lugares. Pero en otros estaban siendo hechos retroceder inexorablemente, en intercambios furiosos, a quemarropa, algunas veces mano a mano, por Invid a quienes no parecía importarles cuán importantes eran sus pérdidas. La GMU se había desplegado a un punto en el otro lado del sitio de aterrizaje, casi aplicando su artillería más pesada; pero dada la naturaleza de las riñas callejeras, ni ella ni la Farrago podían dar mucho apoyo de artillería sin el riesgo de golpear a miembros amigables o a civiles.

Lisa había esperado que el populacho en general pudiera contribuir, ojalá que en crear distracciones. Pero los Karbarrianos no lo estaban haciendo, indudablemente esperando contra toda lógica que sus niños aún podrían ser perdonados.

Un reporte llegó diciendo que el perímetro al sur estaba colapsando; el Invid había de algún modo abatido allí una fila entera de MAC Us y Spartans, literalmente inmovilizándolos, y habían empezado a trabajar resueltamente para desmembrarlos.

Lisa estaba llegando a regañadientes a la conclusión que la misión era un fracaso. Ella miró desde el puente hacia la ciudad llameante, y se preparó para dar a los Destroids y a la GMU la orden para replegarse en modo ordenado a la nave para retirarse de la ciudad.

Si sólo pudiéramos atravesar aquel domo, ella se recordó a sí misma.

La orden estaba en sus labios cuando un extraño sonido apareció por la red de mando. Era un tipo de –de canto. Tres notas como el grito de un pájaro de caza convertido en música. Luego una voz dijo, “¡Esta es Bela, de Praxis! ¡Hemos encontrado a los niños! ¡Diríjanse hacia mi guía! ¡Sentinels, vengan a unirse a la pelea!”

Jack Baker luchaba para estabilizar el lanzacohetes sobre el hombro de Bela, la nave de escaramuza entrando y saliendo de su mira, cuando Halidarre se ladeó y evadió y el Enforcer acribilló con disparos al caballo maravilla y sus jinetes.

Jack disparó, pero el cohete erró el blanco cuando la nave de escaramuza giró y se alistó para otra pasada. “¿Aún no puede llevar a este penco?”

“Sí, Jack Baker,” Bela dijo, casi riendo. “Lo bastante de modo que el proyectil no pueda fallar. ¿Le gustaría eso?”

Ella podría ser lo bastante loca para hacerlo, también. Su risa salvaje en batalla, su alarde y destreza asombrosa para manejar a Halidarre –eran un poco recias para completar. ¿Qué le dices a una mujer que va por el aire en un Robocaballo alado, disparando una pistola con una mano y moviendo de un lado a otro una espada, por el amor de dios, con la otra?

Te diré lo que el viejo Jack Baker dice, él pensó airadamente. “¡Sí!” él dijo, antes de pensarlo dos veces. “Sí, manténlo firme por un segundo, si todo es lo mismo para ti. Parece el único modo de que vaya a asestar a algo hoy.”

Así que ella lo hizo. Halidarre se suspendió en sus campos impulsores, alas batiendo a velocidad media para estabilizarla, cuando Jack forcejeaba con el lanzador. Él no había asestado a nada aún; tres cohetes se habían lanzado y sólo dos permanecían en la recámara.

El Enforcer estaba en un nuevo curso de ataque, disparando a largo alcance. Bela era tan buena como su palabra, manteniendo a Halidarre en un revoloteo inmóvil, riendo esa risa salvaje de nuevo, blandiendo su espada. Jack alineó su disparo con el cañón descansando en el hombro de Bela y dejó salir a ambos cohetes. “¡Larguémonos de aquí!”

Halidarre se elevó abruptamente al momento en que una línea de discos de aniquilación chilló a través del sitio donde ella había estado un momento antes. El Enforcer, dedicado a su objetivo, trató de desviarse de los cohetes demasiado tarde. Aquel voló en pedazos y comenzó a llover en pequeños y ardientes restos.

Bela aulló como un Hellcat. “¡Ese es mi muchacho!” Luego ella divisó algo y puso a Halidarre en una zambullida que casi envió al desayuno de Jack hacia su garganta.

Los Invid habían bajado la pared de energía de nuevo. Ellos se estaban acercando ominosamente a las barracas en donde la mayoría de los cachorros Karbarrianos se había refugiado. Los bípedos comenzaron a disparar a largo alcance, poniendo los edificios en llamas para echar fuera a la presa para un exterminio más conveniente.

Jack se deshizo del lanzacohetes y desenfundó su pistola. Él y Bela se zambulleron directamente hacia el Invid, disparando y asestando, pero sin tener efecto.

Cerca del poso de fuego, Kami retrocedía, Dardo y los otros detrás de él, cuando los Hellcats se cerraban alrededor de ellos. El arma Owens estaba descargada, sin poder; Kami sacó de un tirón su cable liberándola de la mochila, arrojó a un lado la mochila, y sostuvo el arma como un garrote.

El transbordador del grupo de reconocimiento había sido visto por última vez perdiendo altitud, cayendo como plomo lejos hacia el Este. Kami esperaba estúpidamente que ellos hubiesen sobrevivido al choque. En todo caso, no había ninguna esperanza de evacuación ahora.

Los ojos de los Hellcats parecían tan brillantes como láseres; por alguna razón propia, ellos se separaron y comenzaron a reunir a Kami y a los desvalidos niños hacia el fuego que ellos habían hecho –un poso de veinticuatro metros de diámetro, ahora alfombrado con ardiente Sekiton. Kami, agotado y todavía mitad cubierto con lodo, lo pudo sentir chamuscando la piel de su cola. Los cachorros se habían separado en un anillo menos denso de uno o dos cachorros de profundidad, por todo el contorno alrededor del fuego. Los Hellcats los rodeaban en cada paso, forzándolos a retroceder dentro del infierno.

Sus sentidos aumentados chillaban tormento y pesadilla en él –la

agonía era como una niebla en todo su alrededor, y la horrible muerte como electricidad lanzándose hacia él desde la misma tierra de debajo de sus pies.

“¡Preferiría morir luchando antes que asado!” Con eso, Kami levantó el garrote cansadamente y comenzó a tambalear en dirección al Hellcat para confrontarlo, prefiriendo una muerte rápida debido a las garras que una lenta a causa de las llamas...

Repentinamente el Hellcat fue golpeado fuertemente hacia un lado cuando algo inmenso y pesado lo golpeó como un delantero de varias toneladas. Le tomó un momento a Kami darse cuenta de que era un Veritech, un Alpha blindado en modo Battloid –blanco con marcas rojas.

Battloid y Hellcat dieron tumbos y lucharon, las garras del felino rasgando a su enemigo, pero los enormes puños blindados del Battloid golpeaban y golpeaban al Hellcat como enormes pistones, rompiendo sus costados, destrozando uno de sus ojos.

Los otros Hellcats se arrojaron dentro de la pelea, pero fueron impedidos cuando Battloids comenzaron a caer del cielo sobre ellos, impulsores traseros sonando estrepitosamente –Betas y Logans mezclados con Alphas. Kami brincó hacia atrás poniéndose fuera del camino cuando el Alpha rojo y el Hellcat habían saltado girando y desgarrándose y azotándose mutuamente.

Los Skull habían llegado.

En configuración Guardián y VT, ellos bajaron en picada sobre los Inorgánicos en el área de las barracas, haciéndolos retroceder o volándolos por las nubes. Aún los Hellcats que se separaban y huían encontraban que sus velocidades no eran bastante rápidas para salvarlos; una segunda oleada de ataque, zambulléndose desde gran altitud, dio alcance a las cosas y las redujo con misiles y fuego de cañón.

Más Invid bípedos, rehaciéndose de avanzadas y patrullas, se dirigieron hacia el campo por vía de un cañón al oeste, formándose para arrollar a los salvadores. El primer problema con ese plan era

que el Wolff Pack estaba allí, y los confrontó de frente.

No era una batalla de tanques a campo abierto; era una lucha asesina en un espacio limitado, ambos lados arrojándose en ella sin restricción, como una lucha de cuchillos en una casilla telefónica. El modo Tanque y Gladiador no ofrecían bastante agilidad, así que el Wolff Pack pasó a Battloid y luchó cuerpo a cuerpo, disparó, dio patadas, y dio puñetazos. Los Invid los confrontaron con garras, tentáculos, quelas, y pies, discos de aniquilación y burbujas explosivas. El valle era un matadero, pero los más pesados y más numerosos Hovertanks comenzaron a rechazar a la marea centímetro a centímetro.

Kami observó cuando el Hellcat rodó a una posición superior, determinado a arrancar la garganta del Alpha con una mordida o quitar rasgando su cabeza con esos enormes colmillos.

Pero el Alpha colocó un antebrazo debajo de la mandíbula del Hellcat, lentamente palanqueándolo y alejándolo. Luego el Battloid colocó ambas manos en la garganta del felino, estrujándola con la fortaleza Robotech. El Hellcat gritó y se enloqueció, la cola sacudiéndose, pero no se pudo liberar. La aleación crujió y rechinó cuando cedió, aplastándose. La luz en el ojo restante del Hellcat lentamente se apagó.

Entonces de repente se oscureció, y el cuerpo de la cosa se relajó y quedó sin vida. El Alpha se puso de pie, alzando al Hellcat, luego lo tiró al suelo con un impacto que hizo temblar a Karbarra bajo los pies de Kami. El mecha Invid era una masa deforme de restos humeantes.

Los Skull habían vuelto las cosas en minutos. La tierra estaba esparcida con los restos de mecha Invid, y ningún enemigo estaba de pie. Pero había VTs derribados, también, y sus compañeros los estaban atendiendo.

Los Veritechs que aún funcionaban desplegaron servos de reparación que serpentearon hacia delante en tentáculos de metal para reparar los daños que pudieran. Muchos de los mecha fuera de

combate estaban más allá de tal ayuda, sin embargo, y requerirían las instalaciones de todo un compartimento de ingeniería Robotech.

Pero algunos de los dañados Skull nunca podrían levantarse de nuevo, y sus pilotos habían pagado el precio final. Los vivos descendieron de sus naves para el deber horrible y de pena aguda que era recoger los restos. En varios casos simplemente no había quedado nada.

El Alpha rojo se dio vuelta y caminó a través del humo de la batalla llevado por el viento para mirar hacia abajo a Kami. Una voz femenina dijo por un altavoz externo, “Disculpa que no hayamos calculado con demasiada precisión, mi amigo.” Era Miriya Sterling.

Kami todavía podía oler su propia piel chamuscada. “Pudo haber sido mucho peor –por varios segundos.” Ella rió. Luego él pensó en algo. “¡El transbordador! ¡Desapareció en aquella dirección!”

Miriya se pausó por un momento –tal vez informando a Max de la situación– luego partió apresuradamente por el aire con sus impulsores posteriores, rápidamente mechamorfoseándose al verdadero modo Veritech, y dirigiéndose como un misil en la dirección que Kami había indicado.

En el sitio de aterrizaje, cada segundo parecía una hora de tormento para Lisa. Los Destroids habían redoblado sus esfuerzos para mantenerse firmes y, en unos cuantos lugares, hasta habían retomado un poco de terreno. Pero los Invid estaban presionando duramente de nuevo.

Repentinamente hubo un ruido crepitante por la red de mando, y Max habló, sonando sofocado. “Tenemos a los niños, Lisa. Se encuentran bien. ¿Me copias? Lo repito, todos los rehenes están a salvo.”

Max estaba comenzando a hablar sobre medidas para llevar a los cachorros a la seguridad, pero Lisa lo interrumpió. “Max, las cosas se están deteriorando aquí. Deja a una fuerza de seguridad y luego regresa aquí con cada VT que puedas conseguir. Repito, te necesito

aquí ASAP con cada mecha que puedas—”

“¡Capitán! ¡Mire!” Un técnico Spherisiano estaba indicando por la inmensa burbuja que techaba el puente.

“Qué—” ella dijo, ignorando los esfuerzos de Max para lograr que ella terminase la oración.

Por toda la ciudad, las puertas y las ventanas y los paneles de acceso se estaban abriendo sobre los techos y otros lugares ventajosos, y fuego intenso estaba vertiéndose, principalmente discos de aniquilación y rayos de estilo Invid. Por lo que ella podía ver y lo que comenzó a oír por la red táctica, Lisa concluyó que todo el fuego estaba dirigido hacia los Invid. Era como si la ciudad entera se hubiera convertido en una galería de tiro gigante. Alcanzados por detrás o desde arriba y hasta a veces desde abajo, el ejército Invid estaba siendo aniquilado ante sus ojos.

Ella dijo a Max, “¡Aguarda, Líder de Skull!” Luego se comunicó con Crysta, quien estaba con Jean Grant en la GMU, por la red interna de la nave. “¿Crysta, qué está sucediendo?”

“Yo –yo sabía que los míos estaban escondiendo armas para este tiempo,” Crysta respondió. “Pero Lron y yo –¡no teníamos idea!”

No es sabio hacer un enemigo de tu armero, se le ocurrió a Lisa. “¿Crysta, cuándo comenzaron –por cuánto tiempo los Karbarrianos se han estado preparando para esto?”

“Desde el momento en que ellos tomaron a nuestros niños,” Crysta respondió.

Lisa observó el fuego de las armas ponerse incandescente cuando los Karbarrianos tuvieron su venganza.

“¡Baker!”

Karen Penn fue directamente hacia él cuando él se sentó indiferentemente sobre el anca de un difunto Hellcat, mirando en la distancia como si no le importase nada en el mundo entero.

¡Ese acto de habilidad que él realizó! ¡Desertar de su puesto en tiempo de batalla! Karen sólo quería un pedazo pequeño de él antes de que el Almirante Hunter dispusiera de él.

Por supuesto, parte de la ira de ella era la ignominia de haber sido llevada de regreso al complejo en el transbordador por tres Battloids, como algún tipo de nave viajera descompuesta. Eso no era el corazón de ello sin embargo, y ella no podía explicar por qué ella estaba tan furiosa.

Para completar, él estaba sentado allí con una sonrisa estúpida en su cara, ¡silbando! “Baker, di tus plegarias, porque voy a—”

Él giró hacia ella con un semblante benigno en su rostro. “Hola, Karen. Toma asiento y disfruta del show; nunca verás algo semejante a esto.”

Ella estaba haciendo rechinar sus dientes, pero decidió ver lo que él quería decir antes de que la pelea comenzase. “¡Huh –Oh!”

Un poco por debajo de la colina, los niños Karbarrianos estaban siendo inducidos por Dardo y sus camaradas a dejar el escondite. Los Battloids habían apagado la mayoría de los fuegos, y luego dieron un paso hacia atrás; los cachorros tenían buenas razones para ser cautelosos de los gigantes mecha.

Pero Dardo y el resto tenían a los rehenes saliendo al exterior ahora, en hatos. La mayoría de los cachorros liberados estaban mirando a su alrededor inexpresivamente, pero algunos de ellos ya estaban comenzando a cabriolar y brincar, saltando de alegría.

Sin pensarlo, Karen se sentó junto a Jack para observar. Los cachorros corrían de un lado a otro bajo la luz del sol, retozando y mostrando júbilo por su rescate. “Prefiero ver esto antes que tener un talego lleno de condecoraciones,” Jack dijo sobriamente.

Karen lo miró por un segundo, luego de vuelta a los cachorros. “Tú tienes tus días, Baker, ¿Lo sabías?”

“Et tu, Penn.”

Un ratito transcurrió. Ellos vieron a Lron llegar, apiñado a través de los cachorros, para alzar a su hijo y arrojarlo arriba. Los cachorros se envalentonaron donde los mecha estaban preocupados, y algunos de ellos estaban jugando una ronda alrededor del pie del Battloid de Max Sterling.

“¿Qué era lo que estabas silbando?” Karen preguntó repentinamente, sin mirarlo. “En cierto modo lo reconocí.”

Todavía mirando a los cachorros, él empezó de nuevo, una media sonrisa tocando sus labios. Después de unas cuantas notas,

Karen se encontró riendo y moviendo sinuosamente su cabeza hacia él en exasperación.

Ello era “El Picnic de los Ositos Teddy.”

Capítulo 21

Una tragedia digna de los Griegos, sin duda, o de Shakespeare. Una Fuerza Universal o Deidad virtuosa había forjado un anillo de hierro, el liderazgo de los Sentinels. Y sin embargo de algún modo un defecto se había templado.

Uno se tienta a parafrasear, “Consideren estas debilidades, vosotros los poderosos, y humíllense.”

Ann London, Anillo de Hierro: Los Sentinels en Conflicto

En las consecuencias de la primera conquista verdadera de los Sentinels –mientras los Karbarrianos aún estaban exigiendo su terrible venganza y los cachorros tenían aún que ser calmados para transportarlos de regreso a sus padres– había detalles que se escapaban por las hendiduras. El tratar de traer calma al caos, y asegurarse de que ellos realmente habían ganado el día –de que no había ninguna división de respaldo de Invid esperando en los flancos– mantenía a casi todos ocupados más allá de alguna demanda racional.

Y así nadie notó cuando Burak de Peryton, más bien el oficial de la dotación regular, apareció a la cabeza de la escuadra de seguridad que tenía por deber regresar a Tesla a su celda.

Burak estaba ciertamente en la lista como capaz de comandar un destacamento de seguridad; él estaba en sus derechos como un firmante principal de los Sentinels para tomar custodia de Tesla. Pero él había escogido esta vez porque no quería ser interrumpido, no quería ser oído, mientras hablaba con el enemigo. Una vez que Tesla estuvo nuevamente preso, el joven macho cornudo de Peryton

se deshizo de la unidad mixta de Praxianos y Spherisianos, y estuvo de pie mirando al prisionero.

Tesla se había dado vuelta, pero se le ocurrió que Burak aún estaba allí. “¿Y bien? ¿No puede dejar a una víctima inválida de la guerra en su miseria? Les he dado lo que deseaban.” Una fortaleza Invid estaba en llamas, lanzada bajo el pie de un invasor, y él, Tesla, había sido el instrumental de eso. “¡Váyase! O, máteme. Ya no me importa.” Él tocó con los dedos el magnífico collar con sus explosivos ocultos.

“Deseo salvar a Peryton,” Burak dejó salir por último. “Y si no me ayuda, lo mataré.”

Tesla vio que él se lo proponía; un joven Perytoniano, apenas más que un muchacho, él era tan voluntarioso como cualquiera del planeta donde todavía había una ceremonia anual de quitar fregando la piel velluda de los cuernos de los machos y donde las luchas por las hembras aún frecuentemente conducían a la muerte.

Así que, aquí estaba Burak, determinado a pasar por alto el itinerario juicioso de los Sentinels porque sospechaba, no sin razón, que no se dirigiría a la crisis de Peryton a tiempo. “¿Cómo salvo a Peryton, Invid?”

Tesla vio que Burak había obtenido de algún modo el detonador para el collar alrededor de su cuello. Pero por primera vez, Tesla no tenía miedo –no, no en lo absoluto. Estando de pie allí en sus mantos grandes con las gemas tenuemente brillantes colgando de su cuello, él vio que la clave hacia Burak era que Burak era vulnerable: Burak necesitaba información.

Cierto tipo de información, pero eso no importaba. Ese tipo de antojo ponía a cualquier buscador en una situación desventajosa si el maestro era lo suficientemente amoral. Y hacer la vista gorda era la especialidad de Tesla, aún antes de que él se aprovechara de las hospitalidades de los Sentinels.

Tesla se acercó a las barras, tan cerca que Burak retrocedió un paso, una mano sosteniendo el detonador y la otra una pequeña arma de fuego que parecía estar hecha de cerámica blanca y latón martillado.

Pero cuando él se acercó al frente de su jaula, Tesla se calmó. Él cruzó sus piernas como ramas de árbol y se sentó en una posición

meditativa, el nivel de su mirada aún más alta que la de Burak. Los pensamientos de Tesla se parecían a ratas ahogándose, buscando cualquier camino de escape, ordenando en términos vagos cosas que Burak podría querer oír.

“Las respuestas yacen más dentro de ti que dentro de mí,” Tesla entonó. “Mis poderes me dicen que tu hora se acerca. Has sido escogido por el Destino para liberar a tu gente de la maldición bajo la cual viven segundo tras segundo, constantemente. Esta fuente de tal dolor para ti ha forjado tu Destino. Tú has sido consciente de esto durante algún tiempo.”

Tesla apenas podía evitar descomponerse en risa. ¡Qué charlatanería! ¡Qué transparente caricia del ego! Seguramente, el mismo Regente, el punto final del egotismo, habría abatido a Tesla por decir tales cosas.

Pero Burak era un joven sin experiencia cuyo planeta estaba cercano al desastre, y para él era algo milagroso que él ya no hubiese sido tragado por ello.

Él se sentó, con las piernas cruzadas al igual que Tesla pero sin peligro fuera del alcance del Invid, del otro lado de las barras. “Enséñame lo que necesito saber, y te liberaré.”

Tesla ya lo había anticipado, y sabía que tenía que pagar por adelantado. Además, las ropas y las piedras preciosas y el giro de los eventos lo tenían pensando sobre nuevos caminos ahora.

Él trató de inventar algo convenientemente confuso y nebuloso, algo apropiado para la mente confusa de un Sentinel. “¿Liberar? Todos los seres son libres. Es sólo la conciencia distorsionada la que los encarcela.”

Tesla estaba empezando a disfrutar esto. “Pero hay cosas específicas, cosas como el proceso de revertir los daños que han sido hechos a Peryton, y liberar a toda tu gente de su terrible maldición.”

Tesla se inclinó hacia las barras con lo que él calculó era el fervor correcto. “¡Y estas cosas no son tan difíciles! Yo podría ayudarte a llevarlas a cabo. Y tú liberarás a tu gente.”

Tesla asumió lo que él esperaba pareciese una actitud piadosa. “No te pido que me liberes. Ni siquiera que confíes en mí. Sólo te pido, Burak, que me escuches.”

Burak permaneció fuera de alcance, pero se inclinó para acercarse.

Rick Hunter había estado considerando tomar alguna acción disciplinaria contra Jack Baker hasta que lo encontró reunido con la mayoría del resto de la cuadrilla de exploración, sentado allí en la nalga del Hellcat muerto mirando el Picnic de los Ositos Teddy.

Lron todavía estaba abajo entre los cachorros, y los transportes estaban en camino para sacar de allí a los jovenzuelos Karbarrianos ahora que Lisa y los otros en Traciale habían abierto el domo y los últimos de los Inorgánicos fueron muertos.

Rick se encaminó hacia ellos, justo a tiempo para oír a Bela declarar, “¡Él tiene las agallas de una Praxiana! ¡Jack Baker es como una hija para mí!”

Ella no parecía comprender por qué varias personas estaban riendo a carcajadas y Jack se estaba poniendo más rosado que lo usual. Quizá él ya ha sido castigado lo suficiente, Rick pensó; era un rasgo que perseguiría a Baker el resto de su carrera militar. Una penitencia que no podía ser peor.

Bela escupió en su palma y la extendió. Jack escupió en la suya y la estrechó con la de ella, al estilo de una pulseada, luego se sobresaltó un poco cuando ella inadvertidamente hizo crujir los dedos de él.

Kami estaba allí, también, y los cachorros continuaban corriendo hasta él con todo tipo de actualizaciones menores de lo que estaba sucediendo, o simplemente para agarrarse de un mechón de su pelaje. Él los había liberado, y su piel era mucho más familiar para ellos que todas las armaduras y uniformes que ellos veían a su alrededor. Varios habían encontrado el modo de subirse a su regazo, aunque los cachorros Karbarrianos eran grandes para ser sostenidos por un Garudiano.

Rick olvidó todo sus deberes oficiales y sólo permaneció de pie a un lado, observando. Si él se acercaba para unirseles, las cosas podrían cambiar. La cuestión del rango aparecería.

Así que él se recostó contra la esquina del bunker y observó. Gnea colocó un brazo bien musculoso alrededor de Rem y le dio un beso en la mejilla, diciendo a gritos algo sobre los Hellcats. Halidarre, como algo salido de Las mil y una noches, se elevaba un poco de cuando en cuando, batiendo sus alas lentamente.

Él los dejó disfrutar del momento y se alejó para conseguir un transporte de regreso a la capital. Él no sentía como que era un triunfo todavía; él lo tenía que oír de Lisa, verlo en su rostro.

Cosas sobre el amor que uno no había previsto: lección 207, él pensó irónicamente.

Rayos como estos sacudirían la fe de cualquier Humano en Dios, Breetai pensó como una observación pasajera, mientras una de las tormentas vibrantes y sin lluvia de Fantoma iluminaba el cielo, excitando la peligrosa estructura terrestre del planeta y resonando contra los lados sólidos de las máquinas mineras y de los trabajadores blindados.

Aquí en el medio más denso de la irrespirable atmósfera de Fantoma, el gran Breetai miraba un lugar fuera del recuerdo.

¡Zarkopolis!

La historia de unas personas, una raza, todo originándose desde el primer despertar allí; las cosas que habían sido borradas de las neuronas en conjunto pero de algún modo, obstinadamente, permanecían en la médula y en el alma –el pasado lo estaba inundando y él ya no podía separarlo más que escoger un puñado de una oleada.

Con la operación minera establecida con seguridad, Breetai había volado de regreso para echar una mirada a Zarkopolis, la ciudad donde los Zentraedi habían comenzado. Un mundo obsesionado, él lo pensó de nuevo, durante los últimos tiempos más allá de la cuenta.

Breetai dio un paso hacia delante, para bajar y mirar el pasado de los Zentraedi. Los oficiales que lo acompañaban dieron ese mismo paso, como sombras.

“Quédense allí,” él les ordenó. “deben retornar al campamento; deseo estar a solas.” Ellos vacilaron, los hombres obedecieron.

Sólo quedaban dos Zentraedi de aquellos días, los últimos sobrevivientes, y Exedore era ahora un pequeño humano por fortuna diminuto. La idea era cruel, pero él no lo podía remediar; sólo Breetai quedaba.

Con sus grandes zancadas, no le tomó mucho tiempo abrirse camino hacia la ciudad desierta. Él vio las altas y estriadas cúspides que habían sido erigidas por su gente a despecho de la terrible gravedad, no para anunciar su grandeza tanto como para afirmar la habilidad Zentraedi para seguir sin rendirse, para superarse, a través de la obstinación y el trabajo duro y agobiador. ¡Cuán diferente legado de lo que los Maestros Robotech les habían dado!

Como un guerrero borrado de recuerdos para los Maestros, él siempre había sentido desacato por la diligencia de colonia de insectos de razas súbditas –de trabajadores. Pero ahora él consideró a Zarkopolis, recordando el dolor y el esfuerzo en cada marca de escoplo, cada losa trabajada en relieve.

Y los recuerdos comenzaron a retornar a él, recuerdos de lo que su gente había sido al principio: constructores y luchadores, quienes tenían más en común con los Micronianos de la Tierra, y de Macross, y de la SDF-1, que lo que los Maestros Robotech habían osado dejar saber a los Zentraedi.

No me extraña, ahora, que fuéramos movidos tan profundamente por las canciones de Minmei, él pensó. ¡Finalmente, finalmente, lo entiendo!

Con eso llegó una paz dentro de él.

Ahora él caminó pausada y pesadamente hacia abajo –el suelo cayendo tan rápidamente, y rayendo sus botas con su peso– hacia la posición de bunkers de color crema y cúpulas bajas y complejos acurrucados que habían sido el centro de toda la vida Zentraedi mucho tiempo atrás.

Él se detuvo. ¿Por qué retornar a la fuente de tanto dolor y pena y resentimiento? Pero –él no se pudo detener, a pesar de su voluntad de hierro.

Él tenía que bajar de nuevo a los recintos curtidos por la intemperie y fantasmagóricos de los trabajadores Zentraedi, y a la

multitud de voces que le hablaba a través de las eras. Él no sabía porque, sólo sabía que debía estar allí de nuevo, en el centro de todo ello.

“¿Mi señor?”

Él se dio vuelta más lentamente de lo que lo habría hecho bajo menor gravedad; los movimientos repentinos podían dañar hasta al Zentraedi más poderoso aquí. Kazianna Hesh lo estaba alcanzando, moviéndose con la imprudente prisa en su traje de Quadrono modificado.

Ella estaba llevando puesto de nuevo esos cosméticos que las hembras humanas le regalaron. Ello lo confundió, el ver los rasgos de ella detrás del visor matizado de su casco. Él dijo, “¿Qué quiere aquí? Debería estar en su trabajo.”

Ella estaba un poco sin aliento. Kazianna pronunció con sonidos entrecortados, mirándolo seriamente. “Mi trabajo está hecho y no estoy de turno, mi señor. Yo –yo esperaba que usted me dijera por qué Zarkopolis lo obsesiona tanto, y que me mostrase la ciudad donde una vez los Zentraedi habitaron.”

Él la miró hacia abajo y se preguntó qué edad tendría. En el apogeo del imperio de los Maestros Robotech, la expectativa de vida de un guerrero clon era menor a tres años, y era virtualmente cierto que ella era una de las multitudes producidas para llenar los lugares vacantes en las filas.

¿Pero –de dónde esta curiosidad? ¿Esta presencia inquietante que ella parecía tener? Breetai se dio vuelta para mirar sobre Zarkopolis y repentinamente entendió que estas características eran cosas manifiestas en todo Zentraedi, en tiempo pasado. El que ellos debieran trabajar en la superficie de nuevo ahora era, podía argumentarse, un signo muy bueno.

“Muy bien; lo haré.” Él se puso en marcha nuevamente y ella estuvo de acuerdo con él. Breetai guió el camino hacia la ciudad, señalando por aquí y allá, contándole las cosas que habían vuelto a murmurar en su cabeza con el regreso a Fantoma y, de repente, no ocultándose en las brechas en su memoria.

“En ese vestíbulo nos reuníamos para discutir a fondo los problemas, todos nosotros; llevó mucho tiempo cortar las columnas de piedra perfectamente, de modo que ellas soportasen el peso del

techo, y aún más tiempo para armar el techo.”

Un poco más adelante, “Aquí, los clones eran criados, saliendo cuando estaban listos para el trabajo, descendiendo esos escalones hasta aquí a la edad adulta.” Escalones que él nunca había andado hasta recientemente; Breetai era anterior a la ciudad, había ayudado a levantarla.

Y así continuaron. Breetai estaba complacido de, por razones que él no podía nombrar, tener a alguien con quién compartir sus recuerdos. Por último ellos llegaron a una casita indescriptible en un trecho de ellos. Sólo era ligeramente más prestigiosa que las barracas masivas en las cuales la mayor parte de los Zentraedi había vivido.

Breetai presionó un botón con un dedo blindado; la esclusa de aire se abrió de par en par. Kazianna pudo ver que había sido rehabilitada para funcionar de nuevo después de un período de siglos. Ella no tenía dudas de que Breetai lo había hecho. Los relámpagos estaban estallando de nuevo, y los truenos enfáticos y curiosos de tres g de Fantoma estaban sonando cuando la escotilla exterior se deslizó cerrándose.

Adentro, el lugar era poco atractivo, las habitaciones de un trabajador/ingeniero. Él había limpiado el revoltijo, pero todavía quedaban unas cuantas modelos, todavía unos cuantos bosquejos colgados, de los días cuando un Breetai diferente había soñado sueños más grandes que todas las fantasías de los Maestros Robotech de conquista galáctica –sueños de imperio.

Breetai vio a Kazianna mirando en los alrededores, y se dio cuenta cuán espartano el mobiliario era. En la era desde que él había vivido en ese lugar, él había aprendido a engañar, pero ahora habló con la simple verdad. “Yo era el más grande y el más fuerte de los mineros, el primero de ellos,” él dijo. “Sólo nuestro líder, Dolza, era más grande que yo; sólo él y Exedore eran más viejos.”

“Pero –tuve pocos amigos –ninguna vida, realmente, excepto en mi trabajo. Me parecía que todos ellos me creían–”

Él se detuvo, asombrado, cuando ella abrió el sello de su casco y lo tiró hacia atrás. Por supuesto, los instrumentos de su traje le habrían dicho que había atmósfera respirable en las pequeñas habitaciones –atmósfera que él había puesto allí. Sólo que él no la

había visto verificar sus instrumentos, y sospechó que ella lo había hecho con lo que los humanos llamaban “instinto.”

“Todos ellos pensaban de usted qué,” Kazianna Hesh lo alentó, caminando por allí, dando un vistazo a sus bocetos, abriendo las otras uniones en su armadura. “¿Lo creían demasiado estoico, lo creían demasiado formidable, gran Breetai? ¿Lo trataban de modo que usted se sentía más cómodo cuando estaba o trabajando o a solas?”

Ella siempre había sido deferente hacia él, pero ahora sonaba de algún modo incitante. Ella había completado su circuito de la pequeña sala y se detuvo ahora para golpear ligeramente el control que rompió el sello en el propio casco de él. “¿Ellos no vieron lo que estaba dentro?”

Ella rompió el sello del casco de él y lo alzó sacándolo, teniendo que levantarse en las puntas de sus pies para hacerlo aunque ella era alta. El piso reforzado crujió debajo de ellos. Breetai estaba demasiado atónito para hablar, y la pared estaba detrás de sus hombros así que él no podía retroceder.

“¿No podían ver al verdadero Breetai?” ella continuó. “Bueno, mi señor, yo puedo.” Ella tiró su cabeza hacia ella, como un humano, y él se encontró siendo minuciosamente besado. ¿Cómo había ella aprendido sobre cosas como esta, prohibidas a los Zentraedi?

Muchos de su raza habían pasado tiempo Micronizados a tamaño humano. Quizá ello la había afectado de algún modo, o ella había visto o escuchado algo.

Pero él tuvo poco tiempo para preguntarse sobre eso. Un beso; la vista de tal acto casi lo había debilitado una vez, cuando Rick Hunter y Lisa Hayes lo llevaron a cabo sobre una mesa de reunión Zentraedi. Él estaba desmañado al principio, tímido, pero a Kazianna no pareció importarle y en realidad no parecía saber mucho más sobre ello que él.

Cuando el beso terminó, él la habría agarrado en sus brazos por más, pero ella lo alejó y comenzó alternativamente a reventar los sellos en el traje de él y en el suyo propio.

Repentinamente se le ocurrió a él lo que ella tenía en mente. “Tú...esto está proscrito.”

“¿Por quién? ¿Por lo Maestros Robotech quienes han huido más allá de las estrellas? ¿Por leyes que en realidad nunca fueron nuestras?”

Breetai pensó sobre eso, y consideró su apetito por ella, también. La cama estaba renovada; él había dormido allí una o dos veces en sus horas de franco, esperando por el pasado que entrase en su mente una vez más.

Breetai colocó sus brazos alrededor de Kazianna y la besó cuidadosamente, muy contento por ello pero consciente de que él tenía mucho que aprender. Luego él tomó la mano enguantada de ella y la llevó a su cámara de sueño. Después de que él había construido la casa en los tempranos días de los Jefes Supremos Tiresianos quienes se convertirían en los Maestros Robotech, nadie más había estado en esa habitación.

Capítulo 22

A pesar de la resistencia de ella, él la persuadió. Su gran maldad atraída por la bondad luminosa de ella, como cierto círculo primitivo de fuerzas.

¿Siente él que sólo continúa viviendo por mi indulgencia? Yo lo creo así; algo en él es demasiado animalista para no percibir las emanaciones. Pero él sólo tiene poco tiempo para enmendar sus modos.

De otra manera, mataré a Edwards al día siguiente más o menos.

REFERENCIA #666-60-937

“Un poco hacia la derecha. ¡No, no! ¡Mi derecha!”

Los miembros de las fuerzas armadas sin rango de oficial al colgar el letrero del CLUB MILITAR de la REF estaban seguros de que estaba centrado y nivelado, pero no sorprendidos de que Minmei no estuviera satisfecha. El club había sido su obsesión desde que el consejo le había dado luz verde. Su dolor de cabeza y su primogénito, todo envuelto en uno.

Minmei trató de ser paciente y se recordó que los técnicos habían ofrecido voluntariamente su propio tiempo para ayudar. Pero el letrero sólo era poco más o menos lo último de lo cual preocuparse; el club abriría esa noche. Y ella había pasado por mucho para ver su sueño hecho realidad. Pero pronto –en horas– ella estaría de pie bajo las luces de nuevo, cantando al débil mar de caras, haciendo contacto con los camaradas humanos del único modo que había sido posible para ella, realmente...

Hablando de problemas en curso –la limosina militar del General Edwards se detuvo justo detrás de ella, casi haciendo cosquillas a

sus nalgas con una de las banderas montadas en sus defensas delanteras.

Edwards, en un asiento trasero más grande que una habitación, bajó su ventanilla con el toque de un botón. “¿Cómo está yendo la jaula de nuestro ruiñeñor?”

Ella deseó que él parase de hablar de esa manera, pero Minmei sabía que ella estaba caminando por una fina línea de nuevo. El ofenderlo no lo haría dudar de retirar su apoyo al proyecto, y eso muy bien podría ser el fin de las cosas.

Por otra parte, ella no sabía por cuánto más lo podía mantener a raya. Desde aquella misma primera entrevista él la había mantenido a la defensiva, y a Minmei se le estaban acabando las excusas –por qué ella no pudo haber cenado con él, darle un recital privado, acompañar una función diplomática en sus brazos, o tomar cualquiera de una docena de otros primeros pasos en un camino que terminaba en el lado de la cama de él.

“Excelente, señor, como puede ver. Las puertas se abren a las 2000, tiempo de la SDF.” Ella vio un temblor momentáneo del entrecejo cruzar la mitad expuesta de la cara de él; ella aún no estaba usando el nombre de pila de él.

Edwards presionó otro botón y la puerta se levantó dejando libre el camino, rozándola. Minmei se puso en camino hacia la entrada del club como si tuviera algo que hacer, pero él la alcanzó en momentos. Los técnicos voluntarios vieron a los dos entrar al club, se miraron mutuamente, luego comenzaron a fijar el letrero en su lugar.

Edwards tomó el codo de ella como para auxiliarla a pasar por la entrada, pero en verdad él simplemente la estaba agarrando – apenas se está conteniendo de sacudirla. Él dio un vistazo al salón principal del club –el escenario y las mesas y las sillas.

“¿Continuará pretendiendo que esto la hace feliz? ¿Cuando no lo hizo antes, cuando los aplausos de las audiencias por toda la Tierra no lo hicieron?”

Él dejó caer el brazo de ella en disgusto, la parte visible de su cara enrojecida. “Eres una tonta, Minmei. Este club tuyo –fue un regalo menor de mi parte, ¿aún no te lo has figurado?”

El frío metal de la mitad de su cráneo contrastaba con la ira

enrojecida en el resto de su cara. “¡Pero dentro de poco te daré cosas que te satisfarán, cosas que sólo el máximo poder y la gloria pueden mandar!”

Él casi le contó sobre la Computadora Viviente, y cuál era el uso que él pensaba darle. Minmei había venido a llenar sus pensamientos de vigilia y sus sueños. De algún modo evadiendo sus insinuaciones, de algún modo inmune al carisma y al poder que él había usado tan a menudo antes, ella sólo lo había hecho desearla más. ¡Especialmente desde que ella una vez había sido de Hunter!

No será obstruido en esto, él afirmó. Pero de alguna forma que él no sabía cómo explicar, la mano alzada se le había ido hacia Minmei. Edwards se había excitado furiosamente, no para ser frustrado por esta pequeña oradora persuasiva; y en el esfuerzo extremo para hacerla amarlo, él la había hecho de algún modo la personificación de todos sus deseos y sueños. Él veía aquello ahora, pero era demasiado tarde para cambiar las cosas.

Sea como fuera, cierto núcleo de hierro de autoconservación y cautela lo abstuvo de confesarle sus conspiraciones a ella. En su lugar él se inclinó acercándose, con una mirada en la mitad expuesta de su cara que la hizo encogerse.

“¿Es ese asno de Wolff? ¿Es ése quien tú piensas va a volver a casa como un caballero blanco y te dará algún tipo de felicidad? Si así es, escúchame bien, Lynn-Minmei: Wolff no es digno de estar de pie en mi sombra.

“¡Yo soy el que te dará lo que deseas y te satisfará finalmente! ¡Soy el que detendrá el dolor en tu corazón!”

Él vagamente sabía que estaba desvariando, nebulosamente comprendió que cualquier hechicería que Minmei haya lanzado contra todos los otros había sido lanzada sobre él, también. Sólo que, él era T. R. Edwards, y no iba a toparse con algún destino herido de amor.

Él asió sus brazos, y Minmei sintió tal poder en el agarro que supo que era inútil luchar. Él apretó la boca de ella contra la suya; ella no se resistió pero tampoco cooperó. Él podría a la vez haber estado besando a un cadáver. Él la empujó con fuerza alejándola de él, y ella aterrizó en el piso con un pequeño grito.

“¡Continúa, entonces, Minmei! ¡Suspira por él, mientras él está

pensando en la esposa e hijo que dejó atrás, en la Tierra! ¿Realmente supones que eres todo menos una conveniencia en un viaje de privaciones para Wolff?”

Luego él se arrodilló a su lado, los labios retraídos mostrando sus dientes como si quisiera devorarla. Ella colocó la palma de su mano en su boca y huyó lejos de él, pero no pudo quitar sus ojos de él.

“Tal vez yo no pueda darte una devoción como la de un perro, o lo que sea que piensas que el amor es, Minmei. Pero poder e inmortalidad y pasión –eso es lo que me conduce, y tú y los compartiré.”

Ella pensó aturdidamente que él la iba a asir de nuevo, o –o algo más, algo a lo que ella no podía ponerle un nombre. En su lugar, como si él estuviera tambaleándose en el borde de un abismo, Edwards se echó hacia atrás, se puso de pie, y la amedrentó con la mirada con toda la emoción bloqueada de su cara.

“Y tú ya no tienes ninguna elección al respecto,” él le dijo. Luego se volvió rápidamente y caminó a zancadas fuera del club.

Él apenas había cruzado la puerta cuando su chofer vino corriendo hasta él. “Señor, un código “Pirámide” del Royal Hall.”

Edwards no perdió zancada. “Lléveme allí. Ahora.”

En las catacumbas debajo del Royal Hall, más allá de habitaciones tras habitaciones de Inorgánicos inertes amontonados como leña apilada, Edwards se apresuró hacia la cámara donde la Computadora Viviente desactivada flotaba en el fondo de su tanque.

En una pantalla de comunicaciones cercana, Edwards vio una imagen.

El Regente, por supuesto; él había visto fotos y esbozos de los sumarios de Inteligencia, había dado un buen vistazo a Tesla, y pudo extrapolar de allí.

El Regente, por su parte, miró con ira al humano mitad enmascarado y sacó sus propias conclusiones. La Computadora Viviente no había sido destruida, tampoco los Inorgánicos. Sin embargo éste no podía ser el líder de la expedición humana; había un carácter furtivo en el modo en el que la señal de comunicaciones del Regente había sido recibida.

¡Ah, bien! ¡Un maquinador! La suerte estaba con él de nuevo

finalmente.

La mala suerte ciertamente había tenido su racha. El Regente sólo había recibido unos cuantos reportes irregulares del asalto de los Sentinels antes de que sus enlaces de comunicaciones dejaran de funcionar. Él se había aburrido con infligir destinos horribles a los consejeros y, más al punto, ello no lograba mucho sino disminuir el poso disponible y ponía a aquellos en su entorno muy nerviosos.

Luego vino su golpe maestro: ¡pretender rogar por la paz! Él se maldijo por no haberlo pensado antes. Inmovilizar las líneas de batalla ahora. Llamar a las negociaciones y sacarlos, y ganar tiempo tanto como sea posible mientras él reconstruía sus ejércitos y se preparaba para lanzar un ataque furtivo.

Pero en lugar del Consejo de la REF, él se encontró mirando fijamente a esta cara, mitad carne y mitad metal –el humano al que ellos llamaban General Edwards. “Hagan regresar a las fuerzas que han lanzado este ataque furtivo no provocado sobre mi reino,” el Regente profirió con cólera, “¡o puedo borrarlos total y completamente de la existencia!”

“¿Puedo contar con usted para ser detallado?” Edwards preguntó.

El Regente se dio cuenta de que el juego que él estaba jugando no era con el que él había contado. “¿Hay algún problema semántico, o entendí que a usted no le interesa que los lastimeros Sentinels sean aplastados como sabandijas?”

Edwards sonrió presuntuosamente. “Usted y sus muchachos no lo han estado haciendo muy bien, ¿huh? Mmm, aquí hay algo que usted querría tener presente, la próxima vez.”

Edwards se dio vuelta y asió un disco de memoria que contenía los análisis completos de la Farrago provenientes del G-2/G-3, incluyendo su talón de Aquiles.

El Regente apenas podía creer lo que estaba viendo, y personalmente miró un indicador allí en la Colmena Hogar para asegurarse de que toda esta información crítica estaba siendo grabada. La clave para destruir a los Sentinels.

“¿No tiene usted algo para mí?” Edwards preguntó solapadamente, con una seña de cabeza hacia la Computadora Viviente soñolienta.

El Regente todavía se estaba recobrando de su éxito fenomenal. “Hmm. Sí, sí, lo tengo, dado que su información es exacta. Creo que usted y yo debemos hablar, General Edwards.”

“Por supuesto. ¿Pero hagámoslo aquí en Tirol, eh?” el tono de Edwards no toleraba más debate.

El Regente pensó sobre ello. “Efectivamente lo haremos, mi General amigo, efectivamente lo haremos. Déjeme hacer arreglos y volver a usted al respecto.”

Edwards hizo un saludo irónico con un índice. “No se tome mucho tiempo; hay mucho que hacer.”

“Tan pronto como haya atendido a los Sentinels,” el Regente coincidió.

“Si ellos vencen a sus muchachos en Karbarra, se dirigirán hacia Praxis después.”

“Ah. Gracias. Espero con interés conversar con un, um, espíritu similar.”

Edwards inclinó su cabeza de un modo cortesano, luego puso en blanco la pantalla. Cuando se enderezó, vio a los técnicos del Ghost mirándolo en cierto shock.

“¡Borren esas miradas de sus caras!” Edwards sacudió repentinamente la cabeza hacia la pantalla, y por implicación al Regente. “Cuando llegue el momento, le manejaré a él, también.”

Con un nuevo arrendamiento en la vida, el Regente se contoneó por los elevados vestíbulos de la Colmena Hogar emitiendo órdenes y dictando memorándums. Él había tenido sus dudas sobre la veracidad del terrícola, pero una batería de Computadoras Vivientes verificó lo que Edwards le había dicho, y el Regente estaba listo para jugar.

Aún con los datos estratégicos que Edwards le había dado, no sería fácil destruir a la Farrago.

Luego estaba este asunto de la visita a Tirol. Estaba más allá del reino de las posibilidades que el Regente se pondría en peligro, y sin embargo esta criatura crédula de Edwards parecía asumir que sería normal. Tal vez había algún modo de –el Regente se detuvo tan repentinamente que un consejero desafortunado avanzó sobre él.

El Regente arrojó al consejero a un lado de un modo

descuidadamente no letal, y comenzó a hablar agitadamente a sus Científicos asistentes. “¿Están los Posos de Génesis de mi esposa aquí en Optera aún funcionando? ¡Bien, encuéntralos! ¡Y si no lo están, prepárenlos para un proyecto de proporciones monumentales! ¡Desvíen trabajadores y técnicos y científicos de otros proyectos; tráiganlos aquí en naves estelares si es necesario!

“¡Oh, qué broma jugaré a los malditos humanos!” el Regente manifestó a gritos. ¿Así que, la Regis piensa que perdí mi sentido del humor cuando decidí involucrar, eh?

Burak selló la escotilla y se deslizó a su lugar, se sentó frente a la jaula de Tesla. Había unos cuantos Karbarrianos en guardia afuera en el pasillo, pero se habían juntado con amigos para un tipo de fiesta de victoria, y nadie estaba siendo muy...muy “cuidadoso.”.

Tesla no dijo nada, sólo estaba sentado pareciéndose a un Buda inmenso. Burak metió la mano en sus mantos, ojos prevenidos, sus cuernos humedeciéndose.

Él sacó tres esferas luminosas perfectas, tan verdes como una ola rompiente, tan verdes como el cristal de botella fundido. Al verlas, Tesla rompió su posición de guru y se extendió, pero sabía que sólo recibiría una descarga de las barras de su jaula para su infortunio.

“El Fruto de la Flor de la Vida, como crecía en Karbarra,” Burak dijo.

“Entonces.” Tesla se sentó, mirando hacia abajo a las tres.

Había una leyenda entre los Invid, y entre muchas otras culturas también, sobre consumir el Fruto de la Flor. La implicación era que la consumición del Fruto de todos los mundos Especialmente Tocados por Haydon –todos los mundos, daba la casualidad, de los cuales provenían los Sentinels– produciría una manifestación más grande y más magnífica de aquel que lo consumiese.

Tesla había invertido una vida en versarse en este saber ocultista; él estaba convencido de que existían bases científicas para ello. “Dámelas a mí,” él dijo, “y tráeme el Fruto del resto de los Mundos de Haydon, los otros mundos de los Sentinels.”

“No confío en ti,” Burak dijo.

“No espero que lo hagas,” Tesla lanzó en respuesta. “¿Por qué crees que la paz es tan difícil de alcanzar?”

Burak golpeó con estrépito su puño sobre la cubierta. “¡Deja de hablar sobre ello! ¿Puedes quitar la maldición de Peryton o no?”

Tesla vio un bulto en la cuerda de la cintura de los mantos de Burak y supo que una pistola estaba allí, sabía cuál sería su destino si él no podía ganarse a Burak aquí mismo y ahora.

“Puedo. Pero tendrás que ayudarme. Confía en mí. Y te ayudaré a conseguir de regreso a tu familia, Burak, y a tu planeta, y todo lo que has perdido. Porque eres el elegido para ser el Mesías de Peryton.”

Burak estuvo sentado temblando durante mucho tiempo, mirando a la cubierta. Luego agachó su cabeza una vez, los cuernos vibrando, inclinado la cabeza en acuerdo.

Capítulo 23

¿Por qué Jonathan me dejó? ¿Cómo vino a parar justo a mis manos el ramillete de Lisa después de la boda y aún así todo salió mal?

Todo se inició tan bellamente.

El diario de Lynn-Minmei

Los Karbarrianos se lanzaron al esfuerzo de tener a los Sentinels listos para el próximo paso en su guerra con la misma energía que los ursinoides habían mostrado al destruir la guarnición Invid.

Desafortunadamente, gran parte del área industrial de la capital había sido arrasada. Allí había talleres capaces de reparar la mayoría de los dañados VTs y tanques, y un astillero de astronaves donde la Farrago podía ser vuelta por completo digna de batalla, pero ningún mecha nuevo podía ser construido pronto.

Algunos Sentinels argumentaron que sería mejor esperar, para construir nuevas máquinas de guerra y hasta aún construir más naves, pero Rick y Lisa, entre otros, argumentaron que probablemente se perderían vidas en Praxis entretanto, y la decisión de continuar hacia el mundo de las Amazonas se pronunció unánimemente –excepto por la abstención obstinada de Burak.

El voto fue una de las pocas cosas en las que Rick y Lisa convinieron. Aunque los mecha estaban siendo reparados, había brechas en las filas de los guerreros humanos, bajas que habían dejado atrás máquinas sin hombres. Los dos se mantuvieron en silencio sobre el tema hasta la noche, en sus habitaciones privadas, cuando él admitió, “Regresaré a mi servicio en el frente con los Skull, Lisa. Ellos me necesitan. Y aún no seremos capaces de tener a cada VT tripulado.”

Ella rodó sobre sí y lo miró por un momento largo. “Desearía que hubiera algo que yo pudiera decir para detenerte. Pero no lo hay, ¿no es así?”

Él sacudió su cabeza. Ella se recostó de espaldas y ambos miraron con fijeza al techo por un tiempo. “Tú eres ni más ni menos que un maldito jinete con una vida que es importante para mí,” ella dijo finalmente, y él pudo oír lágrimas en su voz. “Eso duele, Rick.”

Él extendió la mano para tomar la mano de ella, pero ella la alejó. Ella quería yacer allí y ver si podía pensar en algún modo de poder cambiar las cosas de modo que ella no fuera herida nunca más.

Jonathan Wolff regresó a sus habitaciones después de veintiún horas corridas de reuniones, instrucciones, consultas, entrenamiento, y sesiones de planeamiento. Él había olvidado cómo se sentía una cama.

Pero cuando se recostó, su ojo divisó algo –un pequeño relicario sobre su mesa de noche. Ese tipo de relicario era popular entre el personal de la REF; muchos llevaban ese tipo de recuerdo. Él lo tomó y lo activó; la pequeña superficie en forma de corazón se abrió como un retablo de tres hojas.

Un holograma diminuto de Minmei se suspendió en el aire. “Espero que esto te haga sentir cerca de mí, Jonathan, porque yo me siento muy cerca de ti, y siempre lo estaré. Regresa a mí a salvo y pronto, querido. Te estaré esperando, no importa cuánto tiempo lleve.”

“Es muy amable de su parte actuar como nuestra guía,” Cabell dijo, cuando el carromato espacial Karbarriano navegó a través de la luz del atardecer.

“Oh, nosotros amamos ir al monumento,” Crysta dijo

efusivamente, y en los controles, Lron inclinó la cabeza consintiendo. Hacia un lado, Rem y Dardo hicieron una pausa en el juego parecido a hacer pasteles que el hijo de Lron estaba tratando de enseñar. “¿Y cuán antiguo es el monumento?” Rem preguntó.

“Siglos, eras,” Lron rugió. “Nadie está exactamente seguro. La historia dice que fue erigido justo después de que Haydon visitó Karbarra, y eso ocurrió hace mucho, mucho tiempo.”

El carromato espacial comenzó su descenso, posándose en la cima de una de las montañas más altas que dominaba la ciudad. Rem preguntó de nuevo si Cabell estaría lo suficientemente abrigado; el viejo sabio se lo volvió a asegurar.

Lron y Crysta guiaron el camino, hasta un pabellón abierto tallado en la roca viva de la cumbre de la montaña. Allí, a la mitad de un piso de un acre de ancho, se erigía una estatua que se elevaba y elevaba –un coloso de unos trescientos metros de altura.

Era de Haydon. Había sido tallado por los Karbarrianos, y el tiempo y el clima lo habían erosionado, pero la figura parecía ser un macho humanoide, vistiendo mantos sueltos y equilibrado con un aire de nobleza y sabiduría.

“Fue Haydon quien enseñó a nuestros antepasados los secretos del Sekiton,” Crysta dijo. “Al igual que sopló vida en los cristales de Spheris y creó al pueblo de Baldan, y decretó que la gente de Praxis debía ser un planeta sólo de hembras.”

“Y Haydon enseñó a los Garudianos cómo pensar,” Dardo dijo, recitando sus lecciones escolares. “¡Y algunas personas hasta dicen que él dio la Flor de la Vida al Invid!”

Cabell ya sabía todo eso, por supuesto, pero él trató de aparentar estar impresionado por la erudición de Dardo –Crysta y Lron estaban tan orgullosos del cachorro, después de todo.

Rem estaba de pie mirando fijamente el rostro pétreo ahora desgastado al anonimato. Haydon, ciertamente uno de los grandes enigmas de las galaxias, lo fascinaba precisamente como fascinaba a tantos otros. ¿De dónde había venido el traedor de milagros? ¿Qué lo había impulsado a pasar una Edad de Oro en este sector del espacio, viajando entre los mundos locales y obrando su magia?

Rem siempre había prometido que si lograba viajar entre las estrellas, haría su mejor esfuerzo para descubrirlo. Y ahora ese

momento había llegado. Rem miró fijamente el semblante liso, deseando que aquel pudiera hablarle. Él se juró en ese momento que antes de que sus viajes terminasen, él sabría qué rostro pertenecía al monumento.

“Alerta roja,” susurró un asistente del Escuadrón Ghost a otro. “¡Apártense del camino del Viejo!”

El segundo asistente inclinó la cabeza e hizo su mejor esfuerzo para parecer ocupado cuando Edwards avanzó desde su oficina con una mirada asesina en su cara.

¡Los Sentinels habían logrado una victoria aplastante en Karbarra! Edwards trató de suprimir su furia, pero no tuvo mucha suerte. Para empeorar las cosas, cuando él había llamado a Minmei, ella no estaba en el club. Nadie parecía saber donde estaba ella.

Esto, después de que él había estado allí en una mesa cerca del escenario todas las noches para oír su canto, de que la había invitado a cenar, de que se había asegurado que el consejo la escuchase y que su club militar fuera un éxito. Sin embargo cada vez que él estaba seguro de que la estaba haciendo olvidarse de Wolff, ella se aseguraba de hacer mención del nombre del imbécil.

Edwards se detuvo a media zancada. Él repentinamente supo justamente dónde ella estaría.

Efectivamente, él la encontró allí, observando los reportes de bajas pegados junto con muchos otros, buscando en las listas alfabéticas de KIAs y WIAs. Los nombres se transmitirían por las pantallas de comunicaciones de la REF momentáneamente, pero había una gran cantidad de personas quienes no podían soportar esperar. Allí había bastante apiñamiento, y aquellos al fondo estaban diciendo nombres a los del frente para que los verificasen.

Al momento que el general llegó detrás de ella, Minmei se dio vuelta con una sonrisa de mil vatios en su rostro. “¡Oh, general! ¡Él no está en ellas! ¡Jonathan no está en las listas, así que él está bien!”

Edwards forzó una sonrisa. Sí, Wolff había sobrevivido a

Karbarra, pero los Sentinels se dirigirían a Praxis pronto, y el Regente estaba consciente de ello.

“Sí; es un hombre afortunado.” Él le mostró lo que había traído para ella.

“¡Oh, son bellas!” Minmei tomó el ramillete y lo acercó a su rostro, inhalando los dulces, exóticos olores alienígenas. Ella estaba encantada, y complacida con las buenas noticias sobre Jonathan; aunque él pudiera ser frío, casi cruel a ratos, Edwards había sido de gran ayuda, había estado allí siempre que ella necesitaba a alguien que la escuchase o tranquilizase...

Sin hacer pausa para reconsiderarlo, Minmei colocó su brazo libre alrededor de su cuello y lo besó una vez, rápidamente, en los labios. Luego se alejó corriendo de prisa hacia un ensayo.

Edwards la observó alejarse, pensando en el día en que él la confortaría en su pesar sobre la muerte de Jonathan Wolff.

Cuando Edwards regresó a su cuartel general él estaba de ánimos visiblemente mejores, pero no por mucho tiempo. Adams entró, luciendo ceñudo, y dio un golpe a una grabación. “La gente de seguridad interna monitoreó esto con el dispositivo que colocamos en el equipo de comunicaciones privado de Lang,” el ayudante de Edwards le dijo. “Aquel falló más temprano hoy, antes de que la Base de Tirol perdiese contacto con Karbarra.”

Lang estaba diciendo, “General Hunter, no me opongo a la construcción de más naves estelares per se; la SDF-3 no estará lista para un viaje de regreso a la Tierra por un período prolongado, y podríamos necesitar esta armada que el General Edwards continúa promoviendo.”

“Pero debo decir en confianza que tengo mis dudas sobre los móviles de Edwards.”

La cara de Rick, en la otra mitad de la pantalla dividida, lucía fruncida y cansada. “¿Qué es lo que está diciendo, Doctor?”

“Ese Edwards puede estar favoreciendo sus propios propósitos. Pienso que un intento de golpe es un peligro bastante verosímil en el momento en que esta armada esté lista.”

Rick lo consideró. “Si los otros mundos de los Sentinels pueden ser liberados tan rápidamente como Karbarra, estaremos de vuelta mucho antes de que la armada esté terminada, Doctor. Y tendremos

muchos aliados Sentinels para ayudarnos a asegurarnos que Edwards sea frustrado. Pero después de lo que hemos visto –estoy más convencido que nunca que el Invid tiene que ser expulsado de estos planetas que están ocupando.”

Lang asintió con la cabeza. “Estoy de acuerdo, Almirante, pero quiero que esté consciente de la gravedad de la situación aquí.”

Adams detuvo la grabación. “¿Qué vamos a hacer, señor?”

Edwards se reclinó. “Por ahora, nada. Necesitamos que Lang construya esa flota y tenga a la SDF-3 completamente operacional. Y una vez que los Sentinels aparezcan en Praxis...”

Él se permitió una débil sonrisa. “Una vez que estén fuera del camino, la REF me pertenecerá completamente.”

Cuando él retornó a Traciale, Rem se sorprendió de encontrar a Janice Em esperando por él.

Ellos no habían pasado mucho tiempo juntos en el ajetreo de la campaña Karbarriana. Ahora, ella tomó su mano y dijo, “Pensé que éramos amigos, Rem. ¿He hecho algo para ofenderte?”

Sus cejas se fruncieron. A veces era difícil comprender lo que los humanos querían decir. “¡Claro que no! ¿Qué te hace decir eso?”

Ella mostró un tenue puchero. “Estaba comenzando a pensar que una muchacha tiene que ser una levantadora de pesas varonil para conseguir atención de ti.”

Él se dio cuenta que ella estaba hablando de Gnea. “¿Hmm? Gnea y yo somos amigos, por supuesto –pasamos por muchas cosas en esa misión de exploración.” él había estado pasando tiempo considerable hablando a la joven amazona, aprendiendo sobre su vida y su mundo.

Jan tenía ambas manos de él en la suyas ahora. “¡Si quieres que me haga a un lado, revélalo y dilo!”

Él sacudió su cabeza en confusión. “¿Qué? No, no yo–”

Janice estaba repentinamente en sus brazos con una risa de felicidad. “¡Oh, estoy tan contenta! Tú –tú te has vuelto en cierto modo importante para mí, sabes.”

Se sentía muy bien tenerla abrazándolo, rozando sus labios contra su mejilla, su cuello, sus labios. Muy inquietante, pero simplemente maravilloso. “Vayamos a alguna parte y estemos a solas,” ella dijo.

Él sucumbió cuando ella lo jaló. “Y tú puedes contarme sobre esta expedición que hiciste al monumento de Haydon,” Janice agregó. “¿Qué tienen Lron y Crysta que decir sobre este Haydon, de cualquier modo? Y Cabell; ¿cuál fue su reacción?”

¿Por qué ella estaba parloteando sobre Haydon, entre tantas cosas, cuando finalmente estaba de vuelta con Rem? Pero Janice se sentía algo confundida, algo que la hacía sentir curiosidad sobre el asunto, y sobre Cabell y los planes de los Sentinels también. Y había algo sobre Rem que la excitaba y la hacía querer estar con él y conocer todo sobre él.

Quizá eso sea lo que el amor es, ella le quitó importancia.

En Praxis, la Regis agitó sus manos hacia arriba, tirando su cabeza hacia atrás al gritar, “¡Escúchenme, O mis Niños!”

Dondequiera que ellos estaban, lo que sea que estaban haciendo, la mitad de su especie se detuvo para escucharla.

Al igual que ningún súbdito de su esposo pudo escuchar furtivamente su enlace mental, así ninguno de los niños de la Regis prestó lealtad ulterior a él.

Ella lucía más humana que un Haydonita, aunque ella era plenamente tan alta como su compañero –unos seis metros. Y sin embargo había algo etéreo sobre ella, una alienación que se mostraba en sus ojos de cobalto. Esbelta y pelada, ella vestía una túnica de largo completo y unos curiosos guantes de cinco dedos adornados con borlas. Cuatro escarabajos sensores de color verde esmeralda, como bellos prendedores o máscaras orientales, decoraban el cuello de su manto.

“¡Escúchenme!” ella gritó de nuevo. “¡Mis investigaciones aquí me dicen que la respuesta que busco se encuentra en Haydon IV! ¡Allí finalmente sabré a dónde se han ido los Maestros Robotech, y

qué le ha sucedido a la última matriz de Protocultura, el tesoro que debemos tener a fin de llevar a cabo mi Grandioso Proyecto!”

Y una era de privaciones y conflictos sería cerrada. Todavía escudada en sus pensamientos, como una carbonilla caliente, estaba aquella noche, de hace tanto tiempo atrás, en los jardines del paraíso de la Flor que había sido Optera.

Allí ella se había rendido finalmente a las tentaciones emocionales y al intelecto y forma seductora de Zor –se había rendido a él y rendido los secretos de la Flor también.

Y fue descubierta in fraganti por el Regente, quien se lanzó a sí mismo en la espiral descendente de la involución. Pero pronto, todos esos recuerdos y fechorías atormentadoras quedarían detrás de ella, y sus Niños.

“¡Por lo tanto, prepárense, mis Niños! ¡Reúnanse y prepárense, para abandonar este planeta al instante, hacia Haydon IV!”

En los Posos de Génesis abandonados en Optera por su esposa, el Regente escudriñaba el interior de una cuba de clonación. El trabajo en su proyecto no había estado ausente de problemas; sus trabajadores biogenéticos eran menos expertos que la Regis, y habían sido forzados a empezar desde el principio después del primer intento fracasado.

Pero ahora las cosas estaban yendo bien. Los trabajadores habían usado el huevo más perfecto disponible, uno no estimulado de la garra que había depositado el Regente, sintiendo que era la última perfección del plasma Invid.

El Regente miró dentro de la cuba como dentro de un acuario. Lo que flotaba allí no era un clon Invid ordinario, sin embargo. Aquel tenía una capucha de cobra semejante a la suya propia, una fila de sensores tubérculos semejantes a ojos que imitaban los suyos.

Era un nuevo Regente, uno falso.

“Estoy complacido,” él dijo. “Asegúrense de que esté listo para el momento en que haya aplastado a los Sentinels.”

Karen encontró a Jack en una de las áreas de entrenamiento que los Sentinels habían instalado cerca de su área de acantonamiento temporal en el terreno. Ella había estado esperando importunarlo sobre ser compulsivo en su entrenamiento, pero la mirada en su rostro cambió cuando ella vio que él no estaba solo.

Bela estaba con él en el campo de tiro, mostrándole cómo usar la ballesta Praxiana. Él estaba aprendiendo a usarla, y colocó una flecha a no más de treinta centímetros más o menos de un ojo de toro a veinte pasos.

“Ah, Karen Penn,” Bela sonrió. “Una vez me preguntaste sobre nuestras armas; ahora ves que son tan fáciles que hasta un hombre las pueda usar. Jack está logrando progresos importantes; ¿tienes ganas de probar?” Bela dio una palmada a Jack en el hombro a modo de camaradería y le dio un abrazo de hermana. Ella se encumbró sobre él, una cabeza entera más alta.

Karen no hizo ningún esfuerzo para quitar el tono escarchado de su voz. “No, gracias. Teniente Baker, estoy aquí para hacerle saber que su solicitud ha sido aprobada; usted ha sido reasignado al servicio Hovertank en el Wolff Pack.”

“¡Hey, fantástico!” Él había estudiado el estilo de Jonathan Wolff, y decidió que quería servir bajo el mando del hombre. “¿Tú conseguiste lo que querías?”

Ella miró su sonrisa y se sintió como azotándolo. Él ni siquiera comprendía que ella estaba enconada con él. “Sí. Me cambiaré al staff de la GMU del Comandante Grant a partir de mañana por la mañana.”

“¡Felicitaciones! Vayamos a celebrar. Bela, ¿quieres unirtenos?”

Pero Karen estaba sacudiendo su cabeza. “No. Estoy segura de que ustedes dos tienen mucho que practicar. Y no quería entremeterme.”

Cuando la vio marcharse, Jack dijo, confundido, “¿Dije algo malo, Bela? No creo comprender lo que sucedió.”

Bela se encogió de hombros y recogió la ballesta con un rápido y poderoso tirón de su puño. “Personalmente, a menudo encuentro difícil de comprender a su especie en modo alguno.”

Finalmente, después de semanas de frenética preparación, entrenamiento, re-equipamiento y rearmado y reorganización, la Farrago estaba lista para despegar.

El plan original de una nave estelar Karbarriana y una fuerza de combate para acompañar a los Sentinels había tenido que ser abandonado; el Invid había inhabilitado todas las naves Karbarrianas, y las nuevas en los tableros de dibujo no estarían listas por meses todavía.

“Las nuevas líneas de producción para los VTs y otros mecha estarán totalmente operacionales en otras seis semanas,” el funcionario Karbarriano de más alto rango había asegurado a los Sentinels. “Cuando ustedes hayan liberado a las mujeres de Praxis, nosotros estaremos listos para ayudarlas a convertirse en un ejército.”

La noticia era que la guarnición Invid en Praxis era mucho más pequeña que aquella en Karbarra, y los Sentinels esperaban una campaña breve. Los Karbarrianos vitorearon cuando los Sentinels despegaron y pasaron a través de la abertura del domo. Lisa miró hacia el planeta y pensó que a pesar del dolor y las pérdidas que la guerra había costado hasta ahora, la vista de un planeta liberado y unas personas libres lo hacía meritorio.

Sin embargo, ella susurró una oración que lo peor estaba detrás de ellos.

Capítulo 24

De cierta manera, las mismas cosas que he aconsejado contra los otros son lo que la misión de los Sentinels es: lanzarse uno mismo en el medio de los Formadores y tomar el riesgo de que su diseño no se tornará en una tragedia completa.

Y sin embargo, entre los Sentinels está esa dimensión añadida la cual es que la mayoría de las especies en la Farrago son de los mundos de Haydon. Yo rezo, por ellos, para que ello ponga en escena las más benignas manifestaciones de las Explotaciones de la Protocultura.

Dr. Emil Lang, El Nuevo Testamento

Esta vez, la Farrago entró preparada para los problemas, el dedo en el gatillo. La nave emergió de impulso superluminal aún más distante de Praxis de lo que lo había hecho de Karbarra, ya que Lisa quería tener la situación bajo control antes que cualquier disparo se iniciase.

No encontrando ninguna oposición inmediata –de hecho, ningún signo de que el Invid haya detectado la llegada de la nave en modo alguno– Lisa se movió rápidamente para consolidar lo que ella esperaba fuera una ventaja de sorpresa total. Los VTs se lanzaron para cubrir y defender cualquier ataque enemigo; las fuerzas de ataque se alistaron para la señal de luz verde. La nave insignia se abrió paso hacia el planeta y aún así no había signos de una respuesta.

“Nada en el aire, actividad cero sobre el terreno, no hay comunicaciones, ni fuentes de poder –nada,” un oficial técnico

reportó desde la GMU. “Capitán Hunter, si ellos están jugando al muerto, están haciendo un trabajo asombroso. Creo que no hay nadie en casa.”

“El truco más viejo del libro,” Lisa oyó a Jonathan Wolff murmurar por la red de mando. ¿Pero qué si Wolff estaba equivocado? Ella había aprendido a esperar lo inesperado de esta guerra, y seguramente un aterrizaje sin lucha sería la cosa más inesperada de todas.

Ella cautelosamente acercó la nave insignia, pero no demasiado cerca, permaneciendo más allá de la órbita más exterior de las dos pequeñas lunas de Praxis. El próximo movimiento no fue difícil de deducir, pero ello le trajo una punzada personal de pena.

“Líder de Skull, vamos a necesitar reconocimiento; junte a sus elementos y dígales que vigilen a sus perseguidores allí abajo.”

“Entendido,” Max Sterling respondió.

Había traído un poco de sorpresa a Lisa que Rick, al retornar al servicio de combate con su antigua unidad, no hubiera intentado tomar el comando. Pero los Skull, como los antiguos israelíes y suizos antes que ellos, no dejaban que el mero rango o antigüedad determinase quien volaba en liderazgo.

Aquel era asignado a quien tenía la mayor experiencia con el mecha particular, mejor conocía la situación actual y las tácticas, tenía el registro de rendimiento superior, y cosas por el estilo. Y en este momento, Rick Hunter, almirante o no, estaba lejos del principio de la lista. Por lo tanto, él se había tragado su orgullo y tomado su lugar como piloto de flanco de un joven teniente comandante que había estado en la escuela secundaria cuando Rick Hunter era Líder de Skull.

Sin embargo, no había ninguna duda de que Rick estaría bajando en el vuelo de inspección; con las filas de los Skull disminuidas como lo estaban, y Max prefiriendo usar veteranos en una misión incierta como esta, era lo único que se esperaba.

A la orden de Max, varios Alphas –el de Rick entre ellos– rompieron formación y acoplaron sus secciones de cola a la retaguardia del mismo número de los poderosos Betas, formando naves unidas con autonomía y poder de fuego enormemente aumentados. El problema era que la maniobrabilidad disminuía y la

capacidad de mecamorfosis era inexistente.

Las combinaciones Alpha-Beta se precipitaron para un barrido en Praxis. El resto de los Alphas, Betas, y Logans retrocedieron para proteger a la Farrago bajo el mando de Miriya; Max había liderado el sobrevuelo, por supuesto.

Los contadores de la duración de la misión registraron tensos minutos. Pero no había nada que reportar, fuera de la inmovilidad en el planeta y la estática de los canales de comunicaciones.

Los Skull estaban escasos de combustible para el tiempo en que terminaron la órbita baja, y la Farrago se movió para recuperarlos. Lisa dio la orden de que el segundo grupo de reconocimiento entrase, esta vez más bajo, y tuviese al transbordador listo con su destacamento de desembarco.

A su debido tiempo, Battloids caminaron las calles desiertas y las afueras de Praxis. Un contingente de los Hovertanks de Wolff, con Jack Baker entre ellos, estaba chequeando una de las ciudades más grandes en Praxis –un gran poblado costero, en realidad– cuadra por cuadra, casa por casa, para usarlo como una base de operaciones. Los equipos técnicos desde el transbordador juraron que no había nada sobre o debajo de la superficie del planeta más arriba de la escalera evolutiva que la vida silvestre nativa. Había muchas indicaciones de la ocupación Invid, pero las fortificaciones y Colmenas temporales estaban abandonadas.

No había signos de las mujeres de Praxis.

“Pero –¿por qué se marcharían con el Invid? ¿Qué uso podría tener?” Gnea estaba a punto de llorar.

Bela golpeó ligeramente su hombro. “No lo sé, guerrera, pero lo vamos a descubrir. Y pobre de los Invid si no encontramos a nuestras hermanas sanas y salvas.”

Lisa tenía esos mismos temores por las Praxianas, y otros problemas además. Sin la descarga de un simple disparo, la guerra de los Sentinels había sido traída a un alto escalofriante. Las Praxianas probablemente no iban a moverse hasta que tuvieran alguna idea de lo que le había sucedido a su pueblo, pero al mismo tiempo, cada hora consumida por la demora daba al enemigo una oportunidad para reagruparse y redesplegarse.

Ella no podía darse el lujo de pasar más tiempo allí si no había

ventaja.

Había veces en que Lisa deseaba profundamente que el puente de la Farrago fuera pequeño, como el de las SDFs. Ella añoraba sentarse en la silla de mando que ella había instalado, como Henry Gloval solía hacer en su puente, tal vez con la visera del sombrero del uniforme tirada hacia abajo sobre sus ojos, y tratar de reflexionar sobre su salida de su actual apuro.

Pero ella no tenía aquel lujo, y cada hora era un recurso precioso que ella no podía reemplazar. Los líderes Sentinel de mayor rango, Baldan y Veidt y el resto, querían conferir sobre lo próximo a hacer –aunque Bela y la mayoría de las otras Praxianas se negaban hasta a dejar la superficie de su planeta y retornar a la nave insignia.

Lisa ejerció su autoridad como capitán y, en este estadio de las cosas, comandante general defacto. Ella puso a Vince Grant en el cuerno.

Si las Praxianas no vienen a Mahoma... ella pensó.

“Haremos un sobrevuelo bajo con la nave insignia y soltaremos a la GMU; la GMU comenzará un estudio intenso de la situación en Praxis e intentará alcanzar una conclusión lógica mientras llamo a una reunión amplia de los principales Sentinels. Dame una lista de compras, Vince; ¿qué necesitarás?”

La mayor parte de lo que necesitaba ya estaba a bordo de la Unidad Móvil Terrestre; el resto de ello fue rápidamente transferido. También se estaba volviendo obvio que allí no había fuerzas hostiles o trampas en Praxis; por esa razón ella comenzó a temer por la seguridad de la nave insignia. Lisa ordenó que una fuerza mínima de VTs y Hovertanks sea asignada a la dotación de tierra, pero que la mayor parte de la seguridad sería el trabajo de un destacamento pequeño de los Destroids restantes. Unos pocos de los Skull serían retirados para proteger a la Farrago.

Ella tuvo un pensamiento repentino cuando estaba a punto de concluir la llamada, y dijo, “Vince, hay una cosa más que puede venir bien. Dile a Jean que se asegure de tener su detector de mentiras Invid; voy a transferir a Tesla a la GMU.”

La arquitectura de las Praxianas parecía una cruce entre la clásica japonesa y la nórdica de la Edad Media. Ellas usaban principalmente madera y piedras cortadas toscamente, y de algún modo daba la impresión que ellas estaban acostumbradas a estructuras que se prendían fuego o colapsaban en un terremoto, y habían llegado a aceptarlo –no sentían que tenían que construir para la posteridad.

Ellas también tendían a fortificar los lugares, aunque las últimas guerras feudales de las antiguas generaciones –épicas baños de sangre de tremenda rivalidad y crueldad y actos valerosos– finalizaron siglos atrás. Pero las fortificaciones estaban en los niveles inferiores, y las historias más grandes de las estructuras de las amazonas podían ser puestas al descubierto, con paredes mosaico o paneles de madera incrustada que se removían o podían ser levantados.

El castillo local en el sitio de aterrizaje de la GMU era el palacio veraniego del soberano elegido del planeta. Bela mostró cierto titubeo, en la espaciosa sala del trono; luego, como la guerrera de mayor rango entre su gente, ella tomó su lugar al lado del pie del trono. Ella no se sentó, sin embargo.

Otros Sentinels se habían reunido allí entre las enormes imágenes ancestrales y la colección de estatuas santas. En este lugar elevado, uno podía ver el verde e inquieto valle llenando la vista hacia un lado y montañas grises con capas blancas azules de nieve hacia el otro.

Según las costumbres Praxianas, todos los mecha de guerra habían sido acallados, apagados, de modo que la paz y quietud reinase. Hasta la GMU había sido apagada, sus motores de Protocultura inertes.

Jack Baker, allí como un observador y ayudante de Wolff, observó a Bela vacilar cuando llamó a la reunión al orden. Ella es realmente un tipo de comando, un policía poco refinado, él pensó, empujada hacia las luces por los eventos. Esta vez, él consideró, los eventos habían escogido a la persona adecuada.

La confianza de Bela creció rápidamente, especialmente con

Gnea y las otras mujeres Praxianas allí para respaldarla. Halidarre estaba parada a un lado, pateando un poco y resoplando de vez en cuando, actuando más y más como un animal real con cada día que ella servía a Bela.

Bela hizo el primer lanzamiento. “No soy tan buena para hacer rodeos como lo son los diplomáticos,” ella reconoció. “Sé que muchos de ustedes quieren pasar al próximo frente en esta guerra. En cierta manera no los culpo, porque no hay enemigos para luchar aquí. Pero las mujeres de Praxis no se irán hasta que hayamos hecho nuestro mejor esfuerzo para descubrir lo que le sucedió a nuestra gente.

“Si no pueden esperarnos, les deseamos el bien. Pero algo ha ocurrido en nuestro planeta que tenemos que resolver antes de que estemos listos para hacer nuestro próximo movimiento.” Ella lo dijo de una manera que no toleró ninguna contradicción.

Eso dejó a todos en silencio y pensativos, incluyendo a los Sentinels de mayor rango. Karen de mala gana reflexionó que el Programa de Liderazgo Avanzado de la Cruz del Sur podía haber aprendido una o dos cosas de Bela.

Pero fue Burak quien se alejó de la multitud, se alejó sobre el piso de madera dura roja exquisitamente pulido de la sala del trono. “Mi corazón está con mis hermanas de Praxis,” él dijo. “Pero la pregunta es, ¿Están los suyos con el resto de nosotros? Es hora de tomar decisiones racionales.”

“Tratamos de obtener mecha en Karbarra pero nos retiramos de allí con una pérdida neta penosa. Buscamos nuevos reclutas en Praxis pero encontramos un mundo vacío. ¿Cuándo verán los líderes de esta campaña lo obvio? ¡No hay luchadores en Haydon, no hay máquinas de guerra en Garuda! ¡Peryton, Peryton es la clave aquí! ¡Pasemos por alto este y otros mundos que no pueden promover nuestra causa, y liberemos Peryton de su maldición! ¡Entonces tendremos legiones!”

Rick, escuchándolo, no estaba seguro de lo que había cambiado en Burak, pero algo le estaba dando una mirada nueva y más penetrante, una nota resonante a su voz, un aspecto más grande de vida a sus gestos. Era como si Burak hubiera recibido un sentido de destino personal. Rick había visto ese tipo de cosas antes, y los

recuerdos no lo hacían sentir cómodo.

Veidt de algún modo hizo un sonido como el de aclarar una garganta, aunque él no tenía boca con la cual hablar. “Burak, ya te he dicho en privado por qué pienso que es esencial dejar a Peryton esperar hasta que nuestras fuerzas hayan aumentado –porque pienso que es suicida para los Sentinels tratar de dirigirse solos a tu planeta ahora. Las dificultades involucradas son–”

Burak interrumpió, acuchillando el aire con sus cuernos. “¡He oído eso con demasiada frecuencia, y tan fácilmente, de ti! Y digo esto a los Sentinels: ¿se interesan tan poco Peryton? ¡Que así sea! ¡La Farrago se desune aún más fácilmente que se une! Y el módulo que es mi nave es mía para hacer lo que desee; ése fue nuestro acuerdo.

“¡Entonces, despídanme; hoy, ahora mismo, Burak de Peryton se va, para perseguir su propia búsqueda y traer salvación a su mundo, estén conmigo y los míos o no!”

Hubo rezongos, y una docena de voces se levantaron para tratar de apaciguarlo, pero Burak no las estaba oyendo. Los otros pocos Perytonianos allí, con cara de piedra, se formaron detrás de él y marcharon hacia la salida.

Lisa saltó cuando su comunicador de muñeca emitió un sonido corto y agudo llamando su atención. Por toda la sala del trono era lo mismo, llamadas de aflicción alcanzando a los Sentinels en una variedad de modos.

“Farrago bajo ataque por una gran fuerza Invid,” fue todo lo que la mayoría de ellos oyó. Luego las transmisiones cesaron.

Era su hora, el comienzo de una nueva era; el Regente resolvió decretar un nuevo calendario con ese sublime momento como su punto de partida.

Él tenía avanzadas dismanteladas y vastas guarniciones, reuniendo una fuerza aún mayor que la que él había armado para enviar contra sus enemigos en Optera.

Y esta vez la fortuna estaba con él. Su flota emergió de

superluminal precisamente en el ángulo de ataque correcto, en buena formación y despliegue apropiado. Los Scouts y Pincers salieron como cohetes, esta vez bajo el mando de comandantes veteranos competentes, para trabar combate con los mecha enemigos para proteger su nave insignia.

¡Y la nave insignia! ¡Por cuánto tiempo él había deseado aquella presa! Una Computadora Viviente en la nave comando del Regente la comparó con las especificaciones que Edwards le había dado a él, y con precisión exquisita los sensores Invid penetraron más y más dentro de ella hasta que encontraron la unión y los componentes que Edwards especificó –los que Lron había explicado a la REF y a Lang cuando los Sentinels aparecieron por primera vez.

Careciendo del gran poder de golpe del cañón de la GMU, la Farrago cambió a sus armas menores, animosamente disparando y disparando, el personal de las armas quedándose en sus estaciones aunque las cosas parecían desesperadas. La mayoría de ellos había estado en las jaulas Invid, y no tenían intenciones de volver allí, cualquiera fuere el precio de la libertad –aún si era la muerte.

Pero la suerte no estaba con ellos esta vez. Los técnicos y los científicos del Regente habían preparado un super cañón de rayos de acuerdo con las cosas que Edwards les había revelado; ellos lo dispararon ahora.

Aquel golpeó el corazón de la Farrago, enviando un pulso a través de la estructura de la nave. Al momento siguiente la nave insignia se estaba dividiendo. Las fuerzas que la unificaban se habían convertido en fuerzas que la separaban.

El Regente observaba, un puño bajo su barbilla, preguntándose si había alguna lección aquí. Luego se levantó para vociferar a sus zánganos de comunicaciones. “¿No han contactado a la Regis aún? ¿Y bien?”

¡Ah, qué dulce victoria sería esta! ¡Borrar al enemigo que se acercaba justo a tiempo, humillar a los Sentinels y destruirlos para siempre aquí, donde su pareja podía verlo todo –y ser ganada de regreso por él a través de esta prueba de su poderío en la guerra y brillantez militar! Un golpe verdadero, salvaje e involucionado de grandeza.

La Farrago se estaba desgarrando en piezas; los escudos estaban abajo, los sistemas de poder estaban fallando, las comunicaciones casi no existían. Para siempre una nave armada de fragmentos, estaba siendo desensamblada por el único rayo del Regente.

Una cadena de explosiones abrió un conducto de poder a lo largo de un pasadizo principal, como algo siendo cosido por una máquina de coser monstruosa, infligiendo bajas terribles entre los seres de la tripulación atrapados allí. La última de las explosiones impactó con metralla y fuego el cuerpo del Sr. Blake, el confiable oficial de puente de Lisa.

Él casi lo había logrado; el módulo Spherisiano estaba frente a él, el último que estaba intacto. No había nadie a bordo del Spherisiano; al menos, nadie vivo. Concusiones, explosiones, humo, y escombros voladores los había hecho caer a todos.

Blake apenas se arrastró adentro; él estaba perdiendo el conocimiento y había perdido una gran cantidad de sangre. Sin embargo de algún modo se mantuvo de pie con una mano en una caja de comunicaciones y se extendió por la escotilla, buscando a tientas el disparador de emergencia.

Él tuvo que quitar el sello de seguridad, rompiéndose las uñas en el proceso pero apenas sintiendo el dolor. Cansadamente, él tomó la pequeña palanca de cuarzo de allí y la tiró hacia abajo. Un tono cristalino comenzó a sonar en la nave Spherisiana vacía cuando su escotilla se cerró y las extrañas fuerzas de repulsión generadas por la descarga cerrada del Regente la comenzaron a separarla de la Farrago.

Pero otra explosión interna voló toda esa sección del pasadizo y penetró el casco Spherisiano, matando a Blake instantáneamente y dañando la nave Spherisiana. Nunca haría su viaje de rescate programado; se partió por la mitad, la sección de impulsión se alejó dando vueltas con un vector propio, el resto se consumió, junto con el cuerpo de Blake, por otra enorme detonación de la Farrago.

Los VTs, tomados por sorpresa y rodeados por una horda de mecha Invid, cerraron filas y trataron de defenderse como mejor pudieron. Unos cuantos elementos trataron de abrirse paso y huir

hacia Praxis, pero las fuerzas del Regente se desplegaron para detenerlos. Los Skull se reagruparon y se prepararon para una lucha hasta la muerte. Hubo algunas transmisiones tergiversadas del Invid, algo sobre rendirse, pero los guerreros habían oído los cuentos de los Sentinels quienes habían estado presos, y decidieron que no estaban interesados.

Excedidos en número en cinco a uno, y a ratos diez a uno, ellos volaban segundo a segundo, y morían a máxima impulsión. Unos cuantos unían Alphas y Betas y se catapultaban hacia el medio del enemigo; otros se reunían en elementos de lucha compactos, tirando al platillo a los enemigos hasta que su propio número se había terminado.

Ellos eran lo mejor que la Tierra tenía para ofrecer, personas que habían contendido con condiciones de vida estrechas, salario bajo, y una separación larga de casa para servir a una causa mayor que ellos mismos. Y nadie estaba allí para agradecerles cuando morían en las torretas de las armas, en las cubiertas de vuelo, en las cabinas. Pero ellos no se habían alistado para las gracias, y no las habían esperado.

La Farrago se desunió, sus montones de porciones despedidas y sobras de ellas hacia las inalcanzables estrellas. Los abundantes Invid se unieron en un enjambre para matar a los últimos de los VTs y bombardear los restos de la nave insignia.

“¿No hay contacto con la Regis aún?” el Regente gritó, sacudiendo un puño enorme. “¿No tiene ella idea de lo que he realizado?”

Un técnico zángano miró afligido, dándose cuenta que podría morir en los próximos segundos. “¡Oh, Todopoderoso! ¡La Regis ya no está en Praxis! Las lecturas que recibimos indican que puede estar en su camino hacia Haydon IV con su mitad de nuestra raza, pero –no hay lecturas de Protocultura en Praxis, ni fuentes de poder, ningún movimiento –nada!”

El Regente gritó en voz alta, pero habría sido demasiada incomodidad saltar de su trono y aniquilar al técnico. En vez de

ello, él trató de sacarse el sabor de la desilusión de su mente.

“¡Un desperdicio, un derroche! ¿Grabaron cada bit de mi victoria, de modo que ella lo pueda ver? ¡Entonces, prepárense para partir!”

“¿Hacia Praxis, mi señor?” un Enforcer preguntó.

El Regente abofeteó hacia un lado al Enforcer, y la armadura del Enforcer se curvó contra la cubierta con el impacto de ello. “¡No, por supuesto que no hacia Praxis! ¡De regreso a Optera! ¡Encontraré a esa hembra y le haré ver la verdad, la haré apreciarme!”

Él sintió aceleración a su alrededor aún cuando emitía más órdenes. “Envíen una pequeña fuerza de observación a Praxis en caso de que alguno de mis enemigos retorne; este lugar es inservible para mí ahora. Que les instalen un transmisor para que me adviertan si hay problemas aquí de nuevo. ¡Y luego regresemos a la Colmena Hogar!”

Estaba su álter ego que cuidar, e instigar su sendero. Suficiente de estos humanos entrometidos; él enviaría su simulagente doble para terminar con la base de Tirol, luego consolidar las estrellas cercanas a su conveniencia. Y cuando tuviera todas las cartas, haría inclinarse a la Regis.

Un pensamiento repentino lo sacudió. ¿Si él podía producir una copia de sí mismo, por qué no una copia de la Regis? ¡Sí! ¿Una que sería respetuosa y dócil y una esposa apropiada? Sumisa y obediente y... receptiva hacia él. La imagen misma de ello lo hizo sentirse más bien paterno y esposo al mismo tiempo.

Pero no; él gruñó cuando se dio cuenta que la Regis se había marchado, y se había llevado todos los modelos biogenéticos detallados de sí misma con ella. Aún más al punto, el poseer una simple imagen de ella no sería lo mismo que poseerla, que someter a su compañera a su voluntad; él siempre estaría consciente, en cierto nivel, que la cosa real estaba allí afuera en algún lugar del universo.

“¿Por qué estamos perdiendo el tiempo?” él bramó. La nave comando se puso borrosa al pasar a velocidad superluminal.

Capítulo 25

*Debemos proteger la semilla,
o todos podríamos desaparecer
Flor de la Vida
Flor de la Vida*

Canción de las Musas Tiresianas

¡Maldita mujer!

T. R. Edwards trataba de convencerse que a él ya no le importaba. ¿Su permanencia lejos de la mesa de primera fila esta noche no era prueba suficiente de ello? El celebrado encantamiento de Lynn-Minmei no tenía influencia sobre él, y ahora el mundo lo sabía. Oh sí, el mundo lo sabía...

Él no se había propuesto tomar más de un vasito de borbón hecho en Tirol con Adams y los otros, pero había ido un poco más allá de eso, y mientras que él no estaba tambaleante sobre sus pies, era tiempo de ir a casa. La planificación de un golpe de estado requería una mente aguda y un trabajo inexorable. A la cama, entonces.

Excepto que –la puerta hacia sus habitaciones estaba ligeramente entreabierta.

Él silenciosamente desenfundó la pistola que estaba con él día y noche, entrando sin hacer ruido. Él pudo haber llamado a seguridad, pero esta noche él estaba de humor para matar a alguien.

Se introdujo paso a paso, se asomó por una esquina –y se congeló.

“Continúa; siéntate rápido, antes de que se enfríe.” Minmei apagó un fósforo largo cuando las velas sobre la mesa de comedor improvisada llenaron la habitación con un resplandor candente.

Ella arrojó el fósforo apagado en el hogar, luciendo tan desmañada como una adolescente. “Esta es comida casera.” Era casi un cuchicheo. “Los muchachos del club me dieron los ingredientes, pero soy un buen chef, T. R.; hace tiempo trabajé en el restaurante de mis padres.”

Ella tragó y lo miró. Edwards tuvo ganas de hacer algo violento; la idea de tener sentimientos de esta magnitud hacia alguien era el anatema para él.

“¿Tú realmente me amas?” Minmei le preguntó de repente. “No tengo modo de deducirlo, ¡pero por favor no me mientas! Puedes amarme—”

Ella fue interrumpida por el sonido corto y agudo del aparato de comunicaciones especial en el estudio de él. Sin decir una palabra, él lo abrió por una exploración de retina, ingresó en él, y cerró la puerta, haciendo de la habitación una instalación segura e insonora.

Él estuvo contento de estar sentado cuando activó la llamada. Era un enlace de los leales técnicos del Equipo Ghost manejando el equipo Invid debajo del Royal Hall. El Regente lo miró fijamente. “Usted se toma su tiempo para responder a una transmisión.”

Edwards encontró su voz. “Mis disculpas. De haberlo sabido, habría tomado medidas.” No “hacerlo esperar”; él tenía que mantener cierta paridad aquí.

El Regente hizo un gesto de molestia. “Hay otras medidas que no tiene que tomar; los Sentinels están destruidos, todos juntos.”

Edwards sintió elevarse el color en su cara, y el asidero de sus manos cuando hizo puños triunfantes, pero no mostró otro signo cuando un grito de victoria silencioso resonó por él. “Y ahora es el momento de que usted y yo nos encontremos cara a cara,” el Regente continuó.

Los ojos de Edwards se entrecerraron. “Seguramente, usted no espera que yo, yo—”

“¿Venga a Optera? No; no lo haría, ¿o sí? Pero nobleza obliga, y todo eso; iré a usted, esta vez. Háganos un favor, humano, y vea el modo de recompensarme.”

El Regente terminó la conexión y Edwards quedó sentado allí, su cabeza dando vueltas. Mis rivales están muertos. El presunto Jefe Supremo de la galaxia quiere cerrar un trato conmigo.

Edwards instantáneamente comenzó a tratar de deducir vías para engañar, usar, y traicionar al Regente.

Minmei levantó la vista cuando Edwards regresó al comedor iluminado con velas. “¿Buenas noticias, espero?”

“Ninguna noticia en absoluto.” Él tenía sus manos en su casco argénteo, un poco relajadas. “Pero...¿dónde estábamos? Dijiste que por favor no te mintiera; dijiste que por favor te dijera si te puedo amar.”

Él quitó la mitad de su casco de su cara, dejándola verlo allí en la tenue luz.

Otrora, la cara había sido bella; pero ahora allí se levantaban cicatrices blancas en una violenta y arrugada red de líneas cruzadas, un tajo desde el perfil de su cuero cabelludo hasta el puente de su nariz y desde allí en un ángulo inverso hasta la base de su quijada. El ojo estaba cerrado y cicatrizado, con sólo un accesorio protésico mostrándose ahora. La mitad de una cara devastada que le daba una apariencia condenada.

“¿Tú realmente me amas?” él citó las propias palabras de ella a ella. “¿No tengo modo de deducirlo, pero por favor no me mientas!”

¿Dónde terminaba el acto y comenzaba la verdad? Si ella lo rechazaba en este momento, Edwards resolvería lanzar su golpe ahora, tomándola como su primer rehén y al que nunca dejaría ir.

Ella extendió su mano vacilantemente, tocando el lado devastado de su cara. Él nunca había soportado ese toque de nadie. Él regresó el toque pero de otra manera se sentó como una estatua de granito. Luego ella rodeó la mesa, se sentó en su regazo, besándolo.

“La Farrago fue destruida,” Vince Grant dijo. “Pero no parece que el Invid esté viniendo tras nosotros; algo está sucediendo.”

El resto de los Sentinels lo rodeaba, reprimiendo sus preguntas; ellos ya habían aprendido que era la batahola cuando todos hablaban al unísono.

Ellos estaban reunidos en una GMU desactivada; el requerimiento de las Praxianas de que todos los mecha estén apagados durante la reunión en el castillo había resultado en una suerte inesperada.

¡Es esto donde nuestra suerte cambia! Gnea se preguntó.

La flota Invid sobre ellos repentinamente dejó más allá una miríada de “pintadas” de sensores menores, luego aceleró a superluminal.

La pequeña fuerza de observación de Pincers y Scouts y Shock Troopers blindados descendió confiadamente para tomar sus lugares. Ellos recorrieron en todas direcciones el globo que era Praxis. Aislaron los centros cívico-comerciales importantes, y buscaron aterrizar.

Los VTs se elevaron para enfrentarlos, habiendo recibido la noticia de que el Regente se había marchado. Los Hovertanks de Wolff dispararon como Gladiators, o volaron con los impulsores traseros como Battloids, halando al enemigo del aire. De nuevo allí estaba todo ese entorno de guerra, tan insano –y sin embargo tan enfático que les parecía a los guerreros que era el único momento en que estaban verdaderamente vivos.

“¡Skull Diez, tiene a un bogey persiguiéndolo; rompa a la derecha!”

“¡Skull Seis, Skull Seis, rompiendo; quítamelo de mi trasero, Max!”

Y el cañón de la GMU disparó, su primera ronda golpeando la nave comando Invid. No habría ninguna llamada de aflicción al Regente.

El Invid se arrojó en la lucha con ferocidad completa. Pero ellos fueron enfrentados por jóvenes soldados terrestres quienes estaban enfurecidos por Karbarra y confundidos y heridos profundamente por Praxis: en cierto sentido, el Invid había herido a sus enemigos muy profundamente para entregarse y muy profundamente para perder.

Ningún lado podía retirarse, y así la lucha continuó. Uno a uno, los VTs cayeron, a pesar de su elevada proporción de matanza. Los mecha se cazaron unos a otros a través de Praxis, los VTs agotando artillería y combustible. Ambos Rick y Max fueron forzados a aterrizar cuando sus mecha comenzaron a perder potencia; Miriya había sido forzada a expulsarse más temprano, su VT demasiado herido para permanecer en el aire.

Cuando los Invid también fueron forzados a descender a tierra, los Destroids y el Wolff Pack avanzaron, con otros Sentinels en Hovercycles y montando cualquier otra cosa que pudieron poner en el aire. El Invid aún tenía la ventaja de su número, pero los Hovertanks y los legionarios de la REF estaban comparativamente frescos. En una media docena de acciones separadas y desesperadas, el Invid fue rodeado y aniquilado, pero a un costo terrible.

En las consecuencias, los principales Sentinels se reunieron – aturridos y ensangrentados por lo que habían sufrido abruptamente y comprendieron lo que les había sucedido.

Los dos o tres VTs sobrevivientes habían aterrizado, agotados, ya no capaces de levantar vuelo de Praxis. Sólo un puñado de Hovertanks y Destroids había sobrevivido a la guerra sin cuartel.

Cientos estaban muertos, además de los miles que habían perecido con la Farrago. La GMU era su único recurso; ellos no tenían manera de comunicarse con Tirol, o ninguna otra fuente potencial de rescate.

Bela vino a ayudar a un Jack cansado cuando se sentó cerca de la GMU; él había escapado apenas de su ardiente Hovertank, y parecía que él era la vieja pierna de la infantería de nuevo, al menos para el futuro previsible.

Él estaba sucio y cansado. Él acababa de pasar por dos días y

noches desveladas de patrulla de reconocimiento, tratando de asegurarse de que no quedasen Invid y de encontrar algo, cualquier cosa, que ayudase a los Sentinels a escapar de su dilema sin salida. Y él y su escuadra habían regresado con las manos vacías.

Bela estaba guiando a Halidarre, uno de los pocos mecha que quedaba en funcionamiento. “El almirante Hunter desea verte, hijo mayor” ella dijo. Él se quejó cansadamente cuando ella lo detuvo, y colocó en el hombro su Wolverine.

“¿A dónde se dirigían?” él preguntó. Ella y el Robo-caballo estaban cargados con pertrechos y armas, y también lo estaba Gnea, quien se estaba apresurando para alcanzarlos.

“A explorar el planeta para Hunter, y para mí. Jack, no pudieron desaparecer todas.” Bela se dio vuelta y colocó sus manos en los hombros de él, las riendas de Halidarre cayendo del asimiento de ella. Su rostro, con sus hipnóticos ojos de raptor, lo albergaron, sus líneas feroces pero asustadas. “¡No pudieron haber desaparecido todas!”

Él se estiró y golpeó ligeramente el hombro de ella con su puño. “Las encontraremos, hermana. Ya lo verás.”

Ella lo abrazó, besó su mejilla, y desgrenó sus cabellos. Se sintió un poco como un asalto afectuoso. Gnea lo abrazó también, y luego ambas Valkyrias se subieron al caballo alado. Halidarre se elevó y dio un relincho tan realista que Jack se preguntó si no estaba sucediendo algo un poco extraño con sus engramas.

Luego Halidarre se alejó, en el cielo, y Hagane, la malthi, lo siguió zumbando como un colibrí. Los gritos de ánimo de las Praxianas fue arrastrado hacia atrás, sonando triste ahora, completamente solos en el vacío.

En la GMU, Karen, con la ayuda sorprendentemente talentosa de Jan Em, estaba inclinada sobre lecturas para tabular cuáles recursos quedaban: eran muy pocos.

El Mayor Carpenter estaba preparado; con la TO&E casi destruida, él era una estrella ascendente, un mediador completo.

Jack no gustaba de su estilo, pero al menos el muchacho estaba tratando de ayudar a unir las cosas.

El almirante Hunter estaba comenzando a parecer bastante gris, como el mismo Jack. “Quiero que lleve un equipo y verifique una posible base Invid para mí,” Rick le dijo.

“Hecho, señor,” Jack respondió. “Pero pienso que deberíamos ir a las bodegas y aplicar una antorcha de soldar a ese Tesla primero, y sacarle un poco más de información de inteligencia.”

Entonces se dio cuenta que Lisa estaba a punto de informar a los reunidos. Jack inclinó la cabeza comprendiendo la señal de mano de Rick, y tomó asiento para escuchar.

Otro reconocimiento, Jack pensó. Desearía tener un caballo volador.

“Muy bien, no hay vuelta que darle. Estamos –estamos atascados aquí,” Lisa estaba diciendo a Vince y a los Sterling y a los principales Sentinels.

Podríamos permanecer aquí por el resto de nuestras vidas, se le ocurrió a Jack. Él se halló robando otra mirada a Karen, pero ella estaba ocupada.

“Pero eso es momentáneo,” Lisa continuó enérgicamente. Todos la secundaron, desde varios lugares en el espectro emocional: ira, crecientes temores, determinación estoica, o, en el caso de Burak, un tipo de desatención visionaria de la realidad.

Mejor nos largamos de aquí, Jack Baker pensó. Porque no estoy tan seguro de cuánto tiempo podremos pasar todo juntos de esta manera.

Lisa esbozó nuevas estrategias, nuevas posibles soluciones. Después de que el grupo se había disgregado, ella apartó a Rick. “Me temo que no soy muy buena en este tipo de shows.”

“Lo hiciste bien.”

Ellos dejaron la GMU, se dirigieron hacia sus habitaciones en el palacio. Al menos allí no había escasez de espacio de vida, o alimento; una Praxis evacuada proveía mucho de todo eso.

A medio camino de allí, Lisa se detuvo y comenzó a golpear su puño sobre una pared de piedras. “Tenemos que poner las cosas en movimiento de nuevo, antes de que los Sentinels se separen y todos se establezcan para convertirse en granjeros, o cazadores. El Invid

no nos dejará en paz por siempre; tú sabes eso.”

Él colocó su brazo alrededor de su cintura y continuaron su camino. “Todos se darán cuenta de ello, Lisa, una vez que tengan la oportunidad de pensar. Créeme.”

“¡Rick, ellos deben!”

Ella tomó un aliento desigual. “Escucha, dime: ¿qué estabas pensando cuando estabas allí de pie con Baker, durante la instrucción? Tenías una mirada peculiar en tu cara.”

Él chasqueó su lengua. “Algo frívolo, quizá, pero estaba pensando que al menos estamos juntos, y...”

Ella no dejó continuar la vacilación por mucho tiempo. “¿Y qué?”

“Y si uno de nosotros hubiera tenido que irse con la Farrago, preferiría que hubiese sido yo. Porque no podría haber enfrentado esto o algo más sin ti.”

Las luces estaban saliendo a escena con el crepúsculo, en la GMU y en el palacio.